

Claudette Bezarius

LA LEGIÓN DE LOS OLVIDADOS



Nova Casa Editorial

Publicado por:

Nova Casa Editorial
www.novacasaeditorial.com
info@novacasaeditorial.com

© 2016, Claudette Bezarius

© 2016, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Maite Molina

Portada

Vasco Lopes

Maquetación

Daniela Alcalá

Revisión

Claudia Márquez

Daniel García P.

Ilustración de portada

Rocío Cáceres

Primera edición: **noviembre de 2016**

ISBN: 978-84-17589-19-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Claudette Bezarius

**LA LEGIÓN
DE LOS
OLVIDADOS**

Nova Casa Editorial

AGRADECIMIENTOS

Quiero enviarle un sincero agradecimiento a todos esos maravillosos lectores de Wattpad que han estado a mi lado desde el inicio de esta aventura de letras y que aún siguen allí, siempre apoyándome con sus bellas palabras de ánimo. También estoy muy agradecida con los lectores que recién están descubriendo mis extraños mundos y comenzando a encariñarse con ellos. Cada uno de ustedes es especial e importante para mí.

DEDICATORIA

Esta novela se la dedico a mi buen amigo Juan Alonso Mejías. Contar con su gran ayuda y sus sabios consejos durante todo el proceso de escritura de esta historia fue vital para alcanzar el sueño de verla publicada en papel. Él es la persona que más ha creído en mí. ¡Mil gracias, Juan!

Índice

[Agradecimientos](#)

[Dedicatoria](#)

[I El inicio. Parte I](#)

[II Nahiara](#)

[III Los Valaistu](#)

[IV Emil](#)

[V Déneve](#)

[VI El inicio. Parte II](#)

[VII Memorias evanescentes](#)

[VIII Comienzan las revelaciones](#)

[IX Sherezade](#)

[X Gemelos](#)

[XI Arrepentimiento](#)

[XII Esbozo del futuro](#)

[XIII El protector Keijukainen](#)

[XIV Galatea](#)

[XV Rosas blancas](#)

[XVI Obsequiando sufrimiento](#)

[XVII Los doce páramos de la destrucción](#)

[XVIII Tétricos sueños](#)

[XIX La Alianza de Callirus](#)

[XX El Páramo de la ira. Parte I](#)

[XXI Los deseos de Kylmä](#)

[XXII El páramo de la ira. Parte II](#)

[XXIII Tempestad](#)

[XXIV En lo profundo](#)

[XXV Perturbadoras reminiscencias](#)

[XXVI El diamante rojo del Ave del Paraíso](#)

[XXVII Fragmentos](#)

[XXVIII Tierra de plañidos](#)

[XXIX Nina](#)

[XXX Al borde de la locura](#)

[XXXI Visiones](#)

[XXXII El beso de la muerte](#)

[XXXIII Silenciado](#)

[XXXIV Distante](#)

[XXXV Elecciones](#)

[XXXVI Sydän de fuego](#)

[XXXVII Bianca](#)

[XXXVIII El secreto de Fenrisulf](#)

[XXXIX Conexión](#)

[XL Reencuentro](#)

[XLI Vía de escape](#)

[XLII Preparativos para la batalla](#)

[XLIII El principio del fin](#)

[XLIV Vínculo prenatal](#)

[XLV Cumplimiento de una profecía](#)

[XLVI Cadena de atentados](#)

[XLVII Unidos](#)

[XLVIII Oscuridad](#)

[Epílogo](#)

[Sinopsis. A2Plus Esencia evanescente. LA ASESINA DE CABELLOS VERDES](#)


**LA LEGIÓN
DE LOS
OLVIDADOS**



JUAN ALONSO Mejías

I EL INICIO

PARTE I

 Dahlia disfrutaba muchísimo salir a pasear por el bosque durante las noches. Le encantaba contemplar el cielo estrellado y el reflejo de la luna en el agua quieta. El viento helado soplaba con fuerza entre los pinos, produciendo un arrullador sonido que la hechizaba. Sus rubios cabellos, tan claros que casi eran blancos y muy lisos, ondeaban con alegría mientras ella corría cuesta abajo, porque era necesario escalar una pequeña colina y luego descender para llegar al otro lado, donde estaba su adorado estanque. Allí se sentaba largas horas a meditar y platicar consigo misma, con sus chispeantes ojos ambarinos absortos en el mar de sus pensamientos.

Cuando había luna llena, en vez del astro parecía ser la rubia quien reflejaba la luz del sol, pues su tersa piel era tan pálida como luminosa. Era una escena bastante peculiar encontrarla sola en mitad de la noche sentada en el pasto o sobre una roca al lado de la pequeña laguna, a veces cabizbaja murmurando, y a veces erguida con la mirada fija en el firmamento. Nadie se atrevía a interrumpir esos mágicos momentos en los que ella se extasiaba tanto. Ni siquiera Emil, su padre, irrumpía en esos ratos de paz que le ayudaban tanto a su bella hija a sanar su corazón

roto por la muerte de su madre, Déneve, más de dos años atrás, debido a una extraña enfermedad incurable.

Dahlia era muy buena aparentando que estaba de buen humor. Quien no la conocía bien creería enseguida que a ella nunca le pasaba nada malo, pues su cálida sonrisa disfrazaba su tristeza; y daba a entender que su alma había alcanzado una completa armonía. Pero todo aquello

no podía estar más lejos de ser cierto. Se sentía abandonada y olvidada por todos, ahora que su madre ya no estaba con ella. Sabía que Emil la amaba a su manera, pero desde que Déneve murió, las largas jornadas de trabajo y las horas en el bar del pueblo lo mantenían muy apartado, como si evadiese la realidad y también su responsabilidad paternal. Así que la chica se había agenciado para sí una manera de sentirse un poquito mejor, quedándose muchas horas cerca de ese maravilloso lago, el cual siempre tenía oídos para todo cuanto ella quisiera contarle.

Ni siquiera en la escuela lograba conseguir un mejor amigo que su estanque. Era como si nadie fuera capaz de notar su presencia, o tal vez se habían puesto de acuerdo todos para ignorarla. Ella se limitaba a ir a las clases, participar un poco, tomar sus apuntes y retirarse de inmediato al sonar la campana. De todos modos no había ningún chico o chica que se extrañara por ese comportamiento, y ella tampoco parecía darle mucha importancia. Sin su madre, quien había sido su única amiga, Dahlia ya se estaba acostumbrando a andar siempre sola por la vida, arreglándose a duras penas.

Pasaron así varios meses de gran soledad, y en una noche de invierno como tantas otras, mientras la joven veía con detenimiento su reflejo en el agua congelada, sintió que había una presencia, como si alguien estuviera de pie a sus espaldas. Su cuerpo dio un giro veloz, pero no encontró nada más que una exuberante rosa blanca tirada en el suelo. Frunció el ceño y se acercó para tomarla. ¿Cómo podía haber una rosa allí, si ninguna flor crecía cerca de aquel estanque? Mucho menos iba a florecer algo en pleno invierno, con tanto frío y nieve por todas partes. Con los dedos índice y pulgar de su mano derecha, sujetó el tallo de la peculiar rosa y la alzó muy despacio hasta llevarla a la altura de sus ojos. Despedía un aroma que no correspondía con el esperado. Era una mezcla de algo marchito con un leve rastro de... ¿sangre? Con una mueca de disgusto, aventó la rosa con fuerza hacia el hielo.

«¿De dónde habrá salido esa cosa?» se preguntaba, perpleja. «No entiendo quién la trajo, ni cómo es que no pude verlo cuando llegó. ¿Qué sucede aquí?», pensaba para sus adentros.

—Creo que por hoy ha sido suficiente. Será mejor que me vaya a casa a dormir ya —musitó, algo asustada.

Decidió apurar el paso, no se sentía nada cómoda con ese incidente tan fuera de lo común. Pero no había caminado ni dos metros cuando sintió un tirón en su cabello que le sacó un gran grito de dolor. Mientras se frotaba la cabeza para calmar el ardor que le quedó después de aquel tirón, volteó de manera brusca. Su voz la abandonó por completo y comenzó a temblar sin control. Tenía el estómago hecho un nudo, el miedo se apoderó de ella, pero presentía que sería inútil tratar de huir o pedir ayuda. Quizás aquella criatura en forma de chica solo quería lo mismo que ella, que alguien la escuchara, así que era mejor encararla de una vez por todas...



MARY L. TORRES

II NAHIARA

☞ Hace muchas centurias, nació una frágil niña, de piel muy blanca y ojos más negros que las mismísimas tinieblas. Su madre tuvo que darla a luz en medio del bosque, en una noche de luna llena. Con su último aliento, le puso por nombre Nahiara. Esa niña que recién había nacido corría un gran peligro de ser asesinada. Según los sueños premonitorios del consejero real de su nación, aquella pequeña destruiría a su pueblo y acarrearía muchas desgracias. Por ello, una gran horda de soldados y aldeanos enfurecidos fueron en busca de la mujer cuyo vientre albergaba aquel engendro maligno. Querían matarlas a ambas, pero la madre logró escapar y hallar un refugio en el bosque, en donde tuvo un parto difícil y prematuro, que acabó con su vida, pero salvó la de Nahiara.

Siendo la más indefensa de las criaturas, Nahiara lloraba y gritaba a todo pulmón, pero nadie lograba escucharla. Quizás el deseo de quienes la odiaban en realidad se cumpliría, y en unos pocos días aquella bebé moriría. Pero el destino da muchas vueltas impensadas, y era un hecho que estaba de parte de la pequeña. Cuando tenía dos días de nacida, sin haber ingerido alimento alguno, entumecida por el frío y a punto de perecer, un descolorido espectro errante la halló. Tenía ya mucho tiempo tratando de encontrar un receptáculo humano adecuado que le permitiera seguir existiendo, pero no había podido hallarlo. No podía escoger a cualquier humano. Debía ser un hombre o mujer nacido bajo la luz de la luna llena, que llevara impregnada en toda su alma la visible marca del rencor. En todos los sentidos, ella era lo que él buscaba. Entonces, tras pronunciar las palabras de un antiguo encantamiento, el espectro y Nahiara se convirtieron en un solo ser.

Aquel pacto salvó la vida de ambos y le dio origen a una nueva raza, una muy poderosa, la *Legión de los Olvidados*.

Conforme Nahiara iba creciendo, comenzó a notar muchas peculiaridades acerca de su apariencia. Su piel no mostraba vestigio alguno de color. Ni siquiera sus labios contenían el más mínimo matiz de algo sonrosado. Todo en ella era pálido, como si no hubiese sangre corriendo por sus venas. Lo mismo pasaba con su cabellera. Era suave, brillante y lisa, de una blancura casi cegadora. Pero sus globos oculares eran dos abismos negros y sus iris exhibían un cautivador carmesí. A estos los circundaban unas pronunciadas manchas negras, como si no hubieran dormido ni un solo segundo de toda su vida. Y tal vez así era... Por si todo eso fuera poco, sus uñas le crecían puntiagudas y afiladas, cual si fuesen garras felinas, pero negras como el corazón del ébano. No es de extrañar que, de las pocas veces que la gente común alcanzaba a verla, se alejasen corriendo a toda velocidad, entre sonoros alaridos y fuertes espasmos.

El rechazo de todos y la reclusión en que se vio obligada a vivir hicieron que su gran rencor, el cual estaba impregnado en la totalidad de su ser desde el primer instante en que salió del vientre de su madre, creciera y creciera como un tumor cancerígeno. Juró que se vengaría de toda la humanidad por haber tratado de matarla incluso antes de que naciera, y por repudiarla ahora, solo por tener un aspecto distinto. Así que se dio a la tarea de crear un complejo conjuro que le permitiera llevar a cabo lo que se había propuesto. Empezó a buscar y persuadir a toda persona cuya alma estuviera triste, sola o rechazada, para, poco a poco, conformar su ejército de odio y rencor, la Legión de los Olvidados. A quien aceptara unírsele, prometía darle la inmortalidad, la cual se obtenía con pasmosa facilidad tras permitirle a ella arrancarle su corazón humano y guardarlo en una bóveda secreta. Muchos aceptaron gustosos tal ofrecimiento, permitiéndole a Nahiara una consumación casi completa de su anhelada venganza. Pero algo que ella no preveía sucedió, y su plan no pudo concretarse.

Una joven guerrera humana, Miria, la última de los *Valaistu*, utilizó todo el amor y la calidez que contenía su corazón, los puso en una

flecha dorada y la disparó justo en la frente de Nahiara. Aquellos sentimientos tan puros, que su gélida alma ni siquiera conocía, la hicieron convulsionar y jadear. Empezó a marearse y a tener alucinaciones. Tras lo cual desapareció en menos de lo que tarda un parpadeo, dejando tras de sí, como único rastro de su existencia, una bella rosa blanca ensangrentada. Sus seguidores se apresuraron a recogerla y llevarla a un santuario, en donde la resguardaron en una cúpula diamantada. Estando consternados en sumo grado ante la desaparición de su soberana, empezaron a buscar mediante todos los medios a su alcance, para traerla de vuelta. Para ello, continuaron reuniendo a más y más miembros para la legión, al tiempo que buscaban por cielo y tierra a quien sería la reencarnación de aquella joven guerrera, para tomar su vida y ofrecerla como sacrificio, y así poder revivir a Nahiara.

Ochocientos años después de aquel incidente, una dulce muchacha llamada Déneve se preparaba para dar a luz. Estaba radiante de felicidad y afecto hacia su niña, a quien quería poner por nombre Dahlia. Cuando la nena nació y pudo ver su carita por primera vez, Déneve se conmovió hasta el tuétano y la cubrió de besos. La amaba más que a su propia vida. La bebita era hermosa y estaba llena de vitalidad, por lo que su madre decidió no darle importancia a una diminuta marca de nacimiento que su hija tenía en la parte posterior de la cabeza, la cual parecía una medialuna dorada. No parecía causarle ningún problema o dolor a Dahlia, y cuando el cabello le creciera ya no se notaría. Pero esa pequeña marca era mucho más importante de lo que Déneve se imaginaba. Era la marca que señalaba a esa niña como la heredera del poder de los desaparecidos Valaistu...

III LOS VALAISTU

Alrededor de todo el mundo, en cada rincón, siempre han existido personas con un corazón muy puro, sin maldad alguna. Esas personas reciben un llamado y, guiados por su instinto, acuden a él, sin pensarlo. Se les da un nombre nuevo y también se les asigna a un compañero o compañera, para que juntos formen un *Sydän* de fuego, aire, agua o arena, de acuerdo con las habilidades mentales o físicas más marcadas en cada pareja. El llamado que reciben proviene de Raki, el elfo con ojos de zafiro, de cabellera plateada, fundador de los Valaistu. Él fue el primer ser nacido en la Tierra con el corazón impoluto, y lo era tanto, que su pureza se desbordó y empezó a esparcirse por todo el orbe en forma de gotas cristalinas, alcanzando a hombres y mujeres de todas las edades y de todas las razas.

Las cristalinas gotas del corazón de Raki transforman a los humanos que tocan en semielfos. Ocasionalmente cambios no solo en su personalidad, la cual se vuelve más amable, sino también en su apariencia física, pues sus cabellos se tornan de un color rubio platinado y sus ojos se vuelven ambarinos. Las gotas viajan a través de cualquier elemento, y caen con suavidad sobre la gente, sin que lo noten. Cuando perciben la pureza de una persona, ahí se quedan, alojadas en su interior. Cada vez que Raki siente la presencia de un nuevo convertido, su pureza, al ser la dominante, atrae de inmediato al hombre o mujer elegida. Y cuando por fin se encuentran cara a cara con este, los semielfos tienen una ceremonia de iniciación para convertirse en miembros oficiales de los Valaistu.

La ceremonia consiste en tomarse de las manos con Raki, mientras se mantienen los ojos cerrados. El elegido o la elegida debe dejar que su

mente se encuentre libre, sin pensar en nada específico, pues ha de permitirse entrar en un estado de relajación total. Eso le permite a Raki comunicarse con la gota del corazón que ahora forma parte del elegido y que primero perteneció a su corazón, para así conocer la identidad del elemento presente en esa alma. Una vez que se le revela al elegido cuál es su elemento, recibe una marca única y distintiva en color dorado o plateado en la parte posterior de su cabeza. Si el elegido recibió su marca en dorado, quien tenga esa misma marca pero en plateado será su compañero, y juntos llegan a conformar un nuevo Sydän.

Cada Sydän se encarga de viajar en busca de semillas de maldad. Si estas ya han germinado en alguien, el equipo debe comenzar una labor de purificación para desarraigar esa semilla y rescatar a la persona de las garras de la oscuridad. Para ser capaces de llevar a cabo el ritual de purificación, el Sydän debe atar a la persona que posee la semilla al pie de un árbol por tres días, durante los cuales ellos danzarán alrededor de este sin detenerse. Esta danza les permite reunir luz solar en sus cuerpos, con la que luego incinerarán la semilla de maldad. Y cuando encuentran semillas que aún no germinan, la pareja se limita a llorar sobre ellas durante una noche completa para borrar su existencia. De esa manera, el equilibrio de la humanidad con la Tierra no se pierde y las semillas de maldad se mantienen a raya.

Durante muchos siglos, Raki y los Valaistu llevaron a cabo su labor con éxito, protegiendo a la humanidad de la corrupción y la degeneración. Sin embargo, un suceso muy desafortunado ocurrió de repente sin que nadie pudiese hacer algo para detenerlo. Mientras una de las gotas del corazón de Raki viajaba hacia su elegido, chocó de frente contra un *Nocturno*. Los Nocturnos son espectros pálidos que se alimentan del odio y el rencor de los humanos, llegando a fusionarse con aquellos que tengan esos sentimientos en toda su alma. Hasta ese momento, los Valaistu habían logrado impedir que los Nocturnos se fusionaran con los humanos, pero jamás previeron que un Nocturno pudiera obstruirle el paso a una de las gotas.

Ese incidente ocasionó que Raki enfermara de gravedad. Estaba tan debilitado que ya no era capaz de producir más pureza. Ya no podía

haber nuevos elegidos, y los poderes de los Sydän comenzaron a disminuir. Muchas semillas de maldad empezaron a germinar con gran rapidez, y los Valaistu no pudieron retomar el control. Tras una larga agonía, Raki no pudo soportar más tiempo, y entonces murió, no sin antes ocultar su corazón en una estrella blanca de la constelación de Orión, para que algún día alguien digno de él lo recibiera. Los restantes de los Valaistu lentamente comenzaron a morir también, pues su mitad élfica se fue desvaneciendo tras el fallecimiento de Raki.

Fue en esos desdichados días para los Valaistu que la pequeña Nahiara nació, y al no haber entonces fuerzas de pureza que contuvieran a los Nocturnos, uno de estos seres consiguió fusionarse con ella. Pero uno de los últimos Sydän existentes logró darse cuenta de aquella enorme desgracia para la humanidad. Entonces Yuma, la compañera de Miria, ideó un plan para derrotar a Nahiara. Por varios años la persiguieron juntas sin tener éxito. Al no tener ya a Raki para que les proveyera más fuerzas, Yuma decidió dar su vida para que Miria pudiera tomar la gota de pureza en su interior y, uniendo ambas gotas, que Miria disparara una flecha hacia Nahiara. Eso ocasionaría que también Miria perdiera la vida, pero causaría que Nahiara pudiera ser sellada. Así lo hicieron, y fue así como las últimas de los Valaistu desaparecieron.

La valentía de Miria llegó a oídos de todas las estrellas, por lo que ellas decidieron que en el día que naciera una niña digna de entre el linaje de esa guerrera, la niña recibiría el corazón de Raki que ellas tenían a su cuidado, reviviendo así la antigua orden de los Valaistu. Ese día por fin llegó. Dahlia es esa niña que las estrellas escogieron...

IV EMIL

Emil fue un muchacho muy tímido y poco llamativo desde siempre. Nunca sobresalió en los deportes o en las artes, muchísimo menos con las chicas. Solía usar unos lentes de aros gruesos, pantalones de tonalidades oscuras y camisas de mangas largas, con un chaleco verde de rayas amarillas en diagonal. Sus compañeros se burlaban de él a cada segundo y hasta le robaban día por medio su dinero para el almuerzo. Así que su juventud no fue nada parecida a un mar de rosas, una época que más tarde pudiera recordar con alegría o nostalgia. Fue más bien una terrible pesadilla para él, pues día a día tenía que librar una batalla campal contra una sociedad que se empeñaba en maltratarlo y excluirlo de todas las maneras posibles, lo cual causó que la amargura se apoderase de él.

Una tarde lluviosa, cuando Emil caminaba a paso rápido a través de una vereda boscosa que conducía hacia su casa, después de otro espantoso día en la escuela, de pronto comenzó a experimentar una sensación muy extraña y dolorosa, como si una mano hecha de hierro incandescente le incinerara el interior de su pecho. Intentó gritar, pero solo consiguió proferir un susurro entrecortado. Su corazón latía desesperado, pues apenas podía respirar entre sus múltiples jadeos. Su visión se iba tornando cada vez más borrosa, y un agudo chillido metálico inundaba

sus oídos. Sentía que su lengua estaba hinchada y con ella percibía un potente sabor a polvo sulfúrico. Sin poder hacer nada para detener lo que creyó que se trataba del momento de su muerte, se desplomó sobre el pasto y perdió la consciencia por completo...

Cuando fue capaz de despertar, estaba tan aturdido y extenuado que no tenía ni idea de dónde estaba, cuánto tiempo había transcurrido o qué era con exactitud lo que le había sucedido. Se frotó los ojos repetidas veces, intentando aclarar su todavía nublado campo de visión. Sus sienes palpitaban con tanta fuerza que creía que su cabeza de seguro explotaría en cualquier momento. Trató de incorporarse, pero ambas piernas le temblaban como gelatinas, y un fuerte mareo lo desbalanceó, así que se vio obligado a permanecer sentado. Después de unos pocos minutos en esa condición, comenzó a distinguir con más claridad lo que había a su alrededor. Estaba dentro de una enorme cueva, donde la iluminación era muy escasa. Solo se distinguían algunos contornos gracias a una pequeña colección de candelabros plateados colocados al azar.

—Oh, por Dios, ¿qué es este lugar? ¿Acaso fui secuestrado o algo así? —balbucía, lleno de perplejidad.

—Bienvenido seas, Emil —fue lo que dijo una voz semejante a un graznido de cuervo.

Una figura encapuchada se erguía frente a él. Estaba a unos tres metros de distancia a lo sumo, pero Emil no conseguía distinguir su rostro, pues el enigmático personaje se había posado de espaldas a uno de los candelabros, y la capucha le cubría los ojos si se inclinaba un poco. El joven solo veía una silueta negra, como si de una gran sombra parlante se tratase.

—¿Estás listo ya, jovencito? —inquirió de Emil aquel desconocido.

—¿Listo yo? ¿Para qué? ¿Quién eres y qué quieres de mí? —espetó Emil, con un dejo de rabia en la voz y una mirada desafiante.

—No seas tan irrespetuoso, muchacho. Deberías estar agradecido por la gran bondad que tengo para contigo. Hay algo muy importante que tengo que decirte, y será mejor que concentres toda tu atención en mis palabras —sentenció el encapuchado.

Emil nunca hubiera sido capaz de imaginar lo que estaba a punto de escuchar.

—Llevas en tus venas la misma sangre de Nahiara, nuestra amada soberana. Al ser ella una humana que fusionó su alma con la de un

Nocturno, ya no podía concebir hijo alguno, pero se aseguró de tener un linaje mediante la transfusión de la mitad de su sangre a una joven aldeana embarazada mientras esta dormía. Haciendo eso, Nahiara tuvo entonces la posibilidad de ser liberada o de renacer si por alguna circunstancia muy desdichada fuese sellada o asesinada. Pero en la Legión de los Olvidados no contábamos con que la atacara algo tan poderoso como un Sydän. Creíamos que nunca seríamos capaces de romper el sello creado por los malditos Valaistu para retener a Nahiara por la eternidad. Por suerte, pudimos encontrar los manuscritos sagrados, escritos por nuestra mismísima soberana, donde ella reveló no solo el secreto de su descendencia, sino también la manera en que esta podía salvarla. Aquí es donde tú, Emil, entras en juego —explicaba el seguidor de Nahiara, con una sonrisa demencial.

Emil no salía de su asombro. No se había percatado de que tenía la boca abierta y una expresión embobada. Aquellas palabras no tenían sentido para él.

—¿De qué estás hablando? ¿Es esto una broma de mal gusto? —cuestionó él, a voz en cuello.

—¿Qué te hace creer que bromeo, ingenuo muchacho? —declaró el encapuchado, con severidad—. Mejor para ti si guardas completo silencio ahora mismo. Como te decía, eres muy importante para nosotros. Eres una pieza clave en la liberación de Nahiara. Lo que debes hacer es tener una hija con una descendiente de Miria, la guerrera Valaistu que selló a mi soberana. Teniendo tu hija la sangre de Nahiara y de Miria al mismo tiempo, será muy poderosa, y entonces podremos tomarla y ofrecer su vida como sacrificio a los Nocturnos, rompiendo de esa manera el sello de los Valaistu. No te preocupes, la joven que has de desposar es hermosa, así que no debería representarte problema alguno cumplir con tu destino —concluyó en tono triunfal, algo burlesco.

Emil sentía como si le acabara de caer un rayo. De un momento a otro, pasó de ser un rechazado del que todos se aprovechaban a ser el descendiente de una legendaria emperatriz a la que debía rescatar.

—¿Y qué pasa si me rehúso? ¿Cuál es la recompensa para mí si decido hacer lo que me pides? —interpeló él, gracias a un extraño arrebatado de valentía.


—Si te rehúsas, te costará tu propia vida. No tenemos reparo en acabar contigo, pues tienes dos hermanos menores que podrían ocupar tu lugar. Acudimos a ti primero porque preferimos al primogénito. Y si aceptas, tu recompensa, entonces, será seguir viviendo. ¿Qué más podrías querer? —respondió, con sarcasmo, aquel personaje que aún seguía en el anonimato.

Emil se quedó lívido. Le costaba mucho trabajo tragar su propia saliva. Sus manos temblaban, mientras un torrente de frías gotas de sudor caía en cascada por todo su cuerpo. Por más desagradable que pudiera parecer su vida, no estaba listo para perderla tan pronto. De forma precipitada, aceptó llevar a cabo la misión que se le había encomendado.

Un día después de aquella charla con el encapuchado, Emil caminaba con una expresión de ansiedad en el rostro. En sus manos llevaba una pintura muy bella. Era el retrato de la joven que debía buscar y, de alguna manera, convencer de que se casara con él. Aún no tenía claro cómo es que ella se enamoraría perdidamente de él con solo regalarle la extraña rosa blanca que le fue entregada junto con el hermoso retrato.

—¿Cuál era su nombre? —decía él, en voz baja, mientras fruncía el ceño, tratando de recordarlo—. Ah sí, está escrito en el reverso del retrato. Vamos a ver... La chica se llama... Déneve.

V DÉNEVE

 Déneve nació y creció en una tranquila zona rural de Escocia. Tuvo una infancia bastante agradable, pues pasaba sus días leyendo mientras estaba recostada bajo la sombra de algún frondoso árbol, correteando con sus perros o plantando flores por doquier. Sus padres la amaban y la consentían, dándole lo mejor que les era posible. Era una chica muy bella, de complexión delgada, con unos enormes ojos verdes muy expresivos, cabello rojizo y rizado, piel blanca y sonrisa encantadora. Casi todos los chicos de su escuela habían intentado salir con Déneve, pero ella los rechazaba vez tras vez. Quería concentrarse de lleno en sus estudios y sacar buenas calificaciones, puesto que eso le permitiría obtener una beca para estudiar en alguna institución prestigiosa del extranjero.

Al terminar la secundaria, por fin se le cumplió su sueño. Su récord académico era impecable, así que fue aceptada en la Academia Oxford de California (la misma escuela donde estudiaba Emil) para que allí cursara la preparatoria. Su próxima meta era ingresar en la Universidad de Stanford para estudiar Genética. Siempre le había apasionado todo lo relacionado con las células y el ADN, y siendo la excelente estudiante que era, de seguro lograría convertirse en una sobresaliente genetista en el futuro.

Sus padres estaban muy orgullosos de ella y la apoyaban en todo, pero no querían tenerla tan lejos, sola en una tierra extraña. Por esa razón, decidieron mudarse a los Estados Unidos junto con su brillante hija.

Sin embargo, un cambio abrupto en la vida de Déneve estaba muy próximo a suceder. Cuando faltaban solo dos meses para la ceremonia de graduación, ella logró llevar a cabo algo extraordinario sin siquiera

percatarse del asunto. Estaba sentada en un banco de piedra junto a una arboleda en el patio de su escuela, leyendo un complejo libro sobre daltonismo. Bebía un té de jazmín, dándole diminutos sorbos cada cinco minutos, pues la compleja lectura la tenía absorta. De pronto, un pequeño pájaro carpintero cayó como un plomo justo en medio de su libro abierto. Aquel inesperado suceso le sacó un agudo grito y la hizo arrojar su taza de té contra el suelo de manera violenta. Después del par de minutos que le tomó recuperar la compostura, se quedó contemplando con fijeza al ave muerta, y una profunda tristeza la invadió.

—Pobre de ti, pajarito. ¿Por qué te has muerto? No sabes cuánto me gustaría poder verte volar de nuevo —le dijo muy seria al carpintero, mientras le frotaba la cabecita con su dedo índice derecho.

Los ojos sin vida del ave de repente resplandecieron. El animalito la miró lleno de agradecimiento, comenzó a batir sus alas con mucha alegría y se elevó, para luego perderse en el horizonte.

Déneve se quedó boquiabierta después de semejante episodio. Cuando llegó a casa, se lo contó a su madre con lujo de detalles. Ella solo sonrió y le aseguró que lo más probable era que hubiese sido una gran casualidad, que el ave en realidad no estaba muerta y que se había repuesto de su desmayo gracias a las caricias. Déneve asintió con la cabeza, aunque no estaba de acuerdo, y no habló más del asunto con su madre ni con nadie más. Se fue a la cama temprano y, justo antes de acostarse, decidió escribir en su diario de color violeta sobre ese curioso evento. En sus adentros le daba vueltas y vueltas a la escena. Estaba muy convencida de que había sido ella la que había revivido al pequeño carpintero, de alguna manera que aún desconocía. Y en realidad no estaba para nada equivocada...

Con aquel milagro, Déneve despertó todo el enorme poder que por tantos siglos había permanecido escondido y pasado generación tras generación en su familia, del cual ella no tenía ningún conocimiento. En la línea de sus ancestros se encontraban nada más y nada menos que la valerosa Miria y el mismísimo Raki, quien mantuvo un romance secreto con la joven guerrera. De aquella unión les nació un niño al que ambos

decidieron llamarle Dante. Para continuar con su relación en secreto y por la seguridad del pequeño, decidieron ponerlo al cuidado de unos gentiles monjes tibetanos y además sellaron sus poderes. De esa manera, ninguna entidad maligna podría detectarlo y llevaría una vida normal. Dante después se casó y tuvo tres hijos, los cuales heredaron el poder oculto de su padre, pero ninguno fue capaz de despertarlo nunca. Así fue pasando de padres a hijos hasta llegar a Déneve, quien al desear con todo su corazón llevar a cabo un acto de bondad pura, logró deshacer el sello y liberar aquel poder.

Para la Legión de los Olvidados había sido imposible rastrear antes el paradero de la descendencia de Miria, si es que acaso había tenido una. Sus problemas para encontrar alguna pista se vieron resueltos al sentir el imponente despliegue de energía que Déneve utilizó para revivir al ave. La localizaron con pasmosa facilidad y la identificaron de inmediato. Maquinaron el plan perfecto para aprovecharse de semejante hallazgo en favor de sus intereses. Desde siempre habían conocido quiénes eran los descendientes de Nahiara y, ahora que habían revelado la identidad de Déneve, solo restaba combinar ambos linajes para traer de vuelta a su queridísima soberana. Para que Emil no tuviese ningún problema al enamorarse a Déneve, impregnaron una rosa blanca cualquiera con un elíxir a base de la sangre que envolvía a la imperecedera rosa blanca que dejó atrás Nahiara cuando fue sellada. Con esa pócima, quien la aspirara haría todo cuanto la persona que obsequiase la rosa demandara.

Emil solo tuvo que concentrar sus pensamientos en la idea de que Déneve se casaría con él cuando le entregó la flor. Ella no tardó en confesarle que estaba loca de amor por él, que dejaría todo atrás para que pudieran estar juntos. Emil sonrió con un dejo de tristeza, pues sabía que aquel despliegue de romance no era real, dado que esa bella chica ni siquiera lo conocía y jamás se hubiese fijado en él en circunstancias comunes. Pero no le quedaba más remedio que seguir adelante con el plan si quería conservarse con vida. De un día para otro, Déneve olvidó por completo sus aspiraciones de estudiar Genética, pues nada más pensaba en dedicarse de lleno a su amado

Emil. Esperaron a que pasara la graduación y de inmediato se casaron. Los padres de ella estaban consternados, pues no comprendían ese cambio tan radical en la personalidad y los intereses de su hija, pero una vez más decidieron apoyarla. Como regalo de bodas, le obsequiaron una casa en medio de colinas, ubicada muy cerca de un lindo estanque...

Emil cada vez se iba sintiendo más y más culpable, pues Déneve se desvivía por él, quería hacerlo feliz de todas las maneras posibles. Poco a poco, el dolor que le causaba saber que había engañado con tanta vileza a aquella inocente chica lo carcomía por dentro. No podía creer que había sido capaz de robarle la vida, por así decirlo, a alguien más con tal de salvar su propio pellejo. Aunado a eso, el pacto que había aceptado estipulaba que tendría un plazo de quince años para engendrar una hija y luego entregarla a la Legión. Al término de ese tiempo, si no la entregaba por las buenas, vendrían por ella y se la llevarían a la fuerza. Déneve, habiendo cumplido ya con su parte, moriría de un paro cardíaco que le provocaría el elixir que inhaló de la rosa. Este se transformaría en una sustancia venenosa para la cual no existe un antídoto. Dicha alteración podía ser llevada a cabo desde lejos en cualquier instante, a voluntad de los Olvidados.

En medio de estas circunstancias sin precedentes, la bella Dahlia nació, sin saber todo lo que tendría que enfrentar en un futuro bastante cercano...

VI EL INICIO

PARTE II

☞ Dahlia concentró todas sus fuerzas en mantener una apariencia serena, aunque el pánico la dominara por dentro. Con una voz algo trémula, alcanzó a articular una breve frase apenas audible.

—¿Quién eres y en qué puedo ayudarte? —Eso fue lo único que se le vino a la mente en ese momento de zozobra.

La criatura la contemplaba con una mirada vacía de toda emoción, como si tuviera ojos de muñeca. Ladeaba la cabeza primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda, con un movimiento gradual y pausado, que le daba una apariencia mucho más animal que humana. Parecía estar emparentada con alguna clase de pajarraco. La textura y tonalidad de su piel daban la impresión de que estaba muerta, pues era blanquecina y opaca. Por todo su rostro le corrían unas sinuosas líneas negras, bastante gruesas, que le salían desde la oscuridad de sus cuencas y se extendían como el ramaje de un árbol, simulando las marcas que deja el maquillaje que se ha corrido por derramar muchas lágrimas. Sus labios estaban amoratados y resecos, los típicos síntomas de hipotermia. Y si acaso respiraba, lo disimulaba a la perfección. Vestía una especie de kimono que le llegaba a la altura de las rodillas, bien ceñido a su delgado cuerpo, el cual estaba hecho de muselina cenicienta muy brillante. Sus grisáceos cabellos los llevaba recogidos en dos protuberantes moños a los lados de la cabeza. Comenzó a avanzar con lentitud hacia Dahlia, pero no lo hacía caminando, pues sus pies descalzos y enlodados no rozaban ni un solo centímetro del suelo. *Ella* se desplazaba levitando.

Dahlia estaba casi fuera de sí, como si aquello que le sucedía fuese un mal sueño del que pronto despertaría. Se frotó los ojos repetidas veces, pero la espera se prolongaba y la pesadilla no terminaba. Después de un largo rato, el pesado silencio se rompió. *Ella* decidió hablar.

—Disculpa mi brusquedad de hace un momento, solo quería evitar que te fueras. Ven conmigo, mi niña. Sé que has estado muy triste y sola, pero no te preocupes, tus penas acabarán pronto. He venido para consolarte —declaró con una melodiosa voz de poetisa—. Nunca más estarás desamparada. Como tú hay muchos, querida, personas de todas las edades que el resto del mundo ha olvidado. Pero no nosotros, eso jamás. Toma mi mano y te guiaré hacia la más cálida bienvenida que tendrás en tu vida. La Legión de los Olvidados está deseosa de recibirte, pequeña.

Escucharla decir aquellas confortadoras palabras embelesaría a cualquiera. Las pronunciaba con tanta suavidad y sentimiento que casi era posible palpar el afecto que transmitían. Dahlia sintió en su interior una extraña familiaridad, como si su mismísima madre le hablara a través de aquel misterioso ser extraterrenal.

La estupefacción de la niña seguía acrecentándose. No le habían dicho nada cariñoso o amable desde que Déneve partió. La dulzura del mensaje que escuchaba sin duda la atraía, pero no podía evitar que el miedo resurgiera tan pronto ella terminaba de hablar. «Su rara apariencia y su particular manera de movilizarse no pueden ser algo normal», pensaba Dahlia. «Pero con lo que me ha dicho, no parece que quiera lastimarme», razonaba para sí, un tanto confundida. Entonces, decidió hacerle más preguntas a la criatura para así salir de todas sus dudas.

—¿Cómo te llamas? Mi nombre es Dahlia. Mi mamá me llamó de esa forma porque las Dalias eran sus flores favoritas. Seguro que tú también tienes una historia que contar acerca de cómo escogieron tu nombre —espetó ella, con toda la naturalidad que le fue posible mostrar.

—En la Legión, me llaman Galatea. Ese nombre me hace honor y me describe a la perfección, pues su significado alude al color pálido de mi piel —respondió el extraño ente de apariencia femenina.

—Oh, ya veo. Me parece un nombre muy bonito, ¿sabes? Pero cuéntame más sobre esa Legión de los Olvidados que tanto mencionas. Vives ahí con ellos, ¿cierto? Me gustaría que me describieras cómo es el lugar y lo que haces allí —dijo Dahlia, con un poco más de confianza en sí misma tras la reacción positiva de Galatea.

A pesar de la inocencia de las preguntas de la niña, el semblante de la criatura cambió. Parecía un tanto irritada, e hizo un despacioso movimiento pendular con su dedo índice izquierdo, indicándole a Dahlia que no le iba a contestar eso. Solo se le acercó a la pequeña para mirarla bien de cerca. Estuvieron cara a cara por unos segundos, tras lo cual le dio un ligero toque en la frente con el mismo dedo que antes utilizó para negarse a hablar, sumiendo a la jovencita en un profundo sueño. Despertó al día siguiente, cuando ya había amanecido, acostada en su cama. No había rastro alguno de Galatea, así que la niña comenzó a dudar de que aquella experiencia de la noche anterior en realidad hubiese sucedido.

—Tuvo que ser un sueño, o tal vez aluciné un poco. Quizás debo dejar de ir al estanque por un tiempo —masculló entre dientes mientras se desperezaba, estando aún recostada.

Tardó unos quince minutos en salir de la cama. Se sentía muy pesada y adolorida, y no conseguía detener la sucesión de bostezos que le sobrevino desde que despertó. Se duchó en un dos por tres con agua helada, creyendo que tal vez así se despejaría un poco, pero no le dio resultado. Estaba agotada, como si hubiera pasado en vela toda la noche. Se colocó el uniforme del instituto tan rápido como pudo, pues se le estaba haciendo tarde para ir a las clases del día. Cuando caminó hacia su cómoda para verse en el espejo ovalado, mientras se peinaba su desordenada melena, profirió un fuerte alarido por el susto que le ocasionó el reflejo que contempló. Justo en medio de su frente tenía una horrible marca rojiza en forma de rombo.

—¿Cómo rayos me hice esto?! ¡No puedo ir a la escuela así! —exclamó, consternada.

Decidió ponerse un pañuelo blanco en la cabeza, lo que la hacía lucir como una pirata, pero al menos así podía cubrirse por completo la

llamativa marca.

Salió de su habitación corriendo a toda prisa en dirección a la cocina. Emil aún no se había levantado, o quizás ni siquiera había vuelto, pero Dahlia ya no tenía tiempo de averiguarlo. Abrió el refrigerador, tomó un trozo de pan añejo y una manzana algo descompuesta, los puso dentro de su mochila, para luego irse disparada hacia la caseta del autobús escolar, el cual pasaría en unos cinco minutos, a lo sumo. Ese día por primera vez estuvo agradecida de que nadie en la escuela la determinara. Tenía una cara de cansancio indisimulable, con unas notorias ojeras bajo un par de enrojecidos ojos. Y para colmo, tenía que llevar puesto ese ridículo pañuelo para que la dichosa marca no sobresaliera. Se sentía espantosa, así que se consolaba con la indiferencia total de sus compañeros de clase. Sin embargo, las curiosidades en su vida no desaparecerían. Las rarezas no habían hecho más que comenzar, y ahora vendrían a raudales.

El profesor de literatura ese día presentó a un alumno irlandés que recién se incorporaba a la escuela y que sería su nuevo compañero. Era un chico algo bajo y delgado, de piel bronceada, cabello liso de tono castaño claro y ojos rasgados de un celeste turquesa muy poco común. Su nombre era Milo, y venía a pasar un ciclo lectivo en los Estados Unidos como estudiante de intercambio. Después de que lo terminó de presentar, el profesor le asignó su lugar. El único asiento que estaba disponible se encontraba justo al lado de Dahlia. Milo se dirigió en silencio hacia su puesto, colocó sus cuadernos sobre la mesa y se sentó con sumo cuidado.

No pasó ni un minuto cuando el chico se volteó de manera disimulada hacia Dahlia. Con una gran sonrisa de simpatía en su rostro, la cual revelaba unos graciosos hoyuelos, le dijo a ella en voz baja: —¡Hola! ¿Cómo te llamas?

Dahlia se quedó sin respiración por un momento y, tras unos segundos de estupor, le contestó titubeante: —Mi nombre es Dahlia. Me da mucho gusto conocerte, Milo.



TERESITA ALCARAZ

VII MEMORIAS EVANESCENTES

☞ Cuando sonó el timbre que marcaba la hora de ir a almorzar, Dahlia tomó sus cuadernos y sus lápices, los acomodó con rapidez en su mochila, y se dispuso a marcharse del salón de clases para buscar algún lugar alejado de todos. Deseaba estar en un sitio tranquilo para comerse el pan y la manzana que había tomado del refrigerador por la mañana. Encontró una banca vacía en la parte trasera del gimnasio y se tumbó allí, dando un gran suspiro mientras miraba hacia el despejado cielo de mediodía. Comenzó a mordisquear muy despacio el trozo de pan, el cual tenía una textura algo chiclosa y un leve sabor a moho. Estaba comiendo de manera mecánica, sin detenerse a pensar en si lo que tenía en su boca le sabía bien o mal. Comía porque era una necesidad biológica y nada más. Sin embargo, aquella vieja hogaza era un manjar para ella ese día. No se le iba del pensamiento aquella imagen del chico nuevo hablándole. Todavía le costaba creer que alguien que nunca la había visto antes se hubiera portado de una forma tan amable. Sin percatarse, estaba riéndose a carcajadas frenéticas ella sola, como si estuviese un poco loca.

Después de unos cinco minutos en ese estado, un ruido que provenía del pasillo a su derecha la sobresaltó, borrándole la sonrisa de inmediato. Fue un desagradable estruendo, como de algo muy pesado que golpeaba el piso al caer. Dahlia se levantó de un salto y, un tanto recelosa, fue a ver qué era lo que estaba pasando. En el pasillo no había nada ni nadie, lo cual la hizo estremecerse.

—¿Cómo pude escuchar algo tan estruendoso y ahora no hay ni un rastro de lo que sea que haya sido? Me tardé como diez segundos en venir aquí —se decía, incrédula—. Bueno, creo que mejor voy y termino

mi almuerzo, no vaya a ser que luego se me haga tarde por malgastar mi tiempo en tonterías —susurró, decidida.

Cuando se volteó para regresar a la banca, no había empezado a caminar todavía cuando chocó de frente contra lo que parecía ser una persona. La dureza y rigidez de aquel cuerpo la hizo sentir como si hubiera colisionado con un muro o un poste. Lo inesperado de la aparición del desconocido no le dio tiempo para reaccionar, por lo que el choque la hizo trastabillar y caerse de espaldas en el suelo. No pudo evitar golpearse la cabeza al caer.

—Oh, por Dios, lo siento mucho. No quise asustarte. ¿Te encuentras bien? —una voz masculina le hablaba, al tiempo que el dueño de la misma la ayudaba a levantarse—. Jamás creí que mi presencia te fuese a causar tantas molestias. En verdad estoy muy apenado. ¿Podrás perdonarme? —suplicaba el joven, con ojos de sincero arrepentimiento.

Dahlia estaba atontada por el golpe, pero se le dibujó una sonrisa de oreja a oreja en el rostro cuando cayó en la cuenta de que quien la sostenía entre sus brazos era nada más y nada menos que Milo.

—Claro, no te preocupes. No fue tan grave después de todo —contestó, mientras se frotaba el enorme chichón que se le había formado.

No fue capaz de disimular que en realidad sí le dolía muchísimo aquella contusión. Se le notaba en la expresión compungida y en los repetidos quejidos que profería mientras se masajeaba.

Milo se sonrojó al ver a la pobre Dahlia en esa condición por su culpa, entonces hizo algo que creyó que la alegraría y la haría olvidarse del dolor por unos minutos al menos. La sostuvo por la cintura con firmeza mientras la miraba a los ojos. Ella percibió un gran destello de luz dorada que la cegó por unos instantes. Cuando se le pasó el deslumbramiento, Milo aún la sujetaba y la observaba, pero ya no estaban en el patio de la escuela. Ahora los rodeaba un sinfín de florecillas silvestres multicolores y numerosas mariposas monarca que revoloteaban por doquier. El viento estaba cargado de un aroma dulce, una mezcla de lavanda con frutas cítricas. Los pájaros entonaban hermosas canciones y algunos de ellos hasta se les posaban en los

hombros. Milo la levantó con ambos brazos por los aires y la hizo girar con delicadeza unos cuantos segundos. Luego la cargó hasta una hamaca para que allí pudiese reposar un buen rato.

Dahlia estaba boquiabierta, casi conteniendo la respiración. Aquel lugar era una maravilla incomparable, sin la menor duda. Pero semejante entorno le parecía inverosímil, ya que hacía apenas unos minutos ambos habían estado de pie en el patio de la escuela.

—Estoy casi segura de que ese golpe en la cabeza me está haciendo desvariar. Debo estar imaginando cosas —farfullaba, sin salir de su aturdimiento.

Trató de levantarse de la hamaca, pero la cabeza comenzó a darle vueltas. Estaba tan mareada que, sin darse cuenta, se quedó dormida de un momento a otro. Cuando despertó, se sentía como nueva, pero no despertó en la hamaca del bello jardín que Milo le mostró. Estaba recostada sobre la banca de la escuela en donde se encontraba antes, comiéndose su almuerzo. Hasta tenía la mitad del trozo de pan en la mano...

Miró el reloj rosa en forma de búho que le colgaba del cuello. Eran las doce y diez apenas, la misma hora en que había escuchado el estruendo que la asustó.

—¿Cómo es posible que haya estado en un lugar que no conozco, que me haya dormido, y que al despertarme, pareciera como si nada hubiese sucedido? —monologaba la chiquilla, mientras se palpaba la cabeza en busca del chichón.

No tenía ya pero ni la sombra de aquella protuberancia, no le dolía más.

—Quizás este pan está tan añejo que me está intoxicando. De seguro el envenenamiento me está haciendo creer que vivo en medio de un cuento de hadas —se decía, entre risillas nerviosas.

Arrojó lo que quedaba del pan en bote de la basura y se marchó de nuevo al salón de clases. Ya no tenía apetito de todos modos.

Desde lejos, como a unos cincuenta metros de distancia, de pie en lo más alto del ramaje de un viejo pino, Milo la contemplaba con expresión de regocijo.

—Ella es tal y como me la imaginaba. Se rehúsa a creer hasta en lo que sus propios ojos ven. No me sorprende —declaró él, muy sonriente, mientras ladeaba la cabeza, como si estuviese comentádoselo a alguien más—. Es una suerte que haya podido encontrarla antes de que fuera demasiado tarde...

VIII COMIENZAN LAS REVELACIONES

☞ Durante todo el resto de aquella tarde, Dahlia no pudo concentrarse en nada. A cada instante se le venían a la mente las imágenes del destello dorado, el mágico jardín, los ojos claros de Milo... Se sacudía, se daba pequeños pellizcos, hasta se abofeteaba para intentar que aquellos falsos recuerdos, según ella, desaparecieran de su memoria. No logró otra cosa que ir haciéndolos cada vez más claros y vívidos, muy a pesar suyo. Y para colmo, Milo no le quitaba la mirada de encima, y lo tenía tan cerca que incluso podía escuchar su respiración pausada. Eso la incomodaba en sumo grado, hasta el punto de que tuvo que ponerse de pie, excusarse con la profesora de matemáticas e irse a la enfermería para pedir que le dieran algún té que le calmara los nervios. «Ojalá que me den autorización para marcharme de inmediato a casa. Este día ha sido demasiado para mí. Ya no soporto ni un segundo más aquí», pensaba para sí. Iba muy concentrada en esas ideas mientras caminaba por el pasillo lleno de casilleros pintados de verde musgo al subir las escaleras de caracol que daban al tercer piso, en donde se localizaba la enfermería.

Apenas salió Dahlia del aula, Milo se apresuró a maquinarse una excusa para irse tras ella. Esperó un par de minutos y se levantó de su asiento. Fue a decirle a la profesora que él también se estaba sintiendo mal porque seguro el pan del que Dahlia le convidó durante la hora de almuerzo tenía alguna sustancia nociva que les estaba causando malestares a ambos. Mientras hablaba, ponía una expresión de sufrimiento tan creíble que la profesora no dudó en autorizarlo también a él para que fuera a la enfermería. Milo le agradeció con una pequeña reverencia al mejor estilo japonés y caminó a paso lento hasta la puerta,

sosteniéndose el estómago con ambas manos, para darle el retoque final a su excelente papel de chico enfermo.

Cuando cerró la puerta del aula tras de sí y se aseguró de que nadie lo estuviese observando, cerró los ojos para así ser capaz de sentir con total precisión la localización de la chiquilla. Juntó las palmas de sus manos frente a su pecho, como si rezara, y murmuró unas palabras ininteligibles. Poco a poco, su figura comenzó a hacerse transparente. Parecía estar hecho de cristal, tras lo cual desapareció entre las cortinas de un tenue humo blanco. Reapareció de golpe a las afueras de la enfermería. La puerta estaba abierta de par en par, por lo que la doctora pudo haberlo visto sin dificultad mientras él llegaba de esa manera sobrenatural. Pero, para la buena suerte del muchacho, la especialista estaba de espaldas, examinando con detenimiento la lengua de Dahlia. Milo decidió hacerse a un lado y esperar hasta que ella saliera. Mientras aguardaba, se puso a jugar con una silla de madera que estaba situada a unos tres metros de distancia, frente a él, del otro lado del pasillo. Giraba su dedo índice derecho en forma circular y la silla imitaba ese movimiento al danzar oscilante sobre una de sus patas delanteras.

Después de un rato, que a Milo le pareció una eternidad, por fin escuchó la voz de Dahlia despidiéndose de la doctora. Dejó en paz la silla y endureció la expresión de su rostro. Ella salió de la habitación bostezando y frotándose los ojos, por lo que no vio al joven, quien la esperaba recostado a la pared. Él la dejó avanzar un poco y entonces se apresuró a toparla por detrás.

Puso su mano izquierda en el hombro derecho de ella y le dijo en tono pícaro al oído: —Oye, debiste decirme que no te sentías bien. Me preocupaste mucho cuando te vi tan pálida.

Dahlia se alteró tanto por aquello que solo atinó a lanzarle un codazo en la boca del estómago y salir corriendo despavorida.

—Espera, por favor... Perdóname una vez más... Parece que, sin quererlo, siempre te asusto —le gritaba en tono suplicante Milo, mientras se inclinaba un poco hacia el frente, pues ella le había sacado el aire con el golpe.

Tan pronto Dahlia volvió en sí, se dio cuenta de lo que acababa de hacer. No pudo evitar que se le subieran los colores al rostro.

—Ay, Milo, ¡cuánto lo siento! —musitó ella, tras lo cual apresuró sus pasos hacia donde estaba él.

Profusas lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas. Apretó los puños, cerró los ojos con fuerza y se dejó caer de rodillas al lado del muchacho. Trataba de hablarle, pero el llanto le apagaba la voz. Él la miró lleno de ternura y se arrodilló también. Le tomó la barbilla con delicadeza entre sus dedos índice y pulgar derechos, hasta hacerla levantar la mirada, ya que la pena la hacía mantenerla fija en el piso.

—No llores, Dahlia, no tienes razón para preocuparte —declaró el joven, tratando de consolarla.

La miró unos instantes más, y entonces la atrajo hacia él con ambos brazos. Fue el abrazo más cálido que alguien que no fuera su madre le había dado a la chica en toda su vida. La sensación de tranquilidad que le provocó la cercanía del cuerpo del chico acabó por completo con su llanto.

—Muchas gracias —fue todo lo que pudo decirle después de la gran conmoción que había experimentado.

Ambos se incorporaron sin prisas. Milo de inmediato se ofreció a llevarla hasta la entrada de su casa.

—No creo que sea una buena idea que te vayas sola en el delicado estado de ánimo en que te encuentras. Permíteme escoltarte hasta tu puerta —declaró él, con firmeza.

Dahlia asintió con la cabeza y entonces él la tomó de la mano. No la soltó en todo el trayecto hasta la parada del autobús. Mientras esperaban sentados, por fin ella pudo acomodar un poco sus pensamientos, y le preguntó: —¿Por qué haces todo esto por mí? Ni siquiera me conoces.

Sonriendo de manera pícaro con la mitad derecha de su boca, él le contestó con toda naturalidad: —Eso es lo que tú crees, pero lamento decirte que estás equivocada. Te conozco desde que naciste.

Aquella afirmación la dejó muy descolocada. Cruzó los brazos, y con el ceño fruncido, replicó: —¿Acaso estás demente? Vienes de Irlanda y yo

he vivido toda mi vida aquí. Nunca he salido de los Estados Unidos. No utilizo ninguna red social, así que es imposible que tan siquiera nos hayamos visto antes de hoy.

En ese momento, llegó el autobús que estaban esperando. Milo se puso de pie, la volvió a tomar de la mano y la arrastró para que se diera prisa a subir, pues no había nadie más que ellos dos en aquella parada.

Una vez que estuvieron a bordo, él la miró con cierta severidad y le preguntó: —¿De verdad quieres saber cómo es que te conozco?

Con cara de absoluto fastidio, Dahlia refunfuñó: —¡Claro que sí! Todo tiene una explicación lógica. Espero que tengas un argumento que sea lo bastante bueno como para respaldar ese disparate que inventaste.


Sin inmutarse, él exclamó: —¡Ya lo verás! Te sorprenderá mucho todo lo que voy a contarte, pero deberás esperar hasta la noche, cuando te hayas dormido. Te recomiendo ser paciente.

Más confundida aún, Dahlia intentó sacarle información extra, pero Milo no dijo ni una sola palabra. Aprovechando que el autobús ya había llegado a su destino, de nuevo la sujetó de la mano y la llevó a toda prisa por el sendero que conducía hacia la casa de ella. Allí se detuvo un instante, le sonrió y le dio un pequeño beso en la mejilla izquierda.

—Solo espera hasta esta noche. Te lo diré todo con lujo de detalles — afirmó el muchacho.

Y en unos breves instantes, desapareció de la vista de la perpleja rubia.

IX SHEREZADE

 Dahlia entró a su casa a regañadientes. Quería irse corriendo detrás de Milo, sujetarlo de los hombros y no soltarlo hasta que le revelara todo lo que le estaba ocultando.

—Ese chico... ¿Cómo es que pudo irse tan rápido? Parece que se lo hubiera tragado la tierra. Él es tan extraño... —balbucía la muchacha, mientras subía los peldaños que la llevarían a la segunda planta.

Arriba estaba su habitación, la más retirada de toda la propiedad. Iba arrastrando los pies, desplazándose con mucha lentitud, pues estaba ida en el mar de sus pensamientos. Tenía una maraña de ideas en la cabeza que no lograba hacer encajar, y eso la tenía muy enfadada. Siempre había podido encontrar la racionalidad en cualquier cosa que analizaba, pero ahora, por primera vez en su vida, se topaba con un gigantesco enigma. No podía permitir que un simple chico le perturbara su mundo de perfecto orden con sus tonterías. Estaba resuelta a descubrir el punto débil en la farsa tan bien elaborada de Milo y así poder restregarle en la cara que ella siempre tuvo la razón.

—Quizás una larga ducha con agua caliente me ayude a relajarme un poco. En este preciso momento no puedo pensar con mucha claridad, pero un buen baño me hará mucho bien —aseguró, complacida.

Cerró la elegante puerta de caoba de su cuarto y procedió a desvestirse mientras tarareaba su canción predilecta. Era una melodía suave y arrulladora. Su madre solía cantársela por las noches, cuando era muy pequeña, para que se tranquilizara cada vez que la oscuridad la asustaba. Cuando por fin se encontró desnuda bajo la exquisita tibieza del agua proveniente de la ducha, aún canturreaba en voz baja. ¡Cuánto amaba aquella música!

—¡Esta tonada es tan especial! Siempre me calma y me hace pensar en...en...oh, por Dios, en...

Dahlia no pudo recordar a quién le evocaba aquella canción. Se quedó helada, hasta dejó de respirar. Se llevó ambas manos a la boca, con la mirada llena de turbación.

—Sé que alguien me la cantaba, pero... ¿quién? Ay, no, ¿qué me sucede? ¿Cómo pude olvidar algo tan importante? —Su voz era lastimera, casi inaudible.

El nudo en su garganta se hizo insoportable y dio pie a un llanto descontrolado. Ni siquiera soportó quedarse erguida, sino que se acuclilló y escondió su rostro entre ambos brazos.

Lloró por largo rato. Sus párpados se asemejaban a un par de globos amaratados. Tosía repetidas veces, lo cual le robó lo poco que le quedaba de energía. Cuando ya no tuvo más fuerzas para seguir llorando, cerró la llave del baño, tomó la toalla pastel que estaba sobre su taburete y se envolvió el tronco con ella. No tenía ganas de secarse, mucho menos de arreglarse o tan siquiera verse en el espejo. Salió estando empapada y así se dejó caer en su cama. Se sentía muy temblorosa y devastada. No tenía siquiera un osito de felpa para abrazar, por lo que su letargo no tardó ni cinco minutos en pasar a ser un sueño profundo.

Tras unas horas de completa inconsciencia, la chica tuvo la sensación de que una voz la estaba llamando. Al principio era un simple murmullo lejano, pero se fue haciendo más y más claro cada vez, hasta que por fin pudo comprender de qué se trataba. Reconocía esa voz a la perfección.

—Oye, Dahlia, ¿puedes oírme? Despierta, ya es hora...

Con gran dificultad abrió los ojos, los cuales le pesaban una tonelada por el cansancio, pero distinguió con claridad el rostro expectante de quien le decía esas palabras.

—Milo, ¿cuánto tiempo llevas aquí? —Eso fue lo primero que ella inquirió del muchacho.

—Para ser honesto contigo, en realidad, nunca me fui —contestó, con una risilla juguetona—. Te hice creer que me había marchado, pero

todo el tiempo estuve cerca de ti. Tomé un libro del estante junto a la chimenea, luego me apoltroné en el sofá cama que hay en tu sala, y me puse cómodo para leerlo, con una taza de *cappuccino* caliente para hacer el rato más ameno. Espero que no te vayas a enfadar conmigo por ello.

A la pelirroja se le sonrojaron hasta los cabellos cuando cayó en la cuenta de que aún estaba cubierta solo con la pequeña toalla de baño, casi desnuda, frente a un chico del que apenas sabía su nombre. Para colmo, él llevaba quién sabe ni cuánto tiempo de andar paseándose por su casa, haciendo lo que se le venía en gana.

—¿Cómo te atreves a irrumpir en mi casa, sin mi permiso, usar mis cosas y, para colmo, venir a fisgonearme a mi habitación?! —le gritó, hecha una furia—. ¡Por supuesto que me voy a enfadar contigo!

La rubia le soltó un potente manotazo en la mejilla derecha. Milo retrocedió unos pasos, estupefacto, y un tanto avergonzado. La cara le ardía como si se la hubiese quemado, pero aquel golpe era lo de menos. Estaba muy arrepentido por haber exasperado tanto a Dahlia.

—Gracias por abofetearme, me lo tengo bien merecido. Te ruego que me perdones... Vaya, desde que nos conocimos, no he hecho más que disculparme contigo, pues solo te he causado molestias. Tienes toda la razón en lo que acabas de decir. Será mejor que me retire de verdad esta vez —aseveró, con un tono casi lacrimoso.

Dio media vuelta y comenzó a caminar hacia la puerta, pero una orden de la joven lo detuvo en seco.

—¡Detente ahí mismo! No te moverás de aquí si no me dices hasta la última sílaba de lo que prometiste contarme. Dijiste que esperara hasta la noche, cuando me hubiera dormido. Puedo ver a través de la ventana que ya anocheció. Yo estaba durmiendo tranquila cuando viniste a importunarme... Estoy esperando que comiences a hablar de una buena vez —exclamó Dahlia, con mucha autoridad en cada una de sus palabras.

—En eso también tienes razón. Es una promesa que debo cumplirte. Solo saldré un momento de tu habitación para que puedas vestirte con libertad. Cuando hayas terminado, entonces te lo contaré todo. ¡Lo juro!

—afirmó él con gravedad, poniéndose su mano derecha sobre el corazón.

—¡No, no saldrás de aquí! ¿Quién me asegura que no huirás de nuevo? Ponte de pie en una esquina, de espaldas a mí. No quiero perderte de vista ni un segundo, ¿está claro? —ordenó de nuevo la chica.

Milo obedeció sin pensárselo dos veces. No quería ocasionarle más disgustos intentando contradecirla. Dahlia caminó hasta su clóset de puertas corredizas y tomó un juego de pantaletas y sostén azul marino. Se los puso a toda velocidad, tras lo cual escogió el primer vestido que se le apareció. Estaba hecho de encaje negro con pedrería escarlata engarzada en el pecho y en los bordes de las diminutas mangas. Era corto, pero no demasiado y le dibujaba muy bien la silueta. Decidió sujetarse el cabello en una trenza para no lucir tan despeinada. En unos pocos minutos estaba lista y entonces le indicó con un silbido a Milo que ya podía voltearse.

—¡Guau! Luces muy linda —indicó él, mirándola de arriba abajo.

—No te pedí que te quedaras para que empezaras a halagarme, así que vamos a la sala y ahí hablaremos, ¿entendido? —La chica replicó con insolencia, aunque en sus adentros se sentía muy contenta por el sincero cumplido del muchacho.

—Bien, bien, pero ya no te enfades tanto, por favor —le pidió con vehemencia, un tanto contrariado.

Dahlia se apresuró a sujetarlo del brazo derecho con ambas manos y juntos bajaron las escaleras para llegar a la sala. Cuando estuvieron sentados en el sofá-cama, frente a frente, él guardó silencio un momento, como reuniendo el valor necesario para proclamar un importantísimo mensaje. En vez de comenzar a hablar, mordió su labio inferior y bajó la mirada. De repente, se levantó de un salto y sujetó a la chica de ambas manos, impulsándola hacia adelante para que ella se levantara también. Cuando ambos estuvieron de pie, él puso sus dedos índice y corazón izquierdos con suavidad sobre los labios de Dahlia, indicándole que no hablara. Entonces, la sujetó de la cintura sin quitarle la mirada y de nuevo ella vio un destello dorado cegador, justo como

cuando la había llevado al bello jardín. Pero en esta ocasión, los chicos no fueron a ningún jardín...

Lo primero que ella notó fue un cielo, en el cual había muchísimas más estrellas que cielo. Resplandecían tanto que casi parecía que estaban a plena luz del día. Luego se percató de que sus pies no estaban pisando el suelo. En realidad, no estaban pisando nada. ¡Ella y Milo estaban flotando! Volteó a ver de un lado a otro, pero no distinguía más que unos pasillos larguísimos, llenos de varias puertas de marfil con entalladuras de plata en los bordes y pomos esféricos de cristal atornasolado. A lo lejos, se escuchaba el canto de lo que sonaba como un magnificante coro gregoriano.

—¿Dónde estamos, Milo? Estoy casi segura de que estoy soñando, ¿cierto? Pellízcame, este lugar no puede ser real —le dijo al muchacho, mientras miraba de un lado a otro, embobada.

Milo le sonrió con agrado, pero no la pellizcó, sino que le indicó con un movimiento de la cabeza que lo siguiera. Ella quiso rezongar pero optó por obedecerle y permaneció en silencio. El chico la guió hacia una de las cientos de puertas que había en los inmensos pasillos, le tomó la mano y se la colocó en el pomo.

—No lo gires, solo cierra los ojos y enfoca tus pensamientos en que deseas entrar a este lugar, ¿de acuerdo? —La indicación de él fue dada con mucha seriedad.

Ella asintió con la cabeza e hizo tal y como se lo pidió. Unos segundos después, cuando abrió los ojos de nuevo, ambos estaban un sitio en donde todo era blanco y luminoso. En el centro de esa habitación, había una enorme burbuja dorada y translúcida, en cuyo interior se podía distinguir la figura de una hermosa mujer dormida en medio de una sustancia líquida de tono verde esmeralda. Dahlia se aproximó a la burbuja para poder ver mejor a la dama y, justo en ese instante, ella abrió sus ojos. Eran de color purpúreo, formidables, pero llenos de paz y benignidad.

—Te hemos estado esperando hace tanto tiempo... Bienvenida seas, pequeña Dahlia —manifestó la encantadora doncella, sin que una sola palabra saliese de su delicada boca.

—Sherezade se comunica mediante la telepatía. No te asustes —le susurró Milo...

X GEMELOS

❧ Dahlia volteó la cabeza hacia la derecha con la intención de hablarle a Milo. Quería preguntarle algo acerca de la bella Sherezade, pero se detuvo en seco. Sintió un extraño vacío en su pecho y la voz se le apagó. Ella no podía creer lo que estaba contemplando. Su semblante revelaba la gran mezcla de emociones encontradas que le producía la escena. Exhibía un mohín que combinaba asombro con curiosidad y algo de temor al mismo tiempo. Ella hubiese jurado que había entrado en aquella misteriosa habitación junto a Milo y que fue él quien hacía solo un momento le había susurrado. No obstante, la imponente figura que tenía ante sí podía ser cualquier cosa menos el chico con el que había venido.

Junto a Dahlia se erguía una majestuosa figura de unos tres metros de estatura, con rasgos muy varoniles y, sin embargo, para nada humanos. La criatura estaba vestida con una elegante armadura de plata que le cubría el torso. Su piel parecía estar hecha de alguna piedra preciosa desconocida, ya que resplandecía con suaves matices azulados y rojizos, dependiendo de sus movimientos y el ángulo de la luz que la iluminase. Sus brazos y piernas revelaban una musculatura definida y llena de vitalidad. Su cabellera le llegaba hasta los tobillos y era muy lisa, de una tonalidad verde olivácea, que por momentos cambiaba a naranja encendido. De su espalda salían tres enormes pares de alas membranosas, similares a las de un murciélago. Cada uno de los pares tenía un color distinto: escarlata, magenta y cian. Pero de todo el imponente conjunto de sus características físicas, la que más impacto causaba era su penetrante mirada. Parecía haber una pequeña galaxia

atrapada en cada una de sus cuencas, con millones de diminutas estrellas fulgurantes cambiando de lugar de manera constante.

Sin percatarse, la quijada de Dahlia estaba a punto de rozarle las rodillas por la inconmensurable fascinación de que era presa en ese momento. Todavía no recuperaba el aliento ni podía acomodar el caos de sus pensamientos como para ser capaz de articular un enunciado coherente, así que la extraña criatura decidió ser la que rompiera el silencio y la tensión en la atmósfera.

—No pretendía manifestar ante ti mi verdadera forma tan pronto, pero, al parecer, Sherezade juzgó que era lo mejor. No te preocupes, ni ella ni yo te haremos daño alguno —aseguró el gigante, con una voz profunda y resonante, como si un trueno estuviese anidado en su garganta.

—¿Qué... quieres... decir... con... tu... verdadera... forma? —La voz de Dahlia sonaba temblorosa.

—Soy yo, Milo —se apresuró a contestarle la criatura.

Antes de que Dahlia pudiera decir algo más, Sherezade atrajo su atención al rozarle el hombro derecho con un mechón de sus negros y ondulados cabellos.

—Hay algo muy importante que debes saber, pequeña. Cuando estabas en el vientre de tu madre, no estuviste sola. Tienes un hermano gemelo, pero él no nació junto a ti, como sería común esperar en el mundo de los humanos. Justo en el momento de la concepción de ambos, yo establecí una conexión psíquica con ustedes. Pude entonces tener un breve vistazo de lo que estaba por venir en sus vidas. Por el bien de la humanidad, escogí a tu hermano para que viniera conmigo y lo implanté en mi vientre. Antes de eso, le pedí permiso a Déneve para hacerlo, a través de una visión, la cual le hice olvidar poco después. Soy una *Keijukainen*, emparentada de forma directa con los astros de la constelación de Orión, donde aún yace oculto el corazón de Raki, tu más antiguo antepasado. Al haber crecido tu hermano dentro de mí, algo de mi sangre pasó hacia él, lo que lo hizo convertirse en un híbrido de humano, Keijukainen, Valaistu y Nocturno. Él está hoy ante tus ojos, y es a quien llamas Milo —le reveló, con solemnidad, la dama de tez nívea.

Dahlia estaba aún más intranquila y confundida que antes. Le estaban dando información transcendental en abundancia, pero con muchas palabras de las que jamás había escuchado hablar. Ya era demasiado para un solo día. Su cerebro no lograba asimilar tantas cosas de golpe. De entre todo lo que Sherezade mencionó, lo que más la desconcertó fue saber que... ¡esa monumental criatura a su lado era su hermano gemelo Milo! La cabeza le daba vueltas, se sentía fuera de sí, no comprendía nada de nada. Estaba a punto de desplomarse debido a un repentino vértigo y una copiosa sudoración que emanaba de todo su cuerpo, pero la mano de su hermano la sostuvo con delicadeza. Cuando ella lo miró, tenía otra vez su forma humana de chico y le estaba sonriendo, rebosante de ternura.

—No te presiones, Dahlia. Ya tendrás tiempo para pensar con claridad. Lo más importante de todo es que ahora sabes quién soy yo en realidad. Estoy contigo para ayudarte y cuidarte, pase lo que pase —le aseguró el muchacho, en un tono que inspiraba total confianza—. Creo que debería llevarte a casa de inmediato. Podemos volver aquí con total facilidad más tarde —afirmó, mientras la sujetaba por la cintura y la miraba a los ojos.

Una vez más, Dahlia vio el destello dorado que ya le resultaba tan familiar y, apenas unos segundos después, ambos jóvenes se encontraban en la sala de la casa de la chica, sentados en el sofá cama. Sabiéndose de vuelta, ella cayó rendida por el gran cansancio físico y mental en los brazos de Milo. Él la abrazó con fuerza, tras lo cual la levantó y se la llevó hasta su cama. Allí la arropó con una sábana limpia y le besó la frente con cariño. Luego se dirigió a cerrar con llave la puerta de la habitación, para después sentarse en el piso, con su espalda recostada a una de las paredes. Desde allí vigilaría sin pausas el sueño de su hermana durante todo el resto de esa noche.

Al principio, Dahlia parecía descansar de manera apacible, pero pronto su rostro comenzó a contraerse mientras ella balbucía algunas frases inconexas. Milo se acercó a ella, un poco preocupado, para escuchar con mayor claridad lo que decía. De los labios de la chica escapaban suspiros entrecortados y palabras apenas audibles. «Yo...

Olvidados... dónde... Milo... mamá... quién... Galatea...» Esas eran algunas de las pocas cosas que el muchacho pudo comprender, aún teniendo su oído casi pegado a la boca de Dahlia. Estaba muy extrañado con todo aquello, pero se limitó a pensar que ella debía estar soñando y que no había razones para exagerar. La pobre chica necesitaba dormir lo máximo que fuese posible, así que decidió no despertarla, aunque siguiera murmurando por varias horas más.

Retomó entonces su puesto anterior. Continuó mirándola hablar en sueños por un rato, tratando de imaginar qué sería lo que ella visualizaba en su fantasía onírica. De pronto, la chica arqueó la espalda y profirió un estridente chillido de angustia. Acto seguido, Milo corrió a su lado, para tomarla de la mano y así tratar de calmarla, pero todo lo que hizo fue en vano. Dahlia comenzó a convulsionar mientras seguía gritando. Sus movimientos violentos dejaban ver que estaba siendo torturada, como si le clavaran algo filoso en el pecho. Él la sujetó de ambos hombros y la sacudió con fuerza para despertarla. Eso tampoco dio resultado. Ella seguía retorciéndose de dolor, cada vez con más intensidad. Milo tuvo que tomar una drástica medida, en vista de las angustiantes circunstancias. Colocó su mano derecha sobre su ojo izquierdo, al tiempo que hacía una invocación. Desde su cuenca emanó una esfera del tamaño de la cabeza de un alfiler, la cual fulguraba y giraba sobre su propio eje. La tomó entre sus dedos índice y pulgar, y se la colocó a Dahlia en el pecho, que era donde parecía dolerle más. La piel de la muchacha la absorbió de inmediato, haciendo que su cuerpo se elevara a unos pocos centímetros de la cama, para después regresar a ella. Sus gritos se habían detenido por completo, pero seguía dormida. Milo volvió a sacudirla y esta vez ella sí se despertó.

Al abrir sus ojos la joven, por un milisegundo su hermano vio en ellos un centelleo de los ojos de otra persona: era la mirada de un alma llena de amargura. Pero aquella imagen fue tan fugaz que creyó haberla imaginado. Se lo atribuyó al gran susto y la zozobra de verla sufriendo durante su pesadilla.

Además, tan pronto lo reconoció, Dahlia se le abalanzó a su cuello y lo abrazó con gran ímpetu, mientras entre lágrimas sollozaba: —Muchas

gracias por estar aquí.

Él no tardó en envolverla con sus brazos, meciéndola a ritmo lento, para tranquilizarla...

XI ARREPENTIMIENTO

—No me atrevo ni siquiera a ver a mi pobre e inocente hijita a los ojos —monologaba Emil, con un tono de infinito pesar, mientras dos gruesas lágrimas le surcaban el rostro.

Cualquier persona que mirase la situación desde fuera, tacharía al hombre de desalmado, carente del más mínimo interés por su familia. Él no pasaba más de cinco horas diarias en casa, pues se mataba trabajando en la compañía hasta altas horas de la noche, tras lo cual salía a toda velocidad, sin despedirse de nadie. Se iba directo hacia el único bar del condado. Allí se acomodaba en una esquina poco iluminada del mismo, y le pedía al mesero el trago de siempre: *whisky* en las rocas. Bebía con infinita calma, hasta quedar sumido en la taciturnidad. Se marchaba justo cuando comenzaban a cerrar el bar, lo cual sucedía a mitad de la madrugada. Se marchaba a pie y, al llegar a su casa, entraba por la puerta de atrás con sigilo, se quitaba los zapatos y subía las escaleras para llegar a su habitación. Se tumbaba en su cama matrimonial sin darse una buena ducha primero o al menos cambiarse de ropa. Llegaba tan agotado a casa que lo único que hacía era irse a dormir para que, unas cortas horas después, pudiese ser capaz de levantarse e irse de nuevo al trabajo. Era un monótono círculo vicioso de esclavitud hacia el trabajo y el alcohol, donde no quedaba espacio para nada más, ni siquiera un breve intervalo en que Dahlia pudiese verlo.

Nadie se imaginaría la vorágine de sentimientos que lo estaba consumiendo poco a poco. Con cada minuto que transcurría, el enorme peso de una amalgama de culpa, tristeza, impotencia, amargura y arrepentimiento destrozaban el corazón del joven padre. Jamás podría

perdonarse a sí mismo por la bajeza en que había caído. Primero le arrebató la vida a la dulce Déneve y ahora, en cualquier instante, la de Dahlia también sería tomada. ¿Y por qué lo había hecho? Se dejó llevar por la cobardía y el egoísmo, no pensó en nadie más que en sí mismo y en su supervivencia. Sentía que él, más que nadie, merecía ser castigado con severidad. Deseaba con todas sus fuerzas ofrecer su alma en lugar de la de su pequeña. Pero sabía muy bien que aquello era imposible y, dado que jamás entregaría a Dahlia de forma voluntaria, los Olvidados sin duda vendrían por ella muy pronto, tal y como lo habían pactado.

Esa noche salió del bar más abatido que nunca antes, pues quedaba ya solo un mes exacto para el decimoquinto cumpleaños de su pequeña, y de seguro ese sería entonces el último mes que la vería con vida. En el trayecto a casa, mientras caminaba como si sus pies fuesen de plomo, con la mirada perdida, cabizbajo, su mente acarició gustosa la idea de suicidarse. Ya no soportaba más el inconmensurable dolor de su corazón y no deseaba estar presente cuando la Legión le arrebatara a la niña. Así que decidió ir a verla mientras esta dormía. Una última mirada a su linda e inocente chiquilla, para luego decirle adiós a ella y al mundo para siempre. No deseaba que su despedida fuera desagradable, lo cual sucedería si Dahlia percibía el potente hedor etílico que se le escapaba con cada exhalación, por lo que cepilló tres veces sus dientes y lengua, se enjuagó con desodorante bucal y luego tomó una pieza de goma de mascar con sabor a yerbabuena. Se dirigió a la puerta de la habitación de la chica y, con mucho cuidado, comenzó a girar el pomo. Pero notó que estaba cerrada con llave desde dentro, lo cual le extrañó un poco. Iba a utilizar la llave maestra que traía consigo, pero en ese preciso momento, alguien que no le era familiar salió a su encuentro.

—Padre, por fin has llegado. Pasa adelante, por favor. Dahlia anhela verte —declaró Milo, con una expresión de desánimo en el rostro—. No ha parado de llorar y de pedirme que fuera a buscarte.

—¿Quién eres, jovencito? ¿Por qué me has llamado *padre*?

—inquirió, con el ceño fruncido y una mirada cargada de desconfianza.

—Puedo explicártelo todo con gusto, pero preferiría hacerlo más tarde, si me lo permites. Ella te necesita ahora mismo.

Emil no se tranquilizó del todo con aquella afirmación del muchacho, pero no le quedó más remedio que hacerle caso. Se escuchaba sin dificultad el desgarrador lamento entrecortado de su niñita en el interior de la habitación. Ingresó muy despacio y se sentó al lado de ella.

—Papá... ¡Te he extrañado tanto! —chilló desesperada, al tiempo que lo besaba repetidas veces en las mejillas y el cuello, además de estrujarlo con fuerza contra sí, utilizando ambos brazos.

Emil no pudo contenerse más y prorrumpió en llanto. Acariciaba los cabellos de la pequeña y la besaba con suavidad en la frente.

—Te suplico que me perdones... Sé que te he dejado sola cuando más me necesitabas... Nunca voy a poder compensarte todos estos meses de abandono... ¿Crees que podrás perdonarme algún día, hijita? —Su súplica sonaba muy lastimera y, mientras hablaba, sostenía a Dahlia junto a su pecho.

—Claro que sí. No podría estar enojada contigo. Papá, yo... ¡te amo!

Milo contemplaba la escena en silencio. Estaba conmovido hasta el tuétano. Deseaba con vehemencia unirse a aquel tierno abrazo familiar, pero creyó más prudente esperar un poco, cuando su padre y su hermana estuviesen más sosegados. Pasó un largo rato para que las emociones de todos bajaran un poco de intensidad. Ya había amanecido cuando Dahlia por fin logró dejar de llorar y se quedó dormida en el regazo de su padre.

—Muchacho, no quiero ser maleducado o desconsiderado contigo, pues al parecer has ayudado a mi hija mientras yo no estaba. Sin embargo, ni siquiera conozco tu nombre o a tu familia y hace un rato me llamaste *padre*. Por favor, explícate ahora —solicitó Emil, con mucha autoridad, pero sin rudeza.

—Como digas, mi señor. Si no te molesta, creo que hay alguien que puede darte una explicación mucho mejor que cualquiera de las mías. Sé que es difícil para ti confiar sin saber nada de mí, pero te aseguro que, si decides hacerlo, todo irá mucho mejor. ¿Confiarías en mí, por favor? —contestó, con gran respeto, el muchacho.

—Pues, está bien. Te daré una oportunidad. ¿Quién es, entonces, la persona que me explicará todo, según me has dicho?

—Estás a punto de conocerla... Levántate, y trae contigo a Dahlia.

Aunque estaba bastante contrariado, el padre obedeció las instrucciones del chico. Se levantó despacio, teniendo mucho cuidado de no despertar a su hija. Una vez que estuvo de pie, cargando a la niña en sus brazos, se quedó mirando expectante a Milo.

—Ahora, quédate quieto y no apartes tu mirada de la mía, por favor —le pidió el jovencito, con suavidad.

Entonces, lo sujetó por la cintura, como había hecho antes con Dahlia, y Emil pudo ver de reojo el destello dorado cegador. Segundos después, los tres estaban flotando frente a la misma extraña habitación en donde la chica había entrado horas antes, a punto de encontrarse ante la presencia de la hermosa Sherezade.

XII ESBOZO DEL FUTURO

Emil miraba con atención de un lado a otro, preso de una enorme incredulidad, combinada con recelo y ansiedad. Jamás había estado en un lugar tan maravilloso pero a la vez tan ilusorio, pues todo en derredor lucía como sacado de un sueño fantasioso de algún chiquillo con portentosa imaginación. Tenía miles de preguntas dándole vueltas en su confundida cabeza, pero no fue capaz de decir ni una sola palabra. Sus párpados se cerraban sin que pudiera evitarlo, sentía la garganta rasposa y su lengua estaba muy reseca, además de que le estaba costando trabajo respirar. Después de un pesado día de trabajo, seguido de una velada con exceso de copas, luego una sucesión de momentos cargados con un sinfín de emociones fuertes, y sin siquiera tener una breve siesta para reponer un poco sus energías, su cuerpo no podía hacer menos que comenzar a colapsar.

Percibiendo casi de inmediato el excesivo agotamiento físico y mental que agobiaba a su padre, Milo se apresuró a ofrecerse para sostener a Dahlia en sus brazos. Emil aceptó sin poner la más mínima resistencia, pues estaba a punto de desmayarse.

—Por favor, resiste un poco más... Es necesario que coloques tu mano derecha sobre el pomo de esta puerta, pero no lo gires. Solo cierra tus ojos y concéntrate en la idea de que deseas entrar a la habitación — suplicó el muchacho.

Con un súbito arrebató, Emil reaccionó con rapidez e hizo lo que se le solicitaba. Antes de que se diera cuenta, ya estaban todos dentro del recinto. De nuevo, le sorprendió muchísimo lo que encontró allí. La luminosidad y blancura que circundaban a la dorada esfera donde reposaba una hermosa doncella desconocida, lo dejaron boquiabierto,

paralizado, como si acabase de haber recibido una descarga de alto voltaje. Y por si ese peculiar espectáculo fuese poco, un drástico cambio en su organismo lo terminó de sumir en el asombro absoluto. No quedaba ni rastro del terrible cansancio o de la embriaguez de la noche previa. Tampoco se sentía triste o angustiado, sino todo lo contrario. Era como si le hubiesen arrancado de raíz todas las penas e inquietudes, para reemplazarlas con una indescriptible paz interior. Nunca antes había tenido los ánimos al tope, con tan vigorosos latidos en su pecho y tanta calidez en su alma...

—Ya no sufras más, no te culpes. Hoy es un día muy gozoso para ti, pues tus hijos te han perdonado. Yo también siento una gran compasión por ti —le anunció Sherezade, mientras sus serenos ojos lo miraban.

Emil se sobresaltó al caer en la cuenta de que aquellas palabras que provenían de la bella desconocida habían llegado a su mente sin necesidad de escucharlas primero. Abrió los ojos como platos, pero continuó en silencio, a la expectativa de todo cuanto ella quisiera comunicarle.

—He sanado las numerosas heridas que surcaban tu cuerpo y tu espíritu, pues Dahlia te necesita a su lado, sano y fuerte. Lo que se avecina será muy difícil, y tú, junto con Milo, serás de vital importancia para que ella pueda salir victoriosa —concluyó la dama.

Salió de la burbuja como si esta la estuviese dando a luz y se posó justo enfrente de Emil. Lo tomó de ambas manos y lo envolvió por completo con sus largos y oscuros cabellos, los cuales se agitaban con suavidad, cual acompasado vaivén oceánico. Ambos entraron en un trance, una especie de viaje al pasado, donde Sherezade le reveló su identidad y lo que había hecho con respecto a Milo. Además, le mostró la misma visión que había recibido Déneve años atrás. En ella, Emil pudo distinguir dos impactantes acontecimientos diametralmente opuestos.

Lo primero que le fue mostrado constituía una lúgubre y sobrecogedora escena. No quedaba vestigio alguno de luz solar en ningún rincón de la Tierra, pues los cielos estaban cargados de renegridos nubarrones. Se escuchaban potentes truenos centelleantes

por doquier, y una copiosa lluvia de gruesas cenizas le causaba ardor y comezón en la piel hasta con el más pequeño roce. Toda la vegetación estaba marchita y los cadáveres de animales en avanzado estado de descomposición tapizaban el suelo. Podía percibirse en el aire un repulsivo hedor a sangre y azufre. El cual se le calaba con facilidad hasta lo más recóndito de sus fosas nasales, provocándole náuseas y una incontenible tos seca. En medio de ese escalofriante panorama, la figura de una mujer desnuda, cuya tez y cabellera eran pálidas en extremo, de rasgos faciales que le parecían muy familiares, avanzaba despacio sin tocar el suelo, con una mirada llena de rencor. De repente, ella lanzó un estruendoso chillido hacia el firmamento. Todo el escenario comenzó a sacudirse de manera violenta hasta que se desató un terremoto de escala global. Desde el fondo de la tierra, comenzaron a emerger incontables seres, tan descoloridos como la mujer que gritaba, y uno por uno fueron elevando sus voces hasta alcanzar la potencia del chillido de ella. Después, una infinita oscuridad acabó con esa parte de la visión.

La segunda escena que Emil contempló le quitó por completo el desasosiego que le había generado conocer la primera. En esta nueva imagen, el astro rey, con todo su esplendor, presidía un despejado cielo, azul intenso. El verdor poblaba los campos y ya comenzaban a brotar preciosas flores multicolores. Los pájaros cantaban sin cesar mientras jugueteaban con las incontables mariposas que revoloteaban por la pradera. Una cálida brisa le acariciaba la piel y despedía una leve esencia de lavanda, la cual resultaba muy relajante. No muy lejos de allí, podían escucharse las graciosas voces y risas de unos niños que tomaban un baño en un prístino riachuelo de aguas templadas. En ese instante, volteó a mirar hacia arriba y notó cómo descendía a toda velocidad desde los cielos hacia aquel prado una joven muy bella. Cabalgaba un brioso corcel dorado de impresionante tamaño. Llevaba puesta una túnica de blancura inmaculada que cubría la totalidad de su cuerpo. Solo era visible su delicado rostro y sus abundantes cabellos de plata, que ondeaban con el viento en todas direcciones. Al llegar junto a los niños,

descendió del lomo del caballo y fue a su encuentro. Ellos se abalanzaron con cuidado sobre ella y la cubrieron de besos. La muchacha sonreía de oreja a oreja y acariciaba las cabecitas de todos los pequeños. De repente, alzó la vista y clavó su zafírea mirada en los ojos del fascinado Emil, dando así por concluida la segunda parte de la visión.

—Las dos escenas que te he mostrado se harán realidad. De Dahlia, Milo y tú depende cuál sea la que prevalezca —aclaró Sherezade.

Tras terminar su declaración, procedió a colocar alrededor del cuello de Emil un diminuto cristal transparente en forma de rosa que colgaba de una fina cadena de oro.

—¿Qué es esto? —cuestionó él, con mucha curiosidad.

—Cuando llegue el momento, lo sabrás —fue todo lo que la doncella decidió revelar.

Durante todo ese tiempo, Dahlia seguía dormida en brazos de su hermano. Él la veía con ternura y después pasaba a contemplar lo que estaba llevando a cabo Sherezade con su padre. Cuando Emil hubo acabado de recibir el impactante mensaje de la dama, de inmediato avanzó en dirección a sus hijos. No atinó a decirles nada, solo les sonrió y los tres se fundieron en un cálido abrazo, desbordando júbilo y afecto. Eso causó que Dahlia por fin despertara y, al encontrarse con los alegres rostros de su familia, se llenó de tranquilidad y correspondió sus sonrisas.

XIII EL PROTECTOR KEIJUKAINEN

Desde tiempos inmemoriales, las estrellas han amado a todas las formas de vida en nuestro planeta, pero tienen una predilección especial por los humanos y los elfos. Ambas especies pueden mostrar una gran intensidad emocional cuando se conmueven, se alegran o aman. A las constelaciones les fascina ser testigos del despliegue de sentimientos positivos, y eso explica el singular cariño que manifestaban por Raki y los Valaistu, los seres más puros de la Tierra. Sin embargo, los días de regocijo llegaron a su fin y se transformaron en días de grandísima pena cuando el elfo cayó enfermo y no pudo producir más gotas de pureza que continuaran limpiando a la humanidad de las semillas de maldad. El mayor dolor en los corazones de las estrellas se produjo al contemplar impotentes el deceso de su adorado Raki, quien, con su último hálito, les confió la protección de su corazón hasta que naciera alguien digno de recibirlo. Por varios siglos, esperaron con paciencia, puesto que no podían intervenir de manera directa en los asuntos humanos sin un mediador de la estirpe élfica. Al hallarse estos poderes dormidos, ocultos en su totalidad, no había forma de saber, a ciencia cierta, dónde se encontraba aquella descendencia.

Pero durante un soleado y cálido día de verano, ochocientos años después de la partida del elfo, su esencia volvió a manifestarse en el mundo, y eso sucedió a través de un acto de la más pura bondad que una dulce joven llevó a cabo a favor de un pajarillo muerto. De inmediato, las constelaciones fijaron toda su atención en la chica, cuyo nombre era Déneve. Ella no llevaba la medialuna dorada en su cabeza, por lo que no era quien estaba destinada a tener el corazón de Raki, pero quizás alguno de sus hijos sí fuese el elegido. Entonces, las

constelaciones celebraron una asamblea en la cual llegaron a un importante acuerdo sobre lo que debían hacer para ayudar a la corrompida humanidad. Sherezade, una de las más poderosas Keijukainen, hija de las estrellas púrpura de la constelación de Cepheus, aceptó gustosa la importante misión que le fue encomendada por parte de las legendarias Joutsen, sus cerúleas hermanas de la constelación de Orión.

Se le pidió que se conectara mediante el plano psíquico con Déneve, de manera que, si la muchacha llegaba a embarazarse, Sherezade pudiera detectar desde el mismísimo instante de la concepción si su hijo o hija llevaba la marca distintiva. Unos cuantos meses después de despertar su poder, la chica quedó encinta. En su matriz llevaba gemelos, un varón y una niña. La Keijukainen estableció una conexión mental con los bebés también y de estos recibió varias premoniciones trascendentales de sucesos que impactarían a toda la Tierra. Cuando tuvo la certeza de que sería la niña quien llevaría la marca, entonces tomó una decisión radical. Debía convertir al niño en un protector y mentor de su hermana, y eso solo sería posible si el pequeño tenía las habilidades de las estrellas. Así que tomó la forma de una humana para poder llevarlo en su vientre y transmitirle en su sangre los poderes que él necesitaría en el futuro.

Para poder convertirse en humana, Sherezade tuvo que hacer el gran sacrificio de dejar su hogar y a su familia en la constelación de Cepheus y mudarse, junto a otras estrellas, a una dimensión portátil llamada Loimu. Ese lugar era custodiado por Kissa, el portero interestelar. Allí había largas hileras de habitaciones contiguas, cada una equipada con un enorme ventanal diamantado, que permitía dar un vistazo al espacio sideral. En ellas se hospedaría cada una de las valientes Keijukainen y Joutsen asignadas a distintas misiones, en cada uno de los trescientos universos accesibles para sus respectivas constelaciones. Durante el viaje, un selecto grupo de cantores cerúleos, provistos por la gran guardia real de Orión, se dedicaban a hacer de este una experiencia amena, utilizando sus melodiosas voces sin interrupción alguna.

Cada estrella que hubiese tomado un cuerpo humano no solo debía permanecer en la habitación que le correspondiese, sino que también debía encerrarse en una burbuja hecha con el polvo áureo que era extraído del potente soplo glacial de las Joutsen. Además, dicha burbuja debía ser rellena con Smaragdi, el líquido vital que alimenta con su energía infinita a todos los universos. Con ese procedimiento, Sherezade conservaría intactas sus múltiples habilidades de Keijukainen, a pesar de tener un cuerpo inferior. No había otra estrategia viable para que las estrellas hicieran posible un embarazo humano. Pues, aunque ellas tienen una anatomía muy similar a la nuestra, son tan resplandecientes en su verdadera forma que los débiles organismos terrestres perecerían al instante con darles una sola mirada, aun estando a varios kilómetros de distancia de sus multicolores rayos. Una vez que Milo nació, Sherezade decidió que conservaría la forma humana tanto de ella como del niño, aunque esto significara que no podrían abandonar su habitación en Loimu. Ella prefirió esperar hasta que el pequeño creciera y pudiera comprender quién era y lo que podía hacer gracias a su sangre especial.

Milo compartía un vínculo onírico y sensitivo intermitente con Dahlia, lo que significaba que, de vez en cuando, podía ver fragmentos de algunos de los sueños y experimentar en parte las sensaciones y emociones de su hermana en la Tierra. A la edad de cinco años, Sherezade comenzó de forma paulatina a instruir al niño acerca de su ascendencia y sus habilidades. El jovencito se hizo muy diestro en el control telequinésico, el vuelo a velocidades supersónicas y la teletransportación; pero continuaba siendo muy inexperto en cuanto a cómo comportarse frente a los humanos. Su madre y él tenían forma de personas, mas sus costumbres y su forma de comunicarse eran muy distintas. Lo poco que pudo aprender sobre el tema se lo debía al leve vínculo que tenía con Dahlia.

De seguro, Milo hubiese estado mejor preparado para asumir su rol como protector y mentor hasta que fuese un poco más maduro, tanto en el aspecto físico como en el emocional. Pero la inminente llegada de los Olvidados para reclamar la vida de Dahlia apresuró mucho las

cosas. Y para colmo, cuando la legendaria Galatea habló con la jovencita y la tocó en la frente con uno de sus letales dedos, el sello romboidal que le imprimió era nada más y nada menos que un supresor y suplantador de memorias. La Keijukainen tuvo entonces que actuar muy rápido para prevenir la terrible desgracia que acarrearía para el portador semejante encantamiento. Envio a Milo al día siguiente directo a la Tierra, pero antes, solicitó a Kissa que redujera el tamaño de Loimu al de una pupila dilatada y la colocara en el ojo izquierdo del muchacho. De esa manera, ella podría estar en contacto directo con él para guiarlo y apoyarlo cada vez que fuese necesario y él podría acceder solo o acompañado a aquella dimensión, cuando así lo deseara.

Kissa concedió con gusto el deseo de Sherezade e incluyó un increíble obsequio adicional para el chico. En su ojo derecho, el portero le colocó otra dimensión portátil, Hedelmätarha, una que guardaba con especial cuidado para que los humanos pudiesen disfrutarla algún día. En el interior de esta había un bellissimo y exótico jardín, cargado de vegetación floral y diversos animales silvestres inofensivos.

—Hedelmätarha te servirá para descansar o meditar cuando lo desees, muchacho. Podrás acceder a ella, o a Loimu, con solo invocarme; pero si llevas compañía, deberás sostener a tu acompañante por la cintura y no apartarle tu mirada. Si los humanos llegaran a contemplar el destello que ocasionarás cada vez que vengas a cualquiera de las dimensiones, podrían quedar ciegos de manera permanente. Ten mucho cuidado, ¿entendido? —le indicó Kissa, con gran formalidad, al simpático joven.

—Por supuesto que sí, seguiré tus instrucciones al pie de la letra. Muchísimas gracias por toda tu colaboración y tu generosidad —contestó Milo, al tiempo que sonreía.

Así, aunque todavía era bastante torpe para establecer relaciones interpersonales, Milo llegó por fin al lado de su hermana. Mantenerse en su forma humana le costaba un esfuerzo físico y mental considerable, ya que nunca antes había tenido que molestarse en controlar ese detalle. Y es que además de su apariencia, tenía que modificar y adaptar también la distribución de su masa corporal, puesto que su organismo Keijukainen era muy pesado y duro. Por suerte, el mayor daño que

causó fue un chichón en la cabeza de Dahlia cuando su concentración sostenida se rompió por primera vez.

Ya le explicaría con lujo de detalles todo eso a su dulce gemela, pero, por ahora, lo más urgente era comenzar cuanto antes con el entrenamiento de la muchacha; o, de lo contrario, ella no estaría preparada a tiempo para combatir el inmenso poder de la Legión de los Olvidados...

XIV GALATEA

Hashim fue un príncipe árabe, joven y vigoroso, de la antigüedad. De alta estatura y musculosa complexión; con unos expresivos ojos, tan negros como las noches sin luna; castaños cabellos ensortijados; piel canela y carnosos labios de sonrisa permanente. Su padre, el gran rey Badran, se sentía muy orgulloso de tener un hijo como él, pues aquel joven príncipe no solo era apuesto y fuerte, sino que también era un gran líder. Nunca tenía que alzarle la voz a nadie o recurrir a las amenazas para que sus peticiones fueran obedecidas con gusto y presteza por todos los sirvientes del palacio. Además, poseía talentos artísticos sobresalientes para la pintura, la música y la danza. Cualquiera de las princesas de los reinos vecinos se casaría con él sin dudar, pero Hashim parecía no mostrar interés alguno por las doncellas casaderas que asistían a los suntuosos banquetes reales que organizaba su padre dos veces al mes. No importaba cuán seductoras fuesen las miradas o cuántos halagos escucharan sus oídos, ninguna de aquellas damiselas lograba cautivar el corazón del muchacho. Su padre lo reprendía a cada segundo por haber adoptado esa actitud de indiferencia, y lo sentenció a que si no escogía para sí al menos una esposa antes de su vigésimo cumpleaños, se vería forzado a escogerla por él, sin darle cabida a posteriores reclamos. El príncipe ni se inmutaba, solo escuchaba en silencio y se marchaba tan pronto como su progenitor terminaba de sermonearlo.

Para despejar un poco su atribulada mente, Hashim optaba por escabullirse del palacio a altas horas de la noche, cuando todos estaban durmiendo. Había un estrecho pasadizo que conducía al exterior, cuya entrada se encontraba localizada justo debajo de su enorme camastro.

La diminuta y casi imperceptible compuerta se abría si se introducía una llave de hierro, que el muchacho había hallado cuando era pequeño entre las polvorientas reliquias apiladas en el sótano real. Gracias a su incansable curiosidad y su sed de aventuras, le fue posible dar con aquel portal. En una de sus tantas excavaciones imaginarias, se había deslizado bajo su cama con una vela en la mano. La tenue luz generó un débil resplandor en el piso, lo cual llamó la atención del chiquillo de inmediato. Cuando se acercó para mirar cuál era el objeto que estaba causando el rebote de la luz, descubrió que se trataba de una representación tallada en plata del Ifrit, cuya boca estaba abierta, como resultado del gesto iracundo en su rostro. Al examinar con detenimiento la imagen, notó que su boca abierta tenía la forma de una cerradura. Probó si su llave de hierro encajaba en ella, pues siempre la traía consigo en el bolsillo interior de su túnica. Sus ojos se iluminaron cuando se produjo un ruidito que le permitió girar el cerrojo hacia la derecha. Desde ese día en adelante, tuvo vía libre para entrar y salir del palacio cada vez que se le antojase.

En una noche más cálida de lo normal, Hashim se paseaba por las solitarias callejuelas de la zona más pintoresca del pueblo. El oscuro escenario lucía bastante calmado, ya que no soplaban el viento. No había ningún transeúnte o tan siquiera algún viajero foráneo que estuviese de paso por allí. Sin embargo, a lo lejos, si se aguzaba lo suficiente el oído, podía escucharse un hermoso canto tribal. El joven príncipe se percató de aquello, así que se apresuró, dando grandes zancadas hacia el punto de donde creía que venía el sonido melodioso. Se quedó atónito al contemplar a quien entonaba llena de alegría una canción muy popular de la época. Una muchacha gitana danzaba al compás de un pandero que agitaba con su mano derecha. Su exótica belleza era incomparable. Poseía una larga cabellera de exuberantes rizos negros que le acariciaban su finísima cintura con cada paso que daba. Su piel era tersa y de tonalidad olivácea, y en su lustrosa mirada parecía haber capturado una porción del océano. Al saberse observada por un caballero, la chica giró su cabeza con suavidad y clavó sus penetrantes orbes celestiales en los de Hashim. El impacto emocional en él fue

inmediato. Supo en su corazón que esa joven era la que había estado buscando.

Su nombre era Anwar. Entre su gente la conocían como una increíble cantante y bailarina, pero por sobre todas las cosas, ella destacaba debido a sus inusuales poderes de clarividencia. Nadie le había enseñado nunca sobre las artes de la adivinación; era una habilidad que poseía de nacimiento. Esas cualidades fascinaron aún más al joven príncipe, hasta el punto de que se obsesionó con la bella gitana. No pensaba más que en volver a verla, por lo que empezó a salir del palacio a todas horas, sin tomar las debidas precauciones ni preocuparse por las consecuencias de sus actos. Un día desafortunado, cuando él estaba por llegar a su cuarto, la mujer que hacía la limpieza de sus aposentos entró sin avisar, sorprendiéndolo justo en el instante en que abría la compuerta bajo la cama e ingresaba de nuevo a la habitación. La sirvienta gritó a todo pulmón, presa de un enorme asombro, lo cual atrajo la atención de los guardias que custodiaban esa área. El informe de lo sucedido no tardó en llegar a oídos del rey, quien se llenó de gran cólera ante la desobediencia y las mentiras de su hijo. Por esa razón, le prohibió seguir saliendo del palacio si no tenía autorización y una escolta apropiada. Hashim lloró con amargura por semanas, pues sabía que si salía de la manera en que el soberano estipulaba, la guardia real lo detendría si intentaba acercársele a Anwar, una simple plebeya gitana. No tenía forma de comunicarle a ella lo que estaba sucediendo, ya que lo tenían vigilado día y noche, desde el instante en que la sirvienta lo descubrió. Su hermoso romance había acabado.

La joven entró en desesperación cuando el príncipe dejó de venir a verla. También lo amaba con todo el corazón y no entendía por qué la había abandonado sin siquiera despedirse. Y para hacer aún más grande su desdicha, un mes después de que las visitas del muchacho cesaron, se dio cuenta de que llevaba a un hijo de él en sus entrañas, quien, de seguro, tendría que nacer y crecer sin un padre a su lado. Ella no tenía mucho dinero, pues solo contaba con lo poco que las personas que veían su espectáculo de canto y baile podían darle. ¿Cómo haría

para darle de comer a su hijo? ¿Quién iba a cuidárselo mientras trabajaba? ¿Por qué Hashim, quien le había jurado que la amaba, la dejó sola y sin explicaciones? Todas esas interrogantes causaron que Anwar se llenara de dolor, amargura y resentimiento.

Una noche muy ventosa, mientras la gitana dormía recostada en el piso de su tienda, un fuerte susurro la hizo despertar sobresaltada. A escasos centímetros de ella, una extraña criatura la observaba desde la penumbra con una sonrisa maliciosa en sus blanquecinos labios.

—Comprendo a la perfección la rabia y el dolor que embargan tu ser. Ese cobarde y despreciable muchachito solo fingió amarte, para que así le permitieras hacerte suya, y cuando se dio cuenta de tu embarazo, decidió abandonarte, ¿no es cierto? Pobre de ti... Pero no te preocupes, yo estoy aquí para ayudarte. Tan pronto como hayas dado a luz, vendré a visitarte otra vez, bella Anwar —fue lo que le dijo la criatura, justo antes de desaparecer.

La joven jamás imaginaría que aquella visitante que recibió en su tienda no era humana. Se trataba nada más y nada menos que de Nahiara, reina de la Legión de los Olvidados. Unos momentos antes de despertarla, la Nocturna había introducido con sumo cuidado sus afiladas uñas en el pecho de la muchacha, casi sujetándole su corazón y, tras pronunciar unas palabras inaudibles, comenzó a transfundirle gran parte de su sangre. Con aquel conjuro especial, Nahiara logró que el niño que la gitana esperaba llevara su sangre, aunque no lo hubiese engendrado ella misma. Cuando el bebé nació, volvió a visitar a Anwar, tal y como se lo había prometido. Esta vez se dejó ver por completo, lo cual espantó un poco a la muchacha, pero no lo suficiente como para que deseara huir. Quería saber qué era lo que aquella extraña criatura tenía que decirle.

—He vuelto a ti, pues siempre cumplo mis promesas. Tengo dos propósitos al visitarte. El primero es darte una gran felicitación por el nacimiento de tu hijo. El segundo consiste en hacerte una oferta que les asegurará un buen futuro a ambos —declaró, con dulzura, Nahiara.

—Adelante, te escucho, extraña amiga —respondió la gitana, usando su tono más frío.

—Muy bien, ya que noto tu impaciencia por escuchar mi oferta, iré al grano. Puedo ofrecerte la inmortalidad y también asegurarme de que una familia amorosa y pudiente se encargue de criar al niño. Lo único que debes hacer es entregarme tu corazón humano y unirte a mi Legión. Serás investida con gran autoridad, solo por debajo de mí. Ya no volverás a sufrir nunca más, y tu bebé tendrá todo lo que necesita por el resto de sus días. ¿Qué dices? ¿Aceptas el trato? —preguntó la Nocturna, con sumo interés.

—No tengo nada que perder y parece que hay mucho que ganar contigo. Está bien, que todo sea conforme a tus palabras —se apresuró a contestar la muchacha.

Así fue entonces como nació la primera integrante de la Legión de los Olvidados, quien, con el paso del tiempo, cambió su nombre por uno que estuviese más acorde con la esencia de su ser: Galatea. Al estar desde el principio junto a Nahiara, conoció de primera mano, y con lujo de detalles, todos los poderosos conjuros y rituales que realizaba su soberana. Solo unos pocos de entre todos los que respondían al llamado de la Legión eran escogidos para servir como reclutadores de nuevos miembros, privilegio del que gozaba Galatea, además de ser la segunda al mando. Tras algunos años de práctica, ella logró desarrollar sus propios encantamientos, el más destacado de los cuales consistía en marcar a las personas en la frente con su dedo índice izquierdo. La marca que estampaba podía ser un triángulo negro o un rombo rojizo. El triángulo borraba por completo la memoria, quedando la mente de quien fuese sellado en blanco. De esa manera, ella creaba a los guerreros de la Legión, seres que, al no poseer recuerdo o conocimiento alguno, obedecerían sin titubear cualquiera de sus órdenes. Por otro lado, el rombo cumplía con la misma función de borrado, pero además sustituía todas las memorias que borraba por unas muy distintas a las originales, para así poder darle una nueva identidad al individuo sin que este se percatase de ello. Con esa técnica, obtenía fieros comandantes para los guerreros, puesto que les daba las memorias distorsionadas de influyentes conquistadores de todas las eras de la humanidad. Ellos creerían que su deber era avasallar a los ejércitos

enemigos para expandir los dominios de sus respectivos imperios, sin saber que en realidad estarían trabajando para Nahiara.

No obstante, ni comandantes ni guerreros serían liberados de las cámaras subterráneas donde aguardaban dormidos, hasta que la soberana de Los Olvidados lo considerase oportuno. El ejército debía estar completo para poder sellar el pacto de Nahiara con los Nocturnos, el cual desencadenaría la gran maldición de las tinieblas. Cuando el sello que Galatea imprimió en Dahlia terminara de cumplir con su propósito, todo estaría listo para que pudieran traer a Nahiara de vuelta y así concretar su anhelada venganza...

XV ROSAS BLANCAS

☞ Muchas centurias atrás, los bosques, montañas, llanuras, desiertos, selvas, ríos y mares eran custodiados por unos míticos e imponentes seres. Kylmä, el azulado dragón bicéfalo de alas blancas, se encargaba de traer el invierno, no sin antes cerciorarse de proteger a la vegetación y los animales de los bosques para que no perecieran, a causa de las copiosas nevadas y las fuertes ventiscas. Él mantenía una estrecha amistad con las hermosas Sílfides del Atardecer, pues las había visto nacer y crecer a su lado. Su relación era tan cercana que muy a menudo se los veía juntos surcando los cielos nocturnos, posados sobre las iridiscentes faldas de la Aurora Boreal, prima mayor de las siete doncellas. Reían a carcajadas y se abrazaban a más no poder, haciendo de sus frecuentes travesías una experiencia muy agradable.

Para celebrar el milésimo cumpleaños del dragón, las damas decidieron hacerle unos obsequios muy especiales. A partir de una mezcla de agua marina con un mechón de los cabellos de cada una de las siete hermanas, ellas crearon instrumentos musicales que llegaron a ser legendarios: el Flautín del Ensueño, para mantener viva la fantasía; la Gaita Palpitante, para devolverle el latido de la esperanza a los desdichados; el Arpa de Fuego, para que las hogueras de los pobres nunca se apagaran; el Rabel Luminoso, para guiar a los niños por el camino correcto; la Lira del Despertar, para que todos los talentos de las personas pudiesen fluir con plena libertad; la Ocarina Hipnótica, para ayudar a los angustiados a conciliar el sueño; y el Laúd de las Sonrisas, para que la alegría jamás abandonase a la humanidad.

Kylmä estaba encantado con aquellos incomparables regalos, y para poder darles el uso más apropiado, decidió fundar *La Orden del Péndulo*

Celestial. Dicha orden se encargaría de hacer llegar las extraordinarias melodías a todos los rincones del planeta. El mismísimo dragón seleccionó a cuatro hombres y tres mujeres con habilidades sobresalientes para las artes: Vincent, Fenrisulf, Gustave, Jokull, Syphiel, Karalee y Elin. Los siete elegidos fueron entrenados desde su tierna infancia para que fueran capaces de dominar a la perfección las cien sinfonías que podían ser producidas con cada uno de los instrumentos musicales. Una vez que concluyeron su adiestramiento, se dispersaron y viajaron por todo el orbe en busca de las personas que requirieran de sus melodías. Cada vez que uno de ellos utilizaba sus poderes mágicos, crecían a su alrededor enormes campos, con cientos de miles de exuberantes flores, llegando a cubrir hasta diez kilómetros a la redonda. El flautín de Vincent hacía crecer claveles rojos; la gaita de Fenrisulf, azucenas amarillas; el arpa de Gustave, orquídeas azules; el rabel de Jokull, magnolias rosadas; la lira de Syphiel, rosas blancas; la ocarina de Karalee, crisantemos naranja; y el laúd de Elin, tulipanes violeta. Además, todas las veces que se utilizaban, los instrumentos brillaban un poco, emitiendo un resplandor del mismo tono de las flores que cada uno producía.

De todos los miembros de la Orden, solo la apacible Syphiel decidió contraer matrimonio con Christoffer, un muchacho de su tierra natal que había sido amigo suyo desde que tenía memoria y siempre la había apoyado en todo. Ambos estaban encantados con la idea de que la muchacha pudiese ayudar a la gente a potenciar sus habilidades para luego compartirlas con los demás. Christoffer acompañaba a su esposa en la mayoría de sus viajes, pero a veces se separaban por periodos cortos, para permitirle a él ejercer su profesión como herrero. A los pocos meses de casados, ella quedó encinta, pero eso no le impidió continuar con la misión que le había encomendado la Orden, ni su esposo se opuso a ello, sino que más bien la exhortó a hacerlo.

Por aquellos días, Moa, una joven aprendiz de hechicería, comenzó a hacer experimentos en los que usaba varias combinaciones distintas de encantamientos prohibidos, haciendo caso omiso de las enérgicas advertencias de las autoridades de su escuela de magia. Todos los

encantamientos prohibidos constituían una grave amenaza tanto para quien los desarrollara como para quien fuera objeto de sus nocivos efectos. Uno de esos experimentos contaminó el organismo de Moa, a tal grado que nunca más pudo abandonar las catacumbas en las que ocultaba los espantosos resultados de sus pruebas. No soportaba recibir luz de ningún tipo, ni podía respirar aire fresco, pues eso le causaba intensos dolores de cabeza e hinchazón en sus extremidades, además de unos deseos incontrolables de asesinar sin piedad a toda persona o animal que se cruzase por su camino. A menudo, se escuchaban terribles gritos y lamentos provenientes de esas cuevas, pero ningún habitante de la zona se atrevía a acercarse a ese lugar, por miedo a que fuese una trampa para inspirar compasión y que, una vez allí, algo o alguien los atacara.

Cuando Syphiel, por casualidad, visitó aquel poblado, unos niños se le acercaron y le contaron lo que sabían acerca de los misteriosos y lastimeros ruidos, que tenían en constante zozobra al pueblo entero. Ella, muy amable, se ofreció a visitar las cuevas e investigar la causa. Vadeó una colina y se adentró en los bosques que circundaban las afueras de la pequeña ciudad, en donde le habían dicho que podría encontrar las famosas grutas. Se aproximó con sigilo y se quedó quieta. No tardó mucho en comprobar la veracidad de las palabras de los aldeanos, pues un estridente chillido de dolor que emanaba del interior de la tierra la hizo sobresaltarse. Aunque le temblaban las piernas y un sudor frío le recorría el rostro entero, tomó fuerzas al pensar en el bienestar de los habitantes del pueblo, y entonces decidió entrar al sitio. Cuando llegó a las profundidades de la caverna, un hedor mohoso inundó sus narices y la hizo toser sin control. Casi no se podía ver nada, por lo que decidió tocar una suave melodía, la cual le serviría para generar un poco de luz, que le permitiría orientarse mejor. Unos minutos después, Moa detectó la presencia del intruso y se enfureció muchísimo debido al molesto ruido y la irritante luminosidad que traía consigo. No podía creer que alguien osara a irrumpir en su hogar y quitarle la paz. Se incorporó, a duras penas, y fue a encarar al

entrometido. Al notar que era una mujer embarazada, se le vino a la mente un encantamiento específico para maldecir a su hijo no nacido.

—Con el poder que me confieren los seres que residen en las más densas tinieblas, te maldigo. El fruto de tu vientre acarreará desgracia, sufrimiento y dolor para toda la humanidad. Llevará en su alma la marca del rencor... Y si no quieres una doble maldición, aléjate en este instante, y quizás te perdone la vida —exclamó la furibunda Moa.

Syphiel obedeció sin dilación, y corrió despavorida hacia el pueblo. Cuando por fin llegó, cayó desmayada enfrente de una casa de madera. Una viejecita salió de allí un rato después y, al percatarse de que había una joven preñada tirada en el suelo, se apresuró a pedir ayuda para levantarla y llevarla al único médico del lugar para que la examinara. La auscultación no indicaba que hubiese ningún daño en la madre o en el niño, así que fue dada de alta, pero se le recomendó reposar unos días. La anciana se ofreció a hospedarla mientras recuperaba sus fuerzas para continuar viajando. Syphiel agradeció muchísimo las atenciones de la señora, pero no se atrevió a contarle ni a ella ni a nadie más sobre el terrorífico episodio en las cuevas. Dos semanas después, la muchacha emprendió el regreso hacia su tierra natal, para quedarse allí unos meses junto a su esposo.

Todo apuntaba a que la maldición de Moa no había sido verdadera, pues Syphiel no sentía ningún tipo de cambio en su cuerpo. Sin embargo, el consejero real de su nación comenzó a tener visiones premonitorias sobre ella dando a luz un engendro siniestro que destruiría a su pueblo y traería consigo incontables desgracias. Sin dilación, le contó al rey lo que había visualizado, y este, atemorizado en sumo grado, envió varias de sus mejores tropas para que se encargaran de prender a la joven para matarla. Uno de los sirvientes del castillo, quien era muy amigo de Christoffer, escuchó el edicto del rey y entonces corrió a enviarle una paloma mensajera a su camarada para avisarle sobre lo que pretendían hacer con Syphiel. Tan pronto como le llegó el mensaje, Christoffer alertó a su consorte para que huyera y se ocultara en la casa de campo que ambos habían construido en medio del

bosque. Él permanecería en el pueblo para distraer a la guardia real y desviarla por otro camino.

Cuando los soldados llegaron, venían acompañados de una turba de aldeanos que querían ayudar a cazar a la joven y a su engendro maldito. Cuando se encontraron con que no había ni rastro de ella, le exigieron a su esposo que les dijera dónde la ocultaba, pero él les dio una dirección falsa. No tardaron en percatarse de que habían sido engañados, por lo que algunos campesinos regresaron al pueblo y asesinaron a pedradas al mentiroso. Mientras tanto en la casa de campo, Syphiel comenzó a tener dolorosas contracciones y fuertes espasmos, acompañados de fiebre y vómito; a pesar de que aún le restaba un mes y medio para el parto. Estaba muy debilitada como para moverse y salir a pedir ayuda. Dándose cuenta de que quizás moriría muy pronto, tocó una canción de cuna como regalo de bienvenida al mundo y de despedida de ella para su bebé. Dio a luz por la noche, cuyo cielo despejado exhibía una preciosa luna llena que iluminaba con intensidad las miles de rosas blancas que circundaban a Syphiel y a su hija, a quien sostuvo por unos muy breves instantes en sus brazos y le puso por nombre Nahiara. Poco después, la desdichada joven exhaló, con la pequeña estando aún en su seno...

Varios años después de aquel trágico acontecimiento, Nahiara regresó al sitio donde nació, con el objetivo de buscar el cadáver de su madre y así averiguar más sobre su pasado. Posó sus manos sobre las sienes del deteriorado cuerpo de Syphiel y estableció una conexión espiritual que le permitió ver todas las memorias que ella guardaba. Las crudas imágenes que vio llenaron a Nahiara de un odio todavía mayor del que ya había en su corazón, agregando así un motivo adicional para vengarse de la humanidad. A manera de honra para su fallecida progenitora, la Nocturna decidió comenzar a utilizar las rosas blancas como el emblema oficial de la Legión de los Olvidados...

XVI OBSEQUIANDO SUFRIMIENTO

Por fin llegó el tan esperado primer día de clases en el jardín de niños *Early Edge California*, en donde la amigable y sonriente Dahlia había sido inscrita. Le entusiasmaba mucho la idea de conocer a otros niños y niñas de su edad, porque así tendría con quienes compartir hermosos ratos de juegos y risas. Déneve le había preparado un sabroso emparedado de carne para que se lo llevara en su lonchera rosa, tapizada con pequeños unicornios turquesa. La diminuta jovencita no podía parar de saltar y de agradecer a sus padres por otorgarle esta increíble oportunidad de tener numerosos amigos. Después de estamparle un gran beso en ambas mejillas a su madre, la rubia corrió lo más rápido que pudo hacia la cima de las colinas que circundaban su casa; pues del otro lado de estas, el puntual autobús escolar, exclusivo para estudiantes de su jardín de niños, pasaría a recogerla.

Su casa era el punto que daba inicio a la trayectoria que debía seguir el autobús a diario, así que ella se puso aún más contenta de lo que ya estaba, pues siendo la primera en subir, podría darles la bienvenida a todos los chicos que abordasen luego. Después de saludar con efusividad al conductor, Dahlia se sentó justo detrás de él. Le pareció un poco extraño que el hombre no le contestara nada, y que ni tan siquiera girara su cabeza para mirarla a la cara. Sin embargo, le restó importancia a eso y se concentró en la puerta. Desde su asiento, podría ver muy bien a cualquiera que pasara por allí. Deseaba ser ella la primera en trabar amistad con todos sus compañeros. Al menos esa era la idea que daba vueltas en su mente, pero, uno a uno, los otros chiquillos fueron apareciendo, y ninguno de ellos parecía compartir los simpáticos pensamientos de la rubia.

Primero Andrew, luego Mary, seguido de Jack, Hanna, Timothy y Rebecca... Los chicos subían e intercambiaban sonrisas con Stephen, el chofer, y luego pasaban justo al lado del asiento donde estaba Dahlia. Daba la impresión de que todos pertenecían a una escuela para sordos, pues, por más fuerte que ella les hablaba, no le correspondían sus saludos. Ni siquiera uno se dignó a mirar en la dirección de la pobre chica. Era como si se hubiesen puesto de acuerdo antes para pretender que ella no existía. Y las cosas no mejoraron, ni mínimamente, al llegar al salón de clases. Todos esperaban de pie afuera, mientras llegaba la encargada del grupo, conversando muy animados entre ellos. Había una gran algarabía en el ambiente y se escuchaban carcajadas a diestra y siniestra. Muchos de los chiquillos correteaban y se daban empujones, mientras otros tantos degustaban algunos de los dulces de cereza y manzana que sacaban de las bolsitas de tela que el director de la institución, el señor Palmer, les obsequió a todos, a manera de recibimiento. Pasaron decenas de chiquillos frente a Dahlia, casi a punto de chocar contra ella en varias ocasiones, pero seguían tratándola como a un poste o una pieza de mobiliario. Nadie parecía reconocer que ella estaba allí, con los puños cerrados, temblorosa, haciendo un enorme esfuerzo para no prorrumpir en lágrimas y salir huyendo...

Cuando por fin apareció en escena la regordeta señorita Duncan, lo primero que hizo fue corroborar que todos los chicos y chicas de la lista de su grupo asignado, el 1-C, estuviesen presentes, llamándolos en voz alta, según el orden alfabético. Después de leer un nombre, la maestra esperaba a que acudiera ante ella el niño o la niña que había sido convocado, le regalaba una amable sonrisa y una palmadita en la espalda, y lo invitaba a pasar y sentarse. Cada asiento tenía en su respaldar un adorno colgante en forma de elefante, con el nombre y el apellido de algún pequeñín escrito en mayúsculas. Después de esperar unos cuantos minutos, los cuales fueron una torturadora eternidad para la diminuta rubia, la maestra la llamó, puesto que era la última persona del listado.

—Dahlia Woodgate... ¿Te encuentras aquí? —inquirió la señorita Duncan, mirando hacia todos lados con incredulidad.

—Sí, señorita. Soy yo, aquí estoy —respondió Dahlia, en voz baja.

—Vuelvo a preguntar... Dahlia Woodgate, ¿te encuentras aquí? —repitió la contrariada maestra, con el ceño fruncido.

—Sí, señorita. ¿Es que acaso no puede escucharme? —La chiquilla formuló la pregunta mientras sujetaba con suavidad el brazo derecho de la educadora.

—Ah, ¡perdóname, nena! No te había visto... Puedes pasar adelante y sentarte. Tu lugar es aquel que está al fondo, junto a la ventana —indicó la mujer, mientras señalaba el único asiento vacante con un leve movimiento de su cabeza.

Para Dahlia no hubo ninguna sonrisa o palmadita en la espalda como las que habían recibido el resto de sus compañeros. La señorita Duncan exhibía un semblante muy desencajado. Contempló el caminar pausado de la niña con sus ojos muy abiertos. Su respiración era dificultosa y las manos estaban comenzando a sudarle. Cuando quiso entrar al salón, no pudo levantar los pies del suelo y sintió que todo a su alrededor daba rápidas vueltas. Se sujetó la cabeza con fuerza y cerró los ojos, tratando de calmarse a sí misma para no alarmar a los niños. Al pasársele un poco el mareo, poco a poco trató de separar sus pesados párpados. No podía ver más que unos manchones grisáceos nublándole su campo de visión. De repente, se desplomó frente a sus estupefactos estudiantes, golpeándose su cabeza contra la brillante cerámica del piso. Varios chicos salieron del aula en tropel para buscar ayuda, mientras los demás rodeaban a su maestra e intentaban despertarla. La sacudían con delicadeza y le hablaban al oído, pero no reaccionaba. Unos diez minutos después, el director y dos paramédicos llegaron al sitio. Mientras los especialistas en primeros auxilios levantaban del suelo a la, todavía inconsciente, señorita Duncan y la colocaban en una camilla para llevarla directo al hospital, el señor Palmer se encargó de calmar a los niños, asegurándoles que su maestra estaría recuperada de su malestar muy pronto.

Aquel fue solo el primero de una larga cadena de terribles incidentes. Con cierta frecuencia, en varios lugares de la institución, mucha gente se alteraba hasta el punto de comenzar a gritar, patear y llorar sin control.

Otros palidecían y se desmayaban sin razón aparente. Se sometió a exámenes médicos a toda la comunidad estudiantil, docente, administrativa, de seguridad y de limpieza del Early Edge California. No se detectó ninguna bacteria o virus que pudiese estar ocasionando los frecuentes cuadros de histeria y los desvanecimientos. Ninguno de los expertos de la salud que se atrevió a analizar este insólito caso fue capaz de proveer una explicación racional... Le tomó bastantes años a Dahlia percatarse de que era ella quien había ocasionado la indisposición de la señorita Duncan y también las subsiguientes desgracias de muchos de sus compañeros y de algunos de sus otros docentes...

Cualquier hombre o mujer por cuyas venas corriese la sangre de Nahiara tendría una particularidad. Así como los estados de ánimo de la Nocturna condicionaban lo que le sucedía a quienes tuviesen contacto físico con ella, lo mismo pasaría con sus descendientes, aunque a una escala mucho menor. Si Nahiara experimentaba tristeza, ansiedad, irritabilidad, humillación, asco, pánico o cualquier otra emoción negativa, y alguien común la tocaba en ese momento, de inmediato esa persona recibía una potente descarga de energía oscura.

Las reacciones ante dicha energía eran muy diversas, puesto que dependían tanto de la constitución física del receptor de la descarga, como de la intensidad de la emoción que experimentase quien la emitía. Si la persona que recibía la energía oscura era un niño, un anciano, un enfermo o alguien muy frágil, los efectos podían llegar a ser tan adversos que hasta cabía la posibilidad de que perdiera la vida. Y cuanto más profundo y duradero fuese el sentimiento nocivo del emisor de la energía, más poderosa sería su descarga. Las personas o criaturas con habilidades extrasensoriales no solo podrían percibir la presencia de la energía oscura de los Nocturnos y sus semejantes, sino que también podrían verla. Un aura neblinosa se manifestaba alrededor de su portador, pasando por distintos matices de la gama grisácea hasta llegar al negro, siendo este último color la clara señal de un enorme peligro para cualquiera que se encontrase demasiado cerca.

Dahlia poseía una copia casi exacta del ADN de Nahiara, lo cual hacía que su energía oscura fuera muy poderosa. Sus emociones negativas afectaban de manera notoria a quien la tocara durante sus episodios nefastos y, aunado a eso, su organismo actuaba como un imán que absorbía poco a poco la serotonina de los demás. Sin importar si había o no contacto físico con ella, su sola presencia repelía a las personas de forma automática. Si la rubia no estaba feliz, más se potenciaba su capacidad de absorción de serotonina ajena, lo cual ocasionaba que la gente se mostrara indiferente ante su existencia, casi como si ella fuese invisible. Solo quienes estuviesen emparentados biológicamente con Dahlia serían inmunes a los efectos de sus temibles fuerzas, lo cual reducía su círculo de relaciones a un escaso puñado de gente. Así es como ella terminó por hacerse amiga íntima de un estanque inanimado, cuando su madre, quien era su única amiga, partió de este mundo...



MARIANNYS TREJO

XVII LOS DOCE PÁRAMOS DE LA DESTRUCCIÓN

Después de derramar algunas lágrimas de alegría y de estar unidos en un prolongado abrazo, padre e hijos dirigieron sus miradas hacia Sherezade, quien había estado de pie contemplando la enternecedora escena en perfecto mutismo. Los tres le sonrieron y le hicieron una respetuosa reverencia a quien les había ayudado tanto. Dahlia se aproximó despacio a la Keijukainen, se arrodilló y tomó las manos de esta en las suyas, cubriéndoselas de tiernos besos. Ante ese gesto de la niña, la doncella se inclinó hacia el frente y le acarició los cabellos con un aire maternal, mientras que con sus ojos afables y tranquilizadores le daba a entender que sentía tanto afecto hacia ella como el que sentía por Milo. La rubia estaba tan agradecida con la poderosa dama que no pudo evitar estrecharla con fuerza entre sus brazos, siendo correspondida de inmediato, lo cual sin duda le infundió un poco de las fuerzas y la seguridad que tanto necesitaría.

Mientras se abrazaban, no dejaron de mirarse, como si fuesen un par de amigas que conversaban de esa manera. Pasaron varios minutos, y ambas seguían prodigándose hermosas muestras de cariño fraternal. Aunque les hubiese encantado permanecer juntas por más tiempo, Sherezade consideró que había llegado el momento de despedirse. Pero antes de que partieran, convocó a Milo en privado y le dio unas instrucciones muy detalladas acerca del entrenamiento de su hermana, el cual debía comenzar lo más pronto que fuese posible. El chico estuvo de acuerdo con todas las aserciones de la doncella, así que procedió a hacer los arreglos necesarios para que todos pudiesen marcharse con rapidez.

Cuando estuvieron de vuelta en casa, Emil decidió que sería mejor si tanto él como los chicos se daban unos días libres de cualquier tipo de obligación. Habían atravesado muchísimos cambios abruptos en sus vidas, por lo que, en definitiva, les vendría muy bien descansar un poco y comenzar a prepararse para los importantes eventos que se avecinaban. Lo primero que hicieron fue sentarse a desayunar juntos, mientras conversaban de manera amena, pero tomándose los asuntos con mucha seriedad. Dahlia fue la primera que tomó la palabra, pues sentía unos enormes deseos por conocer hasta el más pequeño detalle de la vida y habilidades de Milo.

—Oye, Milo, por favor, cuéntame qué fue lo que pasó desde que llegaste. Hay tantas cosas que aún no comprendo sobre ti... Lo harás, ¿verdad? —La chiquilla hizo aquella pregunta mientras arrugaba la frente y bamboleaba las piernas, mostrando a las claras su impaciencia.

—Claro que sí, te lo mereces. Esta vez lo diré todo, como lo había prometido antes. ¿Por dónde quieres que empiece? —respondió Milo, al tiempo que una expresión juguetona se le dibujaba en sus finos labios.

—Pues, me gustaría que me expliques lo del estruendo que escuché en el pasillo y por qué tu cuerpo se sentía como si estuviese hecho de piedra cuando choqué contigo.

—Verás... Yo casi corría hacia la banca donde estabas. Me sentía muy feliz de estar contigo, pero me daba un poco de nervios el imaginarme la reacción que tendrías cuando supieras quién soy yo en realidad, y eso en sí ya me tenía bastante turbado. Aunado a ello, durante el trayecto y no muy lejos de allí, vi a una chica pelirroja muy bonita caminando solitaria. Ella iba escuchando música por medio de unos grandes auriculares verdes, y la canción que sonaba en aquel momento de seguro le gustaba mucho, pues sonrió de oreja a oreja. De repente, sentí un extraño calor en el rostro, se me aceleró el pulso y comencé a sudar frío. Jamás había experimentado nada semejante, no entendía qué me estaba pasando. Por un momento, permití que la confusión en mí fluyera sin control alguno, y eso hizo que perdiera la concentración que me permite mantener la apariencia y la masa corporal de un ser humano común. Lo que más me preocupó al

percatarme de que mi escudo se había resquebrajado era que alguien viera mi verdadera apariencia, por supuesto. Entonces me enfoqué por completo en recuperar mi forma primero, ya después estabilizaría mi masa. Un solo paso que di en ese estado fue suficiente para causar ese sonoro estruendo que te sobresaltó. Cuando llegaste, aún no había logrado terminar de equilibrar mi masa, y por ello mi cuerpo estaba tan duro y pesado como un asteroide.

—¡Impresionante! Si no hubiese visto tu verdadera forma con mis propios ojos, nunca te hubiese creído ni una sola palabra de lo que me estás diciendo.

—Lo sé, Dahlia. Siempre has sido una persona muy analítica, alguien que lo cuestiona todo.

—¿Cómo es que puedes describir mi personalidad con tanta exactitud, si nosotros no crecimos juntos?

—Eso sucede porque tengo una conexión psíquica y onírica muy leve contigo. Unas cuantas veces al día, puedo ver y sentir lo mismo que tú estás viendo o sintiendo, ya sea en la realidad o en tus sueños. Esas conexiones duran solo unos pocos segundos cada vez que suceden. Pero al haber sido tantas las veces que he tenido esas breves visiones, ellas me han permitido conocerte mejor.

—¿Y puedes controlar esas visiones? Quiero decir, ¿puedes detenerlas o extender su duración?

—No, no las puedo controlar. Van y vienen en cualquier momento. Hay días en que tengo hasta siete u ocho visiones, y hay días en que no tengo ninguna.

—Me parece que esto es algo sorprendente. Me gustaría que esa conexión funcionase conmigo también. Sería genial ver lo que tú ves cuando estás con Sherezade... Y dime, ¿cómo funciona eso que haces cuando me sostienes de la cintura? Ese destello dorado me resulta fascinante.

—Pues, tengo dos dimensiones portátiles conmigo. Están ubicadas dentro de cada una de mis pupilas. Si te acercas lo suficiente, te darás cuenta de que, aunque son diminutas, son visibles. Tienen nombre propio. La dimensión del jardín se llama Hedelmätarha, y la dimensión

donde está Sherezade se llama Loimu. Puedo acceder a ellas cuando me plazca, pero si decido llevar a alguien allí, debo sujetar con firmeza a esa persona para que no haya riesgo de que se pierda en el camino y se encuentre con el vórtice de alguna dimensión errante, donde podría acabar siendo succionada por accidente. Y también debe vérseme a los ojos en todo momento. De esa manera, puedo activar una barrera que repele un poco la inconmensurable fuerza del resplandor estelar ocasionado cuando se entra o sale de allí, dado que esa luz puede cegar e incluso matar a los seres humanos. En las dimensiones portátiles, el tiempo transcurre al mismo ritmo que el de la Tierra, pero estas tienen una característica muy especial. Al salir de ellas, puedes escoger el punto temporal al cual quieres regresar. En otras palabras, es posible decidir si quieres volver al mismo día y hora exacta en que partiste; o si, por el contrario, deseas retornar tantos minutos, horas o días después del momento en que ingresaste; lo que por lógica simple dependerá de la duración del periodo en que hayas permanecido dentro de la dimensión. En nuestro caso, siempre elijo volver al mismo momento en que nos fuimos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué maravilla! Por eso hacías todo ese extraño ritual cada vez que me ibas a llevar ahí... ¡Es genial! Y yo que pensaba que el pan rancio del almuerzo me estaba causando alucinaciones —comentó Dahlia, entre ruidosas carcajadas, a las cuales no tardaron en unírseles las de Milo.

Emil observaba la animada conversación de sus hijos con mucho interés, sin interrumpirlos tan siquiera con su respiración. Mientras tanto, les preparaba unos apetitosos panqueques con miel, acompañados por un refrescante jugo de naranjas naturales, recién cultivadas del huerto familiar. Intentaba quedarse callado, pues quería que Dahlia y Milo tuvieran la oportunidad de hablar entre ellos tanto como quisieran. Sin embargo, su instinto paternal lo hizo romper su voto de silencio.

—Muchachos, ¡disculpen que los interrumpa! Hijo, ¿puedes venir un momento a la cocina? Ya casi te lo devuelvo, Dahlia —exclamó el joven padre, tratando de sonar relajado.

—Claro, voy para allá —respondió el chico, con presteza.

Estando ya lejos del alcance de los oídos de la rubia, los hombres de la casa pudieron hablar con mayor libertad, aunque en voz muy baja, dado que ninguno deseaba alterarla si no era necesario.

—Me encanta ver que ustedes dos han logrado llevarse bien en tan poco tiempo, y ojalá pudiéramos tomarnos las cosas con calma. No quiero presionarlos u obligarlos a nada, pero en verdad me preocupa lo que Sherezade me mostró, por lo que pienso que deberías empezar a preparar a tu hermana mañana mismo —expresó Emil, con un dejo de tristeza.

—Te apoyo, papá. Yo también estoy muy intranquilo, aunque procuro no demostrárselo a ella. Creo que lo mejor será que Dahlia duerma todo lo que resta del día de hoy, para que así tenga sus capacidades cognitivas y motoras al máximo de su capacidad. Enfrentarse a los desafíos de los *Doce páramos de la destrucción* es una misión muy compleja y peligrosa, pero es de vital importancia que ella pase por eso si queremos salvar su vida y el futuro de la humanidad. Yo salí airoso de esas pruebas, y aun teniendo sangre Keijukainen en mis venas, algunos de los páramos me resultaron más difíciles de superar que otros. Pero sé que ella puede lograrlo, es más fuerte de lo que aparenta —concluyó el muchacho, con un tono solemne.

—Un momento, Milo... ¿A qué te refieres con los Doce páramos de la destrucción? Sherezade nunca me dijo nada al respecto.

—Esos páramos se encuentran ubicados dentro de Solu, una dimensión oscilante en el corazón de la constelación de Cepheus, hogar de las estrellas púrpura. Es un sitio en el cual se le da capacitación a las guerreras como Sherezade para que puedan enfrentarse a cualquier tipo de adversario con una victoria asegurada. Cada uno de los páramos le presentará diversos retos a Dahlia, en los cuales deberá hacer uso de su facultad de raciocinio, de sus habilidades físicas y del control de sus emociones para superarlos. A nadie se le repiten las pruebas, pues se diseñan de manera especial para cada guerrero o guerrera, tomando en cuenta su personalidad, sus fortalezas y sus debilidades. No podré prever lo que mi hermana encontrará allí, solo podré mostrarle los

principios básicos de supervivencia, y deberá hacerlo sola. Si no consigue culminar todas las misiones, existe el riesgo de que se quede atrapada para siempre en Solu e incluso podría perder la vida. Sin embargo, es la única esperanza que tenemos para derrotar a la Legión de los Olvidados.

—No me agrada para nada la idea de que Dahlia se exponga a tantas cosas terribles sin nuestra ayuda, pero si con eso podemos salvarla de las garras de Nahiara, pues que así sea.

—Entonces, no perdamos más tiempo. Pondré una *Perla regenerativa* en su jugo de naranja, como la que le di para dar fin a aquella horrible y dolorosa pesadilla... Por cierto, ella todavía no me ha revelado lo que vio... Pero bueno, ya me lo describirá después. Ahora necesita descansar.

Dicho eso, Milo ejecutó de nuevo el proceso de invocación de perlas. Puso su mano derecha sobre su ojo izquierdo, mientras pronunciaba unas palabras en el lenguaje de los Keijukainen. De su cuenca brotó una esfera idéntica a la que había utilizado para acabar con el mal sueño de Dahlia, con la única diferencia de que esta no brillaba, sino que era opaca. Al introducirla en el jugo, al instante se disolvió. El chico volvió a la sala muy sonriente, sosteniendo el vaso con aquel brebaje en ambas manos. Tan pronto como se lo ofreció a la rubia, ella se lo arrebató de las manos.

—Me muero de sed. Esto es justo lo que necesitaba. ¡Muchas gracias!
—espetó la cándida muchacha, con entusiasmo.

Se bebió hasta la última gota de golpe, casi sin pausas para respirar. Tras ello, sentía que su cabeza le pesaba al menos unas diez toneladas. Sus párpados se cerraban sin que pudiese evitarlo y no paraba de bostezar. En menos de cinco minutos, estaba sumida en un profundo y placentero sueño.

XVIII TÉTRICOS SUEÑOS

❧ Dahlia abrió los ojos poco a poco. Sentía como si hubiese pasado una eternidad inmersa en un pesado letargo. Todo a su alrededor estaba bañado por el tenue resplandor blanquecino de un sol distante, el cual trataba de abrirse paso sin éxito entre los densos bancos de nubarrones grisáceos que inundaban la atmósfera. Inmensos cúmulos de nieve cubrían la superficie de aquel suelo tan plano y desolado. De pronto, un aguacero torrencial acompañado de vientos huracanados desató su furia sobre ella. Los goterones magullaban su cabeza con tal intensidad e insistencia que por un instante creyó estar siendo lapidada. Sin embargo, la dolorosa sensación que le causaba el fuerte impacto de las lágrimas del cielo quedó relegada al olvido cuando percibió que no era agua sino sangre lo que llovía. Profirió un grito desgarrador, cargado de pánico. Su piel, sus cabellos y su ropaje se habían teñido en su totalidad con los ríos carmesí que anegaban aquel desierto helado. Ella pasó a ser solo una mancha rojiza más en aquella piscina de penetrante hedor metálico.

No reconocía ninguna de las raras escenas que contemplaba, pues nunca antes había estado en ese sitio, pero algo dentro de sí le decía lo contrario. Se sentía vigilada, más no por ojos humanos. Sin importar hacia dónde dirigiese sus miradas, era incapaz de saber en dónde se ubicaba la etérea criatura cuya presencia la perturbaba tanto. Pero de algo estaba segura: la energía que emanaba del ente era siniestra y asfixiante. La temperatura de su cuerpo comenzó a descender con brusquedad, ocasionándole unos incontenibles escalofríos que la recorrían de pies a cabeza. Su quijada castañeteaba de manera violenta, y el tono negruzco de sus labios mostraba, a las claras, que su sistema

circulatorio no estaba funcionando. A ese paso, moriría en unos cuantos minutos.

De pronto, una agradable voz femenina, casi inaudible debido al estruendo de la tormenta, llegó a los oídos de Dahlia en forma de susurro. Sin razón aparente, un suave calor comenzó a envolverla y el diluvio se detuvo de golpe. Manos intangibles la acurrucaban mientras el delicado murmullo se tornaba en una especie de canto.

—Ven conmigo, mi pequeña hija. Mamá te está esperando. La Legión puede llevarte a mi lado. Los Olvidados te necesitan —musitaba la hermosa voz de quien aseguraba ser Déneve.

—¿Quién eres tú? No puedes ser mi madre. Ella está... muerta — contestó Dahlia en voz baja, a punto de soltar el llanto.

—Oh, no, mi niña. No he muerto, sino que duermo. Solo tú puedes venir a despertarme. Acepta el llamado de La Legión de los Olvidados. Ellos pueden reunirnos otra vez. Por favor, úneteles.

—Si realmente eres mi madre, muéstrate. Debo verte con mis propios ojos o no creeré en tus palabras.

El suelo se estremeció con gran fuerza, y desde sus entrañas emergió una figura demacrada, cual esqueleto andante, y se presentó ante la rubia. Caminaba muy despacio, tambaleándose a cada paso. Su huesuda caja torácica se contraía y se expandía a un ritmo vertiginoso, como si respirase con enorme dificultad. Sus ojos verdes carecían de brillo y lucían muy saltones en aquel rostro tan desmejorado. Los escasos rizos rojizos en su cabeza yacían sin movimiento, pegados a una piel macilenta y sudorosa. La débil sonrisa que con tanto esfuerzo logró esbozarle a Dahlia causaba lástima. En verdad era ella, la adorable Déneve, aunque no quedaba ni rastro de su gran belleza. Detrás de la desahuciada silueta de la joven madre, una imponente Galatea se erguía con insolencia.

—¿Qué le ha pasado a mi madre? Galatea... ¿qué le has hecho? Sea lo que sea, sé que está sufriendo mucho. Libérala, por favor. Haré lo que me pidas, pero deja a mamá en paz —clamó la chica, llena de rabia y desesperación.

—Déneve ya te ha dicho lo que tienes que hacer, y es muy simple. Únete a La Legión de los Olvidados. Una vez que lo hagas, ella volverá a ser lo que era y podrán estar juntas —espetó con mordacidad la emisaria predilecta de Nahiaara.

—¿Y si no deseo unirme? ¿Por qué debo hacerlo? ¿Qué tengo yo de especial?

—Te unirás a nosotros tarde o temprano, lo quieras o no. Preferiría que fuese por las buenas, niña malcriada. ¿Es que acaso no entiendes que no existen alternativas para ti?

—¿Y cómo podré estar segura de que liberarás a mamá? No me uniré a La Legión si no me muestras algo que respalde tus palabras.

—¿Qué quieres, un contrato o algo parecido? No me hagas reír. Déjate de tonterías y acepta tu destino de una vez por todas, mocosa.

—No puedo aceptar unirme a una Legión de la que no conozco nada.

—¡Ay, pero qué tonta he sido! No te había dado un aliciente para que te convenzas de que venir conmigo es la mejor elección. Permíteme...

Tras pronunciar esas palabras, Galatea sujetó con firmeza los escasos cabellos de Déneve, tirando de ellos hacia abajo, como si pretendiese arrancárselos con un solo tirón. Ese brusco movimiento obligó a la moribunda joven a arquear su espalda e inclinar su cabeza hacia atrás, al tiempo que gemía y le suplicaba que se detuviera.

—¡No, por favor! ¡Basta! Déjala ya... Llévame contigo, pero no le hagas más daño —imploró Dahlia, rendida ante aquella cruda imagen de su lastimada madre.

—Así me gusta, niña. Parece que no eres tan boba después de todo —respondió Galatea, entre risas burlonas.

Entonces liberó a Déneve de la cruel tortura a la que la tenía sometida y levitó a toda velocidad hacia donde se encontraba Dahlia de pie. La miró a los ojos por un instante, y luego la embistió con su cabeza en la boca del estómago. El impacto ocasionó que la chica cayera de espaldas contra el suelo, sin aire y con su campo de visión borroso. No le concedió ni unos cuantos segundos para recuperar sus fuerzas, cuando ya le estaba incrustando sus afiladas uñas en el pecho. La rubia se retorció de dolor y clamaba por ayuda... En ese momento, la espantosa

escena que tenía ante sí se diluyó tan pronto como había aparecido, y fue reemplazada por la mueca de espanto dibujada en los rostros de Milo y Emil.

—¡Dahlia! ¡Dahlia, por favor, cálmate! ¿Qué tienes? —El chico le hablaba a gritos, al tiempo que la abrazaba para apaciguarla.

—¡Ellos la tienen! La Legión tiene a mamá en su poder. ¡No está muerta! ¡Tengo que salvarla! —expresó la muchacha, con un hilo de voz, para luego sumergirse en el océano de sus lamentos.

Milo no podía entender a qué se refería su hermana. La perla que le había dado debía mantenerla dormida para reparar su cuerpo y su mente por completo. Era imposible que ella hubiese tenido una pesadilla de nuevo estando bajo los potentes efectos de la regeneración Keijukainen. Emil también estaba perplejo ante las delirantes afirmaciones de su hija. Por más que deseara creerle, aun deseando con toda su alma volver a ver a Déneve, todos sabían que ella había fallecido.

—Hijita, sé que echas muchísimo de menos a tu madre. Yo también la extraño. Siento un vacío en el pecho desde el día en que partió. Pero es imposible revivirla, cariño. No importa cuánto lo anhelemos, no volverá con nosotros —explicó Emil, con su mano derecha acariciando los largos cabellos de Dahlia.

—No, papá, no lo entiendes. Yo la vi. Está viva y sufre muchísimo. Su apariencia está tan deteriorada que es casi irreconocible, pero sé que es ella. Me habló. Reconocería su voz en cualquier lugar.

—Oh, linda, tuviste una aterradora pesadilla. A veces, las imágenes y sensaciones de nuestros sueños son tan vívidas que por momentos pensamos que son reales.

—No fue un simple sueño. Te lo juro, papá. ¡Mamá está viva! Galatea me aseguró que si decido unirme a la Legión de los Olvidados, la liberarán. Por mi madre haría lo que fuera, pero tengo mucho miedo...

Milo escuchaba con suma atención palabra por palabra de todo lo que su gemela les estaba comunicando. Aunque sonara incoherente, el muchacho tenía un terrible presentimiento de que ella estaba en lo correcto. Levantó su mano izquierda, posó sus dedos índice y medio sobre su sien, y cerró los ojos. Mediante el nexo psíquico que compartía

con Sherezade, le solicitó a esta que verificara si el cuerpo de Déneve continuaba en su tumba, en el cementerio local. Esperó un par de minutos, tras los cuales recibió respuesta de la Keijukainen. El sepulcro de la joven madre estaba desocupado, ni siquiera su ataúd permanecía en el lugar...

—Padre, escúchame. Creo que mi hermana tiene razón en lo que nos dice. Lo que experimentó no fue una pesadilla común. De alguna manera, que no alcanzo a comprender todavía, esa tal Galatea tiene acceso a la mente de Dahlia mientras duerme. Sherezade me acaba de confirmar que en la sepultura de nuestra madre ya no está su cuerpo.

—¿De qué estás hablando, hijo? Todo esto tiene que ser una sucia jugarreta de los Olvidados. De seguro inventaron este macabro juego para poder llevarse a Dahlia sin que ponga resistencia alguna.

—Puede que tengas razón, papá, pero no podemos descartar la posibilidad de que mamá siga con vida. El entrenamiento de Dahlia es ahora más urgente que nunca.

—¿Entrenamiento? No puedo ponerme a entrenar. Debemos ir a rescatar a nuestra madre cuanto antes, Milo —aseveró la rubia, con mucha determinación en la mirada.

—Sé que es difícil esperar en estas condiciones tan angustiosas para todos nosotros, pero no podemos enviarte a encarar a Galatea sin que estés bien preparada —sentenció el chico.

—No quiero quedarme con los brazos cruzados sabiendo que mamá está tan mal. Si la hubieras visto...

—Te entiendo. Papá y yo veremos qué hacer al respecto, pero tú debes entrenar cuanto antes... Ahora dime, ¿puedes recordar lo que viste en tus sueños la otra noche?

—Pues, ahora que lo pienso, no recuerdo nada del otro sueño. Sin embargo, en este último, sentí en mi interior algo que me decía que ya había soñado con eso. ¿Tiene sentido?

—Claro que sí. Esa noche, mientras soñabas, comenzaste a contorsionarte y a gritar. Hasta tuviste unas violentas convulsiones, y por más que te sacudía, no despertabas. Tuve que darte una *Perla purificadora* para poder acabar con tu pesadilla. Es muy efectiva, por lo

que no solo destruyó la pesadilla, sino que también hizo que las imágenes que viste en ella quedasen sepultadas en tu subconsciente. No obstante, los recuerdos se graban tanto en la mente como en el cuerpo. Aunque tu mente no recuerde determinada información, el resto de tu cuerpo puede almacenar memorias también. Es probable que el sueño de esta vez fuese una repetición del sueño de la otra noche y tu organismo te lo hizo saber... He de confesarte que ayer te di una perla distinta, la regenerativa, disuelta en tu jugo de naranja. Quería que durmieras todo el día para que repusieras todas tus energías, pues sabía que no me harías caso de ponerte a descansar si no te explicaba los motivos. No quería asustarte sin razón, pero dadas las presentes circunstancias, me veo en la necesidad de revelártelo todo. Me alarma el hecho de que aun estando bajo los efectos de la perla regenerativa, esa vil criatura haya podido ingresar a tu mente.

—¿Crees que tenga algo que ver con la marca roja que ella me hizo en la frente?

—¿Marca roja? Te estoy mirando y no noto nada inusual en tu rostro.

—Galatea me visitó la noche antes de que llegaras a la escuela. Estábamos junto al estanque que está cerca de aquí, al otro lado de la colina. Me habló sobre la Legión de manera muy dulce en aquella ocasión. Pero en cuanto le pedí que me contara más sobre cómo era el lugar de donde ella procedía y lo que hacía allí, creo que eso la hizo enfadarse y se negó a discutir sobre ello. Entonces se me acercó y me puso uno de sus dedos en la frente. No recuerdo nada después de eso. A la mañana siguiente, desperté en mi cama. Cuando me levanté y me vi en el espejo de mi recámara, descubrí, horrorizada, que tenía un rombo rojizo localizado justo en el punto donde ella me había tocado. Por eso llevaba un pañuelo blanco cubriéndome la cabeza, ya que no deseaba que nadie más viese semejante cosa.

—Si de verdad sucedió lo que describes, quizás ese rombo sí tenga algo que ver. Desconozco su significado, pero me daré a la tarea de investigarlo. Eso nos da motivos extra para comenzar a capacitarte. Si has de enfrentarte a Galatea, tienes que llevar a cabo una serie de misiones que te serán asignadas en cada uno de los Doce páramos de la

destrucción. Dichos páramos no se encuentran en la Tierra. Deberás viajar sola hasta la constelación de Cepheus, con la ayuda de Sherezade.

—¿Qué yo debo hacer qué? ¿Cómo se supone que pase esas pruebas sin ayuda, en un lugar totalmente desconocido para mí?

—Confío en que lo lograrás. Si yo pude, tú también podrás, créeme. Y te pido una disculpa por no haber hablado contigo sobre esto antes.

—Disculpa aceptada, no te preocupes... Por el bien de mamá, comencemos a analizar en este preciso momento todo lo que yo deba saber acerca de las pruebas que enfrentaré. Estoy dispuesta a aprobar cualquier cosa que pueda ayudarme a rescatarla.

—Claro que sí. Acompáñame afuera. Y sería oportuno que tú también vinieras con nosotros, padre.

—De acuerdo, chicos, salgamos ya.

XIX LA ALIANZA DE CALLIRUS

☞ Milo se quitó la camisa azul que traía puesta, dejando al descubierto su torso bien esculpido, y se colocó de frente al astro rey. Dahlia y Emil se quedaron boquiabiertos al contemplar la singular belleza de la marca en el pecho del chico, junto a su corazón. Era un tatuaje a todo color que parecía tener vida propia, pues se balanceaba con suavidad y constancia, tal y como lo haría el oleaje marino durante un día de verano. Con cada haz de luz se podía percibir aún mejor la magnificencia de aquella obra de arte, dado que el sol parecía activar el extraterrenal resplandor de la daga. Estaba hecha de turmalina engarzada en plata, y poseía una fina hoja dividida en dos lengüetas dentadas que salían desde un nudo central semejante a dos áureas alas de ángel replegadas y entrelazadas en un vórtice arremolinado. Justo sobre estas, destacaba un pequeño cilindro dorado, todo ello circundado por una guarda de diseño persa. La delgada empuñadura era coronada por un pomo en forma de ojo abierto, cuya pupila de rubí se posaba en el medio de una cuenca de oro. La más larga de las pestañas de aquel lucero se extendía hasta llegar a una cúspide tan puntiaguda como el huso de una rueca.

El joven puso su mano derecha sobre la daga, al tiempo que pronunciaba la palabra *Callirus*. Esta empezó a desprenderse despacio de su pecho, para colocarse sobre su puño abierto, siendo ya un objeto tangible. Después de todo ese proceso, que duró alrededor de unos cinco minutos, Milo suspiró de manera casi imperceptible. Con toda solemnidad, dio inicio a una compleja explicación acerca de lo que acababa de hacer y de la procedencia de su arma.

—Las doce constelaciones que decidieron formar parte de la *Alianza de Callirus*, a saber, Apus, Camelopardalis, Cetus, Columba, Cygnus, Delphinus, Equuleus, Grus, Lepus, Lynx, Phoenix, y Vulpecula, son las encargadas de diseñar las pruebas de los páramos. Este consejo estelar se reúne a menudo para tomar decisiones conjuntas que garanticen el adecuado funcionamiento de la dimensión oscilante de Solu. Cada una de dichas constelaciones tiene la comisión de enviar a sus ciudadanos mejor capacitados a Cepheus, los cuales custodiarán el páramo que les sea asignado, por acuerdo democrático de la alianza. Si un guerrero completa de manera exitosa todos los desafíos contenidos en un páramo, este debe ser premiado de inmediato; recibiendo una pieza de diamante con un emblema de la nación a cargo del páramo del que haya salido victorioso. Al reunir todas las insignias, el luchador tiene derecho a intercambiarlas por una réplica exacta de una de las tres dagas ancestrales. Las cuales fueron un regalo especial de la emperatriz de las Joutsen, la majestuosa Belldandy. Estas son: la Daga del Paladín, la Daga del Sanador y la Daga del Protector. Esta última es la que estoy sujetando justo ahora. Aunque el guerrero puede seleccionar el arma que prefiera, la utilidad de la misma se verá aumentada de manera significativa si su esencia coincide con el rasgo de personalidad dominante en el portador. Además de dotar a su dueño con habilidades sobrenaturales, cada daga modifica por completo la composición química y fisiológica de cualquier organismo. La primera vez que entramos a Loimu, Dahlia pudo ver a la imponente criatura que soy gracias a esta arma. Es imposible abandonar la forma que las dagas confieren, a menos que se utilice un escudo hexaédrico de neón, el cual debe ser controlado mediante las ondas cerebrales de quien lo utiliza. Eso es justo lo que hago para conservar mi apariencia y masa corporal humanas.

Con el ceño fruncido, y un tono socarrón en su voz, la rubia interrumpió la ceremoniosa disertación de su hermano.

—Déjame ver si te entendí bien... Me estás diciendo que si logro salir viva de esos famosos páramos, me van a dar una de tres dagas, y esta

me convertirá en alguna clase de cosa extraña que solo podré ocultar con un escudo el cual no tengo ni idea cómo encontrar, ¿correcto?

—Tranquila, Dahlia, todo a su tiempo. Ya te diré cómo obtener ese escudo luego. Ahora, por favor, déjame terminar con lo que debo revelarte.

—Bueno, creo que no me queda otra opción. Prosigue.

—Bien... Todo lo que te he mencionado nos lleva a la parte incómoda del asunto. Para que puedas acceder a Solu y completar las pruebas, en tu interior tiene que existir aunque sea un átomo de la esencia Keijukainen. En mi caso, cumplir con esa condición fue algo muy sencillo dado que, aunque fui concebido por humanos, Sherezade me llevó en su vientre y me transmitió parte de su sangre. Pero en tu caso, no podemos hacer nada como eso, porque tanto tu concepción como tu nacimiento fueron procesos sin intervención alguna por parte de los Keijukainen. La solución que puedo darte ante ese inconveniente es la de intercambiar uno de tus órganos por uno de Sherezade.

—¿Qué?! Milo, ¿estás demente? ¿Qué clase de idea macabra es esa?

—Cálmate un poco. No te dolerá en absoluto. Supongo que ya sabías que Sherezade también tiene una de estas dagas consigo. La suya es la Daga del Sanador, así que ella puede realizar el trasplante en cualquier momento sin ninguna dificultad. Solo necesita que le des tu autorización y le digas cuál de tus órganos deseas intercambiar con ella.

—¿Y se supone que debo decidir algo así de importante ahora mismo?

—No es que tenga ganas de presionarte, pero cuanto antes concluyamos con los preparativos para que partas rumbo a Solu, mejor. Puedo sugerirte intercambiar una de tus córneas, puesto que es un órgano localizado casi en el exterior de tu cuerpo, y quizás así el proceso se te haga un poco menos terrorífico.

—¿Una de mis córneas? No, no y no. ¿Cómo voy a aceptar que me dejen tuerta?

—Te equivocas. Creo que todavía no lo tienes claro del todo. Dije que intercambiarías tu córnea, no que la entregarías y ya. Eso quiere decir que tendrás una de las córneas de Sherezade contigo. Tu visión no se anulará ni se entorpecerá, sino que mejorará. Nada más tendrás que acostumbrarte a tener un ojo púrpura y el otro ambarino.

—Tus palabras siguen sin tranquilizarme. Sin embargo, no hay tiempo que perder y, al no haber más alternativas, dile a Sherezade que tiene mi consentimiento.

—¡Perfecto! Sabía que eres muy razonable y que podíamos contar contigo.

Hasta ese momento, Emil había decidido guardar silencio mientras analizaba con cuidado la situación. Habiendo escuchado el complejo diálogo de sus hijos, escogió muy bien las palabras de apoyo que deseaba transmitirle a Dahlia para que ese momento tan crucial en su vida fuese más llevadero.

—Hijita, no temas ante nada que provenga de Milo o Sherezade. Ya nos hemos dado cuenta de que ellos siempre han estado buscando tu bien, incluso desde antes de que nacieras. Sé que has atravesado muchísimos cambios importantes en tu vida, pero no estás sola, pequeña. Te amamos y haremos hasta lo imposible para que puedas salir airosa de todas las pruebas que se avecinan.

Con el labio inferior tembloroso y los ojos vidriosos, Dahlia se abalanzó sobre su padre y lo estrujó con ímpetu entre sus brazos. Él le acariciaba la cabeza mientras le susurraba al oído que todo estaría bien. Milo se acercó a ellos y se unió al abrazo familiar. Tras unos breves instantes, la rubia ya estaba más calmada y mejor dispuesta para enfrentar lo que había de venir, por lo que se separó de ellos para poder hablarles con mayor comodidad.

—Agradezco mucho tus bellas palabras, padre. En verdad me ayudaste a recobrar el ánimo —expresó ella, al tiempo que su mirada cargada de ternura se posaba sobre Emil. Su voz estaba un poco quebrada por la emoción.

—Me alegra saber que pude hacer algo bueno por ti, nena —afirmó el progenitor de los gemelos, orgulloso.

—Y bueno, con respecto a ti, hermanito, creo que ya es hora de que me lleves con Sherezade. Creo que tener una parte de ella conmigo podría ser divertido —aseguró la chica, con una sonrisa de oreja a oreja estampada en el rostro.

—Como tú digas. Ya sabes muy bien lo que tienes que hacer para llegar a Loimu, ¿cierto? —Milo formuló la pregunta mientras le hacía un divertido guiño con su ojo izquierdo.

—Por supuesto que sí. Te miro a los ojos mientras me sujetas por la cintura.

—¡Exacto! Hagámoslo ya mismo, entonces.

—Espera un momento. ¿Quieres venir con nosotros, papá? —interpeló con cariño la muchacha.

—No es necesario. Vayan ustedes dos. Ya quiero ver el moderno *look* que va a tener mi hija cuando regrese —contestó Emil, entre sonoras carcajadas.

Los hermanos rieron también ante aquella ocurrencia de su padre. Agitaron sus brazos para despedirse de él y se dispusieron a ingresar a los aposentos de la Keijukainen. Una vez allí, Dahlia de inmediato comenzó a hablar.

—Supongo que ya has escuchado lo que hablamos ahí afuera, pero quiero decirte en persona que confío en ti y que tienes mi permiso para intercambiar una de mis córneas por una de las tuyas.

—Es un honor para mí saber que has puesto tu confianza en mí, bella niña. Haré tal y como me has dicho —musitó Sherezade, con toda la dulzura y calidez que era capaz de transmitir con su voz.

La doncella procedió a llevar a cabo el mismo tipo de ceremonia que ejecutó Milo minutos atrás. Al concluir con el breve ritual, entre ambas manos abiertas sostenía la Daga del sanador. Su hoja estaba hecha de lapislázuli y zafiro, la cual tenía la imagen de un zorro en posición de camuflaje, dueño de una larga y afelpada cola, esculpida en plata, con tres piedrecillas de cuarzo en su lomo, un copo de nieve a base de topacio frente a su rostro y la silueta de tres rombos, dibujados con grafito en su retaguardia. Una pequeña guarda de hierro daba paso a la elaborada empuñadura. En ella, se exhibían dos triángulos isósceles de oro craquelado que se concatenaban en el vértice de los ángulos obtusos. Sobre estos, cuatro diamantes se unían para formar una flor de pétalos romboidales, todo ello bordeado por cristales azules que formaban varias líneas rectas en paralelo. Aún más arriba, dos filas de

cuatro citrinos cada una terminaban por converger en un pomo conformado por otros dos triángulos isósceles idénticos a los que colindaban con la férrea guarda.

Sherezade colocó, con mucho cuidado, la punta de su daga sobre su ojo derecho. Un diminuto resplandor púrpura emergió de este, y ella lo se lo dio a Milo para que lo sostuviera por un momento. Entonces, de igual manera lo hizo con el ojo derecho de Dahlia. El resplandor ambarino de ella también le fue dado al chico. Ya estando ambas membranas una al lado de la otra, la dama reinsertó su purpúrea córnea en la cuenca de la muchacha, para luego tomar la de tonalidad amarillenta para sí. La rubia parpadeó varias veces con rapidez, intentando acostumbrarse a la inusual sensación que le causaba ver a través de su nueva córnea. A pesar de que estuvo un poco asustada durante el proceso de intercambio —puesto que perdió la visión de forma parcial por unos momentos—, el resultado final la dejó muy complacida.

—No te dolió, ¿cierto? Ahora ya puedes viajar conmigo hacia Cepheus e ingresar a la dimensión de Solu. Partiremos mañana al amanecer, así que aprovecha este día para compartirlo con tu familia —le comunicó Sherezade, con un ligero aire de formalidad.

—Muchas gracias por todo. ¡Hasta pronto! —aseveró la chica, dedicándole una reverencia a la doncella.

Acto seguido, los hermanos volvieron al lado de su padre, quien los esperaba recostado sobre una silla mecedora, ubicada cerca del amplio pórtico de la vivienda, muy tranquilo.

—Oye, Dahlia... ¡qué bien te queda la heterocromía! Me encanta como te ves —exclamó Emil, lleno de felicidad.

—Gracias, papá. Yo también estoy encantada con este cambio.

Padre e hijos entraron en tropel a la casa y se apoltronaron juntos en el sofá-cama de la sala. Habiéndose puesto cómodos, Milo se dio a la tarea de explicarles con detalle lo que ocurriría una vez que Dahlia partiese rumbo al espacio sideral.

—Desde mañana en adelante, ni papá ni yo podremos acompañarte. No volverás a vernos hasta que salgas de Solu, lo cual sucederá hasta

que completes todas las pruebas de los doce páramos. Como le conté antes a papá, no es posible saber con certeza qué es lo que encontrarás allí, pues los desafíos serán diseñados solo para ti. No obstante, hay algunos principios básicos de supervivencia que siempre funcionan bien para cualquier guerrero. Lo que debes tener presente en todo momento es la gran importancia de la concentración. Por nada del mundo permitas que los distractores de cualquier clase, que sin duda aparecerán, aparten tu vista del objetivo. Nadie puede diferenciar qué es real y qué no lo es en Solu, pero jamás debes dejar de creer en ti misma y en tus habilidades. Habrá momentos en los que la solución de ciertos acertijos será muy obvia, así como también habrá ocasiones en las que te sentirás impotente y desorientada. Si eso sucede, siéntate y cierra tus ojos. La energía de Sherezade contenida en la que ahora es tu córnea te ayudará a aclarar tus pensamientos y a encontrar la manera de seguir adelante. La más peligrosa de las amenazas en los páramos es la de sucumbir a los efectos del miedo. No dejes que ese sentimiento se apodere de ti o estarás perdida.

—¿Qué puede pasarme si el miedo me vence? Digo, es normal sentirlo. ¿Qué tal si no puedo controlar su intensidad?

—Podrías enloquecer y quedarte atrapada vagando sin rumbo en alguno de los páramos, e incluso tu vida podría estar en peligro. Ciertas criaturas que merodean por ahí son reales y muy capaces de matarte sin titubear. Una de las reglas inquebrantables establecidas por la Alianza de Callirus es la de no intervenir jamás en el entrenamiento de ningún guerrero. Esa medida lleva implícito el hecho de que no se puede dejar salir a nadie, por más difícil que sea la situación en que se encuentre, si esa persona no ha culminado con todo el proceso.

—Quieres decir que puedo estar padeciendo cosas terribles, a punto de morir, y nadie moverá un dedo por mí, ¿es así de cruel?

—Sí, así es. No se procede de esa manera con el afán de perjudicar a los guerreros, sino todo lo contrario. Salir victoriosa de los páramos te hará más poderosa de lo que puedas imaginar. No podemos exponernos a que Galatea te derrote, porque ello no solo implicaría tu

muerte. El destino de la humanidad entera depende casi por completo de ti. Hagas lo que hagas, nunca dejes al miedo envolverte del todo.

—Entiendo... Yo... ¡no los defraudaré! Por ti, por papá, por Sherezade, y por mi adorada madre, voy a ganarme una de esas lindas dagas, ya lo verán —concluyó Dahlia, muy decidida.

—Claro que sí, hermanita. Será pan comido para ti.

—Oh, hija, jamás dudes de la fortaleza que posees. Triunfarás, lo sé muy bien.

Aunque los tres estaban bastante preocupados, su mutua compañía y las palabras de ánimo y apoyo incondicional allí expresadas los ayudaron a verle el lado positivo a las cosas. El resto del día transcurrió sin complicaciones de ninguna especie y de forma muy agradable, entre comidas, juegos de mesa, y animadas charlas de variadas temáticas. Ya bien entrada la noche, Dahlia no deseaba irse a dormir, pues temía que la horrenda pesadilla recurrente la acechara de nuevo. Para no tener que suministrarle más perlas, a Milo se le ocurrió una idea que pareció ser del agrado de todos.

—Ya que debes partir junto a Sherezade mañana al amanecer, ¿qué te parece si pasas la noche en Loimu? No creo que los poderes de Galatea sean capaces de alcanzarte en ese sitio, y así podrás irte aún más rápido, tan pronto como hayas despertado y comido algo.

—Eso suena bastante bien. De todos modos, sin importar en donde pase la noche, estando dormida no puedo charlar con ustedes. Por lo tanto, no perderé tiempo valioso a su lado, y me evitaré la posibilidad de tener pesadillas. ¿Tú que crees, papá?

—Apoyo la idea de tu hermano. Quiero que puedas descansar de verdad, y si eso se puede lograr llevándote con Sherezade, me parece sensato. Ella cuidará de ti tanto o hasta mejor de lo que nosotros podríamos.

—Eso significa que ha llegado el momento de despedirme de ustedes. No quisiera tener que dejarlos acá. Los extrañaré demasiado —farfulló la rubia, conteniéndose para no prorrumpir en llanto.

Emil y Milo se acercaron a ella para cubrirla de besos y caricias. Permanecieron abrazados en silencio por un lapso de unos cinco

minutos, tras los cuales el momento de la inminente separación por fin se hizo presente. La chica dio una última mirada a su padre, para luego ser escoltada por Milo hasta la presencia de la doncella. Antes de regresar a la casa, el chico le estampó un sonoro beso en la frente a su hermana mientras le sonreía con su pulgar levantado, brindándole así una clara señal de que creía en ella. Justo después de eso, él se desvaneció, dejándola a solas con Sherezade, quien tenía preparada una cómoda nube blanquísima al lado de su esfera, para que la niña durmiese sobre esta.

Al despuntar el alba, la dama se acercó a Dahlia y le habló utilizando un volumen un poco más alto de lo usual, para despertarla. No fue nada difícil de lograr, ya que la joven había dormido de maravilla. Un contenedor de vidrio al lado de la cama dejaba ver en su interior un líquido verde y brillante. Sherezade dio a entender, con un movimiento de cabeza, que la muchacha debía beberlo. Ella obedeció sin dilación. El Smaragdi sació su hambre y su sed casi de inmediato. Luego de eso, la rubia recibió instrucciones de sustituir sus ropas por un traje especial hecho de escamas de dragón marino, el *Jagdrock de Plata*. Este se adapta a la forma y tamaño del cuerpo de quien lo vista, es muy flexible y liviano, lo cual facilita cualquier movimiento. Dicha prenda hace aumentar o disminuir la temperatura corpórea, según se vayan dando cambios en las condiciones meteorológicas. Además, puede resistir el fuego y repele los ataques de cualquier instrumento u objeto punzocortante. Aquel traje había ido pasando de generación en generación en la familia de Sherezade. Tanto ella como Milo lo llevaron puesto cuando les correspondió visitar Solu, y ahora era el turno de Dahlia para usarlo.

En cuanto la rubia estuvo preparada para cruzar el portal interestelar que la transportaría a la constelación de Cepheus, recibió un afectuoso abrazo y una amplia sonrisa de la doncella, quien justo después de eso, procedió a colocarla dentro de su burbuja dorada mientras manipulaba un mecanismo en el exterior de la misma. Una vez que las coordenadas de destino estuvieron debidamente registradas, la dama también se introdujo en el interior de la esfera. Un iridiscente rayo púrpura las

envolvió y las hizo desaparecer de Loimu. En minutos, ambas estuvieron frente a las gigantescas puertas de malaquita que custodiaban la entrada al reino Keijukainen. Como la digna guerrera de alto rango y portadora de una daga legendaria que era, la forma y la refulgencia propias de su clase, por fin se hicieron manifiestas. La piel de Sherezade era de una tonalidad rosácea y transparente, con un destello turquesa que nacía desde su interior y se proyectaba a varios metros de distancia. Toda ella parecía una gema viviente. Su abundante melena violeta se movía de un lado para otro, como jugueteando con el viento. Una armadura de marfil cubría su musculoso tronco, y cada una de sus pisadas emitía un melodioso sonido de flautín.

Bastó el llamado telepático de la guerrera para que la guardia real abriera las compuertas de par en par. Dahlia estaba maravillada ante la sobrecogedora belleza de su amiga y la magnificencia de aquel reino. Luego de recorrer el anchuroso sendero que conducía hacia el interior del palacio, la rubia se encontró, cara a cara, con los representantes de la Alianza de Callirus, quienes la esperaban ansiosos para darle la bienvenida y la autorización para que tuviera libre acceso a la dimensión oscilante de Solu. Un breve acto protocolar se llevó a cabo, en donde aquellos dignatarios alabaron, repetidas veces, la valentía de la chiquilla. Ya concluida la ceremonia, Dahlia fue escoltada hacia un enorme cráter negro en el centro de la sala, el cual había estado cubierto por una rejilla de acero inoxidable.

—Cuando saltes dentro de este agujero, verás a tu alrededor las inmediaciones del primer Páramo de la destrucción. De aquí en adelante, todo depende de ti, jovencita. Te deseamos el mayor de los éxitos en esta travesía —afirmó Vincent, el presidente de la Alianza.

—Estoy lista, mi señor. No lo defraudaré —replicó la rubia.

—Pues, adelante, entonces. Que las estrellas estén a tu favor.

Dahlia saltó con gracia. Un breve momento de oscuridad le dio paso a una escena asombrosa: un vasto campo de arena roja sin ninguna clase de vegetación se extendía hasta donde su campo de visión le permitía explorar. Estaba en el Páramo de la Ira...

XX EL PÁRAMO DE LA IRA

PARTE I

Lo primero que Dahlia pensó al contemplar los interminables cúmulos rojizos de la finísima y brillante arena fue que se iba a quedar ciega muy pronto. Una especie de navecilla verdosa en forma de cubo se paseaba de un lado a otro por el despejado cielo amarillo. De ella emanaba un potente resplandor naranja que bañaba la totalidad de las arenas con sus rayos. Aquella irritante luz rebotaba sobre los gránulos y le producía una desagradable sensación en sus sensibles pupilas, como si se le estuviesen calcinando con gran lentitud. Además, un martilleo acelerado en las sienas la hacía imaginar que su cabeza muy pronto explotaría en miles de pedacitos. Lo más extraño de todo era que ese molesto haz de luz no le hacía sentir calor en ninguna otra parte de su cuerpo que no fuese sus ojos. Optó por cerrar sus párpados durante unos segundos, e instantáneamente sintió un enorme alivio.

«Según parece, ese artefacto fue fabricado con el objetivo de evitar que saque partido de mi capacidad visual mejorada», analizaba la rubia, en completo silencio. «Si no puedo utilizar mi vista, deberé agudizar el resto de mis sentidos». Abrió una diminuta rendija de sus ojos por unos instantes muy breves, intentando divisar alguna señal, por más pequeña que fuese, que le indicara

hacia dónde debía dirigirse. Un minúsculo punto titilante, de tonalidad blancuzca, en lontananza captó su atención. Antes de que pudiera precisar su origen y ubicación exacta, la navecilla emitió un agudo pitido y comenzó a alumbrar con muchísima más intensidad que antes. Mantener los ojos cerrados ya no era una opción, sino una obligación

que debía cumplir sin falta, pues esa era la única posibilidad que tenía de conservar sus preciados orbes a salvo de aquel dañino centelleo.

No había ninguna pared, roca o árbol que pudiese tomar como punto de referencia para determinar si estaba avanzando un poco o si solo caminaba en círculos. No corría ni un leve atisbo de brisa ni se escuchaban ruidos de ninguna clase. Todo el paisaje denotaba completa esterilidad, como un pueblo fantasma. El único objeto animado en medio de la aridez sepulcral de ese sitio era ese despiadado cubito verdoso, no más grande que un perro pekinés maltés, el cual se empecinaba en revocarle su derecho a ver. Dahlia estaba muy desconcertada y la impaciencia que la caracterizaba ya hacía su aparición estelar. ¿Qué era lo que tenía que hacer? No era posible pasar una prueba si no podía desplazarse o atacar de alguna manera a la cruel ladrona de su facultad visual. La cabeza estaba comenzando a pesarle y su respiración estaba muy agitada.

—¿Qué quieren de mí?! —gritó la chica, hecha una furia.

Se dejó caer de rodillas sobre la arena y la acribilló a puñetazos mientras vociferaba amargada.

—¡Ya cálmate, niña! Deja los berrinches y lloriqueos para tu madre, quien de seguro es la única persona que puede aguantarte semejantes desplantes, mocosa insolente. ¡A mí me respetas! —le reclamó una exasperada voz grave, de procedencia desconocida.

—¿Quién rayos eres para venir a decirme cómo debo comportarme? —replicó la rubia, con el rostro contraído y las mejillas sonrosadas por el súbito ataque de ira del que se había permitido ser presa fácil.

—¿Te rindes así de fácil? No te has tomado la molestia de respirar profundo y sentarte a pensar un poco. La primera vez que te topas con una dificultad y ya te pones a patalear y soltar improperios. ¿Qué clase de nenita mimada eres? Apuesto a que no tienes ni idea de cómo cambiarte el pañal que acabas de ensuciar en medio de tu rabieta y eso te desespera, ¿cierto?

—¡Cállate! No me importa lo que pienses de mí. No pedí tu opinión ni tus consejos baratos, así que lárgate de una buena vez y déjame en paz. ¡Yo puedo con esto sola! Y además... ¡No soy una nenita mimada!

Gruesas lágrimas recorrían el colérico rostro de la rubia, quien tenía el juicio tan nublado por sus emociones negativas que no se había preguntado a quién pertenecía la vocecilla regañona y autoritaria que la desafiaba.

—Con esa arrogante y ridícula actitud no llegarás a ninguna parte. ¿Cómo esperas merecer una daga de la Alianza si te comportas como una bebé malcriada y caprichosa? ¡Detente y piensa! —espetó el dueño de la voz, quien todavía era invisible.

Aquellas duras palabras sacudieron a Dahlia, quien poco a poco comenzó a reaccionar. Se sentó en el polvoso suelo mientras inhalaba y exhalaba despacio, atrapando todo el aire que le cabía en sus pulmones para luego liberarlo con suavidad. Su descontrolada ira fue perdiendo terreno para darle cabida a la chica racional y analítica que ella solía ser. Unos minutos después, la furia se había marchado por completo, pudiendo ya establecer una conversación pacífica con aquel desconocido.

—Me disculpo contigo por haber sido tan irrespetuosa. Me dejé llevar por mi estúpida cólera y por la frustración que me produjo no saber qué es lo que debo hacer.

—No eres la primera ni la última persona que se comporta así al ingresar a este particular territorio. Por algo se le conoce a este lugar como el Páramo de la ira. Todo lo que está presente aquí, desde los colores y las texturas hasta los olores, cada detalle fue diseñado con el único propósito de alterarte e irritarte. Se valen de las cosas que más te enojan y las utilizan en tu contra.

—Oh, ya veo... Por cierto, aún no sé con quién estoy hablando, puesto que el intenso resplandor de la navecilla no me permite hacer uso de mis ojos en absoluto. Por tanto, no puedo verte.

—Aquí no interesa quién soy. Lo único que necesitas saber es que tendrás que confiar en mí de ahora en adelante, si es que pretendes salir con cordura y vida de aquí.

—¿Cómo puedo confiar en alguien de quien no conozco, ni tan siquiera, algo tan elemental como su nombre? ¿O es que acaso deseas que te invente uno? Por favor, dime quién eres...

—Debes descubrir mi identidad por ti misma. No insistas en que te revele mi nombre porque no lo conseguirás jamás.

—¿En serio me dejarás en ascuas? Vamos, no seas cruel. Dices que estás aquí para ayudarme, lo cual es algo muy inusual. Se me dijo que quienes vienen aquí para enfrentar estas pruebas no reciben ningún tipo de ayuda de nadie... Y ya que me harás el gran favor de darme una mano sin que te lo haya pedido, en cierta forma podría decirse que eres mi amigo. ¿Qué tipo de amigo eres entonces? Si alguien que no conozco hace algo bueno por mí, es lógico que me interese saber más sobre esa persona. ¡Quiero conocerte! Te lo suplico, dime cómo te llamas...

—Eres incansable y testaruda, ¿no es verdad? Debes saber que no me interesa si vuelves a enfadarte como antes, pues la que sale perdiendo eres tú, pero no voy a complacer tus deseos. Deberías dejar de malgastar el tiempo en conversaciones infructuosas y concentrarte en salir de aquí. ¿Me vas a hacer caso o no, niña impertinente?

—De acuerdo, ya entendí. Quieres seguir en el anonimato, señor sabelotodo. Bien, como quieras. Pero luego no te quejes.

—¿Quejarme de qué, mocosa?

—Del nombre que yo escoja para llamarte... Y ya deja de decirme mocosa. Mi nombre es Dahlia. Pretendes mostrarte muy experto acerca de mi persona, pero no conoces ni siquiera ese importante detalle...

—Por supuesto que sí sabía tu nombre, pero me referiré a ti como me plazca y no podrás objetar, porque dependes de mí.

—¿Te has estado escuchando bien? Ahora eres tú quien resulta ser el maleducado. No puedo comprender por qué te portas así conmigo si se supone que estás de mi lado. Eres demasiado extraño, Stewart.

—¿Cómo me llamaste?! ¿Stewart?! Tu creatividad es bastante limitada. ¡Qué gusto tan deprimente tienes para la elección de los nombres!

—¿Lo ves? Ya te estás quejando. Tengo que decirte de alguna manera y tú no quieres decirme cuál es la correcta. Por ello, opté por llamarte Stewart, como el adorable hámster blanco que me obsequió mi tía Beth.

Deberías sentirte orgulloso de portar el nombre de un ser al que aprecio mucho.

—¿Cómo se te ocurre compararme con una insignificante alimaña terrestre? A este paso, harás que me arrepienta de mi decisión de ayudarte, niñata.

—No seas tan infantil, Stewart. Me sermoneas a cada instante porque, según tú, no puedo controlar mis emociones. Pero estás actuando igual o peor de inmaduro que yo al continuar con esta absurda discusión que no nos llevará a ningún lado.

—Detesto tener que darte la razón en esta ocasión, chiquilla. Llámame como se te venga en gana, pero no me pidas que me agrade... Bien, ahora, pon cuidadosa atención a lo que te voy a decir.

—Soy toda oídos, querido capitán Stewart.

—Te crees muy graciosa, ¿no? Como sea... Volviendo al punto, toma entre tus manos un puñado de arena y humedécelo con tu saliva hasta que logres formar con él una pasta suave y moldeable.

—Como digas, pero eso suena bastante asqueroso, si se me permite opinar...

—No, no se te permite. Así que ponte ahora mismo a trabajar en completo silencio.

—De acuerdo, ya me callo —concluyó Dahlia, entre suspiros de resignación.

Con gran destreza y minuciosidad, la rubia se dio a la tarea de amasar la arena entre sus delicadas manos, alternando entre escupir y luego apretar aquella polvareda rojiza. No tardó más de cinco minutos en cumplir con lo que se le había ordenado.

—He terminado. ¿Cuál es tu próximo mandato, Stewart?

—Frótate el rostro con esa masa hasta que esta se haya amalgamado por completo con tu piel.

—Me parece muy higiénico y glamoroso tener que embadurnarme con mi propia saliva... Bueno, aquí voy...

Dahlia se restregó el amasijo con muchas ganas. Aunque estaba experimentando un cierto grado de repulsión hacia aquel desagradable

emplasto, solo se detuvo cuando sintió que ya no quedaba ni el más leve rastro de arena babeada entre sus dedos.

—Lista, mi capitán. ¿Qué sigue ahora?

—Abre muy despacio tus ojos. Aun si sientes algún tipo de escozor o comezón en los párpados, por nada del mundo se te ocurra tocártelos.

—Algo me dice que esto no será nada lindo, pero no tengo muchas alternativas. Voy de nuevo...

Con toda la lentitud de los nerviosos movimientos que fue capaz de lograr, la chica por fin pudo volver a ver el escenario que la rodeaba. La nueva imagen frente a ella no se asemejaba para nada a la anterior. Ahora el vasto desierto estaba sumido en una densa oscuridad, pero desperdigadas por aquí y allá podían distinguirse varias siluetas translúcidas bioluminiscentes de unos seres cuyo cuerpo tenía la forma característica de la cornamenta de un alce. En cada una de las terminaciones de las astas, había unas esferas nacaradas del tamaño de canicas, recubiertas con una fina capa de polvo en tonalidades pastel, las cuales les servían de ojos. Se desplazaban a grandes velocidades, gracias a sus múltiples extremidades, localizadas en la parte inferior de sus endurecidos cuerpos. Podría decirse que ellos eran unos parientes muy lejanos de los miriápodos.

La que se mostraba antes como una navecilla cúbica verdosa aún surcaba los cielos, pero ya no lucía así. Su verdadero aspecto podría tildarse de perturbador, puesto que era un círculo blanco y aplanado, con un grosor de un metro, ostentando un enorme ojo negro triangular en el centro. Por todo el diámetro de la circunferencia del mismo, la cual era de casi tres metros, sobresalían unos filamentos sinuosos y afilados que se contraían y estiraban de forma ininterrumpida para darle propulsión aérea a aquel extraordinario ser. Cada vez que este cerraba su ojo, un silbido como el de una tetera con agua hirviendo en su interior inundaba el ambiente. Todas las criaturas sobre la superficie del suelo irradiaban de manera conjunta un gélido resplandor azulado. Dahlia sentía que su quijada le rozaba las rodillas. Pocas veces se había sentido más asombrada que en ese instante.

—¡Esto es increíble! ¿Qué pasó con la arena roja? ¿Por qué estamos a oscuras? Hace solo unos minutos no había nada en absoluto aquí, pero ahora hay muchísimos bichos extraños por doquier.

—Esta es la verdadera apariencia del Páramo de la ira. Esos seres que brillan en el suelo son los famosos *Sarvet*. Ellos se encargan de actuar como reflectores de la energía psíquica que emana del *Sormet*, la criatura voladora en la que un día se transformarán los *Sarvet* que sobrevivan a la metamorfosis molecular, los más fuertes de su especie. El *Sormet* comanda a todos los *Sarvet* con las ondas gamma que proyecta desde su inmenso ojo hacia sus mentes inferiores. En conjunto, crean una ilusión óptica muy poderosa, de la cual no se puede salir a menos de que te hagas pasar por uno de ellos. Eso es lo que acabas de hacer al cubrir tu rostro con parte de su esencia. Toma varios días descubrir la clave para abandonar este páramo, pero gracias a mí, tú lo harás sin muchas complicaciones —acotó el desconocido colaborador de Dahlia.

La muchacha giró su cabeza hacia la derecha, dado que ese era el punto de donde creía que procedía la voz de Stewart, mas seguía sin poder verlo. El darse cuenta de ese detalle le produjo escalofríos. Ni siquiera la contemplación de los entes alienígenos la hacía sentirse tan inquieta.

—¿Por qué sigo sin poder verte? Oigo tu voz con claridad y siento que estás muy cerca, pero no puedo encontrarme cara a cara contigo. Ya estamos fuera de la ilusión óptica. ¿Qué pasa?

—¿Has oído hablar de las frecuencias alternativas?

—No, nunca había escuchado sobre algo así. ¿A qué te refieres?

—Para que me entiendas mejor, piensa en una radio. Supongo que tienes o has tenido una en tu casa, allá en nuestro planeta.

—¿Nuestro planeta? ¿Me estás diciendo que eres humano?

—Podría decirse que sí, pero eso no viene al caso ahora. Volvamos a lo de la radio. ¿Tienes una en casa?

—Pues, sí. Ya casi no la utilizo, pero sé cómo funciona.

—Ponme atención. Cuando estás escuchando una estación y luego presionas el botón de sintonización para cambiarla por otra, es como si

pasaras de un pequeño mundo a otro, a uno paralelo a ese que acabas de dejar, pero no sales del universo que ambos comparten, en este caso, la radio. Algo así sucede conmigo. Estoy dentro de Solu, pero en una frecuencia alternativa, no en la que tú te encuentras. Estoy atrapado en un plano existencial desconocido y del que no podré salir jamás por mí mismo. He estado aquí por muchos años ya, pues fui de los primeros guerreros en intentar pasar las pruebas de los páramos. Estuve a punto de lograrlo, pero perdí la última batalla contra un *Nimbo de la desolación* muy poderoso, y él fue quien me arrojó a este sitio. Puedo desplazarme y ver todo lo que hay en cualquiera de los doce páramos, pero nadie en ellos puede verme. Tampoco puedo tocar nada, ni me pueden tocar. Es como si hubiese una barrera invisible que me separa de la frecuencia correcta.

—Y si no eres más que un guerrero, al igual que yo y que, además, se encuentra prisionero, ¿por qué me hablaste como si tuvieras autoridad sobre mí? Digo, no es que no aprecie la valiosa ayuda que me has dado, pero creo que no lo estabas haciendo por mí, sino por ti, ¿cierto? Si necesitabas que te ayudara a salir, con gusto hubiese hecho todo lo posible por liberarte. Solo tenías que pedírmelo con amabilidad. No tenías por qué comportarte de manera tan prepotente, haciéndome sentir que era muy inferior a ti.

—Creí que sería la única manera de tener una oportunidad real de rescate. He intentado comunicarme antes con otros guerreros, pero la gran mayoría ni siquiera puede escucharme. Los pocos que han sido capaces de hacerlo siempre ignoran mi llamado suplicante. Creen que solo soy una más de todas las distracciones que se les presentan aquí, así que me ignoran por completo. Por ello recurrí a la estrategia de mostrarme arrogante y frío. Quizás así alguien me tomaría en serio. No planeaba resultar tan grosero hacia una chica tan amable como tú.

—Creo que puedo entenderte y me da mucha pena que te hayan ignorado por tanto tiempo. Pero entonces, ¿ahora sí me dirás cómo te llamas?

—Sí, claro, pues ya no tiene caso seguir con la farsa. Mi nombre es Cedric.

—Encantada de conocerte. Soy Dahlia. Ya te lo dije antes, pero te lo repito ahora, que estamos recomenzando de la manera correcta.

—Es un placer conocerte para mí también —le aseguró aquel prisionero, con una sincera sonrisa.

—Hay algo más que quiero preguntarte. ¿Por qué no pueden escucharte muchos de los guerreros que han pasado por aquí? ¿Qué es lo que hace que yo sí pueda escucharte?

—No estoy muy seguro de eso, pero todo parece apuntar a que la facultad de escuchar mi voz es una habilidad exclusiva de los guerreros que tienen sangre humana.

—Eso quiere decir que mi hermano Milo te escuchó. ¡Seguro lo recuerdas! Él vestía este mismo traje que yo llevo puesto ahora.

—Sí, creo saber de quién me hablas. Ese chico fue uno de los tantos guerreros que me ignoró.

—¿Por qué lo haría? Él es muy atento y servicial. No lo entiendo... Quizás sea porque no fue criado por seres humanos y entonces no es tan bueno todavía para manifestar sus emociones. Tal vez eso hizo que pudiera ignorarte.

—Lo que dices no suena tan descabellado. Ya lo averiguaremos luego, no te preocupes por eso ahora. Primero, enfoquémonos en tus pruebas.

—De acuerdo. Y me alegra mucho que nos estemos llevando bien —concluyó la rubia, entre risillas traviesas.

Ambos guerreros avanzaban lado a lado, tan cerca el uno del otro, y a la vez tan lejos. Era bastante torturador para Cedric que ella no pudiese verlo, pero lo consolaba el hecho de que pudiera y quisiera escucharlo. Confiaba en que esa risueña jovencita sería su anhelada salvadora. Aunque él no supiese a ciencia cierta cómo haría ella para concederle su libertad. Algo dentro de su corazón le indicaba que esa chica era capaz de cosas increíbles. Se descubrió sonriendo como un tonto mientras la contemplaba desplazarse con gracia en medio de aquellas oscuras tierras.

El siguiente paso que Dahlia debía dar era el de enfrentarse al Sormet y derrotarlo, lo cual no sería nada sencillo. El prisionero decidió que

sería mejor si le daba las malas noticias pronto, para que ella se fuera haciendo a la idea de lo que le correspondería ejecutar a continuación.

—Oye, no es que me agrada tener que arruinar tu buen ánimo, pero me parece que deberías saber cuáles son tus próximas tareas.

—No hay problema, dímelo todo. Nadie había tenido las ventajas que estoy teniendo yo gracias a ti. Ya me ahorraste bastante tiempo y esfuerzo al sacarme de la ilusión tan pronto. Se supone que debería pasar las pruebas sola, pero nadie dijo que estuviese prohibido que un guerrero atrapado aquí intercediese a mi favor. Di lo que quieras, pues me facilitas las cosas con cualquiera de los consejos que me des — aseguró ella, con una risilla traviesa.

—Pues bien. Lo que viene ahora es derribar al Sormet. Para eso, primero tendrás que lograr que cada uno de los Sarvet aquí presentes te obsequie de buena gana un ojo. Cuando los tengas todos, tendrás que quebrarlos de uno en uno, sacar la sustancia cristalina que contienen y bañarte con ella. Solo así podrás proteger tu organismo y contrarrestar el quemante resplandor del triángulo ocular del Sormet, su arma más letal. ¿Estás lista para comenzar con la recolección?

Una mezcla de sensaciones desagradables invadió a Dahlia en ese momento. La sola idea de recubrir su cuerpo entero con un líquido viscoso procedente de unas alimañas alienígenas rastreras le resultaba chocante. Sin embargo, decidió ocultar sus crecientes náuseas detrás de su mejor sonrisa. No tenía intenciones de lucir débil o melindrosa ante nadie. Estaba allí para convertirse en una gran guerrera, así que decidió guardarse todo su asco en el bolsillo de atrás.

—Por supuesto que sí. Vamos por esa recolección de ojos de una buena vez —afirmó la chica, muy decidida a ganar.

XXI LOS DESEOS DE KYLMÄ

☞ Al ser Kylmä uno de los cuatro dragones estacionales, tenía el derecho de pedirle un deseo a la emperatriz Belldandy cada vez que se daba una alineación planetaria. Luego de fundar la Orden del Péndulo Celestial, llegó a sentir un inconmensurable cariño hacia aquellos hombres y mujeres que había elegido. Por esa razón, estaba planeando utilizar la próxima petición a la soberana de las Joutsen a favor de ellos. Pretendía pedir que los siete jóvenes fuesen transformados en estrellas, siendo la constelación que cada uno prefiriese su nuevo hogar. De esa forma, la muerte nunca podría llevárselos y ellos podrían venir a visitarle cuando lo desearan, pues estaba seguro de que Raki accedería muy gustoso a abrir el portal entre la Tierra y las galaxias para darles paso a aquellos bondadosos jóvenes en cualquier momento.

Con la trágica partida de la tierna Syphiel, los otros seis integrantes de la Orden quedaron contristados hasta los huesos. Quien más sufrió con su partida fue el propio Kylmä, puesto que no esperaba que una de sus elegidas fuese arrancada del mundo de los vivos sin previo aviso, estando a punto de llegar el día en que Belldandy la convertiría en una estrella. Sus buenas amigas, las Sílfides del Atardecer, ponían todo su empeño para hacerlo sonreír de nuevo. Lo invitaban a múltiples fiestas y banquetes, pues quizás así la pena de su corazón se diluyese un poco. Los esfuerzos de aquellas beldades eran inútiles, ya que nada ni nadie podía llenar el vacío que había dejado la muchacha. Y como si el fallecimiento de Syphiel hubiese sido poco para la destrozada alma del dragón, enterarse de que la pequeña e inocente Nahiaara, el fruto del vientre de su adorada escogida, había sido tomada por un Nocturno, terminó por devastarlo.

Sus deberes como dragón invernal lo habían mantenido muy ocupado y alejado de los integrantes de la Orden. Para las fechas en que la vida de Syphiel comenzó a peligrar, Kylmä estaba tan inmerso en sus asuntos que no se percató de ello. Se culpaba por no haber estado presente para auxiliarla cuando fue perseguida por los soldados y los aldeanos. Ni siquiera pudo acompañarla durante su dificultoso parto y estaba seguro de que con sus poderes hubiese podido encontrar una manera de salvarle la vida. Además, él jamás hubiese dejado desprotegida a Nahiara, sino todo lo contrario: la habría cuidado como si fuese su propia hija. Pero llegó demasiado tarde, cuando ya no existía ningún recurso que pudiera detener aquella cadena de desgracias, la cual sin lugar a dudas iría de mal en peor.

Aunque su alma estaba de luto, el dragón mantuvo la promesa que había hecho y pidió que los seis elegidos restantes fuesen transformados en estrellas. Debido a la bondad demostrada por Kylmä al utilizar su deseo para beneficiar a otros, Belldandy decidió que él se merecía ser recompensado con un deseo adicional. Después de meditar a consciencia acerca de ello, por fin el amo del invierno comunicó su segundo deseo a la emperatriz.

—¡Oh, amada emperatriz de Orión, señora mía! Estaré agradecido para toda la eternidad contigo por este inmenso regalo que me haces al permitirme hacerte una segunda solicitud. Si es agradable a los oídos de mi ama, séame permitido entregar mi autoridad de dragón estacional a alguien más, para así poder convertirme en un Valaistu. Es mi culpa que la hija de Syphiel haya fusionado su alma con la de un Nocturno. Creo que ser un ayudante más de Raki y los suyos podría ser el único medio a mi alcance para salvar a la chica y a la humanidad de ser consumidas por la maldad.

—Si estás seguro de que eso es lo que tu corazón anhela, que así sea entonces, noble protector invernal.

—¡Infinitas gracias le doy por concedérmelo, mi señora!

El azulado dragón bicéfalo de alas blancas fue transformado, tal y como él lo deseó, en un ser humano mitad elfo. Raki lo aceptó de muy buena gana en las filas de los Valaistu, las cuales para ese entonces ya

comenzaban a hacerse pequeñas. Pocos años después de la transfiguración de Kylmä, aconteció una desgracia más en su vida. Raki cayó enfermo de gravedad y no parecía capaz de recuperarse. ¿Qué haría ahora? La humanidad estaría perdida si no había quienes contrarrestasen la supremacía de la poderosa Legión de los Olvidados. Sin la pureza del corazón del elfo, las escasas esperanzas de salvar el alma de Nahiara eran casi nulas. Sin embargo, Kylmä no se iba a dar por vencido de buenas a primeras. Todavía le quedaba una última estrategia a la cual recurrir.

Emprendió un viaje en busca de los cuatro dragones estacionales, tres de los cuales habían sido sus compañeros: Kesaberius, Soksaletu y Luvara. A ellos los conocía muy bien y los apreciaba por igual. Al cuarto dragón, Talviti, quien era su sustituto, no lo conocía en absoluto, pero había recibido muy buenos informes acerca de él por parte de las Sílfides del Atardecer, quienes seguían siendo sus mejores amigas. Estaba seguro de que sus antiguos camaradas colaborarían con él y confiaba en que sería capaz de convencer al nuevo señor del invierno para que también accediese a prestarle su ayuda. Lo que necesitaba de ellos era algo de incalculable valor, una acción indispensable para la consecución de un bien colectivo, muy superior a cualquiera de sus intereses individuales. Con una semana de anticipación, solicitó, con gran respeto, una audiencia en donde estuviesen presentes todos los soberanos de las estaciones, la cual le fue concedida sin ningún problema.

—¡Respetables señores estacionales, reciban mi más caluroso saludo! Les agradezco su buena disposición y el valioso tiempo que me brindan. Como el humilde humano que soy ahora, me presento ante ustedes hoy porque necesito de su ayuda. Como bien lo sabemos, Raki se encuentra muy enfermo. Para desdicha nuestra, nadie ha podido hacer que se recupere, ni siquiera él mismo, con todo su poder. Hay altas probabilidades de que muera y, sin él, los Valaistu dejaremos de existir. Ya no habrá quien logre proteger a la humanidad de las semillas de maldad y de la naciente Legión de los Olvidados. Por ello, es imperioso que hagamos algo pronto. Aunque lo que vengo a proponer no tendrá

efectos inmediatos, en el futuro será la última esperanza que le quede al mundo.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros en esta situación de la que nos hablas? —inquirió Talviti, usando un tono de voz irritado.

—Necesito reclamar los recuerdos perdidos de Syphiel, la joven fallecida que perteneció a la Orden del Péndulo Celestial. Voy a resguardarlos en el interior de un cristal de Piedra de Luna, el único material que posee las propiedades necesarias para evitar que estos se disuelvan o se dispersen. La hija que ella tuvo, Nahiara, es quien está al mando de la Legión. Puede que logremos derrotarla, pero solo sería una medida temporal. Sellarla o matarla no servirá de mucho, puesto que ella continuará renaciendo por siempre, cuantas veces lo requiera. La única forma de detenerla y acabar con los Olvidados es a través de la purificación de su contaminado corazón, separándola del Nocturno con el cual se fusionó. Nunca se supo qué o quién fue el causante de la maldición que arremetió con toda su furia en contra de la prole de Syphiel, pero lo que sí se sabe es que dentro de esos recuerdos desaparecidos se encuentra la clave para descifrar el misterio. Sé quién los tiene bajo su custodia: Cedric, el príncipe del tiempo y el espacio, de la casa de los Taikurime. Lo que él me pide a cambio de hacerme entrega de los recuerdos es lo que yo vengo a suplicar de todos ustedes hoy —respondió Kylmä, con suavidad.

—Ya basta de tanta charla inútil. Sé directo. ¿Qué es lo que deseas? —espetó el nuevo dragón invernal.

—Él me ha dicho que debo llevarle las *Cuatro Flamas Estacionales*.

—¿Estás diciendo que debemos renunciar para siempre a nuestra identidad como los señores de las estaciones y a nuestro derecho de pedirle deseos a Belldandy solo para que tú puedas obtener los recuerdos de una simple humana muerta? Debes estar comenzando a desvariar.

—No es una simple humana muerta. Fue la madre del ser maligno más poderoso que se haya conocido en toda la historia. Syphiel nunca le contó a nadie qué fue lo que le pasó antes de caer desmayada frente a la puerta de la casa de una anciana, quien la hospedó por dos semanas

hasta que se recuperó. El príncipe Cedric me dijo que la joven visitó sus dominios en secreto, justo después de abandonar la casa de la anciana, y que ella le suplicó con vehemencia que le arrancara todos los recuerdos que tenía de ese sitio y de lo que había sucedido allí. Al parecer esos recuerdos la atormentaban muchísimo. Su deseo le fue concedido y no se le pidió nada a cambio, puesto que quienes pertenecen a la estirpe Taikurime se alimentan de las memorias ajenas, todas aquellas que van dejando atrás las personas que mueren o las memorias que les son donadas de manera voluntaria. Los recuerdos de otros los fortalecen, ya que cuantos más posean, más sencillo les resulta hacer uso de sus extraordinarias habilidades. Pueden viajar en el tiempo, al momento y lugar que ellos deseen. Por ello, el príncipe no va a entregarme las memorias de Syphiel como si nada, y mucho menos lo hará si dentro de esas memorias hay información de valor.

—¿Y para qué querría ese tal Cedric nuestras flamas estacionales?

—No tengo ni la más remota idea de eso. Lo que sí tengo bien claro es que necesitamos esas memorias cuanto antes. Esto no se trata nada más de salvar a Nahiara, sino de salvar a todos los habitantes del planeta.

—Necesitaremos al menos un día para deliberar. Vuelve mañana a esta misma hora y tendrás nuestra respuesta.

—De acuerdo. Muchas gracias por permitirme la oportunidad de hablarles y por tomar en cuenta mi petición. Me despido por ahora, señores.

Durante la noche de ese mismo día, mientras se llevaba a cabo la deliberación de los dragones de las estaciones, el príncipe Cedric recibía en sus aposentos a una nueva visitante de extraña belleza, quien clamaba haber venido desde tierras muy lejanas para traer su petición a oídos de los Taikurime. A ninguna persona o criatura se le negaba jamás la oportunidad de dialogar con el ilustre joven, por lo que se la invitó a pasar adelante sin problema alguno. Ella cayó de rodillas y habló.

—¡Larga vida para usted y los de su casa, mi señor! Es un gran honor para mí tener su excelsa presencia ante mi humilde ser. Permítaseme hacerle una petición —clamó la dama misteriosa, con voz fuerte.

—Adelante, háblame con toda libertad, mujer —le contestó Cedric, sonriéndole muy complacido.

—Oh, gran señor, soy una desdichada huérfana. Mis padres fallecieron cuando nací, por lo que nunca los conocí. Sin embargo, durante toda mi vida he deseado saber cómo eran, qué es lo que sentían por mí. Me he enterado que usted y los de su casa son los guardianes de los recuerdos de los difuntos, por lo cual hoy vengo a solicitarle que me otorgue acceso a las memorias de mis padres.

—¿Podrías indicarme, entonces, quiénes fueron tus padres? Es decir, ¿conoces sus nombres?

—Christoffer y Syphiel, mi señor.

Esas palabras dejaron boquiabierto al joven príncipe. ¿Cómo podía ser posible que esa mujer fuese la hija de Syphiel? De acuerdo con Kylvä, quien había venido antes a solicitarle exactamente esos mismos recuerdos, aquella visitante era un peligro para la humanidad. A pesar de que no le correspondía a él juzgar a nadie, si lo que se decía de ella era verdadero, le pareció muy arriesgado otorgarle lo que le pedía, aunque estuviese emparentada de forma directa con Syphiel. Decidió decir una mentira.

—Puedo entregarte las memorias de Christoffer, pero lamento mucho informarte que no puedo darte las de Syphiel. Alguien las solicitó antes que tú y, a menos que me puedas traer lo que le pedí a esa persona primero, no puedo dártelas.

—Pero yo soy la hija de Syphiel. ¿No debería de tener prioridad en cuanto a lo que se haga con los recuerdos de mi familia?

—Lo siento, mujer. Aquí no tomamos en cuenta parentesco, posición social o la cantidad de posesiones materiales que tengas. Se le concede su deseo a quien dé a cambio lo que le solicitamos. Quizás si logras adelantártele al hombre que vino antes te pueda entregar esas memorias a ti.

La mujer se incorporó con una expresión lujuriosa en su rostro. Caminó despacio hacia donde estaba Cedric, sosteniéndole la mirada en todo momento. Se plantó a escasos centímetros del sorprendido joven y, tras unos instantes en silencio, posó sus manos sobre las mejillas de él y

lo besó, llena de pasión. El príncipe no supo qué hacer, ya que estaba embobado. Su boca parecía actuar con total independencia de sus pensamientos, pues aunque sabía muy bien que no debía besar a esa mujer, sus labios succionaban los de ella con desenfreno. La rodeó con sus brazos y la atrajo hacia él. La acarició de arriba abajo mientras sus bocas seguían unidas. Cada centímetro de su cuerpo le pedía a gritos que la hiciera suya. Intentaba aflojar las prendas de vestir de ella cuando sintió en el pecho una repentina punzada, como si lo estuviesen atravesando con una filosa espada. Su respiración se detuvo por un momento, mientras contemplaba horrorizado el impactante cambio en la apariencia de la mujer. Su descolorida piel y sus blanquecinos cabellos hacían un fuerte contraste con la profunda oscuridad de sus ojos.

—Algún día pagarás por lo que me has hecho. No debiste negarme lo que te pedí. Te arrepentirás por el resto de tu existencia —sentenció la enfurecida Nahiara.

Antes de que Cedric siquiera pudiese pestañear, ella se desvaneció. La dolorosa punzada en su pecho se marchó también, dejándole en su lugar una renegrida marca circular. Un temblor se apoderó de él, pero su orgullo de príncipe Taikurime le impidió pedir consejo o buscar ayuda. No pudo conciliar el sueño ni un solo segundo de esa noche, dado que múltiples imágenes de la traumática experiencia que había vivido no dejaban de asediarlo y llenarlo de pavor. Al día siguiente, cuando el Sol se encontraba en el cenit, Kylmä apareció de nuevo ante la presencia del soberano del tiempo y el espacio. Había logrado conseguir lo que se le había solicitado, por lo cual este no tuvo más remedio que entregarle las memorias a aquel Valaistu. Hubiese preferido entregárselas a la atemorizadora hija de la dueña original de las mismas, con tal de apaciguar su cólera.

Él debía recuperar esos recuerdos a como diera lugar y ya tenía en mente una estrategia para conseguir su objetivo. Las flamas estacionales, las cuales ahora eran de su propiedad, significaban cuatro deseos que podía pedirle a la emperatriz Joutsen y los utilizaría con sabiduría, según él. Sin embargo, para su completo disgusto, se enteró de que

Belldandy era incapaz de venir a la Tierra al hallarse el único mediador élfico tan débil. Cumplirle cuatro deseos resultaba imposible para ella estando tan lejos de las flamas estacionales. La Joutsen estableció una conexión con él después de atravesar muchos problemas y le advirtió que tendría que conformarse con un solo deseo, pues era lo único que podría darle desde esa distancia. Eso lo llenó de amargura, pero no le quedó más remedio que aceptar esa condición. Entonces deseó que él y todos los Taikurime pudiesen vivir junto a las estrellas, pero sin perder su esencia y sus habilidades. La emperatriz accedió a concederle dicha petición y procedió a actuar sin dilación.

Por otro lado, Kylmä se apresuró a contactar con un Keijukainen, Vincent, quien fuera uno de los siete miembros de la Orden del Péndulo Celestial. Fue dificultoso lograrlo, dada la deplorable condición en la que se encontraba Raki. Cuando al fin se reunieron, el Valaistu le comunicó de inmediato un importante mensaje al antiguo portador del Flautín del Ensueño.

—Escúchame bien, Vincent. Raki está en su lecho de muerte y para nadie es un secreto el hecho de que los Valaistu desaparecemos cuando él expire. Seré un humano común y las estrellas ya no podrán contactarnos, por lo que es casi seguro que nunca más podremos volver a vernos. He conseguido algo que será muy importante para el futuro de la humanidad y creo que, en vista de las presentes circunstancias, estará más seguro en tus manos que en las manos de un simple mortal, como lo serán en breve las mías. Te encomiendo este cristal, el cual contiene algunos recuerdos de Syphiel en su interior. Sé que lo cuidarás bien y sabrás qué hacer con él cuando llegue el momento.

—Cuidaré de este cristal con mi propia vida. Tienes mi palabra de honor. Has sido un gran amigo, casi como un padre para mí. Con gusto haría cualquier cosa que me pidas.

—Muchísimas gracias, hijo mío. Por favor, dile a Fenrisulf, Gustave, Jokull, Karalee y Elin que los amo. Habría deseado verlos una última vez, pero eso ya no será posible. La energía de Raki está por extinguirse. Mejor date prisa y regresa a tu hogar —concluyó Kylmä, dándole un tierno beso en la frente al Keijukainen.

Vincent se marchó justo a tiempo. Tan solo unos minutos después, el suspiro entrecortado de Raki señalaba el final de sus días.

XXII EL PÁRAMO DE LA IRA

PARTE II

—Oye, Cedric, espera un momento... Ahora que lo estuve pensando un poco mejor, ¿no se supone que estas pruebas deberían ser distintas para cada guerrero? ¿Cómo es que sabes tanto acerca de lo que me corresponde hacer? No me malentiendas, pues no es que tu ayuda sea algo que no aprecio. Es que me parece que todo esto es demasiado bueno para ser real. Además, ¿con qué cara voy a escoger una de las dagas de la Alianza si no salgo de aquí por mis propios méritos? —inquirió la rubia, al tiempo que detenía sus pasos, y su sonrisa de unos instantes atrás se transformaba en un ceño fruncido, acompañado de una penetrante mirada retadora.

—Pues, yo... creo... es que... —dijo el príncipe, vacilante, mientras gruesas gotas de sudor frío comenzaban a recorrerle la trigüeña piel de su rostro.

—Si no me das una explicación convincente, no me moveré ni un centímetro de donde estoy. Supongo que no quieres eso, ¿cierto? Ni tú ni yo saldremos de aquí si no me hablas con la verdad.

—Bueno, verás... la verdad... tú... yo estaba...

—Esto me parece bastante gracioso. Primero te presentaste como alguien de increíble autoridad, sermoneándome a cada instante.

Luego asumiste el papel del chico amable y atento. Y ahora un ataque repentino de amnesia te hizo olvidar cómo hilar una simple frase coherente. ¿Qué pasa contigo? ¿Qué es lo que me escondes? ¡Deja de mentirme!

—Creo que tienes razón, no tiene caso seguir con esta ridícula farsa. En realidad no estás en los páramos que te correspondían a ti... Esta es

una réplica exacta de las pruebas que yo tuve que afrontar. Por eso las conozco a la perfección.

—¿Qué?! ¡Eso no tiene sentido! Es imposible que yo haya estado frente a todos los representantes de la Alianza de Callirus y que ellos no supieran nada de esto. ¿O es que acaso me tendieron una trampa?

—Nadie tiene idea de lo que está sucediendo aquí dentro. Los representantes de la Alianza creen que perecí. Ya no me recuerda ninguna persona, exceptuando a los Taikurime, los de mi clase.

—¿Y qué tienen ustedes que es tan especial? No me digas que están saboteando mis pruebas...

—No creo que de verdad quieras saber lo que está ocurriendo. Creo que eso te alteraría muchísimo. Lo último que necesitas en estos momentos es desconcentración innecesaria.

—¿Te atreves a decirme que no debo saber los detalles de algo que me afecta directamente a mí? ¡Estás loco si te imaginas que voy a aceptar esa excusa tan absurda!

—Bueno, te ruego que te calmes un poco. Intentaré explicártelo lo mejor que me sea posible.

—Soy toda oídos. Y como ya habrás podido notar, me impaciento en un dos por tres, así que no te demores.

Después de inhalar y exhalar repetidas veces con gran lentitud y así calmar un poco su ansiedad, los verdes orbes de Cedric se enfocaron en Dahlia. Aunque ella no pudiese verlo, el simple hecho de mirar su amable rostro le transmitía una inexplicable sensación de paz al corazón del joven. Tras un par de minutos en silencio, el príncipe ya estaba listo para revelar una parte de sus secretos.

—Los Taikurime somos los guardianes de las memorias de la humanidad. Si alguien muere, sus recuerdos pasan a estar bajo nuestra custodia de manera inmediata. También podemos recibir memorias de personas vivas, siempre y cuando nos las cedan ellas mismas, sin sentirse obligadas a hacerlo. Nuestras habilidades innatas van aumentando cada día con todos los recuerdos que recibimos. Gracias a la enorme energía cósmica contenida en el núcleo de estos, nosotros podemos viajar en el tiempo, al lugar y momento que prefiramos. Nunca

hurgamos en la privacidad de las memorias, solo las cuidamos. Cualquiera, humano o no, puede presentarse ante nosotros y solicitar los recuerdos de quien desee. Con gusto se los daremos, pero debe entregarnos algo a cambio, una dádiva que tenga un valor proporcional a lo que solicita.

—¿Y solo pueden guardar memorias humanas o también las de otros seres?

—Podemos custodiar las memorias de cualquier ser, esté vivo o muerto, pero las únicas que nos llegan de manera natural son las humanas. Las demás memorias pueden ser obtenidas mediante los intercambios.

—Tu discurso me parece muy interesante, pero todavía no entiendo qué tiene que ver conmigo. Prosigue...

—Hace muchos siglos, cuando yo aún vivía en la Tierra, una misteriosa mujer acudió a mí para solicitarme unas memorias que no pude concederle. Eso la enfureció mucho y entonces tomó represalias. Creo que me lanzó una especie de encantamiento. Apareció una marca circular muy oscura en mi pecho. Me asusté bastante, pero no le dije a nadie lo que me había pasado. Al principio, el estigma parecía inofensivo, pero con el pasar del tiempo comenzó a debilitarme. Poco a poco, lo que parecía un manchón se fue aclarando hasta mostrar su verdadera forma: una exuberante rosa blanca. Desde que dicha flor se hizo visible del todo, empezó a perder sus pétalos, uno por cada año que transcurría. En la actualidad, solo le quedan dos pétalos...

—¡Oh, no puede ser! ¿Eso significa que, si todos los pétalos caen, tú...?

—¿Que voy a morir? Lo ignoro, pero si no fuese así, creo que me espera algo espantoso. No quiero ni pensarlo hoy, y mucho menos quería hacerlo en el pasado. En aquel entonces, el pánico se apoderó de mí y me hizo tomar medidas desesperadas...

—Creo que no podría culparte por lo que sea que hayas hecho. La desesperación puede nublar el juicio. Cuéntame, ¿qué fue lo que hiciste?

—Me decidí a recuperar las memorias que debí haberle entregado a aquella mujer ese día. Alguien más me las había solicitado antes que ella

y esa persona me trajo justo lo que yo le pedí, así que no pude negarme a concedérselas... Siempre pienso que las cosas serían muy distintas para mí si hubiese complacido a esa mujer. Pero los Taikurime somos una estirpe que se caracteriza por cumplir al pie de la letra con todas sus promesas, por lo cual no pude pasar por alto lo que pacté con quien llegó primero que ella.

—No te ofendas, pero sigo sin ver cuál es la conexión que tiene tu relato con mis presentes circunstancias.

—Tenme un poco de paciencia, por favor. Ya estoy por llegar a la parte que quieres escuchar.

—De acuerdo, la tendré, pero no te tardes mucho. Ambos estamos perdiendo tiempo valioso, ¿no te parece?

Cedric dejó escapar un largo suspiro que denotaba su gran exasperación. «¡Qué niña tan obstinada!» pensaba para sí, mientras un gracioso mohín se le dibujaba en sus carnosos labios. Y aunque resultase contradictorio, esa característica de la personalidad de Dahlia era la que causaba que él sintiera una profunda simpatía por ella. No había manera de insistir en engañar a una chica con un encanto tan peculiar como el de ella, así que el príncipe se sosegó y reanudó su narración.

—Bueno, como te iba diciendo, quise recuperar las memorias que le negué a la mujer. Rastreé el paradero de estas por varios meses hasta que me enteré de que habían llegado a las manos de un Keijukainen llamado Vincent, quien después se las obsequió a su novia, una guerrera, como ofrenda de compromiso. Como es lógico pensar, ella no me iba a ceder un obsequio de su prometido solo porque yo se lo pidiese con amabilidad.

—Creo que ya tu historia empieza a tener más sentido. Continúa.

—Uno de mis hermanos menores se ofreció a ayudarme con mi plan. Cedió sus habilidades de viajar en el tiempo a una muchachita como tú, una ciudadana de Cepheus, a cambio de que ella le diera uno de sus dientes. La chiquilla aceptó sin vacilar. Entonces, yo arranqué uno de mis dientes y lo sustituí por el de esa joven. De inmediato me presenté ante los miembros de la Alianza y les supliqué que me permitieran

participar de las pruebas de los páramos. Ya cumplía con lo que ellos pedían como requisito, pues una parte de mi cuerpo tenía la esencia Keijukainen. No les quedó más remedio que aceptar mi petición. Lo que pretendía una vez que saliera de Solu no era pedir una de las dagas legendarias, sino el cristal con las memorias que habían puesto mi vida de cabeza.

—¿Y en verdad sucedió lo que me dijiste antes? Eso de que fuiste derrotado por un Nimbo de la Desolación y te quedaste atrapado aquí, dentro de una frecuencia alternativa...

—No, no fue así. Fingí que ese Nimbo me había vencido, para que todo el mundo me diera por muerto y se olvidara de que yo alguna vez existí. Quise quedarme aquí a propósito.

—¿Por qué hiciste algo tan arriesgado y tonto? ¿No se supone que deseabas pasar las pruebas para que te entregaran los recuerdos que necesitabas?

—En un principio sí, pero la situación dio un giro inesperado. Unos escasos minutos antes de que yo entrara aquí, Cadell, uno de mis consejeros, se me presentó y me desveló algo muy importante, algo que cambió por completo mis planes iniciales. Él había viajado a distintos puntos en el futuro, con la esperanza de encontrar algún rastro de la misteriosa mujer, puesto que después de que desapareció frente a mis ojos, nunca más se volvió a saber nada de ella. Muchos decían que había muerto, pero el poder de su marca no desaparecía de mí, y por ello no podía quedarme de brazos cruzados. Todos mis consejeros de confianza la habían estado buscando con tenacidad, sin resultados. Cuando estaban a punto de rendirse, Cadell halló a alguien muy especial y creyó que esa persona podría ayudarme. Él me dijo que había encontrado a un hombre en la Tierra que portaba las memorias que yo estaba buscando con desesperación. Ese hombre tenía una hija adolescente y, al parecer, esa joven sería capaz de derrotar a la misteriosa mujer que me maldijo. Mi consejero me dijo que dicha niña vendría a Solu algún día y que yo debía esperarla. Ella fue quien me dio el valor necesario para simular mi derrota, recluirme y aguardar su llegada.

—¿Qué pasó con la chica? ¿Se cumplieron las palabras de Cadell?

—Sí, así fue. Para ser capaz de esperar a esa muchacha sin correr el riesgo de morir o de ser consumido de alguna forma por el sello de la rosa, tuve que congelar mi existencia. Para lograrlo, tuve que recurrir a una compleja técnica ancestral exclusiva de los Taikurime, llamada *Hintakaki*, la cual se había utilizado solamente una vez antes de que yo la utilizara, puesto que es una técnica prohibida, dado el nivel de peligrosidad para quien la emplea... Dividí mi cuerpo en millones de partículas invisibles que se dispersaron por toda la dimensión. Eso causó una fractura en el continuo espacio-tiempo, lo cual originó una réplica distorsionada de Solu, con todos los páramos idénticos a los que me habían asignado para mis pruebas. Es justo allí en donde estamos en este momento. No puedes verme porque no poseo un cuerpo tangible. Es mi esencia la que está junto a ti, y aunque esta tiene la misma forma que tiene mi cuerpo, solo es visible para los Taikurime... Te mentí cuando dije que otros guerreros habían pasado por aquí y que me habían ignorado. He estado solo por muchas centurias, con el tiempo detenido, esperando por la chica que vendría a rescatarme. Solo ella podría ingresar en este sitio y anular los efectos de *Hintakaki*, gracias a la amalgama de varios linajes poderosos que contiene su sangre. Esa extraordinaria chica de la que Cadell me habló eras tú...

La respiración de Dahlia se detuvo. Un potente escalofrío la recorrió de pies a cabeza. Las últimas dos palabras de Cedric resonaban una y otra vez en sus todavía incrédulos oídos. «Eras tú... eras tú... eras tú...». La jovencita estuvo a punto de caer desmayada por la gran impresión, pero un súbito arrebató de adrenalina la mantuvo de pie y la impulsó a hablar.

—¿Yo?! ¿Soy yo esa joven que puede salvarte? Si pudiste haberme dicho la verdad desde el principio, ¿por qué inventaste tantos disparates?

—Tenía miedo de que llegaras a conclusiones erradas sobre mí. Quizás podías pensar que le sirvo a esa mujer malvada que te mencioné y que estoy tratando de robar las memorias para beneficiarla a ella. Pero no es

así, créeme. Estoy angustiado y triste... Quiero deshacer el sello de la rosa y salvarme...

—Déjame ver si te entendí bien... ¿Quieres decir que la extraña mujer que te maldijo, esa de la que tanto me has estado hablando, es Nahiara?

—Sí, ese es el nombre que ella tenía... O tiene, ya no sé qué pensar...

—Y dices que mi padre tiene las memorias que Nahiara quería obtener, ¿cierto? ¿A quién pertenecieron esas memorias?

—Le pertenecieron a una mujer llamada Syphiel, la madre de Nahiara.

—¿Qué puede haber dentro de esos recuerdos que haya sido tan importante para ella? No te iba a maldecir de la manera en que lo hizo si no fuera porque en verdad valoraba lo que le negaste...

—No sé qué hay dentro de los recuerdos de Syphiel. Como te dije, no hurgamos en la privacidad de las memorias. Nos limitamos a cuidarlas.

—A como está la situación de complicada, debo apresurarme a salir de aquí y reunirme con mi papá. Siento que es peligroso que él tenga a su cuidado algo que es codiciado por un ser tan poderoso como Nahiara... Me tranquiliza un poco saber que Milo y Sherezade están a su lado, pero no debo confiarme. Los Olvidados serían capaces de hacer cualquier cosa por su soberana...

—Tienes razón. Ya es tiempo de que me materialice de nuevo y te permita ir hacia donde te correspondía desde el principio. Me disculpo contigo, desde el fondo de mi corazón, por todas las mentiras que te dije y por retenerte en este lugar. Dame un momento para concentrarme y deshacer esta dimensión ilusoria...

Una por una, la multitud de diminutas moléculas que conformaban el cuerpo del príncipe se fueron desprendiendo del suelo, del cielo y de las criaturas alienígenas. La reagrupación atómica era gran un espectáculo visual, pues partículas de todos los colores imaginables surcaban los aires, dejando tras de sí un enorme espacio vacío y oscuro. Poco a poco, aquellas moléculas comenzaron a converger en un solo punto, del cual emanaba una brillante y cálida luz amarilla. El resplandor dorado fue adquiriendo la forma de una silueta masculina transparente que extendía su mano derecha hacia Dahlia, instándola a tomarla. Con un cierto grado de recelo, la joven aceptó la silenciosa

invitación. Tan pronto como su mano se encontró con la del Taikurime, un torrente de viento glacial alborotó sus cabellos y la obligó a cerrar los ojos. Transcurrieron solo unos breves instantes en ese estado, pero a ella se le hicieron los segundos más largos de su vida. La ansiedad y la curiosidad estaban consumiéndole las entrañas. No tenía ni idea de cómo luciría Cedric o qué cosas vería en los verdaderos Páramos de la destrucción. Una mezcla de sensaciones que fluctuaban entre el miedo y la fascinación se paseaban por su estómago y su pecho, provocándole un irrefrenable hormigueo en todos los rincones de su cuerpo.

Cuando la helada brisa por fin cesó, la chica abrió sus ojos de golpe. La primera imagen que contempló la dejó con la boca abierta. La sangre en su interior hervía a borbotones y sus piernas parecían hechas de gelatina. El vértigo se apoderó de ella en menos de lo que tarda un parpadeo, pues estaba de pie sobre una gigantesca esfera metálica, muy maciza, de color plateado opaco. Abajo, como a unos treinta metros de donde ella se hallaba, circundando todo el terreno, yacían miles de esqueletos con formas humanas y animales, los cuales tenían diversos tamaños que se entremezclaban para formar un escalofriante océano de huesos astillados que se extendía por varios kilómetros a la redonda. El grisáceo cielo encapotado amenazaba con descargar una descomunal tormenta eléctrica en cualquier momento. Repetidos estruendos provenientes de los truenos se confundían con los ensordecedores aullidos de alguna criatura rabiosa en la lejanía, y un vientecillo caliente casi imperceptible traía consigo el penetrante olor nauseabundo característico de los cadáveres en avanzado estado de descomposición, inundando por completo las fosas nasales de la perturbada rubia. Desde las empinadas montañas, cuyos contornos se desdibujaban debido a la gran distancia que las separaba de la extensa necrópolis, bajo la descomunal esfera, comenzaba a asomarse muy despacio una densa neblina escarlata que murmuraba palabras ininteligibles y profería desgarradores lamentos.

Miles de pensamientos se agolpaban dentro de la confundida mente de Dahlia y la tenían tan ensimismada que olvidó por completo que había

llegado a ese sitio acompañada. El ligero roce del dedo índice de la mano derecha de Cedric en su espalda la sacó de su trance. Se volteó con rapidez hacia atrás. Su mirada se posó en un alto y fornido hombre de tez canela y cristalinos ojos, quien traía puesta una larga prenda de tonalidad azulada. Una capucha le cubría su cabeza, la cual estaba desprovista de cabello.

—Cedric, ¿en dónde estamos? No sabes cuánto me asusta este lugar...

—Si lo que sientes ahora es un gran miedo, casi podría asegurarte que te correspondió comenzar tus pruebas en el Páramo del terror.

—Eso no me suena para nada alentador...

—No lo es... Y ya no podré decirte qué debes hacer porque no tengo ni la más remota idea de ello, pero confío muchísimo en ti. No fracasarás.

—Eso espero...

Al percibir que la inseguridad estaba asentándose en la mente de la chica, el príncipe creyó oportuno animarla con algo más que sus palabras. Le dedicó una cálida sonrisa y, acto seguido, dio dos pasos al frente. La miró a los ojos por unos segundos y después la abrazó con fuerza.

—Todo estará bien, ya lo verás...

XXIII TEMPESTAD

Encontrarse entre los brazos del príncipe fue algo más que sorprendente para Dahlia. Por unos segundos, la chica se quedó petrificada, debido a lo inesperado del comportamiento de él. No había amistad o lazos familiares entre ellos que justificasen semejante despliegue de afecto de su parte. Sin embargo, a ella no le molestó que Cedric se tomase aquella libertad. Cuando el sobresalto inicial pasó, los acelerados latidos del corazón de la rubia comenzaron a normalizarse y en su sonrosado semblante una gentil sonrisa hizo su aparición. No tardó mucho para que, casi por instinto, sus extremidades superiores comenzaran a imitar los tiernos movimientos de las suyas, y así los dos se encontraron representando una enternecedora escena cargada de sentimientos. No quedó ni un ápice de vacilación en el alma de la joven después de aquel curativo abrazo. Sus dudas sobre sí misma se desvanecieron en ese sublime instante. Su corazón rebosaba de paz y gratitud para con aquel esbelto Taikurime.

—Cedric... Muchas gracias por lo que acabas de hacer. Jamás me hubiese atrevido a pedirte algo como eso, pero era justo lo que necesitaba —admitió Dahlia, con un dejo de timidez en el suave tono de su voz.

—Descuida. Era lo menos que podía hacer para recompensarte por todas las molestias que te he ocasionado —le contestó él, con una gran sonrisa en los labios, guiñándole su ojo izquierdo.

Con sus temores bajo control, la muchacha ahora estaba un poco mejor preparada para encarar la difícil situación en la que se encontraba inmersa, al menos en lo relacionado con su estado de ánimo. Ya casi se había olvidado de que estaba de pie a muchos metros de distancia del

suelo, con una colosal pila de pestilentes restos esperando a que sus pies se posasen sobre ellos. Y por si fuera poco, la espesa y sollozante nube escarlata continuaba expandiendo sus dominios a un ritmo vertiginoso, e iba tomando paulatinamente la apariencia de una deforme criatura invertebrada de gran tamaño, una monstruosa combinación de distintas clases de insectos en una sola alimaña. Al contemplar de nuevo el dantesco espectáculo que la rodeaba, la rubia sintió que se le revolvía el estómago. Sin lugar a dudas, ese sitio había sido creado solo para ella, pues reunía los elementos que más la atormentaban. Era una perfecta exhibición de todas sus fobias: acrofobia, entomofobia y necrofobia.

—En verdad dieron en el blanco con eso de inducirme a sentir pavor mediante el macabro diseño de este páramo. La gran pregunta ahora es: ¿cómo saldremos de acá?

—Concéntrate y razona un poco. ¿Cuál parece ser el elemento que no concuerda con la naturaleza de los demás? Es decir, de todo lo que te rodea, ¿qué es lo que no te da miedo?

—Aquí no hay nada que no me haga sentir escalofríos o malestar estomacal. Odio las alturas, los insectos y los cadáveres, y eso es justo lo que veo en este horrendo lugar.

—Piénsalo mejor. Tiene que haber algo distinto...

—Tengo una idea. Por favor, quédate callado un rato. Voy a poner en práctica uno de los consejos que me dio mi hermano...

Dahlia se agachó con cuidado y se dispuso a sentarse sobre sus glúteos, cruzando las piernas y manteniendo su espina dorsal muy recta. Cerró los ojos y permitió que la energía Keijukainen que emanaba de su purpúrea córnea derecha fluyera a su antojo, con la esperanza de que así se aclarasen sus confundidos pensamientos. Navegó por las turbias aguas en los intersticios de su subconsciente por un lapso de unos cinco minutos, al término del cual una solución muy plausible encontró el camino hacia su lóbulo frontal. Se reincorporó de un salto y se apresuró a comunicarle a Cedric su teoría sobre la forma adecuada para enfrentarse a la amenazadora bruma.

—Habiendo meditado acerca de las cosas que me rodean, como tú dijiste hace un rato, me di cuenta de que estamos de pie sobre el único elemento en este sitio que no representa una amenaza para mí: la esfera. De hecho, las figuras esféricas me agradan muchísimo. Y me parece que debemos movilizarnos utilizándola. Si corremos a toda velocidad, creo que es posible mantenerla rodando. De esa manera, podremos desplazarnos sin tener que descender a ese espantoso y fétido cementerio, ni tampoco tendremos que vernos cara a cara con la niebla. ¿Qué te parece mi propuesta?

—Me parece que eres una chica muy ingeniosa. Sin embargo, ¿cómo lograremos dar el primer empujón? Necesitaremos impactar a la esfera con una fuerza bastante considerable, puesto que objetos tan voluminosos como este no rodarían con un simple puntapié...

—Mira hacia lo que hay arriba de nuestras cabezas... ¿Qué es lo que ves?

La mandíbula inferior del príncipe se tensó y no disimuló su mirada de preocupación cuando se dio cuenta de que el ojo de un huracán se estaba formando sobre ellos, y venía acompañado de incandescentes rayos y centellas.

—Lo que veo es una amenazante tempestad que está a punto de devorarnos con su incontrolable furia.

—No podrá devorarnos si logramos aprovechar su poderío a nuestro favor —contestó la rubia, muy serena.

—¿Y cómo haremos tal cosa? Un ciclón no es una simpática ventisca con la que podamos jugar. Y ni qué decir de la tormenta eléctrica...

—No te preocupes por eso. El Jagdrock de Plata nos será de mucha utilidad. Está hecho de escamas de dragón marino.

—Discúlpame, pero no te estoy entendiendo...

—La fuerza de atracción presente en los átomos que componen este traje, al entrar en interacción directa con los átomos de una superficie determinada, me dan la capacidad de adherirme con firmeza a ella, como lo hacen algunos reptiles terrestres. En otras palabras, puedo sujetarme de la esfera gracias a mi ropaje. El viento no podrá arrastrarme. Me acostaré bocabajo, para así tener una posición corporal

que me permita asirme mejor. Tú deberás recostarte sobre mí y sujetarte con toda la fuerza que seas capaz de utilizar, rodeando mi cintura con ambos brazos. ¿De acuerdo?

—Sí, estoy de acuerdo, pero eso solo nos servirá para resistir el huracán. ¿Qué haremos si un rayo impacta contra nosotros?

—Mi traje lo desviará, no te preocupes. Tiene un dispositivo que genera un campo de fuerza que actúa como escudo deflector. Milo se lo instaló unos pocos días antes de que comenzaran mis pruebas, y lo programó de tal manera que yo pueda activarlo o desactivarlo cuando lo desee. Lo único que debo hacer es presionar el diminuto botón en forma de gota que se ubica sobre la palma de mi mano izquierda. El campo de fuerza nos cubrirá y repelerá la electricidad del rayo. Puede que uno o más rayos impacten a pocos metros de nuestra ubicación, pero su potencia nunca nos golpeará de manera directa. Quizás recibamos algunas descargas, pero ninguna de ellas será letal. ¡Debemos resistir! Tan pronto como notemos que la esfera empieza a moverse, nos levantamos y comenzamos a correr sobre ella para ayudarla a mantenerse en movimiento. Ya pensaremos en algo después de eso... ¿Confías en mí?

—Claro que sí. Si dices que funcionará, yo te creo. Además, son tus pruebas, entonces debemos probar tus soluciones.

—Gracias por apoyarme. Significa mucho para mí...

Las manos de la chica estaban sudorosas y su pulso se había acelerado de nuevo, pero ya no sentía pánico. La presencia del Taikurime la ayudaba a sobrellevar las dificultades.

—Pongámonos manos a la obra, pequeña, pues el torbellino ya se siente demasiado fuerte.

—De acuerdo. Y no olvides sujetarte bien...

Dahlia se tumbó sobre la esfera con sus cuatro extremidades bien extendidas, ejerciendo una suave presión hacia adelante. Cuando hubo constatado que su traje ya estaba adherido a aquella fría superficie metálica, hizo un ademán con la cabeza para indicarle a Cedric que ya podía colocarse sobre su espalda. Él se agachó con gran agilidad y, en menos de lo que dura un parpadeo, sus atléticos brazos se encontraban

estrechando el talle de la rubia, tal y como ella le había dicho que se posicionara. A pesar de que no se hallaban en un sitio acogedor y de que sus vidas estaban bajo un considerable grado de riesgo, percibir el calor y el peso del cuerpo del príncipe sobre sí la hizo estremecerse. A excepción del cariño que le prodigaban sus familiares, nunca antes había experimentado tanto contacto físico en un solo día, y mucho menos proviniendo de un hombre desconocido. No le resultaba para nada desagradable, pero aún no terminaba de acostumbrarse a algo de lo que había carecido desde su tierna infancia. Ninguna de las personas que la tocaban, ya fuese de manera voluntaria o involuntaria, salía bien librada. El haber abrazado a Cedric antes y el tenerlo ahora reposando sobre su lomo, sin que eso le ocasionase daño alguno, era una experiencia novedosa y emocionante para ella.

En ese momento, el furioso huracán desató sus poderosos efectos sobre el terreno circundante. Cientos de miles de fragmentos óseos se elevaban, giraban y se estrellaban con violencia contra la maciza esfera y contra los cuerpos del príncipe y la chica. Ella no experimentaba ningún dolor gracias a que estaba envuelta en el Jagdrock, pero no se podía decir lo mismo de Cedric. Él tenía todos los músculos de su rostro contraídos y sus dientes muy apretados, haciendo un descomunal esfuerzo para no gritar de dolor. Una compacta polvareda bloqueaba el rango visual de ambos en su totalidad, forzándolos a cerrar los ojos para evitar que los ásperos granos de arena entrasen en ellos. La velocidad de las corrientes de viento era tan grande que, aun cuando el traje de Dahlia tenía una capacidad adhesiva sorprendente, ella sintió cómo su cuerpo comenzaba a despegarse del globo metálico, y eso la alarmó. El Taikurime comprendió que, si no se soltaba de la espalda de la muchacha, ninguno de los dos resistiría los embates del vendaval. Sabía que ella no estaría de acuerdo con eso y que él se estaría arriesgando a perder la vida si se dejaba llevar, pero no pensaba poner en peligro a la joven.

—Sé fuerte y olvídate de mí, por favor —fueron las palabras que el príncipe gritó con toda la sonoridad de su voz varonil, segundos antes

de extender sus brazos y salir disparado hacia atrás, perdiéndose entre la arenisca arremolinada.

—¡No, Cedric, no, no, no! ¡¿Qué has hecho?! —clamó Dahlia, mientras gruesas lágrimas le empapaban las mejillas y se prometía a sí misma que no se marcharía de ese páramo hasta encontrarlo.

Instantes después de que el Taikurime desapareció, la rubia notó que su cuerpo volvía a ganar el agarre que había perdido, lo cual solo la tranquilizó un poco, pues no podía parar de pensar en él. Y sobre su cabeza, el renegrido firmamento dejaba ver que ya estaba listo para regurgitar truenos y centellas a diestra y siniestra. Ella prefirió no aventurarse a enfrentar la tormenta estando desprotegida y procedió a activar el campo de fuerza. No tardó en constatar que su instinto la había guiado por el camino correcto. Un incandescente relámpago impactó a diez metros del punto en donde yacía acostada. Sintió un extraño entumecimiento en todo su cuerpo, pero no sufrió quemaduras u otro tipo de daños. No había terminado de desentumecerse cuando sucedió lo que había estado esperando: la esfera se estaba moviendo. Sin embargo, la fuerza del huracán no había disminuido ni tan siquiera un grado.

«¿Y ahora qué hago?» monologaba para sus adentros. No cabía duda de que se encontraba en serios aprietos. Si se soltaba, el viento se la llevaría, y si permanecía adherida, sería aplastada. Debía tomar una decisión rápida, pero no estaba en condiciones de concentrarse estando en medio de una situación tan apremiante. El corazón estaba por salirse del pecho y la respiración se le entrecortaba. Otra vez el miedo la invadió, dejándola paralizada, con su cerebro hecho una maraña de desconcierto e impotencia. No obstante, un acontecimiento de lo más inesperado la sacó de su aturdimiento. Desde su cuello hasta sus glúteos, un tentáculo lleno de babosas callosidades se le pegó y la arrancó de la esfera, como si ella no pesase más que unos insignificantes gramos. Se percibía a sí misma como una indefensa mariposa atrapada por la viscosa lengua de un camaleón. Sintió un frío pinchazo en la parte superior de su nuca, una de las pocas zonas que su traje no le cubría. Fuertes olas de descontrolados espasmos se

apoderaron de su organismo, al tiempo que su temperatura corporal descendía a un ritmo vertiginoso. En menos de un minuto, la chica perdió por completo la consciencia...

XXIV EN LO PROFUNDO

❧ Cuando por fin pudo salir del lóbrego mundo del desvanecimiento, Dahlia no podía moverse. En vano trató de hacer que sus extremidades respondiesen a las órdenes dadas por su turbado cerebro. Su cuerpo parecía de piedra, como si hubiese sido puesto en una especie de animación suspendida, y su respiración era muy débil. Solo podía parpadear o girar sus ojos. En cualquier dirección que mirase, no se distinguía más que una densa oscuridad. No tenía ni la más remota idea de dónde se encontraba o cómo había llegado allí. Largas horas de zozobra pasaron, siendo el silencio sepulcral y las abrumadoras tinieblas las únicas acompañantes de la rubia. Múltiples hilos de hielo en forma de sudor se deslizaban por cada centímetro de su piel al tiempo que los irregulares latidos de su corazón le indicaban que sus pulmones necesitaban muchísimo más oxígeno del que ella les estaba dando. De manera involuntaria, se le escapaban copiosos ríos de amargas lágrimas que le bañaban por completo sus endurecidas mejillas, pero no era capaz siquiera de emitir un débil sollozo. Estaba al borde del desvarío, presa de una terrible impotencia. Sin embargo, se negaba a morir sin saber qué o quién le estaba causando semejante sufrimiento. Ese pensamiento la ayudaba a asirse de la cordura y a soportar las desesperantes condiciones en las que se encontraba.

Con cada minuto transcurrido, uno de los cimientos de la débil esperanza que la chica conservaba en su interior se resquebrajaba. Pero cuando creyó que todo estaba perdido, pudo divisar la silueta de una asombrosa bestia luminosa en la lejanía. No se desplazaba caminando ni tampoco parecía estar volando... ¡estaba nadando! Lo supo en cuanto vio que varias burbujas circundaban al colosal animal con cada uno de

los movimientos que este hacía. «¿Cómo es posible que yo pueda respirar bajo el agua?» se cuestionaba Dahlia. No obstante, esa no era la interrogante que más la inquietaba. A medida que la criatura se le acercaba, pequeñas descargas eléctricas transitaban como locas a lo largo y ancho de sus rígidos miembros. Jamás había visto o tan siquiera imaginado algo similar a aquel imponente ser, e ignoraba si el motivo de su visita era tomarla como alimento o si nada más pasaba por allí de manera casual. Sin importar cuál fuese la razón, la joven estaba a unos escasos instantes de recibir las respuestas a sus interrogantes.

El rostro del majestuoso habitante de las aguas mostraba algunos rasgos faciales que guardaban un ligero parecido con los de un ser humano. Sus redondos y penetrantes ojos nacarados lucían muy serenos. No tenía cavidades nasales y la línea de su boca era casi imperceptible debido a la ausencia de labios. Una enmarañada melena de tono azul verdoso le cubría las espaldas en su totalidad. Su fibroso cuerpo translúcido exhibía cuatro largos brazos a la derecha y cuatro a la izquierda. Cada uno de estos estaba recubierto de gruesas escamas amarillentas y contaba con un par de tenazas semejantes a las de un crustáceo. Todos ellos se contorsionaban sin pausa, cual si fuesen serpientes enfurecidas. Diez onduladas lengüetas localizadas en la parte inferior de su figura lo propulsaban hacia adelante, girando como una hélice, en completa sincronía y con una rapidez increíble. El blanquecino resplandor que se proyectaba a varios metros de la criatura ahuyentaba a otros seres de menor tamaño que deambulaban por la zona.

Llegado el momento en el cual la enorme bestia se topó frente a frente con la chica, ella ya no tenía espacio en su cabeza ni para un solo pensamiento más. El pánico le consumía las entrañas y aún seguía sin poder moverse. Apretó los párpados con todas sus fuerzas, pues no deseaba contemplar cómo era desmembrada por aquel gigante de quince metros, según sus cálculos. Para su sorpresa, el coloso jamás la atacó. Solo se quedó mirándola a los ojos mientras daba vueltas en torno a ella. Unos minutos después, la criatura se decidió a actuar, la sujetó con suavidad entre sus múltiples extremidades superiores y

entonces empezó a nadar hacia arriba. Dahlia sintió que su cuerpo se destensaba y que ahora podía respirar con naturalidad. Todo el tiempo había estado en el interior de una burbuja acrisolada, pero no había podido percatarse de ello antes a causa de la pesada oscuridad y de su incapacidad para moverse.

«¿Qué me sucedió? ¿Cómo llegué aquí? ¿Por qué este temible animal me está ayudando?» monologaba la rubia, en la privacidad de sus pensamientos. El monstruo acuático le daba a entender que deseaba llevarla hasta tierra firme, lo cual la alegraba, pero no terminaba de tranquilizarla, dado que no comprendía nada de lo que le estaba sucediendo. Tras un tranquilo rato de viaje, estando a escasos metros de la superficie, la muchacha pudo divisar la tenue iluminación proveniente de la hermosa pareja de violáceas lunas llenas que reinaban en el despejado cielo nocturno. Después de haberla hecho pasar por insoportables penurias, la suerte ahora parecía ponerse del lado de Dahlia. Casi volvía a poseer la capacidad de sonreír cuando un espantoso bramido desde las profundidades del agua la hizo temblar de miedo una vez más. No tuvo tiempo suficiente para identificar al ser que había emitido ese desagradable sonido, ya que este embistió con una descomunal fuerza y velocidad al coloso que simpatizaba con ella. Eso ocasionó que la chiquilla comenzara a hundirse y que la tirantez de sus músculos se hiciera presente de nuevo.

—¡No, por favor, no otra vez! ¡Auxilio! ¡Por favor, alguien que me ayude! —gritó la chica, a todo pulmón, justo antes de volver a quedar inmóvil.

—¡Resiste, resiste, resiste! —le contestó una susurrante voz de procedencia desconocida.

La situación era aún peor que antes, puesto que ella no estaba petrificada en un solo sitio, sino que su cuerpo estaba siendo atraído hacia el núcleo de aquellas insondables profundidades acuosas. Unos agónicos minutos pasaron y la angustiada joven seguía descendiendo. La penumbra retomaba posesión de sus alrededores. No tenía manera de salvarse por sus propios medios, y el gigante que la había rescatado estaba muy ocupado luchando contra la feroz criatura que lo agredió. Dahlia sabía que se estaba librando una encarnizada batalla debido a

los estruendosos rugidos de ambas bestias que se escuchaban, los cuales se iban haciendo cada vez más y más distantes. Sintiendo que las garras de la muerte estaban por alcanzarla, la chica dejó que su mente se vaciara. Si iba a dejar de existir, al menos quería marcharse en paz.

Poco a poco, un agradable calor que nació en su tórax y que luego se extendió de manera gradual por todos los rincones de su organismo, la sacó de su agarrotamiento. Guiada por su instinto, sus manos se encontraron la una a la otra frente a su pecho. De su boca brotaron unas palabras que nunca antes había pronunciado, en un lenguaje que ella no supo identificar. Su figura cambió y ahora parecía estar hecha de cristal. Vívidas imágenes de Cedric sonriendo y luego abrazándola fluyeron a raudales desde sus recuerdos hacia el exterior, haciéndole sentir como si él estuviese frente a ella en ese preciso momento. No supo cómo ni cuándo, pero su cuerpo de repente desapareció de las aguas, dejando tras de sí una pequeña cortina de un tenue humo blanco. Reapareció en la superficie sana y salva, junto a la esfera metálica. Se quedó boquiabierta largo rato, como hipnotizada. Luego soltó unas cuantas carcajadas nerviosas, para después caer de rodillas, ocultando la cabeza entre sus brazos mientras lloraba a lágrima viva...

El llanto le hizo mucho bien a la perturbada chica, quien necesitaba desahogarse con urgencia. La conmoción de haber perdido contacto con el príncipe y la incertidumbre de no saber siquiera si él seguía con vida contristó su alma en sumo grado. Por si eso hubiese sido poco, tuvo que enfrentarse sola a un despiadado huracán para luego quedar inconsciente por horas, tras las cuales se despertó inmovilizada en las profundidades del agua... Eso fue aterrador. Más tarde, a una enorme bestia que apareció de la nada se le ocurrió rescatarla y, cuando estuvo a punto de sacarla del agua, se presentó otra para atacar a su salvadora, dejándola a ella indefensa, hundiéndose... A ese punto ya había perdido las esperanzas, pero todavía quedaban más extrañezas por presentársele. Sin saber cómo lo hizo, pudo desaparecer del acuático ambiente y retornar a tierra, ilesa... Semejante cúmulo de experiencias traumáticas de seguro desgastaría a cualquier persona, y con mucha

más razón a una muchacha tan joven como lo era ella. Las lágrimas nunca fueron más bienvenidas.

Cuando se sintió en capacidad de hilar pensamientos coherentes otra vez, lo primero que Dahlia recordó fue que debía buscar a Cedric cuanto antes. Pero... ¿por dónde empezaría? El páramo era enorme y la fuerza del viento borrascoso pudo haberse llevado al Taikurime demasiado lejos. ¿Qué debía hacer? Respiró hondo y se puso a inspeccionar con detenimiento el sitio en el cual se encontraba. No había notado que estaba de pie sobre una pequeña isla arenosa de unos cien metros cuadrados, la cual estaba rodeada por un anchuroso y profundo lago de varios kilómetros de extensión. Lo que antes había estado cubierto en su totalidad por esqueletos de todas clases era nada más y nada menos que agua. La idea de intentar cruzar el lago a nado fue la primera que descartó, dado que la distancia que debía cubrir era muy grande y ya había podido comprobar que los habitantes de las profundidades acuosas eran escalofriantes y nada amigables. Necesitaba abandonar la isla cuanto antes, no solo por su bien, sino por el del príncipe también. Se le ocurrió que debía utilizar el extraño poder que la había sacado del agua antes. El problema es que no estaba segura de cómo hacerlo funcionar, ni tampoco sabía si había sido ella la que lo había generado, en realidad. Tenía ante sí un gran acertijo por resolver.

Decidió sentarse en la arena, cerrar los ojos y concentrarse. Esa estrategia ya le había sido de utilidad antes, así que no perdería nada con implantarla de nuevo. Después de un corto lapso, las memorias de Cedric junto a ella volvieron a poblar todos los resquicios de su meditabundo cerebro. Las palmas de sus manos se pusieron calientes y la chica sintió que estas comenzaban a sentirse atraídas hacia la esfera, como si estuvieran impregnadas de un gran magnetismo que las guiaba hacia su destino. Se incorporó con lentitud y permitió que sus incandescentes dedos le mostrasen el camino. Al llegar al lado del globo metálico, un vaporoso destello rojizo emanó de ambas extremidades, el cual iba intensificándose conforme ella se desplazaba. Sus manos la orientaban en la misma dirección hacia la que se dirigía la tibia brisa juguetona que alborotaba su dorada cabellera. Al encontrar el punto

exacto, la luz roja abandonó sus palmas, se posó sobre la arena y empezó a titilar en forma intermitente. Dahlia frunció el ceño y, aunque sonara algo disparatado, en su pecho se hizo presente un apremiante impulso de entablar una conversación con aquel rutilante resplandor.

—¿Qué es lo que deseas mostrarme, lucecita? ¿Qué hay debajo de la esfera? —preguntó la muchacha, con mucha ternura.

—Cerca... cerca... cerca... más cerca... —murmuró la diminuta fluorescencia.

—¿Quieres que me acerque? Bueno, está bien, eso haré...

La jovencita se puso de rodillas y se fue inclinando despacio hasta quedar cara a cara con la chispa. Nada parecía cambiar, pues esta no se movía de su posición ni tampoco dejaba de parpadear. Dahlia suspiró un tanto frustrada.

—Dime, pequeña, ¿qué sucede? Todavía no encuentro lo que quieres que vea.

—Cerca... cerca... escucha... muy cerca...

La chica por fin comprendió lo que la luz le estaba indicando. Pegó su oído derecho a la arena y enfocó toda su atención en lo que su aparato auditivo le revelase. Al principio no se escuchaba nada, pero después de unos segundos, un casi inaudible estertor hizo que Dahlia dejara escapar un agudo grito de angustia, al descubrir que Cedric estaba atrapado debajo de la esfera...

—¡Ay, no! Yo... cómo... es que... ¡Por favor, resiste! ¡Te sacaré de ahí! ¡Espérame! —exclamó la jovencita, con la voz quebrada.

La chiquilla se sujetaba la cabeza con fuerza, presionándose las sienes con los dedos, deambulando de un lado a otro, con la mirada cargada de ansiedad.

—¡Oh, no! ¿Qué voy a hacer? Desearía que este pesado globo se hiciera a un lado —mascullaba entre dientes, al tiempo que posaba su mano izquierda sobre un costado de la esfera.

De repente, un ligero temblor en la tierra la sacó de golpe de entre sus sombríos pensamientos. La embobada muchachita contemplaba, con ojos de gran incredulidad, una escena que, a todas luces, le parecía imposible: ¡la bola de metal se estaba moviendo! Antes de molestarse en

averiguar si ella tuvo algo que ver con semejante acontecimiento tan afortunado, corrió hacia el cráter que esta dejó tras de sí y comenzó a escarbar como desquiciada. No tardó en desenterrar el casi inerte cuerpo del príncipe, quien estaba bajo los efectos de la hipotermia. Su corazón estaba fibrilando y las múltiples magulladuras sangrantes repartidas a lo largo de toda su mortecina anatomía le daban un aspecto lastimoso.

—Cedric, te lo suplico, no me dejes... ¡Quédate conmigo! —sollozaba la destrozada Dahlia.

Sus manos comenzaron a calentarse y a brillar una vez más, pero en esta ocasión la luz que irradiaban era de una tonalidad verde esmeralda. Ambas se posaron sobre el pecho del Taikurime, con lo cual la piel de este comenzó a recuperar un poco de vitalidad. Sus latidos se estabilizaron y, aunque todavía respiraba con serias dificultades, parecía estar fuera de peligro. La rubia reía y lloraba al mismo tiempo, pues aún no podía creer que ella había logrado salvar al joven príncipe. Recostó su cabeza sobre la amplia caja torácica de Cedric y derramó mares de lágrimas hasta que el agotamiento la hizo quedarse dormida...

XXV **PERTURBADORAS REMINISCENCIAS**

Una tos seca e incontenible provocaba una serie de movimientos bruscos en el convaleciente organismo de Cedric. Despertó sintiendo que sus brazos y piernas le pesaban varias toneladas. La cabeza le daba vueltas, y una de sus venas, la cual estaba localizada en su párpado derecho, no paraba de dar veloces saltitos cual liebre salvaje. Tenía la garganta tan seca y rasposa como la arena sobre la que yacía, además de un agudo tintineo taladrándole los oídos. Los moretones eran tan numerosos que ya formaban parte integral de su tez, y el enrojecimiento ocular terminaba de darle el toque final a su lamentable apariencia. Tardó unos minutos en reunir las fuerzas suficientes para levantarse y lo primero que logró ver al reincorporarse lo hizo sentirse un tanto nervioso. No tenía muy clara la razón de su desasosiego, pero presentía que algo marchaba mal.

Dahlia estaba sentada de espaldas a él, a unos tres metros de distancia, sentada en el suelo, con la barbilla apoyada sobre las rodillas, abrazándose las piernas con ambos brazos. Intentó captar su atención llamándola por su nombre en repetidas ocasiones, primero en voz baja, luego casi a gritos, pero ella no se inmutaba. Se acercó muy despacio al sitio donde la chica permanecía inmóvil y se posicionó de manera que pudiesen verse cara a cara, estando él en cuclillas. Parecía estar inmersa en sus fantasías, sin poner atención a ningún tipo de estímulo proveniente del exterior. El príncipe levantó su brazo derecho y, con toda la delicadeza de que fue capaz, colocó su mano sobre la dorada cabellera de la muchacha y la llamó de nuevo. Una fuerte descarga de energía eléctrica impactó al Taikurime e hizo que este saliera despedido

por los aires, llevándose un tremendo golpe al caer. El choque de su cuerpo contra la endurecida tierra desértica fue tan potente que el oxígeno de sus pulmones se vació en su totalidad. El aturdimiento de su cerebro y la sensación punzante en la mano con la que había tocado los cabellos de la joven lo distrajeron por un breve instante de la espantosa escena que se estaba desarrollando ante él.

Un renegrido vaho rodeaba la inamovible figura de Dahlia mientras su piel se iba poniendo cada vez más pálida. La mirada serena y bondadosa que caracterizaba a aquella niña quedó relegada al olvido. Sus ojos ahora transmitían sentimientos tan sombríos que era casi imposible reconocerla. La glacial expresión en su rostro revelaba que de su alma desbordaban caudales de frialdad, sufrimiento e ira. Cuando Cedric se percató de lo que estaba sucediendo, el corazón le dio un vuelco, pues ya no podía ver a la adorable y testaruda chica a quien había abrazado en aquella silueta femenina. Ahora veía a alguien más, una persona que deseaba olvidar, una mujer con la cual no deseaba encontrarse nunca más. Sin embargo, la marca en su pecho hacía que la imagen de esa infame persona no se apartara de su mente ni un solo instante. El temblor de su labio inferior y la contracción de todos sus músculos faciales en una desagradable mueca de pánico mostraban, a las claras, que la fortaleza emocional del príncipe se había derrumbado ante quien parecía ser una copia al carbón de la reina de los Olvidados.

Una sobrecogedora voz gutural e inhumana que provenía del interior de la espectral criatura se dirigió hacia Cedric.

—¡Pagarás por lo que me hiciste! ¡Te arrepentirás! —vociferó ella, enfurecida.

La muchacha estaba fuera de sí, siendo dominada por los recuerdos de Nahiara que le habían sido implantados mediante el infalible sello de Galatea.

—¡Dahlia, no! ¡Por favor, vuelve en ti! Sé que sigues ahí, no te dejes vencer... —clamó el Taikurime.

El viento se llevó sus palabras y, en un fugaz movimiento, la chica apareció junto a su costado derecho. Estaba tan cerca de él que podía sentir su agitada respiración quemándole su cuello. Un débil susurro

llegó a sus oídos: «¡Muere!». Los finos dedos de la criatura, tan helados como un témpano, comenzaron a aprisionar la garganta del príncipe con la fiereza propia de un animal salvaje, mientras sus oscuros orbes presenciaban satisfechos cómo se le iba escapando la vida a su aterrorizada víctima. Cedric todavía estaba muy debilitado, así que no podía siquiera incorporarse, muchísimo menos defenderse. El final de sus días parecía inminente. Resignado, se limitó a mirar con fijeza a su asesina intentado hacer que, a través de sus agonizantes pupilas, sus cálidos sentimientos pudiesen ser transmitidos y llegasen hasta el lejano rincón en donde él sabía que estaba oculta la consciencia de la dulce Dahlia, con la vaga esperanza de que su afecto la trajese de vuelta.

La intensidad en la mirada del príncipe hizo que el aprisionamiento de su cuello cediera. La despiadada mujer quedó petrificada por unos segundos, para luego soltar un agudo grito que la dejó casi afónica. Tras ello, presionó sus sienes como si intentase aplastarse la cabeza, al tiempo que un extraño vapor negruzco abandonaba sus entrañas a través de su boca y narices. Sus ojos estaban en blanco, temblaba de pies a cabeza y su espalda se arqueaba con violencia hacia atrás. Habiendo recuperado un poco el aliento, esforzándose al máximo de su capacidad física, Cedric se las agenció para levantar medio cuerpo del suelo y rodear a Dahlia con sus brazos. No la soltó hasta que las convulsiones de ella cesaron. Para su mala suerte, la chica no estaba respirando. Sus labios tenían una tonalidad azulada y sus latidos se habían detenido. El terror de perderla hizo que la adrenalina fluyera por todas y cada una de las venas del príncipe, quien la recostó en la arena a toda velocidad, con el objetivo de reanimarla. Con su mano izquierda sobre su mano derecha, presionaba con gran ímpetu el esternón de la joven un máximo de tres veces, para luego sujetarle la nariz mientras le insuflaba su aliento mediante la cavidad bucal. Repitió el procedimiento numerosas veces, sin obtener resultado alguno.

Cedric lloraba en silencio. No podía creer que Dahlia partiese así, sin que él pudiese hacer nada. Sentía como si le hubieran arrancado una parte de su alma. Veía el cuerpo sin vida de la niña y se odiaba por no haber podido salvarla. En ese momento, un gemido desgarrador se

escuchó a lo lejos, lo cual sacó al príncipe de su abatimiento y lo hizo ponerse muy alerta. El quejido provenía de un sitio bastante cercano. Al parecer, lo emitía algún ser que habitaba en el agua. El Taikurime se aproximó al estanque y enseguida vio que una colosal criatura brillante intentaba salir a la superficie, pero sin éxito. Con una de sus ocho extremidades, el animal señaló hacia el lugar en donde yacía el rígido cuerpo de la rubia. Cedric se quedó perplejo ante tal comportamiento, pero su intuición le indicaba que debía ir por Dahlia y traerla ante la presencia de aquel ser, puesto que parecía estar sufriendo tanto como él lo hacía. Sin dilación, obedeció las órdenes de su sexto sentido y colocó a la joven a la vera del estanque. El gigante acuático la atrajo hacia sí con ayuda del mismo brazo con el que la había señalado antes y se perdió de vista por un largo rato. El príncipe estaba muy preocupado, dado que no sabía si su decisión había sido la correcta. ¿Qué pasaría si el coloso no regresaba? No quería que la jovencita se convirtiera en alimento para animales, pero tampoco quería aceptar su muerte. Solo le quedaba aferrarse a la extraña idea que rondaba por su mente, la aparente locura que le hacía creer que esa criatura era la única que podía hacer algo por ella...

Horas después, un pequeño remolino en el agua puso en expectación a Cedric. Se acercó otra vez a orillas del reservorio acuoso y esperó. Una burbuja tornasol semitransparente comenzó a emerger desde el arremolinado núcleo. En su interior, se erguía la sonriente y saludable figura de Dahlia. Bajo sus pies, el gigante curvaba hacia arriba la delgada línea de su boca, como si estuviese sonriendo también. Aquel acontecimiento dejó al príncipe anonadado, conmovido hasta el tuétano. Ya no podía caber más felicidad en su corazón. Poco a poco, las paredes de la burbuja fueron desvaneciéndose y, en cuanto desaparecieron del todo, la chica saltó al agua y nadó con agilidad, pues unos escasos metros eran lo que la separaba de la tierra. Tan pronto como la jovencita pisó la arena, Cedric se abalanzó sobre ella y la abrazó con gran fuerza, mientras ambos derramaban lágrimas de alegría.

—Oh, Dahlia... No sabes lo feliz que soy al verte aquí, tan alegre y bella, siendo tú de nuevo...

—Agradezco infinitas veces que estés conmigo. Con toda seguridad, yo ya hubiese perecido si no fuera por ti y tu gran coraje. El *Valokarin* me habló en sueños y me lo contó todo.

—¿El Valokarin? ¿Te refieres a esa extraña criatura gigantesca en el estanque?

—Sí, ese es su nombre. Él puede ver cualquier acontecimiento de este páramo.

—No sé qué tuve que ver yo en esto. Hasta donde sé, de nada sirvieron mis intentos por hacer que volvieras a respirar. Estabas muerta cuando te entregué al Valokarin y fue él quien te trajo desde las profundidades con vida. Yo no hice nada especial...

—Claro que sí lo hiciste. Si no hubieras accedido a traerme ante este coloso, él no hubiera podido hacer nada por mí. A pesar de su gran poder, no puede abandonar el agua. Sin tu colaboración, yo habría muerto. Te fiaste de tu instinto y él te guio hacia el camino correcto. El Valokarin ya me había salvado antes y ahora volvió a hacerlo. Aunque no sabías que es bondadoso, te arriesgaste a confiar en él, por mi bien, y acertaste. ¡Muchas gracias!

—Pues, sea como sea, lo más importante es que estás bien, mi querida niña. Ojalá que nunca más vuelva a verte en esa horrible condición en que estuviste antes de estar al borde de la muerte. Ver a alguien más habitando tu cuerpo fue lo más espantoso de lo que he sido testigo en toda mi vida.

—No te preocupes por eso ahora. Si vuelve a suceder, ya veremos qué hacer en el momento. De nada sirve mortificarnos más.

—Tienes razón. Intentaré no pensar tanto en ello. Todo sea por verte tranquila y feliz...

Dahlia sonrió de oreja a oreja, llena de sincera gratitud y admiración para con Cedric. No había modo de compensarle lo que había hecho por ella, pero al menos quería intentarlo. Se le ocurrió algo loco y, en un arranque de emoción, la chica le dio un pequeñísimo beso en la frente primero y luego otro de igual magnitud en los labios, tras lo cual

le guiñó su ojo derecho, mientras una enorme sonrisa seguía estampada en su sonrosado rostro. El príncipe la miró con sorpresa, un tanto contrariado, pero no tardó mucho en unirse a la alegría de la rubia chica que acaba de besarlo. Ambos comenzaron a caminar despacio, tan cerca el uno del otro que sus manos se rozaban a cada segundo. Ella se puso a contarle todo lo que había aprendido sobre el Páramo del terror gracias al Valokarin. Hablaba de manera animada y él la escuchaba con total atención.


—La niebla que vimos antes, *Sunemon*, es un ser capaz de cambiar su forma. Puede respirar tanto fuera como dentro del agua. Es carnívoro y muy agresivo. Fue el que atacó al Valokarin la primera vez que este intentó salvarme. Debemos buscarlo y hallar la forma de derrotarlo. Pero no podré lograrlo si no aprendo a controlar mis habilidades especiales. Acabo de enterarme de que, al recibir la córnea de mi amiga Sherezade, la Keijukainen, se despertaron en mí los mismos poderes que posee mi hermano Milo. Tendré que practicar antes de enfrentarme a Sunemon. ¿Me ayudarás, Cedric?

—Eso no tienes que preguntarlo o pedirlo. ¡Por supuesto que sí te ayudaré! Indícame qué debo hacer, y te obedeceré al pie de la letra.

—¡Genial! Pongámonos manos a la obra entonces, pues ya hemos perdido mucho tiempo.

—Sus deseos son órdenes para mí, majestad —expresó él, con un tonillo pícaro en su voz varonil.

XXVI EL DIAMANTE ROJO DEL AVE DEL PARAÍSO

 Dahlia pensó largo rato acerca de sus recién adquiridas habilidades, y lo primero que deseaba explorar más a fondo era la teletransportación. Para ello, sin duda alguna necesitaba comprobar una hipótesis que se había comenzado a gestar en su hiperactiva mente. No había tenido ni un solo minuto de sosiego en esos últimos días, debido a la sucesión de eventos inusuales que se habían venido presentando en su vida, comenzando con la noche en que encontró la rosa blanca que le dejó Galatea, a manera de carta de presentación.

—Oye, Cedric, creo tener una noción con respecto a la manera en que funciona mi capacidad para teletransportarme. Para averiguar si estoy en lo correcto o no, voy a necesitar de tu colaboración. Por favor, ve y ocúltate de mí. No hagas ningún ruido ni me des pistas sobre tu paradero. Quédate bien quieto en el sitio que escojas. Yo permaneceré de pie aquí donde me ves ahora, con mis ojos cerrados. Te daré un tiempo prudencial para que halles un buen escondite, ¿de acuerdo?

—Muy bien, si eso es lo que consideras que te será de utilidad, con gusto lo llevaré a cabo.

—¡Perfecto! Entonces, ve y escóndete. Y de verdad, no se te vaya a ocurrir ayudarme a encontrarte, ¿trato hecho?

—Claro que sí. Creo que esto será muy divertido. Me recuerda a mi infancia, cuando solía jugar a las escondidas con mis hermanos menores y mis primos. Yo siempre era el ganador, así que no te será nada sencillo dar conmigo —presumía el risueño príncipe.

—Eso ya lo veremos. No seas tan engraido —farfulló la rubia, con una mirada reprensora, acompañada de una mueca en sus labios que

denotaba cierto grado de fastidio.

—Soy muy talentoso y, ya que me estás retando, tendrás que aprender a ser una buena perdedora. Te ahorrarás muchos disgustos —admitió con sorna el joven Taikurime.

—No te pases de listo conmigo. Te sorprenderás de ver las cosas que soy capaz de hacer —replicó la chica, muy segura de sí misma.

—No importa lo que me digas, voy a ser el ganador —espetó satisfecho Cedric, mientras se colocaba las manos sobre el pecho, como muestra visible de su superioridad.

Se miraron a los ojos durante unos segundos, desafiándose el uno al otro con la postura erguida de sus cuerpos y sus sonrisas desdeñosas. No pudieron seguir manteniendo esa ridícula actitud por mucho tiempo. Una cascada de sonoras carcajadas les sobrevino y los hizo abandonar su fingida prepotencia. Cuanto más se esforzaban por detener sus risotadas, más gracioso les resultaba todo, y el bullicio retornaba con mayor intensidad. Rieron hasta que se les acabó el aliento y las lágrimas les recorrieron sus endurecidas mejillas. Permitirse aquel momento de tonterías compartidas era justo lo que ambos necesitaban para relajarse un poco, después de tantas angustias a las que habían estado sometidos. Cuando por fin pudieron volver a un estado de relativa seriedad, Cedric hizo una pequeña reverencia y caminó en dirección opuesta al punto donde se encontraba Dahlia. Ella entendió el mensaje y de inmediato se cubrió los ojos con las palmas de sus manos. Decidió contar hasta mil en voz alta, lo cual le daría tiempo de sobra al príncipe para que se ocultase lo mejor que le fuera posible.

—998, 999, 1000... ¡Espero que ya estés listo! ¡Allá voy!

Tras aquellas palabras, la rubia inhaló y exhaló despacio varias veces, permitiendo que su mente se tranquilizara y se vaciara de todo otro pensamiento que no tuviera que ver con su presente objetivo: encontrar a Cedric. Al cabo de un par de minutos, sintió que sus palmas tomaban acción por sí mismas, de la misma manera en que le había sucedido cuando logró salir del agua. Estas se acomodaron a la altura de su torso, entrelazándose, al tiempo que de su boca salían unas palabras de las que aún desconocía el significado, pero que recordaba haber

pronunciado. En un santiamén, su cuerpo se cristalizó y se desvaneció de ese sitio, dejando la usual cortina de humo blanco tras de sí. Apareció de pie sobre la espalda del príncipe, quien se había acomodado bocabajo, a orillas de la esfera, cubriéndose todo el cuerpo con una considerable capa de arena que le servía de perfecto camuflaje.

—Conque aquí estás, ¿eh? Te felicito por tu ingenio y por la excelente calidad de tu escondite, pero ya pudiste comprobar que conmigo no tienes escapatoria. ¿Admites tu derrota? —interpeló Dahlia, cruzando los brazos y mirando hacia abajo.

—De acuerdo, tú ganas... Ahora, ¿serías tan amable de bajarte de mi espalda? Para ser una niña, creo que pesas demasiado —le contestó el Taikurime, con un tonillo burlón, al tiempo que se giraba para quedar bocarriba.

—¿Cómo te atreves?! ¿Estás llamándome gorda?! Prepárate para recibir toda la furia de mi venganza... ¡Lluvia de cosquillas! —gritó la muchacha, mientras se abalanzaba sobre Cedric para estrujarle los costados y el abdomen con sus dedos crispados.

El joven príncipe reía de lo lindo, retorciéndose como un gusano inquieto e intentando detener los rápidos movimientos de las manos de la chiquilla con ambos brazos, sin éxito. Aunque aparentaba poner resistencia a las cosquillas, lo estaba pasando de maravilla. Ella también disfrutaba mucho de aquel momento y, si dependiera de sus decisiones, le hubiese encantado que la duración de ese instante se extendiera por horas. Ninguno de los dos se imaginaba que la gran paz y alegría que estaban experimentando les sería arrebatada de forma abrupta. Muy cerca de su ubicación, sumergido en el estanque, se escondía el poderoso cambiaformas, observándolos con sigilo. Su purpúreo cuerpo, de unos diez metros de altura, había adoptado el aspecto que tendría el de un escorpión terrestre. La espantosa alimaña poseía tres cabezas cilíndricas alargadas, con cinco pares de fulgurantes ojos amarillos en cada una. Dichas cabezas compartían un único orificio bucal, el cual estaba tan profusamente dentado como lo estarían las mismísimas fauces de un escualo. Todas sus numerosas patas estaban cubiertas por unas gruesas púas de tonalidad grisácea, y sus oscuros pedipalpos no

terminaban en pinzas, sino en un par de huesudas garras, equipadas con varias uñas muy puntiagudas. En el interior de su resistente y pegajosa cola, provista de ventosas, se hallaba su arma más poderosa: un reluciente agujón retráctil. Aprovechándose de la breve pausa para descansar que Dahlia quiso hacer, el ataque de Sunemon no se hizo esperar.

El gelatinoso tentáculo de la bestia mutante se adhirió a las espaldas de la jovencita, y esta sintió por segunda vez en su nuca la fría punzada que la había dejado inconsciente antes. Un chillido de dolor se le escapó desde lo más hondo de su ser, pero antes de que pudiera ser arrastrada por la bestia, Cedric intervino. Ocultos dentro de sus botas de cuero, él portaba dos afilados puñales, los cuales contaban con una hoja de treinta y cinco centímetros de largo por diez centímetros de ancho. Tomó uno de ellos con gran rapidez y, de un tajo, cercenó una quinta parte del apéndice del animal. Gracias a la inmediata reacción del príncipe, el veneno no pudo esparcirse en su totalidad por el torrente sanguíneo de Dahlia, lo cual evitó que dicha sustancia nociva la paralizara. Mientras ella se arrancaba el agujón que todavía permanecía clavado en la parte posterior de su cuello, el ensordecedor rugido de rabia proferido por Sunemon hizo estremecer la tierra con gran violencia. Valiéndose de la momentánea desconcentración de aquel gigante, el Taikurime tomó a la chica en sus brazos y corrió a buscar refugio para ambos al otro lado de la esfera, pues ella necesitaba un momento para recuperarse del leve mareo que le ocasionó la pequeña cantidad de toxina que había logrado colarse en sus venas. La rubia se abofeteó con fuerza, para así ayudarse a superar el aturdimiento. En unos instantes, ya estaba de pie, lista para la batalla.

—Cedric, ponte de pie detrás de mí, coloca tus manos sobre mis hombros y quédate quieto —exclamó ella, con gran autoridad en su apremiante voz.

—Muy bien, eso haré —dijo él, movilizándose con prontitud.

La muchachita cerró los ojos de nuevo y focalizó toda su atención en la cúspide de la esfera, deseando con vehemencia estar allá arriba. Sus manos respondieron tal y como esperaba. En menos tiempo del que

tarda un par de latidos de un corazón enamorado, ambos estaban arriba de la gran bola metálica. Cuando la joven volteó, la expresión de sorpresa e incredulidad estampada en la cara del Taikurime le resultó muy divertida, y se quedó contemplándolo con atención durante unos instantes, como si le tomara varias fotografías mentales a aquella cómica expresión facial.

—Creo que ya entendí bastante bien cómo hacer que funcione mi poder de teletransportación. Debo enfocar mi mente por completo en la persona que deseo hallar o en el lugar al que quiero llegar, y listo. Mi cuerpo se hace cargo del resto. Y, según parece, también puedo teletransportar a otras personas, siempre y cuando ellas estén en contacto con alguna parte de mí —explicó Dahlia, muy sonriente.

—Eso fue... ¡increíble! La verdad es que no esperaba menos de ti —afirmó Cedric, devolviéndole la sonrisa a la chica.

Su animada conversación se vio interrumpida por la brusquedad del topetazo propinado por el iracundo Sunemon contra la base de la esfera, lo cual los hizo tambalearse. Antes de que les sobreviniesen más ataques, el príncipe se apresuró a tomar el puñal que ocultaba en su otra bota y se desplazó con gran agilidad hacia la muchacha.

—Toma esto. Creo que te resultará muy ventajoso. No puedes seguir andando por estos territorios tan hostiles sin algo que te sirva para defenderte.

—Está bien, lo aceptaré. Aunque no sé cómo manipular ningún tipo de arma, nunca es tarde para aprender, ¿cierto?

Una vez más, el coloso arremetió contra el globo metálico, utilizando una fuerza mucho mayor que la vez anterior. El Taikurime perdió su balance y cayó de espaldas al vacío, precipitándose en una caída libre de treinta metros de altura, la cual culminaría en un violento encuentro no deseado con el pétreo suelo que lo estaba esperando abajo. No obstante, la actuación de Dahlia fue más veloz que la de los efectos de la gravedad sobre el cuerpo de su amigo. Unos diez metros antes de que Cedric impactase contra el empedrado terreno, la rubia apareció junto a él. Rodeó el cuello del joven con su brazo derecho y luego juntó

sus palmas. En cuestión de segundos, ambos estaban de vuelta sobre la cima de la esfera.

—¡Ufff, eso estuvo muy cerca! ¡Te debo una! —resolló el príncipe, todavía muy alterado por el gran susto que le produjo la caída.

—Ya habrá tiempo para charlar más tarde. Intenta no volver a caerte, ¿está bien? —suplicó la chica, con el ceño fruncido, muy preocupada.

No le dio tiempo a él de responderle, pues desapareció de su vista, sin previo aviso.

—¿Qué haces, Dahlia? ¿Dónde te metiste? —murmuró el príncipe, hablando para sí.

El rugir desesperado de Sunemon llamó su atención. La jovencita había aparecido sobre la espalda de la bestia y se puso a atacarla sin dilación, para que esta no tuviese tiempo de contratacar. Mediante un torrente de enérgicas estocadas propinadas con gran precisión, la muchacha logró destrozar una de las cabezas del animal, causándole mucho dolor. Incontenibles chorros de un líquido espeso y azulado emanaban de sus heridas, obligando a la fiera a permanecer inmóvil. Dahlia no tardó en reaparecer al lado de Cedric, tras haber conseguido su objetivo con pasmosa facilidad.

—Opino que esa alimaña no intentará abalanzarse otra vez sobre nosotros durante un buen rato. Pero debemos pensar pronto en algo que acabe de manera definitiva con esa horrenda criatura. Ni tú ni yo saldremos de este páramo hasta que Sunemon sea derrotado.

—¿Tienes alguna idea de cómo matarlo? Es demasiado grande. No podremos matarlo con un simple par de puñales.

—Estoy segura de que hay algo que he estado omitiendo. La solución tiene que estar cerca, puedo sentirlo...

—¿Y si te sientas a pensar un poco? Según he visto, esa táctica te ayuda mucho.

—Ya se me había ocurrido hacer lo que estás diciendo, así que voy a tener que pedirte que guardes silencio.

—Claro, no hay problema. Solo interrumpiría tu meditación si sucediese algo extraño. Tómate tu tiempo.

La rubia asintió con la cabeza, al tiempo que se sentaba. Cerró los ojos y permitió que sus percepciones sensoriales se amplificaran. Sus oídos captaron casi al instante un suavísimo canto de ave, muy distante y débil. Era una melodía triste, como si el pajarillo que la entonaba estuviese relatando sus desgracias a través de ella. La joven sintió que debía reunirse con ese animalito, pues algo en aquella canción le transmitía la idea de que este se encontraba prisionero y que ella debía liberarlo. Aunque ignoraba cuál era en realidad el origen del canto, deseó ir al lugar. Su cuerpo se transportó a un sitio de completa oscuridad, en donde no había suelo o cielo. Sentía que flotaba en medio de la nada. El único objeto presente en medio de semejante lobreguez era una diminuta jaula dorada, la cual albergaba al pajarito de la triste melodía en su interior. La criatura carecía casi por completo de plumaje y emitía un resplandor blancuzco tan exiguo como el de una vela a punto de extinguirse. Su mirada estaba muy concentrada en ella, con sus ojitos hechos un mar de lágrimas.

—Por favor, ya no sufras más, amiguito. No temas, me tienes a mí para ayudarte —musitó Dahlia, conmovida ante el dolor del avecilla.

La chica abrió con delicadeza la puertecita de la pequeña prisión, usando sus dedos índice y pulgar derechos a manera de tenazas para sujetar la cerradura. Luego, ofreció su palma abierta al pajarito para que este se acurrucase en ella, ya que parecía estar enfermo, por lo que era bastante probable que no pudiera volar. El agradecido animal se dejó caer sobre aquella bondadosa mano femenina sin el más mínimo vestigio de vacilación. Ella se puso a acariciarle la cabecita y a besarlo, lo cual hizo que, poco a poco, su mortecina fluorescencia creciera en intensidad hasta llegar a ser tan chispeante como un cúmulo de lava en plena erupción volcánica. El ave comenzó a incrementar su tamaño con rapidez, al tiempo que le salían varias plumas en su ahora imponente cuerpo, todas ellas muy hermosas y coloridas. La negrura iba desapareciendo conforme unas fisuras se hacían presentes en los alrededores. Cada nueva fisura serpenteante que aparecía venía acompañada de un curioso crujido. Dahlia se sentía como si estuviese adentro de un gigantesco huevo en proceso de eclosión. Tras unos

minutos en suspenso, la criatura moribunda de antes se había transformado en una inmensa y saludable Ave del Paraíso. Cuando de repente Cedric cayó con suavidad a su lado, la rubia se percató de que era la enorme esfera metálica lo que se había estado resquebrajando conforme la criatura crecía.

—¿Qué está sucediendo aquí? —preguntó el boquiabierto príncipe.

—Creo que estamos presenciando el nacimiento de un majestuoso ser —anunció la muchacha, usando un tono triunfal.

Ya estando del todo libre, el Ave del Paraíso soltó un estridente graznido hacia el firmamento. Una gran bola de fuego se formó frente a su pico y, con un grácil movimiento de cabeza, el pájaro la impulsó hacia adelante. Rojizas llamaradas envolvieron a Sunemon de arriba abajo. No fue torturado por el dolor de las quemaduras, ya que las llamas lo hicieron desvanecerse por completo en un santiamén. Dahlia y Cedric alternaban sus atónitas miradas entre sí y luego las posaban sobre el colosal pájaro. A continuación, la criatura se inclinó hasta quedar cara a cara con la estupefacta pareja.

—Te agradezco muchísimo el que me hayas liberado, amable señorita. Me complace informarte que has completado de manera muy satisfactoria todas las pruebas del Páramo del Terror. Procedo a hacerte entrega del diamante con el emblema de la constelación encargada, Apus —anunció la monumental criatura, con voz solemne y atronadora

—Fue un placer para mí ayudarte, oh, gran señor —respondió la rubia, con mucho respeto.

El Ave del Paraíso replegó sus alas sobre sí misma, cubriéndose el resto del cuerpo con ellas. En lo que tarda un chasquido de dedos, su tamaño se redujo de forma drástica. Regresó a la estatura que tenía cuando Dahlia lo encontró en la jaula. Se quedó muy quieto unos instantes, mientras su organismo se endurecía hasta llegar a convertirse en un reluciente diamante rojo. Permaneció girando sobre su propio eje en el aire, esperando que la muchacha lo tomase, y así lo hizo. Lo resguardó con cuidado en un bolsillo especial ubicado en el interior de su traje. Después de cerciorarse de que el emblema estuviese bien cubierto, ella volteó a mirar al Taikurime, con un semblante que

irradiaba una felicidad indescriptible. Dio un par de saltos mientras aplaudía con entusiasmo y después abrazó a su amigo.

—¡Cedric, lo logramos! ¿No te parece genial?

—Claro que sí, pequeña... ¡es genial! ¡Nunca dudé de ti!

Estando todavía abrazados, percibieron una luz que provenía del estanque. El Valokarin los estaba llamando. Sin dudarlo, se aproximaron a las orillas del acuoso hábitat de la amigable bestia, la cual extendió uno de sus cuatro pares de brazos hacia ellos, invitándolos a subirse. Ambos obedecieron de buena gana. Una burbuja acrisolada se formó alrededor de sus cuerpos y entonces el coloso los sumergió junto con él. A unos cien metros de profundidad, visualizaron una espiral plateada en movimiento. La bestia colocó las burbujas que los contenían frente a esta. La fuerza magnética en ese sitio los atrajo como lo haría un imán. Se vieron forzados a cerrar sus ojos por algunos segundos, mientras un agradable cosquilleo invadía sus estómagos. Cruzaron el portal que les daba la bienvenida al segundo de los Páramos de la destrucción...

XXVII FRAGMENTOS

— Un frasco de cristal cobrizo, el cual tenía la forma de un sedoso tulipán y en cuyo interior reverberaba el revitalizante Smaragdi, le fue entregado a Dahlia por medio de una pequeña criatura de apariencia redondeada y tez rugosa. La *Sisaveta* era la viva imagen de una nuez provista de un llamativo cascarón escarlata, con seis pares de alas transparentes y alargadas, como las de una libélula, repartidas a lo largo de su áspera espalda. Sus tres ovalados ojos verdosos, de lustrosas pestañas, no paraban de contemplar a la joven. Tan pronto ella puso sus pies sobre el terreno del nuevo páramo, el animalito se le acercó y posó sus cuatro regordetas patas de hipopótamo en miniatura sobre su hombro derecho. En una de sus extremidades tenía atado un cordel dorado que sostenía la botella. La rubia reconoció aquel líquido, pues Sherezade se lo había dado de beber mientras estaban en Loimu, antes del comienzo de las primeras pruebas.

—Parece que deberé ingerir esta sustancia cada vez que llegue a un páramo distinto, ¿cierto, amiguita? Gracias por hacer el esfuerzo de traerme este frasco —declaró Dahlia, regalándole una amable sonrisa a la *Sisaveta* mientras le hablaba.

—A mí también solían traerme esas botellas... El líquido que contiene ese frasquito puede saciar el hambre y la sed de un guerrero por largo tiempo —señaló Cedric, quien se hallaba sentado sobre una roca a unos dos metros de distancia, dejando entrever un cierto grado de nerviosismo mediante sus constreñidas expresiones faciales.

—Ya veo. De seguro lo hacen para que no tengamos que preocuparnos por buscar comida o agua potable y así podamos

enfocarnos en las pruebas —respondió la chica, mientras lo miraba de reojo, tratando de adivinar el significado de la compungida mueca que le ensombrecía su otrora relajado rostro.

—Es correcto. Y de seguro se trata de una sustancia potente y de gran calidad, puesto que sus efectos no desaparecen hasta se abandona un páramo.

—No hay duda de que es un líquido sorprendente... Cambiando un poco de tema, te noto muy intranquilo y creo saber muy bien por qué lo estás. Sé que no querrás admitirlo ante mí, pero puedo ver que estás angustiado porque nuestro amiguito no pudo traer otra botella para ti. No te aflijas más. Pienso darte la mitad del contenido de la mía.

—¿Acaso estás loca? No aceptaré ni una gota de tu frasco. Jamás permitiré que la pases mal por mi culpa.

—¡No seas tan cabeza dura! ¿Qué crees que sucederá si no te alimentas? El que la va a pasar más mal eres tú. Tienes que beber aunque sea un poco de esto.

—¡No insistas! Son tus pruebas, así que las provisiones que lleguen te corresponden solo a ti.

—¿Y qué te hace pensar que voy a dejarte morir de inanición?! Por favor, hazme caso... Te debo la vida, por si no lo recuerdas. Ha llegado mi turno de ayudarte.

—¡No! Solo he sido un parásito para ti, enlenteciendo todo tu proceso de entrenamiento con mis tonterías. ¿Pretendes que me sienta más culpable de lo que ya me siento? Eso es lo que sucederá si permito que compartas tus suministros conmigo...

—Cedric... ¿Es que acaso no lo entiendes? Hace mucho que todo esto dejó de tratarse de mí nada más. Comenzamos juntos y culminaremos juntos las pruebas, ¿de acuerdo?

—Siento decepcionarte, pero sigo pensando igual. No accederé, sin importar cuánto insistas en ello.

Dahlia se aproximó al sitio donde se encontraba arrellanado el príncipe. Sujetó sus mejillas con ambas manos, forzándolo a mirarla a los ojos.

—Escúchame bien. Eres una persona importante en mi vida. Te considero mi amigo, y yo no dejo que mis amigos sufran de ninguna manera si está a mi alcance evitarlo. ¡Beberás de este líquido, lo quieras o no!

Acto seguido, la muchacha se tragó de un sorbo la mitad del Smaragdi. Luego de ello, introdujo la cantidad restante de la sustancia en su boca, pero no la ingirió. Tuvo que inflar sus mejillas al máximo de su capacidad para que estas pudieran contener todo el fluido. Aprovechándose de que el Taikurime se hallaba desprevenido, mirando en otra dirección, la rubia volvió a sujetar su rostro y pegó su boca a la suya, liberando de golpe el líquido dentro de su cavidad bucal. Aunque estaba en capacidad de apartarla de sí con facilidad, decidió no intentarlo, pues podría lastimarla y causar que se desperdiciara el preciado alimento. Por lo tanto, no le quedó más remedio que tragárselo, dado que Dahlia lo tenía bien sujeto y no parecía dispuesta a soltarlo. Habiéndose cerciorado de que Cedric ya se había bebido el Smaragdi, la jovencita por fin se apartó de él, con el rostro un tanto sonrojado y la respiración bastante agitada.

—Discúlpame por haber hecho semejante locura. Estoy consciente de que fue bastante repulsivo para ti verte obligado a tragarte una buena porción de mi saliva junto con la sustancia, pero fue la única manera que se me ocurrió para hacer que lo ingirieses...

—Eres la persona más testaruda que he conocido en mi vida, ¿sabías? Te perdono por el río de babas que me obsequiaste, no te preocupes. Pero creo que estás usando el argumento de que querías alimentarme como excusa para volver a besarme, ¿o me equivoco? —espetó el príncipe, desternillado de risa.

—¿Qué?! Yo jamás... tú no... bueno... ¡Ay, eres un engreído, como siempre! —exclamó la chiquilla, con un mohín de disgusto, más enrojecida que un tomate listo para ser cosechado.

Antes de que él pudiera continuar divirtiéndose a costa de la avergonzada muchacha, un chirriante sonido, no muy lejos de ellos, los devolvió a la realidad que habían estado intentando ignorar. Ambos adoptaron una actitud sobria y todos sus sentidos se pusieron en estado

de alerta. Con pasos firmes pero cautelosos, se dirigieron hacia la posible fuente del extraño ruido, el cual parecía provenir desde el interior del enorme y retumbante volcán que se erguía desafiante ante ellos. Dahlia le indicó a Cedric, con un discreto ademán de su brazo derecho, que le pusiera las manos sobre sus hombros. Él obedeció sin chistar, pues comprendía que se teletransportarían al sitio.

Lo que podían ver desde la cima del cráter los dejó sin aliento. Un gigantesco mar vítreo los deslumbraba con un brillo dorado tan abrumador que podía ser comparado al del mismísimo astro rey. Tenían ante sí un inmenso espejo circular resquebrajado, pero este no los reflejaba a ellos ni al oliváceo cielo despejado que se expandía lleno de majestuosidad sobre sus cabezas. En cada uno de los miles de pedacitos reflectantes, se dibujaban varias siluetas humanas, todas ellas petrificadas, luciendo en sus rostros las más espeluznantes muecas que se hayan visto en la historia de la humanidad. La deteriorada fisonomía de aquellos hombres y mujeres daba cuenta de que un dolor indescriptible los embargaba cuando fueron inmovilizados. Era como si los hubiesen estado torturando por largo tiempo, para después congelar en esas imágenes sus instantes de mayor sufrimiento y decadencia física.

—¡Oh, por Dios! ¿Qué es todo esto? ¿Está esa gente viva? —se lamentó la perturbada rubia, muy temblorosa.

—No lo sé, pero de corazón deseo que no lo esté... Mira lo demacrada que luce su figura, el tono grisáceo de su piel, la expresión atormentada en su cara... ¡Esto es espantoso! —clamó el príncipe, a punto de prorrumpir en llanto.

Justo en ese momento, los múltiples fragmentos del inmenso espejo agrietado comenzaron a elevarse de manera lenta, meciéndose de un lado a otro con violencia, cual papalote azotado por una descomunal ráfaga borrascosa. Se amontonaron, uno por uno, en el centro del cráter, adquiriendo poco a poco la forma de una pirámide escalonada, la cual permaneció suspendida en el arremolinado aire que convergía en ese lugar por varios minutos. Tras ello, un fuerte sismo sacudió el suelo, ocasionando derrumbes y anchas fisuras en el terreno. Dahlia y Cedric cayeron de espaldas, deslizándose cuesta abajo a gran velocidad.

Algunas rocas afiladas y numerosos puñados de arcilla negruzca les hacían compañía durante su desagradable travesía por las faldas del volcán. No tuvieron tiempo de revisar el estado de sus lacerados cuerpos, puesto que la subsiguiente erupción, la cual dispersó los fragmentos a diestra y siniestra, los obligó a buscar refugio en una gruta subterránea aledaña y así evitar que alguno de aquellos vidrios rotos les cayera encima. Cuando el terremoto al fin se detuvo, el Taikurime decidió aventurarse y salir a inspeccionar primero.

—Espérame aquí, por favor. Voy a cerciorarme de que sea seguro para ti esta cueva —susurró él, utilizando un tono de voz algo sobreprotector.

—No voy a quedarme de brazos cruzados, viendo cómo te arriesgas por mí. Ya lo dijiste antes... ¡Son mis pruebas! ¡Iremos arriba juntos! —replicó la chica, muy molesta.

—¡Tú y tu eterna testarudez! Está bien, vamos... Pero no te vayas a apartar de mi lado, ¿entendido? Y te recomendaría tener el puñal que te di a mano. No sabemos todavía a qué nos enfrentaremos, así que es mejor estar preparados. Déjame ir delante de ti...

—Deja de hablarme como si estuvieras tratando con una niñita inútil e indefensa. ¡Puedo cuidarme muy bien yo sola!

La muchacha apretó los puños y le dio la espalda a Cedric. Se alejó unos cuantos pasos hasta dar con una pared, la cual recibió pequeños puñetazos de ira por parte de ella. Él se limitó a mirarla, dándole tiempo suficiente para que se calmara. Cuando lo consideró apropiado, intentó romper el hielo entre ambos con unas conciliadoras palabras.

—Siento mucho haberte molestado, Dahlia. No estoy tratando de ridiculizarte o subestimarte. Lo que pasa es que yo me preocupo por ti porque me importas. ¿Te parece eso tan malo?

La rubia no esperaba que tales palabras saliesen de la boca de él, después de que ella se había comportado de una manera en extremo grosera. Estaba tan apenada que la voz se le quebró, impidiéndole hilar una frase completa sin verse forzada a tartamudear.

—Pues... bueno... no... al contrario... es algo... muy... ah... cómo decirlo... creo que... es... lindo de... tu parte...

El príncipe se acercó despacio a donde se encontraba la jovencita y, después de dedicarle una simpática sonrisa, la estrechó con ternura entre sus brazos. La respiración pausada del Taikurime y su abundante calor corporal envolviéndola hicieron que los latidos de ella se disparasen. «¿Qué pasa conmigo? ¿Por qué estoy tan nerviosa?» se interrogaba Dahlia en el interior de su mente. Antes de que ella pudiese acomodar sus pensamientos y reaccionar, una desagradable sorpresa le sobrevino. De pronto, el cuerpo de él se estremeció, al sentir que una gélida espada invisible le atravesaba el tórax. Cayó de rodillas, sudoroso y pálido, con los ojos en blanco. Una tos seca lo hizo expulsar sangre a borbotones, tras lo cual lo sacudieron unas bruscas convulsiones.

—¡Ceedriiii! ¡¿Qué tienes?! ¡¿Ay, nooo, qué debo hacer?! —gritaba la muchachita, hecha un manojito de nervios.

Repasó, a toda velocidad, los recuerdos de lo que había sucedido cuando el joven estuvo a punto de morir bajo la esfera. Haciendo acopio de toda su capacidad de concentración, intentó recrear aquellos momentos. Removió sin cuidado alguno la parte de la túnica que cubría el pecho del príncipe, dejando la marca de la rosa expuesta en su totalidad. No estaba preparada para lo que vería a continuación. La rubia soltó un alarido y se echó a llorar, mientras, horrorizada, contemplaba los cientos de sombrías ramificaciones que brotaban de la flor maldita y que se expandían a un ritmo vertiginoso por todo el torso de él. Además, uno de los dos pétalos que quedaban en el espinoso tallo ya había desaparecido.

—¡Ay, no! ¡Ay, no! Tengo que calmarme... Ya no puedo perder más tiempo... ¡Aguanta, por favor! ¡Vuelve conmigo!

Inhaló y exhaló varias veces para estabilizar un poco su agitada respiración. A duras penas pudo enfocarse de nuevo en su objetivo inicial, el cual era volver a utilizar su poder curativo. Trajo a su mente cada momento alegre que había compartido con Cedric y eso la fue calmando. Con los ojos cerrados, puso sus manos sobre el trémulo pecho del Taikurime y repitió una decena de veces en voz baja una única palabra: «¡Recupérate!» De sus palmas incandescentes comenzó a fluir el resplandor esmeralda que ella tanto anhelaba ver. La verdosa luz

detuvo tanto las convulsiones como el avance de las ramificaciones, pero el príncipe todavía seguía inconsciente.

—Desearía que fuese posible tomar todo tu sufrimiento e infligírmelo a mí misma, con tal de que te pusieras bien —sollozaba Dahlia, con los párpados hinchados después de haber llorado sin pausa.

De repente, su pulso se aceleró y un intenso dolor en el pecho la atacó, al tiempo que temblaba y escupía unas densas masas sanguinolentas. Ni siquiera podía quejarse, pues estaba muy debilitada. No tardó mucho tiempo en caer desmayada al suelo, estando sus músculos muy rígidos, cual estatua de mármol. A pocos metros de ella, Cedric despertó ileso, como si nada le hubiese ocurrido. De un salto se incorporó y se arrodilló al lado de la chica. Tomó sus hombros y la sacudió con firmeza.

—¡Dahlia! ¡Oye, Dahlia! ¡Despierta! ¿Te encuentras bien? Vamos, abre los ojos. Me estás asustando...

Un par de minutos transcurrieron y la rubia por fin volvió en sí. Infló sus pulmones hasta que no les cupo más oxígeno y permaneció así por un lapso extenso, para luego soltarlo todo muy despacio. La cabeza le daba vueltas y estaba desorientada, pero no parecía haber sufrido ningún otro tipo de daño.

—Cedric, ¿qué pasó? Hace un rato estabas muy mal, casi muriéndote. Logré que dejaras de convulsionar, pero no pude despertarte. Y entonces, deseé que tu dolor fuera traspasado a mi cuerpo... No recuerdo nada de lo que sucedió luego.

—Basándome en lo que me dices, estoy casi seguro de lo que ha estado pasando. Creo que estamos en tu Páramo de la empatía. No será nada agradable lo que tendrás que hacer, eso puedo asegurártelo.

—¿A qué te refieres? Explícate mejor, por favor.

—Dices que deseaste sufrir tú en mi lugar, y se cumplió. Eso significa que vas a tener que pasar por muchos sufrimientos, pero no los tuyos, sino los de otros. No quiero ni imaginármelo...

—No me importa cuánto tenga que sufrir. Si eso hace que salgamos de acá lo más pronto posible, para así poder atenderte como es debido, entonces haré las cosas con todo el gusto del mundo. Me preocupa

muchísimo la marca en tu pecho. ¿Sabías que desapareció uno de los pétalos?

Cedric no pudo ocultar la expresión de total sorpresa en su rostro. Abrió su túnica para mirarse y confirmar las palabras de Dahlia. En efecto, un solitario pétalo permanecía unido al tallo y, por si eso fuese poco, había un cúmulo de líneas negras circundando a la rosa. Mordiéndose el interior de su mejilla izquierda para tranquilizarse, el príncipe puso la mejor falsa sonrisa de que disponía y miró a la chica a los ojos.

—No te preocupes. Los pétalos caen despacio, uno por cada año que transcurre. Tenemos 365 días más para encontrar una solución al problema. No pensemos más en eso por ahora, ¿de acuerdo?

—A mí no me engañas. Esa marca es demasiado peligrosa como para no prestarle atención. Aunque finjas que nada pasa, no lograrás que me olvide del asunto... Ahora, ¡vámonos de aquí! No avanzaremos ni un milímetro si nos quedamos sentados charlando.

La muchacha se puso en marcha, con pasos muy decididos en dirección a la salida de la caverna. Dejando libre un largo suspiro, el príncipe la siguió.

XXVIII TIERRA DE PLAÑIDOS

Al principio, era dificultoso comprender lo que estaba sucediendo en realidad. Múltiples susurros de procedencia indeterminada llegaban hasta los oídos de Dahlia, cual letanía fervorosa hecha por cientos de personas con total solemnidad. Los murmullos fueron adquiriendo mayor intensidad sonora, hasta llegar a convertirse en ensordecedores plañidos. Una ininteligible mezcla de súplicas pronunciadas por una amplia gama de voces, tanto masculinas como femeninas, todas intentando ser escuchadas al mismo tiempo, asediaron a la confundida rubia. Su contraído semblante transmitía con claridad la enorme angustia que la embargaba, pues ella era el único destino hacia el cual se dirigía ese aturdidor aluvión de ruegos. Cedric no era capaz de escuchar nada de aquel insólito concierto de gemidos lastimeros, así que le alarmó muchísimo ver que la chica de repente se arrodilló, presionándose las orejas con ambas manos, mientras cerraba los ojos y apretaba las mandíbulas.

—¿Te encuentras bien? Por favor... ¡dime qué es lo que te sucede! — exclamó el príncipe, desesperado, al tiempo que se acuclillaba presuroso de frente a la joven.

La muchacha no pudo contestarle esa pregunta porque ni siquiera la había podido oír. No podía pensar con claridad y su capacidad auditiva estaba embotada. Su transpiración era tan profusa que le había empapado por completo su áurea cabellera, causando que gruesos mechones se pegaran a su rostro, cubriéndoselo casi en su totalidad, como si las ramas de una enredadera lo hubiesen envuelto. Estaba tiritando debido a la altísima fiebre que invadió, sin piedad alguna, su organismo, haciéndola palidecer.

—¡Dahlia, tienes que reaccionar! ¡No te vayas! —imploraba el Taikurime al mirarla, luchando por no ceder a las lágrimas, dado que ya algunas de ellas comenzaban a rodar por sus mejillas, sin que él pudiese evitarlo.

Desde el sitio más recóndito de las profundidades de la atormentada mente de la niña, una versión diminuta de sí misma, con la mirada perdida, se desgañitaba. Su subconsciente trataba de hacerla salir del trance en el que se hallaba, pero no estaba logrando conseguir ningún resultado. En el exterior, Cedric estaba sentado en el suelo y había tomado a la chiquilla entre sus brazos. Le apartaba los cabellos de la cara, repitiéndole una y otra vez la misma frase: —¡Por favor, despierta!

La persistencia del joven fue tanta que por fin el cerebro de Dahlia pudo percibir el sonido de su triste voz. Un haz luminoso invadió el entorno donde se ubicaba la miniaturizada muchacha que aún gritaba a todo pulmón. Una indescriptible paz envolvió a esa pequeñísima chica, quien miró hacia arriba y esbozó una delicada sonrisa, la cual se dibujó al mismo tiempo en los labios de la ahora consciente jovencita que descansaba sobre los regazos del príncipe.

—¡Gracias, oh Dios, muchas gracias! —mascullaba él, con una voz muy queda.

Un cálido mar lacrimoso bañó la blanca tez de Dahlia, quien contemplaba con gran ternura al sollozante Taikurime.

—Ya no llores más, Cedric. He vuelto... Mírame, estoy bien —le aseguraba ella, enjugando muy despacio con su mano derecha el humedecido rostro de él.

—No te atrevas a dejarme de nuevo, ¿de acuerdo? Me asustaste mucho...

—Prometo que me esforzaré por no volver a entristecerte así...

—Lo que importa es que despertaste... Pero dime, ¿qué fue lo que te causó este horrendo episodio?

—Pues, no estoy muy segura de lo que me pasó, pero creo tener una vaga idea de ello... Antes de quedar inconsciente, escuché un montón de voces lamentándose. La intensidad del ruido que hacían fue tan alta

que mi cuerpo de seguro no pudo soportarla. Supongo que por eso me desmayé...

—¿Cómo es posible que yo no escuchase nada de eso? Tendría que haberme afectado a mí también.

—Quizás no sufriste ningún daño porque es probable que todo ese ruido estuviese dentro de mi cabeza nada más...

—¿Crees que esas voces acudieron a ti de forma telepática o algo así?

—Si tú no las oíste, me parece que eso es lo más posible.

—¿Ya te has comunicado con alguien de esa manera? Es decir, ¿tienes alguna clase de habilidad mental especial?

—No tenía ningún tipo de talento excepcional antes de que Sherezade me diera su córnea, pero parece que ahora más bien tengo varios talentos, y ni siquiera sé cómo manejarlos...

—Pues, para eso son las pruebas de estos páramos. De aquí saldrás muy bien entrenada en todos los aspectos.

—Supongo que sí, pero eso no podrá convertirse en una realidad para mí si sigo demorándome más de lo necesario. Ya no podemos perder el tiempo. Aunque estoy bastante cómoda en tu regazo, tenemos que ponernos en marcha. Por favor, ayúdame a levantarme...

—Pienso que deberías descansar un poco... Sin embargo, eso no será posible, pues tratándose de una niña tan terca como tú, sé que no me harás ningún caso, ¿verdad?

—Créeme que esta vez me encantaría seguir tus recomendaciones, pero tengo cosas muy importantes que hacer. No podemos cegarnos a la realidad.

—Odio admitir que tienes toda la razón... De acuerdo, nos moveremos...

El príncipe se levantó con sumo cuidado mientras sujetaba a Dahlia con sus fibrosos brazos. Tras ponerse de pie, se inclinó despacio hacia adelante, para que el mareo no fuese a vencer a la chica y que ella pudiese estabilizarse por completo antes de que la soltara. Todavía asida de su cuello, la rubia le dio un suave beso en la mejilla derecha y le musitó al oído: —Estoy muy agradecida contigo. Eres adorable.

Él la miró a los ojos, sonriéndole de oreja a oreja. El rastro de calor que los rosáceos labios de la muchacha dejaron en su pómulo se desvaneció con rapidez, pero la agradable sensación que aquel gesto provocó en él fue permanente. La sincera afectuosidad de Dahlia estaba logrando derretir la gruesa capa de hostilidad que revestía al corazón del Taikurime desde el día de su fatídico encuentro con el rencor hecho mujer. De allí en adelante, él desconfiaba hasta de su propia sombra y ponía toda suerte de excusas para alejarse de las personas. Pagó un precio muy alto, pues su alma se fue quedando helada y vacía. Ahora, ese proceso de aislamiento y negación de los sentimientos comenzaba a revertirse, gracias a la ayuda de una bondadosa y obstinada chiquilla que vino a revitalizar su espíritu.

Aquel momento de sosiego y cariño que con tanta alegría estaban compartiendo fue fugaz, como lo es la calma que antecede a una gran tormenta. Habían caminado unos escasos cien metros cuando un estentóreo chirrido alcanzó los oídos de ambos. Una desesperada mujer vociferaba pidiendo auxilio. Los alaridos se proyectaban desde el interior de uno de los fragmentos del espejo hacia afuera. No tardaron en encontrarse con este, ya que uno de sus filosos bordes estaba incrustado en la negruzca arena, de forma tal que la sufrida silueta femenina se mostraba erguida frente a ellos. Ninguno de los dos sabía cómo manejar aquella extraña situación, pues aunque podían escuchar con claridad los demenciales gritos proferidos por la dama, ella lucía como una pétrea escultura. A la rubia se le ocurrió que tal vez podría calmarla un poco mediante unas cuantas palabras de ánimo. A pesar de que estaba muy nerviosa, nada perdería con intentar entablar una conversación. Así que no lo pensó dos veces para comenzar a hablarle a su atribulada congénere.

—Amiga, hemos venido a ayudarte. Intenta tranquilizarte, ¿sí? Necesitamos que nos digas cómo podemos socorrerte...

No hubo ni un mínimo atisbo de respuesta por parte de la mujer, quien seguía chillando sin pausa. Era como si Dahlia le hubiese hablado a una pared.

—Creo que charlar no servirá de nada en este caso —dijo Cedric, a voz en cuello, para que la chica pudiese escucharlo.

—¿Qué me sugerirías que haga?

—¿Por qué no pruebas si el contacto físico con ella sirve de algo?

—Puede que tengas razón... Por favor, mantente alerta. No sé lo que me pueda suceder cuando toque ese fragmento...

—Siempre estoy pendiente de ti... Tú solo concéntrate y haz tu mejor esfuerzo, ¿de acuerdo?

—Muy bien... Allá voy...

La muchacha se aproximó al cristal con gran cautela. Medio metro la separaba de la inmóvil figura de la señora. Aspiró una abundante bocanada de aire para darse valor, cerró sus ojos y entonces colocó ambas palmas sobre la vítrea superficie. De inmediato, sintió en su cuerpo entero una potente descarga eléctrica, tal y como si le hubiese caído un potente rayo encima. Su piel le ardía muchísimo, ya que mostraba unas leves señales de quemaduras en primer grado. Cuando se atrevió a mirar a su alrededor, el panorama la dejó descolocada. Estaba tendida bocarriba en medio de un lote baldío, vistiendo solo su ropa interior,

con las manos y los pies atados por unas gruesas cuerdas amarillentas. La tierra bajo su espalda estaba muy húmeda. Al girar su cabeza para examinar mejor su entorno, se dio cuenta de que yacía recostada sobre un pequeño charco y que en ambas sienes tenía adheridas un par de láminas metálicas, las cuales eran nada más y nada menos que las terminaciones de unos largos cables de cobre que provenían de una misteriosa caja negra. Un hombre enmascarado sostenía entre sus brazos aquel baúl, con los dedos de su mano izquierda arqueados sobre una ancha perilla plateada, la cual estaba ubicada en una de las caras laterales del renegrido cofre.

—¿Cómo te sentiste, maldita? Te gustó el calorcito, ¿eh? ¡Estúpida! —espetó el individuo de identidad desconocida, furibundo.

Acto seguido, giró con brusquedad la perilla de la caja, liberando así un potente impulso eléctrico que fue directo hacia el mojado cuerpo de Dahlia. Ella soltó un grito espantoso, mientras se retorció de dolor.

Abundantes torrentes de lágrimas rodaban por su atormentado rostro sin que pudiera detenerlos.

—¡Me encanta ver cómo te contorsionas, miserable! No pienses que me vas a conmovier con tus ridículos gimoteos... ¡Sufre, desgraciada! — clamó el tipo de la caja.

Antes de que la rubia pudiera comprender lo que sucedía, una nueva descarga se apoderó de su lastimado organismo. Su lamento fue mucho más intenso que el anterior. Un ataque de pánico le sobrevino, causándole fuertes palpitaciones y jadeos descontrolados. El hombre se puso de pie y dejó el baúl en el suelo. Caminó hasta donde estaba la joven y la miró con desdén. Sin previo aviso, elevó su pierna derecha y le propinó una formidable patada en el costado y otra en la cabeza, provocándole serias contusiones. Cuando él se agachó y se disponía a abofetearla, el cerebro de ella decidió desconectarse de aquella espantosa realidad. Se sumió de inmediato en un estado casi comatoso. Segundos después, estaba de vuelta en el páramo, aún de pie frente al espejo.

La mujer en el interior del fragmento había dejado de gritar. Su rostro estaba muy sereno y en su mirada se podía adivinar la enorme gratitud que sentía hacia Dahlia. Una melodiosa voz, transmitida mediante ondas cerebrales, llegó a la mente de la chica.

—Gracias por salvarme... Busca al cisne... No lo olvides... Busca al cisne...

La silueta de la dama se perdió en medio de un tenue vaho naranja, dejando tras de sí el trozo de espejo donde había estado prisionera vacío en su totalidad. La pelirrubia cayó de rodillas, exhausta y traumatizada al recordar el terrible incidente que acaba de experimentar.

—¿Qué sucedió, Dahlia? ¿Te encuentras bien? —le preguntó Cedric, lleno de angustia al verla tan desmejorada.

—Sí, creo que estoy bien, pero acabo de vivir en carne propia la horrenda pesadilla de la mujer que gritaba. Un hombre que tenía una máscara de payaso me tenía atada, casi desnuda, en medio de un charco. Me electrocutó varias veces, me insultó y luego me pateó en el

costado y en la cabeza. Me desmayé y reaparecí aquí. La señora del espejo me agradeció por salvarla, me dijo que buscara al cisne y desapareció —contestó ella, a toda velocidad, casi sin respirar.

—¡Qué aterrador debió ser! ¿Cómo es que no pude estar ahí para defenderte? ¡Me siento tan inútil!

—No es tu culpa. Solo yo podía ingresar a esa pesadilla y rescatar a la mujer, así que no te tortures por eso. Estoy muy alterada, pero de nada sirve encogerme en un rincón y soltarme a llorar. Debo averiguar cuál es el significado de las palabras de la mujer. Estoy segura de que el cisne es la respuesta al acertijo de este páramo...

—¡Oh, Dahlia! Por favor, descansa un rato. Hazlo por mí, te lo ruego... No podrás pensar con claridad si no te permites al menos un instante para calmar tus nervios.

—No puedo descansar, sabes muy bien que no puedo... La marca en tu pecho me asusta más que cualquier otra cosa. Tenemos que salir de aquí cuanto antes...

El príncipe bajó la mirada y apretó los puños. Estaba harto de ser una carga emocional para la rubia. Su semblante estaba tenso y las venas de su cuello comenzaron a resaltar. La muchachita se percató enseguida de que sus palabras lo habían hecho sentirse mal. Se acercó a él y lo rodeó con ambos brazos, mientras le decía con voz clara y muy tierna: —Nunca te abandonaré.

El Taikurime se destensó un poco y correspondió el abrazo de la niña. Dejó escapar un suspiro y, con una sonrisa melancólica, asintió con la cabeza, dando a entender que apreciaba mucho las reconfortantes palabras de ella.

—Nunca más vuelvas a pensar que me estorbas. ¡Te lo prohíbo! —exclamó la chica, tratando de parecer severa, al tiempo que contenía la risa con gran dificultad.

—Como usted ordene, su majestad —respondió Cedric, de forma entrecortada, ya que él no fue capaz de esconder sus carcajadas.

Ambos se echaron a reír como dementes, pues de alguna manera tenían que liberar la gigantesca carga de tensión que los oprimía. Con

los ánimos recuperados, se dispusieron a explorar el terreno circundante. El cisne los estaba esperando...

XXIX NINA

Los rayos del sol fulguraban con toda su potencia sobre la alegre pradera. No muy lejos de allí, se podía distinguir la estilizada figura de un cervatillo que estaba mordisqueando la fresca hierba mientras decenas de abejas y mariposas azules se turnaban para posarse sobre las fragantes lavandas que se extendían como violáceas cascadas por las colinas. Tendidos sobre una acolchada manta de cuadros rojos y blancos, bajo la sombra de un gran abedul, reposaban Emil y Milo. Tomarse unas agradables vacaciones como padre e hijo en Hedelmätarha había sido una excelente idea. Ya que no podían acompañar a Dahlia durante sus pruebas y tampoco les estaba permitido hospedarse con Sherezade en Cepheus, les pareció que podrían aprovechar ese tiempo que tendrían a solas para conocerse un poco. Después de todo, habían transcurrido quince años estando ellos separados. Emil ni siquiera tenía idea de que existía un gemelo de su hija hasta el día en que este lo sorprendió al abrirle la puerta de la habitación de ella.

—Oye, padre, ¿cómo crees que le esté yendo a mi hermana? ¿Estará bien? Me muero por volver a verla...

—Sé que es una chica muy inteligente y que, además, no se deja vencer con facilidad. Debemos confiar en ella, pues de seguro le está yendo muy bien. No te preocupes en exceso por eso, hijo...

—No estoy poniendo en tela de juicio sus capacidades en lo absoluto. Lo que me mortifica es pensar en lo que Galatea le hizo... ¿Qué pasa si eso la entorpece o la daña? Las pruebas no se diseñan tomando en cuenta posibles sellos o maldiciones que se le hayan impuesto a la persona que ingresa a los páramos. ¿Qué sucederá si está luchando

contra alguna criatura o tratando de concentrarse y la energía negativa del sello en su frente le impide dar el máximo de sí misma? ¿Y si queda inconsciente o se enferma de gravedad? No hay nadie ahí que la ayude... ¡Aaahhh, miles de dudas me están carcomiendo la cabeza!

—Si te dijera que no había pensado en eso y que estoy del todo tranquilo, te estaría mintiendo con total descaro. Por supuesto que me como las uñas de los nervios cada vez que me acuerdo de que mi niña está sola, peleando contra alimañas alienígenas en un lugar inhóspito y que, para colmo de males, no puedo comunicarme con ella de ninguna manera... ¡Claro que me estoy muriendo de angustia! Pero ni tú ni yo podemos hacer nada por ella, aunque lo deseemos con todo el corazón. Tenemos que intentar tranquilizarnos... De lo contrario, el estrés acabará con nuestra buena salud, y lo último que queremos es recibir a Dahlia con caras demacradas y cuerpos débiles, ¿cierto?

—Sí, papá, estás en lo correcto... Pero es que no logro apartar de mi mente las espantosas imágenes que he visto en mis sueños desde que ella se marchó.

—¿De qué imágenes hablas? No me habías comentado nada al respecto.

—No quise alarmarte de forma innecesaria. Se suponía que nos quedaríamos aquí en Hedelmätarha, relajándonos, hasta que mi hermana regrese... Sin embargo, ya nos dimos cuenta de que es imposible relajarse estando envueltos en una situación tan inusual como esta...

—Por desgracia, eso es muy cierto. Y ya que me has confesado que tienes pesadillas relacionadas con mi niña, será mejor que me cuentes hasta el más mínimo detalle de ellas. ¿O es que acaso quieres que se me genere una úlcera gástrica de tanta preocupación? Anda, dime, ¿qué fue lo que viste?

—Vi muchísimas cosas, pero todo estaba borroso y las acciones se desarrollaban muy rápido. No pude comprender cuál es el significado de esas visiones, pero sí hay algo de lo que estoy bien seguro: Dahlia corre peligro.

—Bueno, al menos intenta darme una descripción de lo que sentiste o de lo que imaginaste... Por vaga que sea la idea que tengas, podría ser útil que la compartas conmigo. Quizás yo logre captar algún detalle que a ti se te escapó, ¿no crees?

—Pues sí, tal vez tú puedas descifrar el enigma. Dos cabezas piensan mejor que una sola. ¡Tenemos que desenmarañar este embrollo hoy!

—¡Exacto! ¡Así se habla, hijo! Ahora, ve a dar una vuelta, respira profundo y concéntrate. Si necesitas salir de aquí, hazlo. Intenta recordar todo cuanto puedas. Tan pronto como te sientas listo para hablar conmigo, estaré aquí esperándote. ¿Qué te parece?

—Estoy de acuerdo con lo que me sugieres. Lo haré así. ¡Nos vemos en un rato, papá!

—¡Hasta pronto, Milo! Sé precavido. Cuídate siempre las espaldas, ¿vale?

Con un guiño de su ojo izquierdo y una sonrisa juguetona, el chico le dio a entender a su progenitor que podía quedarse tranquilo en lo referente a su seguridad. No se metería en zonas peligrosas a propósito, así que era muy probable que volviera sano y salvo en menos de un par de horas. Una vez que hubo abandonado Hedelmätarha, se dispuso a elevarse hasta llegar a una altura de unos cuarenta mil metros y decidió quedarse allí, surcando los aires con gran lentitud. Sus párpados entrecerrados, sumados a una frente sudorosa y arrugada en exceso, daban a entender que se había adentrado ya en la inmensidad del mar de imágenes inconexas alojadas en el interior de su confundida mente. Tras unos minutos de infructuosa meditación, un siseo imperceptible para los oídos de un ser humano común alcanzó los suyos y lo devolvió de golpe a la realidad. Aquel sonido le generó un terrible presentimiento, puesto que a semejante altitud, nadie normal podría aparecerse así de fácil.

—¿Quién eres? Sé que estás ahí, no trates de negarlo. ¡Déjate ver! — exclamó Milo, algo disgustado.

—He esperado con gran expectación el momento de encontrarme contigo... Al fin te he hallado... Protector Keijukainen

—balbuceó una adormilada voz irreconocible.

Para Milo fue imposible llevar a cabo la sencilla tarea de definir cuál era el punto de origen de aquel murmullo. Las ondas sonoras parecían tener vida propia, pues se movían a su antojo por todas partes, como si rebotasen repetidas veces contra las paredes de alguna estructura arquitectónica cavernosa e invisible. El muchacho casi podía jurar que las palabras habían decidido renunciar a su carácter incorpóreo con tal de tener la capacidad de palparlo, dado que sentía unas leves caricias aterciopeladas que le eran prodigadas por una densa bruma blanquecina que se materializó a su alrededor de forma repentina. Dicha niebla envolvía la totalidad de su cuerpo y le transmitía, con sus delicados toques, una sensación de indescriptible paz.

Poco a poco comenzó a tomar forma, frente a la estupefacta mirada del chico, una silueta de apariencia femenina. Cual bailarina de *ballet* ejecutando su mejor arabesque, una grácil dama desprovista de ropaje balanceaba su figura con gran exquisitez, ostentando muy orgullosa su perlada piel de tonalidad azulada, la cual lucía aún más lisa y brillante que la mismísima porcelana de Meissen. Su abundante cabellera, conformada por cientos de lustrosos rizos carmesíes, le rozaba los tobillos. Sus oscuros orbes causaban, a cualquier persona que los observase con detenimiento, la impresión de estar mirando en ellos un trocito del firmamento nocturno.

—Mi nombre es Nina. Soy una de las cinco Orankel que regulan las lluvias, los huracanes, las tormentas, los terremotos y demás fenómenos naturales que acontecen en la Tierra. A mí me corresponde custodiar la parte del planeta a la que ustedes los humanos han llamado América — declaró ella, haciendo varias pausas prolongadas a lo largo de su breve explicación.

Cada movimiento de sus cuerdas vocales poseía una musicalidad y una armonía sublimes. Daban ganas de quedarse a su lado por siempre, con tal de escucharla hablar. Milo no terminaba de salir de su embobamiento, pero al menos logró articular una pregunta de manera correcta.

—¿Por qué me buscabas? —Eso fue lo único que él atinó a mencionar en medio de su nerviosismo, mientras respiraba con cierta dificultad.

—Es una historia complicada, pero voy a tratar de resumírtela un poco. Hace muchos siglos, yo estaba correteando muy alegre por unos lindos bosques repletos de cerezos en flor. En aquella ocasión, utilizaba mi forma humana, la cual puedo adoptar solo durante un día al año, pero no puede ser cualquier día. Tiene que ser uno de primavera... De repente, un joven alto se me apareció de la nada. Choqué con brusquedad contra su espalda, resbalé y caí. Mi cabeza dio contra una roca afilada. No tuve tiempo de quejarme, pues el fuerte golpe me dejó inconsciente por varios minutos. Cuando desperté, él me miraba lleno de angustia. Me pidió perdón por haberme causado daño físico y se ofreció a darme lo que yo quisiera como compensación por ello. Algo tan simple como lo fue el hecho de mostrarme su rostro me dejó anonadada. Sus rasgos faciales eran muy atractivos, nunca antes había visto a un hombre tan apuesto. Me dejé guiar por mi impulsividad y, sin pensármelo mucho, le pedí que se casara conmigo. Para mi sorpresa, él accedió a mi propuesta de establecer un compromiso nupcial. Llena de entusiasmo, le dije que nos tomáramos un año completo para organizar todo lo referente a la fiesta de bodas. Así podríamos tener una ceremonia espectacular cuando yo volviera a tomar mi cuerpo humano. Le prometí que le daría los mismos poderes que yo poseía como obsequio cuando contrajésemos matrimonio, para que él pudiera venir a vivir conmigo aquí en Pílevam. Sonrió y me abrazó con fuerza. Entonces, le entregué una sortija especial, mediante la cual podríamos comunicarnos todos los días hasta que nos volviéramos a ver para la boda. Dicha sortija tenía incrustada una bella piedra opaca de jaspe rojo, la cual emitía un brillo incandescente cada vez que yo quisiera hablar con él. Además, esta me indicaba si sus signos vitales estaban funcionando bien, y así yo podía cuidarlo, aunque estuviésemos lejos el uno del otro. Al principio, conversábamos muchísimo y las cosas iban de maravilla entre nosotros, pero hubo un terrible incidente que lo cambió todo...

—¿Qué sucedió? Luces muy triste al recordarlo...

—Mi prometido no quiso contarme nada, pero igual me enteré poco después. Una mujer malvada lo visitó en sus aposentos y le hizo un

extraño dibujo en el pecho, utilizando su magia para ello. A partir de ese día, él hablaba conmigo durante una hora por semana nada más y estaba empeñado en encontrar la manera para revertir los efectos del sello. Le pidió a una emperatriz de las Joutsen que se lo llevara a él y a todos los de su casa a vivir junto a las estrellas. Una vez que hubo llegado allá, pasaron unos cuantos días y yo todavía podía ver que se encontraba bien. Me contactó por última vez para despedirse y para decirme que había solicitado que lo dejaran participar en las pruebas de los famosos Páramos de la destrucción. Desde ese momento, en adelante, perdí todo rastro de él. Creí que había muerto estando dentro de esos páramos y lloré con amargura por muchas centurias. Fue hasta hace muy poco que descubrí algo hermoso: ¡todavía está vivo! La señal de su sortija se volvió a activar...

—¿Y cuál es la relación que existe entre lo que le sucede a tu prometido y yo?

—Me di a la tarea de averiguar si había pasado algo fuera de lo común en el transcurso del día en que me llegó su señal. Mis amigas las Líridas me contaron que una chica humana había ingresado en Solu para ejecutar las pruebas de los Páramos de la destrucción. Creo que ella rescató a mi prometido, por lo cual le debo mucho... Pues bien, resulta que esa muchacha es tu hermana. Quiero retribuirle con creces lo que hizo, pero no podré hacerlo hasta que vuelva a la Tierra. Por favor, prométeme que la traerás aquí tan pronto como ella regrese.

—Bueno, está bien, te lo prometo. Supongo que Dahlia se alegrará de saber que te ha hecho un favor.

—¡Muchas gracias, amable Milo! Y ya que eres familia de esa maravillosa niña, quiero recompensarte de alguna forma a ti también. ¿Hay algo en lo que pueda ayudarte? ¿Qué te gustaría tener?

—No quiero causarte molestias, Nina. Quédate tranquila, no es necesario que te preocupes por mí.

—No representa molestia alguna para mí el ayudar a la familia de quien salvó a mi amado Cedric. En serio, dime, ¿qué te gustaría?

—Lo que necesito en este instante es poder acomodar mis pensamientos. Hay unas imágenes de mis sueños que necesito recordar

y no lo consigo. ¿Crees poder ayudarme con eso?

—¡Claro que sí! Eso es algo muy sencillo. Diluye uno de mis cabellos en agua dulce hirviendo y luego bébela. ¡Te aclarará la mente en minutos! Es más, voy a obsequiarte todo un mechón de mis rizos, por si acaso algún amigo tuyo en el futuro cercano o lejano necesita recordar algo...

Habiendo dicho eso, la Orankel deslizó una de sus plateadas uñas sobre su cabeza. Usando los dedos índice y pulgar de su mano izquierda, sujetó con cuidado el mechón que planeaba entregar a Milo. De su boca emanó un vientecillo cálido que poco a poco se fue solidificando hasta formar una pequeña burbuja de cristal verdoso. Nina colocó sus cabellos en el interior de esta y luego la puso en las manos del jovencito. Sonrió con dulzura y se marchó de la misma manera en que había llegado, como una bruma blanquecina, la cual se evaporó por completo en menos tiempo del que tarda una exhalación.

XXX AL BORDE DE LA LOCURA

«Pero qué has hecho, hijo mío? ¿Cómo pudiste ser tan descuidado? Ni siquiera tienes idea del lío en que nos has metido. ¿Sabes quién es esta mujer? No es cualquier niña bonita de las que podrías toparte en la calle. Es nada más y nada menos que una Orankel. Ella es una de las señoras que controlan los fenómenos naturales. ¿Qué haremos ahora? Si decide tomar represalias por el daño que le has causado, estaremos perdidos. Cuando despierte, pídele disculpas, de todas las formas posibles, y ofrécele recompensarla según sean sus deseos. No te atrevas a contradecirla, es muy temperamental y caprichosa, como cualquiera de las damas de su raza. ¿Acaso quieres que nos envíe un ciclón a manera de desquite por no complacerla? Sin importar lo que pida, dáselo. Es tu deber para con toda tu familia, tu pueblo, y hasta los débiles humanos. Obedécela, y mejor aún si luces contento al hacerlo».

Las palabras de Noelle, la emperatriz Taikurime, retumbaban a diario en el turbado interior de la cabeza de Cedric. Todavía lamentaba con cada fibra de su cuerpo la enorme imprudencia de su parte que lo había llevado a establecer un compromiso matrimonial con alguien que no conocía y, mucho menos, amaba. Sin embargo, se había resignado hacía mucho tiempo a contraer nupcias con la irritante Nina, con tal de asegurar la seguridad de sus seres queridos y la de muchos humanos inocentes que se verían afectados si él no hubiese accedido a ello. Pero las cosas dieron un giro que ni él mismo hubiera podido prever y ahora, más que nunca antes en su vida, le estaba siendo demasiado difícil seguir adelante con el cumplimiento de la promesa que hizo siglos atrás.

—Oye, ¿te pasa algo malo? Por la cara que traes en este momento, parece como si acabaras de haber recibido una pésima noticia — observó Dahlia, mordiéndose el lado derecho de su labio inferior.

—No... no es nada... Solo me quedé pensando un poco, eso es todo... Mírame, ¡estoy mejor que nunca! —respondió el príncipe, forzando a los músculos de sus mejillas para que esbozasen una sonrisa.

—No eres nada bueno fingiendo, ¿sabías eso? Sé que hay algo que te está molestando, aunque intentes disimularlo. Pero no te obligaré a que me lo digas. Si más adelante llegas a sentirte listo para hablar y confías en mí, estaré gustosa de escucharte. Ten muy presente que me preocupo por ti...

—Muchas gracias por tu interés, pero quédate tranquila. No pasa nada, te lo aseguro...

Ambos se miraron en silencio. Él se incrustaba con disimulo las uñas en las palmas de sus manos para ayudarse a mantener las comisuras de su boca arqueadas. Ella ponía todo su empeño en adivinar qué era lo que había detrás de aquellos deslucidos ojos, otrora cargados de sentimientos. En su mente, no dejaba de inquirirle: «¿Qué te pasa, Cedric?» Una débil y entrecortada voz, idéntica a la de él, hizo su aparición entre sus pensamientos: «No quiero estar con Nina...».

—¿Qué es lo que has dicho? ¿De quién estás hablando?

—interpeló la rubia, frunciendo su entrecejo cual si fuese un acordeón.

—¡No he pronunciado palabra alguna! ¡Debería ser yo quien te hiciera las preguntas a ti! —clamó el Taikurime, mientras gruesas gotas de sudor se le formaban en la frente.

—Acabo de escuchar tu voz dentro de mi cabeza. Me decías que no quieres estar con Nina... ¿Qué significa eso? ¿Crees que me estoy volviendo loca?

El joven apartó su rostro de inmediato, pues los inquisidores orbes de la chica le causaban escalofríos. «¿Cómo pudo escuchar algo que no dije?!» se preguntaba para sus adentros, al tiempo que se le aceleraba el pulso. «Debo inventarme una excusa. No puedo permitir que ella sospeche de esto, al menos no por ahora...». No se atrevió a volver a

mirarla a los ojos. Retuvo una gran bocanada de aire en sus pulmones por varios segundos y luego la liberó poco a poco.

—No sé qué te sucedió, pero te aseguro que esa información no salió de mí. ¡No conozco a nadie con ese nombre!

—¿Es en serio? ¿Me juras que no fue tu voz la que escuché?

—Sí, hablo muy en serio. Debió ser alguna particularidad de este páramo que se diseñó para distraerte.

—Está bien, te creeré... Dejemos ese tema por el momento. Mejor concentrémonos en descubrir quién o qué es el cisne y cómo encontrarlo.

Lo último que Dahlia quería era ponerse a discutir con el príncipe, así que optó por pretender que no se daba cuenta de que él ocultaba algo. La repentina huida de sus cristalinas miradas, su excesiva transpiración y el tono cortante de su voz no dejaba lugar a dudas: Cedric le estaba mintiendo. Antes de que tuviese tiempo suficiente para evaluar la delicada situación en que se hallaban, la potencia sonora de un desgarrador chillido, cuya fuente parecía estar a unos cuantos metros de allí, la hizo estremecerse. Esta vez se sintió aún más perturbada que cuando escuchó el clamor de la mujer pidiendo ayuda. Le temblaban las quijadas y el ritmo de su respiración era muy irregular. Negaba con la cabeza mientras presionaba con fuerza sus párpados y se cubría los oídos. El ánimo comenzó a resquebrajarse cuando escuchó el llanto de dolor de un indefenso niño.

—¡Esto no puede ser! Por favor... díganme que no es cierto... ¡No, un niño no! ¡No, no, no! —exclamaba la muchacha, mientras dos enormes torrentes de líquido salino emanaban de sus cuencas.

—¡Oh, Dahlia! ¡Lo siento tanto! —Esa fue la única frase que atinó a decirle el Taikurime.

Cedric tuvo que hacer acopio de toda la fuerza de su voluntad para no acercarse a la rubia. Aunque el hecho de verla tan conmovida hacía crecer en su pecho una necesidad imperiosa de irse corriendo a estrecharla entre sus brazos y consolarla, en ese preciso momento no se encontraba preparado en ningún sentido para hacerlo. Un solo roce de la pálida piel de Dahlia acabaría por destruir por completo las barreras

que él, con tanto ahínco, había erigido alrededor de su aletargado corazón a lo largo de varias centurias. Esas barreras tenían que continuar en su lugar. De lo contrario, la solidez de su antigua promesa desaparecería de forma definitiva.

—Si hay algo que no puedo soportar en la vida es el sufrimiento de los niños. ¡Esto es horrible! No me importa si él no sabe nada acerca del cisne... ¡Debo ir a ayudar a ese pequeñito de inmediato! —bufó Dahlia, enjugándose las lágrimas con el envés de su antebrazo izquierdo.

Sin perder más tiempo, la joven se desplazó con mucha rapidez hacia el fragmento del espejo en donde se encontraba prisionero el sufrido infante, dando amplias zancadas, para así acortar aún más la distancia. Su ritmo cardíaco estaba muy acelerado, y los intervalos que se permitía entre cada inhalación y exhalación eran demasiado breves. Sin embargo, no estaba dispuesta a permitir que el niño sufriese ni un instante más. Cerró los ojos y colocó sus manos sobre la vítrea superficie. No tardó en aparecer debajo de un camastro ajado sin frazada alguna sobre él. Aquel catre se encontraba colocado junto al mohoso ventanal de una estrecha habitación carente de ornamentos, cuyas paredes estaban hechas de una madera muy áspera al tacto, carentes de pintura o barniz que las embelleciese un poco. La tenue iluminación procedente de una vela roja, la cual poseía una mecha que estaba a punto de extinguirse, contribuía a darle un toque bastante lúgubre a la ya de por sí pesada atmósfera de la estancia. Frente a la rubia, se distinguían con claridad dos pares de piernas, uno masculino y el otro femenino. A juzgar por el alto volumen de sus voces y las palabras groseras que intercambiaban, aquella pareja se encontraba discutiendo, sin intenciones de calmarse.

—¿No pudiste obedecer una simple orden mía? Ah, se me olvidaba... ¡No tienes cerebro! Tenías que abrir tu estúpida boca y avergonzarme así enfrente de todos... Pero esto no se va a quedar así, ¡me las pagarás muy caro! —gruñía entre dientes el corpulento hombre, mientras arrinconaba a la fémina, utilizando la fuerza bruta.

—¡No te atrevas a poner tus sucias manos sobre mí! No me retracto de nada de lo que dije durante la fiesta de cumpleaños de mi prima... ¡Bien merecido te lo tenías! No me importa si me ordenaste que me quedase

callada. No puedo permitir que sigas abusando de nuestro hijo y de mí... ¿Creíste que escondería tu sucio secreto solo por guardar las apariencias? ¡Nunca! —clamaba la mujer, escupiendo cada sílaba con inmensurable rabia.

—¡Eres más imbécil de lo que me imaginaba! Esta fue la primera y la última vez que te expresarás en público, pues dudo que puedas seguir viva después de que recibas tu merecido... ¡Maldigo la hora en que me casé con semejante escoria!

Acto seguido, el tipo comenzó a golpear el rostro de su esposa con su puño derecho, al tiempo que sujetaba las manos de esta con su brazo izquierdo. Ella le suplicaba que parara y que, por favor, la perdonara, pero todo era un vano intento. Aquel individuo no tenía intenciones de detener su ataque. Dahlia contemplaba aterrada la violenta escena. Le temblaba el cuerpo y sentía una tremenda presión sobre su tórax. No había notado que respiraba por la boca, pues sus fosas nasales estaban repletas de mucosidad viscosa, producto del incesante llanto que se le desató tan pronto como ingresó en la pesadilla del pequeño. Había logrado mantenerse en relativo silencio cuando la pareja cruzaba palabras de desprecio, pero con el primer puñetazo, su ansiedad no pudo ser contenida por más tiempo. Dejó escapar un sonoro alarido suplicante.

—¡Por favor, déjala en paz! ¡Suéltala! ¡No lastimes a mi madre! ¡Te lo ruego! —exclamó la muchacha, al tiempo que salía de su escondite bajo la cama.

—¿Conque estabas ahí, sanguijuela? ¡Tú no te metas en mis asuntos! Lárgate ya, si no quieres que te arranque los dientes uno por uno... ¡Fuera de aquí! —espetó el agresor, irritado.

—¡No me iré a ninguna parte! ¡Déjala tranquila!

—Te crees muy brillante, ¿no es cierto? Mira lo que le pasó a la idiota de tu madre por pasarse de lista conmigo...

El hombre asió la castaña melena de su consorte con ambas manos y, tirando con fuerza de esta, arrojó a su víctima al piso. El desfigurado y lacerado rostro de ella mostraba graves contusiones en las mejillas y la frente. Sus amoratados párpados estaban hinchados y los labios no

paraban de sangrarle. Era incapaz de llevar suficiente aire a sus pulmones, a menos que jadeara sin pausa.

—¿Ya la viste bien? ¿Te gustaría lucir como ella? Siempre nos han dicho que eres la viva imagen de esta tipeja... ¿Qué mejor manera de parecértelo que con unos cuantos moretones en tu desagradable cara? ¡Ven acá!

El colérico sujeto se abalanzó sobre Dahlia y le estrujó el cuello por unos segundos, para luego aventarla contra una de las paredes. La muchacha gimió de forma casi inaudible, dado que su garganta estaba muy lastimada. El hombre desató una demencial carcajada y se quedó mirándola, lanzándole dardos de infinito desprecio a través de sus ojos. Sin perder el tiempo, levantó a su esposa del suelo y la tiró sobre el lecho. Se disponía a continuar abusando de la indefensa mujer, pero fue interrumpido de repente por el fuerte impacto de un puntapié que le fue propinado por la rubia en su costado izquierdo. Más iracundo que nunca, el sujeto se incorporó y, de una certera bofetada, derribó a la joven. Se arrodilló junto a ella y la zarandeó, clavándole los dedos en ambos hombros con crueldad.

—¡He aquí un perfecto ejemplo de lo que le pasa a quien me desafía! ¿Quieres compartir la tumba con tu madre? Pues, ¡con gusto te lo facilitaré!

El individuo escupió el rostro de la chica y descargó su furia en un puñetazo, el cual fue a dar justo en la boca del estómago de ella, dejándola sin aire y con la visión nublada. El tipo levantó el brazo de nuevo, muy resuelto a golpearla otra vez pero, justo en ese instante, el terrible sueño llegó a su fin. Dahlia se encontró a sí misma frente a la figura del infante, quien la miraba con un tierno brillo especial en sus ojitos, lleno de agradecimiento. Mediante ondas telepáticas, él le hizo llegar a la muchacha unas breves palabras, muy significativas.

—Fuiste muy buena conmigo... Gracias por salvarme... Escucha al cisne... Solo él puede sacarte de aquí... Escúchalo, escúchalo...

La figura menuda del niño se evaporó. Aquello sucedió de la misma manera en que había sucedido con la dama de la pesadilla anterior. El chiquillo generó una fina capa de niebla anaranjada, para luego dejar su

vítrea prisión desocupada. Algo en este espantoso sueño en particular caló muy hondo en la rubia. En esta ocasión, no pudo mantener la compostura y se echó a llorar con frenesí.

—Dahlia, ¿qué tienes? ¿Qué has visto? Oh, Dahlia... —inquirió Cedric, con suavidad.

A pesar de que se había jurado a sí mismo, por su propio bien, que nunca más pondría un solo dedo sobre la muchacha, verla tan destrozada lo inquietó en sumo grado y no pudo seguir conteniendo sus impulsos. La levantó en vilo y le cubrió la frente de besos. La mecía despacio mientras le susurraba al oído: —Estoy aquí contigo. Ya pasó, ya pasó...

La jovencita no paró de sollozar y temblar pero, al menos, la intensidad de su dolor comenzó a mermar luego de que transcurrieron unos quince o veinte minutos, tras los cuales se quedó dormida. «No me importa si Nina me mata... Dahlia me necesita, y yo la necesito a ella...» pensaba el Taikurime, al tiempo que miraba la frágil figura de la chica que reposaba entre sus brazos.

XXXI VISIONES

❧ Milo arqueaba su ceja izquierda y presionaba sus labios con fuerza, muy indeciso en cuanto a lo que debía hacer de allí en adelante. Sostenía el transparente globo con los cabellos de la Orankel en el interior, usando solo las yemas de los dedos de su mano derecha. «¿Cómo sé que esa extraña mujer es confiable? ¿De dónde habrá sacado tanta información? ¿Qué haré si todo esto se trata de una trampa?» cavilaba él, en voz baja. Comenzó a moverse de manera aleatoria, sin un rumbo fijo en mente, pues la interminable sucesión de interrogantes dentro de su cabeza no le dejaba espacio para ninguna otra clase de pensamientos. Decidió guardar la vítrea esfera en uno de los bolsillos interiores de la holgada gabardina negra que llevaba puesta sobre su camisa roja de algodón y sus pantalones azules de mezclilla. Luego de ello, colocó sus brazos en posición rectilínea, bien pegados a su cuerpo, y salió disparado, cual si fuese un raudo proyectil lanzado al vacío. La distancia que lo separaba del suelo se fue reduciendo poco a poco, hasta que su poderoso organismo por fin se decidió a hacer una breve pausa en su viaje.

Se posó con gran delicadeza sobre la cima de un bello acantilado calizo conocido como *Beachy Head*, el cual se localiza en la costa sur de Inglaterra. Los cristalinos orbes del chico contemplaban con una extraña nostalgia el movimiento acompasado del relajante oleaje que rompía contra un faro rojiblanco, ubicado varios metros más abajo de donde él se hallaba. Sus agradecidos pulmones le daban una cordial bienvenida a las refrescantes bocanadas del gélido aire, cargado de esencia salina, tan característico de aquel paradisíaco lugar. De entre todas las maravillas naturales que había presenciado durante las múltiples excursiones

realizadas desde que le fue permitido regresar a la Tierra, la que más le agradaba mirar era el imponente mar azul verdoso.

—Dahlia, estoy casi seguro de que no puedes oír ni tan siquiera una de mis palabras, pero de todos modos necesito decirlas... ¡Te amo, hermanita mía! Haré todo lo que esté a mi alcance para cuidarte siempre. ¡Lo prometo! —clamó Milo, proyectando su voz hacia las aguas, como si deseara compartir su sentido mensaje con los habitantes oceánicos también.

Un amigable anciano de corta estatura que iba de paso por la zona escuchó al joven mientras este emitía su juramento. A paso lento, se fue acercando, sin que el chico se percatase de su presencia.

—Disculpa, muchachito... No deseo molestarte o interrumpir tu momento a solas, pero no pude evitar oír lo que decías... Sea cual sea la dificultad que está atravesando tu hermana, de seguro podrá salir adelante, pues al contar con un hermano que se expresa de manera tan afectuosa acerca de ella, no cabe duda de que estará bien protegida — declaró el viejecito, sonriendo casi como si de un padre se tratase.

—Descuide, buen hombre, no me ha molestado en lo más mínimo. Al contrario, agradezco mucho sus gentiles palabras

—aseveró Milo, mientras inclinaba su cabeza hacia adelante, pues le parecía apropiado demostrar así su respeto por las personas mayores.

Ante la buena respuesta del chiquillo, el septuagenario se animó a continuar con el diálogo.

—Oye, hijo, se me acaba de ocurrir una excelente idea. ¿Te gustaría acompañarme a tomar una buena taza de té caliente con un succulento trozo de tarta de manzana? Estoy seguro de que te chuparás los dedos... Vivo muy cerca de aquí y siempre estoy solo, así que no me vendría nada mal un poco de compañía. ¿Qué me dices?

—Pues, claro que sí. Será un gran placer degustar su comida, señor.

—¡Oh, ya basta, hijo! No tienes por qué ser tan formal conmigo. Estamos en confianza. Llámame Geoffrey, por favor. ¿De acuerdo?

—Por supuesto, señor Geoffrey, como usted lo prefiera... Por cierto, mi nombre es Milo Woodgate, y es un placer para mí poder conocerle.

—¡Vaya, qué chico tan educado eres! Aplaudo el extraordinario trabajo de tus padres. Es muy raro encontrar jovencitos como tú hoy en día. La juventud de la actualidad es muy irreverente. En mis tiempos, una mirada reprobatoria bastaba para que dejásemos el mal comportamiento. Pero ahora a casi nadie le queda respeto alguno por la autoridad de los progenitores. ¡Es algo muy triste!

—Tiene usted mucha razón, señor Geoffrey. Es lamentable que las personas se olviden de honrar a quienes más los han amado, aún antes de que naciesen...

—Sabias palabras, Milo. ¡Qué bueno que te encontré! Es obvio que no eres un adolescente común... En verdad me agradas, hijo.

—Y usted a mí, señor Geoffrey. Siento como si estuviese teniendo una amena charla con mi propio abuelo.

—¡Eres un chiquillo adorable! Concédeme a este pobre viejo de huesos cansados un pequeño abrazo. ¿Sería mucho pedir?

—No, mi señor, no es mucho pedir. Será un gusto concederle su petición.

El anciano miró al chico por espacio de unos diez segundos. Tenía los ojos vidriosos y le temblaba la quijada. Levantó sus enjutas extremidades superiores y se acercó con timidez al joven. Milo no pudo menos que enternecerse ante la sinceridad del viejecito y de inmediato lo atrajo hacia sí, utilizando ambos brazos para rodear por completo su encorvada figura. Permanecieron abrazados un buen rato, pues Geoffrey se echó a llorar a lágrima viva, así que el muchacho esperó, con inquebrantable paciencia, hasta que el veterano caballero pudiese recuperar la compostura. Cuando el hombre por fin logró calmarse, el joven le ofreció un elegante pañuelo de seda que traía consigo, para que este enjugase los empapados surcos de sus mejillas.

—Muchísimas gracias, hijo. Lo que has hecho por mí es de incalculable valor. Ojalá pudiera retribuirtelo de alguna manera.

—No se preocupe, señor. Lo he hecho con mucho gusto y lo volvería a hacer todas las veces que usted así lo requiriese.

Geoffrey sonrió de oreja a oreja mientras entrelazaba sus manos frente a su pecho, muy complacido. Desde que habían fallecido tanto su

esposa, Candice, como Ian, el único retoño de la pareja, en un accidente aéreo cuarenta y cinco años atrás, el pobre hombre se pasaba los días en solitario. No le quedaban ya parientes cercanos ni lejanos y, además, había decidido que nunca se volvería a casar. La visita de Milo, por corta que resultase, era como un bálsamo curativo para la desamparada alma de aquel anciano. Con un ademán manual, Geoffrey invitó al chico a seguirlo. Este asintió con un ligero movimiento de cabeza y un gesto de cordialidad en su mirada. Ambos caminaban muy despacio, dándose tiempo suficiente para admirar los alrededores. Después de unos treinta minutos más o menos, llegaron a la acogedora vivienda del viejecito. Era una casa sencilla, con paredes de piedra pintadas de blanco, un techo recubierto de lozas barnizadas con tintura de tonalidad rojiza y, entre ellas, destacaba la cumbre de la gruesa chimenea de ladrillos anaranjados. Tenía varias ventanitas rectangulares en los cuatro costados, y su puerta principal, cuya forma redondeada la hacía parecer el acceso principal hacia el interior de una madriguera de conejos, exhibía un exquisito tallado a mano en la maciza caoba que la constituía.

—Bienvenido a mi humilde morada, Milo. Pasa adelante y toma asiento. Mientras preparo tu té y caliento un poco la tarta, si gustas, puedes dar una vuelta para que así conozcas mis aposentos. Siéntete como en tu propia casa.

—Agradezco su gran hospitalidad, señor Geoffrey. Sin embargo, preferiría esperar sentado en alguna de las llamativas sillas de su bonita sala. No me gusta husmear en las residencias ajenas.

—De acuerdo, hijo, si eso es lo que te apetece. Ponte cómodo, no tardaré.

El chico se arrellanó sobre una aparatosa butaca de mimbre. Suspiró y se dispuso a observar el jugueteo de las amarillentas llamas que crepitaban muy alegres en el corazón de la chimenea. Tenía la mirada perdida, como si de repente hubiese caído en una especie de hipnosis. Sus ojos ya no estaban mirando las flamas, sino que frente a ellos se mostraba una extraña sucesión de opacas siluetas, cuyos vertiginosos y coordinados movimientos ininterrumpidos desorientarían a cualquier

persona que pretendiese descifrar el significado de la inusitada danza que estas estaban llevando a cabo. La única cosa que el hipnotizado muchacho podía distinguir de entre toda aquella confusa maraña de brazos y piernas, sin temor alguno de equivocarse, era la imagen de una rosa blanca cubierta de un líquido viscoso de tono carmesí. Dicha flor reposaba sobre una zona rocosa, y se encontraba colocada justo en el medio de un amplio círculo negro que había sido dibujado con carbón mineral. Varias voces, casi inaudibles, murmuraban entre sí: «Bañada por la luz de la luna llena vino al mundo, asimismo retornará. De la mano del primogénito de los guardianes de las memorias se presentará. Ha de reclamar su trono el día de la última caída». Antes de que pudiese escuchar una sola palabra más del enigmático mensaje, un ligero toque en su hombro sacó de golpe a Milo de su ensoñación.

—Oye, hijo, ¿te encuentras bien? Estás algo pálido y bastante sudoroso. Parece como si hubieses visto a un fantasma. ¿Qué te ha ocurrido?

—Yo... bueno... no... no es nada. No quise preocuparle. Es posible que se me haya bajado la presión, pues llevo muchas horas sin comer. Sí, debió ser eso...

—Ah, ¿de veras? Pues, ¡estás de suerte, entonces! Te he traído la solución. Mira lo bien que luce esta humeante rebanada de pastel. Fue preparada siguiendo las instrucciones de la receta secreta de mi difunta esposa, al pie de la letra. Es mi postre predilecto. No conozco a nadie que no ame esta tarta. Con solo probar el primer bocado, no querrás dejar de comerla nunca, te lo aseguro. Y si a esto le sumas una taza de té negro, tus papilas gustativas tendrán la experiencia más placentera de tu vida. ¿Qué te parece si vienes conmigo a la mesa del comedor? Será más cómodo para ti ingerir alimentos y bebidas allí.

—Está bien, vamos allá... Y muchas gracias por todas sus atenciones. Es usted un excelente anfitrión.

Al levantarse de la butaca e ir tras los pasos del anciano, Milo notó un diminuto resplandor titilante que provenía de un adorno colgante, junto a la chimenea. Se acercó para observarlo mejor. El brillo que había captado con el rabillo del ojo se daba como resultado del rebote de la luz solar del exterior sobre la superficie refractaria de un curioso árbol

negro de follaje muy denso, hecho a base de ágata negra. Aquel raro arbusto era el único elemento decorativo que había en las pulcras paredes oliváceas de la estancia.

—Te agrada ese árbol, ¿cierto? No me creerías si te contara la historia que hay detrás de su llegada a mi pared.

—Pues sí, me agrada. Es un objeto muy bonito. Pero... ¿por qué piensa que no le creeré su historia?

—Ninguna de las pocas personas a las que he decidido revelar el secreto ha dado crédito a mis palabras. No los culpo, dado que fue un acontecimiento tan peculiar que hasta podría llamárselo sobrenatural...

—Suena muy interesante lo que me dice. ¿Qué le parece si me relata su historia mientras comemos? En verdad me muero de hambre...

—Oh, por supuesto, hijo. Ya casi me olvidaba de que nos dirigíamos al comedor. Debes disculpar a este pobre viejo. Me he vuelto muy olvidadizo con el paso de los años.

Una vez que se hubieron acomodado en los confortables asientos metálicos del amplio comedor, tomaron cada uno su respectiva porción de la merienda y Geoffrey empezó a describir, con lujo de detalles, lo que había acontecido varias décadas atrás.

—Hace muchos años, yo estaba dando una caminata muy cerca del sitio en donde tú y yo nos encontramos hoy. Era de noche, pero la hermosa medialuna que embellecía el cielo de esa velada me permitía ver con total claridad. En aquel tiempo, yo todavía lloraba a diario el fallecimiento de mi esposa e hijo. Estaba tan deprimido que incluso deseaba haber muerto también. Para colmo, no tenía a nadie para que me consolara, o que al menos me ayudara a pensar en otras cosas. La idea de aventarme desde lo alto de la pendiente rondaba mi cabeza ese día. Entonces, una chica misteriosa salió a mi encuentro. Tenía su cabeza inclinada y llevaba una capa sobre esta, lo cual me impedía distinguir con claridad sus facciones. Pero aún con esa encubridora prenda sobre sí, la exagerada palidez de su piel no me pasó desapercibida. Estaba asustado por la repentina aparición de esa mujer. Pensé que tal vez deseaba hacerme daño, por lo que eché a correr. Sin

embargo, el melodioso sonido de su voz llamándome por mi nombre me hizo detenerme en seco.

—¿Cómo conocía ella su identidad?

—No tengo ni la más remota idea. La cuestión es que cuando me detuve y volteeé a mirarla, ya se había quitado la capucha. Tenía una especie de tatuaje que le cubría el rostro. Era muy parecido a las ramas de ese árbol que viste en la sala. Su fría mirada me puso los pelos de punta. Nunca vi tanto odio y tanta oscuridad contenidos en un simple par de ojos.

—¿Trató usted de reanudar su intento de escapar?

—No podía. Aunque estaba espantado, mis piernas no me respondían. Ella debió notar mi creciente pánico, puesto que me comunicó que no tenía intenciones de hacerme ningún daño. Al contrario, venía a proponerme un trato.

—¿Un trato? ¿Qué clase de trato?

—Me dijo que ya no tenía por qué seguir sufriendo en este mundo tan cruel, un mundo lleno de hipocresía y traición en donde todos me habían hecho a un lado. Me aseguró que tenía la oportunidad de ser feliz junto a un grupo de personas que sí se preocuparían por mí, una tal *Legión de los Olvidados*.

—¿Y usted qué hizo? ¿Cuál fue su decisión?

—Le indiqué que no estaba preparado para unirme a ningún club, asociación o grupo de apoyo en ese momento. Ella sonrió de oreja a oreja. Me mencionó que no estaba obligado a dar mi respuesta definitiva allí mismo. Me entregó el adorno que ya has visto y me explicó que si yo algún día cambiaba de parecer y decidía aceptar su propuesta, solo tenía que romper la pieza y lanzar sus pedazos al mar. Ella volvería a venir y me conduciría hasta el sitio de donde ella había salido. Como podrás notar, sigo sin aceptar su proposición...

—Ya veo... A otros podrá sonarles a locura, pero a mí me suena muy coherente lo que usted me ha contado.

—¿En serio? ¡Vaya! Agradezco tu voto de confianza en mí, muchacho. Pero dime, ¿qué es lo que te impulsa a tomar mis palabras como verdaderas?

—Sin el afán de ser grosero con usted, no me está permitido informarle lo que sé del tema. Espero que me pueda disculpar...

—Bueno, no soy quien para cuestionar tus razones, Milo. Pero me hubiera gustado mucho saber lo que tú sabes.

—Quizás pueda decírselo después. Por su bien, es mejor dejar las cosas así, al menos por ahora...

—De acuerdo, chico. No insistiré en el asunto.

—Le prometo que vendré a visitarlo de nuevo, tan pronto como tenga una oportunidad. Ha sido un enorme privilegio para mí haberme encontrado con usted. Aprecio en gran medida su gentileza. Ahora, si me disculpa, debo marcharme de inmediato. Hay un asunto urgente que debo atender.

—No te preocupes, hijo. Vete tranquilo. Soy yo el que tuvo un privilegio al conocerte. Siempre serás bienvenido. ¡Hasta pronto!

—¡Hasta pronto, señor Geoffrey! ¡Que la pase muy bien!

Milo se levantó de su asiento, hizo una reverencia y se encaminó hacia la puerta con rapidez. Se aseguró de que no hubiese nadie mirándolo, y entonces efectuó los pasos necesarios para ingresar a Hedelmätarha. Debía informarle todo lo acontecido a su padre cuanto antes. No obstante, la prisa no le permitió percibir la presencia de un blanquecino ser que yacía oculto bajo una roca. Un orificio en la tierra le permitía a este mirar lo que sucedía afuera de su escondite. La criatura había presenciado en primera fila la ceremonia de teletransportación del joven.

—La señora estará muy complacida cuando sepa que la espera valió la pena. ¡Por fin hallamos a ese maldito niño Keijukainen! —murmuró aquel pálido ente.



Nina

VANESSA JARAMILLO

XXXII EL BESO DE LA MUERTE

❧ Dahlia sentía que cada una de las partes de su cuerpo con la que antes le hubiese sido posible ejecutar gráciles movimientos se había transformado en un pesado monolito. Millones de finísimas punzadas gélidas le taladraban la cabeza con furia, impidiéndole pensar con claridad. El tamaño de la abertura entre sus párpados superiores e inferiores no llegaba a más medio milímetro. Jamás había tenido la cara tan hinchada y acartonada como en ese preciso instante. La increíble velocidad con la que se daba el secuencial intercambio entre cada diástole y sístole, además de su sibilante respiración, hacían del cuerpo de la rubia un enorme manojo de nervios. La ansiedad se había apoderado de su psique y le estaba carcomiendo con gran voracidad las entrañas. Quería gritar con todas sus fuerzas, mas su garganta estaba reseca y maltratada. Ni siquiera un breve suspiro podía emanar desde el interior de su caja torácica sin que eso le significase un lacerante malestar en el esófago. Sin embargo, una extraña y agradable onda calórica expansiva que generaba el cuerpo del joven comenzó a devolverle poco a poco la salud física y mental que las estremecedoras escenas contenidas en la última pesadilla le habían arrebatado de forma súbita y cruel.

—¿Qué... me... pasó? ¿En... dónde... estoy? —susurró la chica, de manera entrecortada, despaciosa y casi inaudible.

—¡Shhh! Tranquila, Dahlia. Deja las palabras para después, ¿de acuerdo? Tú solo preocúpate por reposar. Yo me encargaré de todo lo demás —le afirmó Cedric, mientras abundantes cascadas de afecto se desbordaban desde sus chispeantes orbes.

—Pero... yo... tengo... que... buscar... al... cisne...

—¡Basta de cisnes por el momento! No seas tan terca y guarda silencio, por favor. Es por tu propio bien.

El príncipe colocó su dedo índice derecho sobre los labios de la muchacha, reforzando así el mensaje que acababa de darle mediante sus solemnes palabras. Ella sacudió la cabeza de un lado al otro varias veces e intentó incorporarse, haciendo acopio de la muy escasa reserva de fuerzas que le quedaba.

—¡Déjame ir! Yo... debo... cumplir... con... mi... misión...
—replicó la chiquilla, con la voz ronca.

—Parece que has decidido ignorar todos mis consejos, ¿verdad? ¡Sé razonable! ¿Es que nunca piensas en tu propio bienestar?

La rubia parecía estar arrojándole afiladísimos dardos a través de sus ojos.

—No me mires así, sabes que tengo razón... Ya sé que no tengo autoridad alguna sobre ti, ni quiero resultar latoso, pero me has forzado a darte órdenes tajantes y a obligarte a cumplirlas. ¡No te muevas y no hables!

Acto seguido, los fibrosos brazos del Taikurime rodearon a la joven cual si fuesen gruesas cadenas de acero. Ella comenzó a contorsionarse y a patalear, en su afán por soltarse. Estaba obsesionada con ir tras el cisne de inmediato. No obstante, luego de unos cuantos minutos, cayó en la cuenta de que era inútil seguir desperdiciando su casi nula energía en batallar con las poderosas extremidades de Cedric, así que se quedó quieta. No obstante, mantuvo su cabeza girada hacia un costado, con tal de no mirarlo a los ojos. La graciosa mueca de su boca y las arrugas en su frente revelaban que no estaba a gusto con lo que sucedía.

—Comprendo muy bien el hecho de que estés enojada conmigo, pero no me voy a disculpar por lo que acabo de hacer. Necesitas descansar, lo quieras o no. Por lo tanto, si he de retenerte como prisionera con tal de que te pongas bien, con gusto lo llevaré a cabo.

—¿Por qué haces esto? Nadie te obliga a ayudarme. Yo misma te pedí que me dejaras en paz... —inquirió la chica, susurrante.

—Es increíble que no lo hayas entendido... ¿Cómo te atreves a preguntarme eso? ¿No has podido darte cuenta todavía de algo que

resulta tan obvio?

—Si te lo pregunto es porque no conozco la respuesta. Ya deja de evadirme y contéstame, por favor.

—¿Por qué hago esto? Lo hago porque me importas, Dahlia. ¡Me importas muchísimo!

—¿Y crees que tú no me importas a mí? Mil veces te dije que la principal razón que tengo para hacer las cosas tan deprisa es la de salvarte de la marca que llevas en el pecho. Sufro mucho cada vez que pienso en ello... Detener mi avance no nos beneficia en nada. ¡Estás retrasando nuestra salida y tu curación!

Cedric miró exasperado hacia el cielo. Ya estaba listo para rebatir las afirmaciones de la muchacha cuando un pequeño punto gaseoso de color naranja, ubicado a un par de metros sobre sus cabezas, llamó su atención. Aquella extraña masa rotaba sobre su propio eje, de la misma manera en que lo haría un huracán, pero sin desplazarse del sitio.

—¿Ya viste eso, Dahlia? ¿Tienes idea de qué pueda ser?

Dejando a un lado la discusión y el enfado que la había invadido apenas unos momentos atrás, la rubia levantó la cabeza y observó con detenimiento la vaporosa espiral giratoria.

—No estoy cien por ciento segura, pero me parece haber visto eso antes...

—¿A qué te refieres? ¿En dónde viste algo así?

—Pues, luce un tanto diferente, pero creo que esa curiosa bolita de gas está hecha de la esencia que aparece justo después de que libero a alguien de su pesadilla... Tiene la misma tonalidad y la misma consistencia.

—¿Y eso es algo bueno o algo malo?

—Estoy preguntándome lo mismo que tú... Me inclino a pensar que se trata de una señal. Debe ser alguna especie de pista o quizás un acertijo que se relaciona con el cisne. ¿Me ayudarías a probar mi teoría?

—Siempre y cuando lo que me pidas no implique que interrumpas tu reposo, con gusto colaboraré contigo.

—Ya que insistes en no permitir que me mueva, entonces, cárgame hasta aquella colina.

—¿Para qué quieres que te lleve allí?

—Dijiste que ibas a ayudarme, ¿no es verdad? Confía en mi intuición y llévame hasta ahí, por favor.

—De acuerdo. Haré lo que me pides...

El príncipe tardó bastante rato en ponerse de pie, pues se esforzó mucho para no incomodar en ningún sentido a la joven con algún movimiento brusco de su parte. Una vez que estuvo erguido por completo, y después de asegurarse mil veces de que sus brazos tuviesen bien sujeta a Dahlia, empezó a avanzar lleno de sigilo, pues temía que de un momento a otro les acaeciese una nueva desgracia. Conforme se iban desplazando, su contraída expresión facial contrastaba con la gran sonrisa de satisfacción que se dibujó en la cara de la chiquilla.

—¡Lo sabía! El punto naranja me está siguiendo —musitó ella.

—¿Y por qué te alegra tanto que esa cosa te persiga? A mí no me inspira nada positivo... —manifestó el Taikurime, receloso.

—Creo que está intentando decirme o mostrarme algo... Voy a intentar acercármele. Tal vez si logro tocarlo pueda averiguar cuáles son sus intenciones.

—¡Te suplico que no lo hagas! Tienes que reponerte primero. ¿Qué pasaría si tu querido puntito te ataca? ¿Cómo vas a defenderte estando tan débil?

—Si quisiera atacarme, hace mucho tiempo lo hubiese hecho. Aprovecharía el hecho de que estoy débil para hacerme daño, y no ha sido así.

—Pues, tus palabras no me tranquilizan, pero suenan muy razonables... Y bueno, ¿cómo pretendes tocarlo?

—Todavía no lo sé. Déjame concentrarme, pues tengo una idea.

—Bien, como gustes... No vayas a arriesgarte si no hay una verdadera razón de peso, ¿está bien?

—Sí, quédate tranquilo. Solo espera y verás.

Dahlia cerró los ojos, respiró hondo y enfocó todos sus pensamientos en la bola gaseosa. Formuló una pregunta en su mente: «¿Cómo encuentro al cisne?» No recibió respuesta alguna, así que intentó de nuevo, cambiando un poco el sentido de su consulta: «¿Cómo puedo

lograr que el cisne me encuentre?» Una suave y muy distante voz comenzó a entonar una bella canción. A pesar de ser cantada en una lengua desconocida para la rubia, ella pudo percibir con facilidad el dejo de melancolía en cada una de las notas. Podía sentir la agradable caricia del frío vientecillo que soplaba a su alrededor, alborotándole los cabellos y erizándole la piel. Casi podía jurar que estaba flotando.

—¡Dahlia! ¿Puedes oírme? ¡Dahlia, dime algo! No me dejes...

Cedric contemplaba cómo se le escapaba de entre los brazos el inmóvil cuerpo dormido de la muchacha, elevándose cual pluma impulsada por una borrasca. El punto naranja la estaba atrayendo hacia sí, y él no podía hacer nada para detener ese proceso. Solo le restaba mirar hacia arriba, aferrándose a la esperanza de que lo que estaba sucediendo fuera para el bien de ella.

—Por fin has llegado. Ha sido larga la espera. ¿Estás lista para recibir el beso de la muerte? —declaró la voz de quien había estado entonando la triste canción.

—¡Sí, estoy lista! No tengo ningún miedo —contestó la chica, muy resuelta.

—Nunca volverás a ser la misma persona después de que esto suceda. ¿Estás segura de que quieres seguir adelante?

—Sí, lo estoy. Para eso he venido ante tu presencia, gran cisne.

En medio de las difusas sombras que tenía frente a ella, la rubia pudo distinguir lo que parecía ser una figura humana. Cuando esta dio un paso al frente, el semblante confiado de Dahlia se desdibujó. La criatura que se aproximaba hacia ella poseía la cabeza de una mujer, pero en vez de labios, un protuberante pico rojizo dentado en abundancia era lo primero que saltaba a la vista. Sus manos y sus pies mostraban un fino tejido membranoso que le unía todos los dedos. Su torso estaba cubierto por una rara mezcla de plumas negras con una rugosa piel rosácea. De las anchas espaldas le nacía un impresionante par de alas, cada una de las cuales exhibía cinco ojos dorados, repartidos en forma equidistante a lo largo de estas.

La rubia estaba experimentando graves problemas para hacerle llegar oxígeno a sus pulmones. Un desagradable temblor le recorría sus

entumecidas piernas, pero no hizo intentos de huir. Había declarado que no tenía miedo, así que debía demostrarlo con hechos contundentes. Decidió clavarse con fuerza sus propias uñas en las palmas de las manos, ya que así podía concentrarse más en esa dolorosa sensación carnal que en la perturbadora criatura de mirada carmesí que había comenzado a envolverla con sus brazos humanos y con sus enormes alas animales.

El Taikurime estaba de rodillas, cubriéndose la boca con el puño izquierdo, mientras su brazo derecho se mantenía levantado, como si esperase una pelea. Sus vidriosos ojos vigilaban cada movimiento de la espiral anaranjada. Hasta el momento, esta no hacía otra cosa que reposar sobre el torso de la chica, quien seguía inconsciente. Pero un grito desesperado emergió desde lo más hondo de su alma cuando vio que el punto naranja estaba horadando la piel de Dahlia, cual taladro que destroza una gruesa capa de concreto. El sobrenatural resplandor subsiguiente lo cegó por completo...

La mente de la rubia fue inundada por un mar interminable de escalofrantes imágenes en las que se mostraban, con lujo de detalles, toda clase de sufrimientos humanos. Era como si estuviese presenciando una extensa filmación que resumía los más horrosos padecimientos pensables, desde enfermedades terminales y trágicos accidentes, hasta violaciones y asesinatos a sangre fría. La muchacha estaba experimentando algo aún peor que el mero hecho de mirar aquellas terroríficas escenas. Podía sentir en carne propia lo que las personas presentes en ellas estaban sintiendo. Las torturas no esperaron su turno en la fila, ya que todas se le aparecieron al mismo tiempo. Una amplia gama de dolores físicos y emocionales la atacó sin piedad, y la conmoción que esto le ocasionó a su cerebro fue de tan grande magnitud que su organismo dio inicio a una secuencia de intensas convulsiones y monstruosos alaridos.

Los párpados de Cedric se habían replegado tanto que sus ojos estuvieron a punto de desorbitarse. Jadeaba de forma desesperada, como si acabase de cruzar la meta después de haber participado en un agotador decatión. Su desencajado semblante reflejaba el asombro en su

máxima expresión, pues lo que pudo ver justo después de que pasó el efecto cegador de la gran luz era tan hermoso como sobrecogedor.

La piel de Dahlia se había tornado transparente. Parecía estar hecha de cuarzo pulido. Dentro de sí, justo en el medio de su tórax, había una incandescente flama azafranada que no cesaba de moverse. Desde su espina dorsal comenzaron a crecerle dos colosales parejas de extremidades voladoras. El primer dúo estaba conformado por unas lustrosas alas negras membranosas. Al segundo duplo lo constituían unas gráciles alas recubiertas por un delicado plumaje albino. Extendiendo sus brazos y aquellas gigantescas alas al tiempo que flexionaba los tobillos, la rubia emitió un graznido ensordecedor, cuya potencia sonora provocó que la tierra se estremeciera con gran violencia. Una a una, se fueron liberando todas las siluetas de los hombres, mujeres y niños que se encontraban apresadas en los fragmentos del espejo roto. La esencia naranja que dejaban tras de ellos se desplazaba hasta la presencia de la muchacha, quien la absorbía de inmediato a través de su cavidad bucal y sus orificios nasales. La flama en su pecho iba aumentando de tamaño conforme la chica aspiraba aquellos coloridos vapores. Una vez que hubo liberado a esas personas de sus pesadillas, agitó con fuerza sus cuatro alas y emprendió su vuelo hacia el volcán de donde habían salido los trozos de vidrio reflectante. Usando ambas manos, extrajo la lumbre de su caja torácica y la depositó de golpe en el cráter, desatando así un extraño efecto de succión, el cual hizo que los restos vítreos se agolpasen dentro del monumental orificio. Otro fuerte temblor sacudió el terreno.

—¡Dahlia! ¿Me escuchas?! ¿Sigues ahí?! —exclamó el príncipe, llorando a lágrima viva.

La chica no podía ver ni escuchar nada de lo que estaba sucediendo en el exterior. Aún estaba confinada en los linderos de su mente, oculta entre las tinieblas junto a la mujer cisne, quien estaba estrujándole el cuello con ayuda de sus feroces dentelladas. La joven había experimentado, en un lapso muy corto, todas las torturas existentes. Llegó a creer que el suplicio no terminaría jamás. «Si he de morir aquí,

que así sea». Ese fue el último pensamiento que se le cruzó por la cabeza antes de desvanecerse.

Cedric fue testigo de un acontecimiento todavía más escalofriante que los anteriores. El agitado Taikurime no podía detener los espasmos que lo sacudían cual si fuese una débil argamasa gelatinosa. Transpiraba a mares y le dolía muchísimo la cabeza. «¿Qué le está haciendo esa despreciable cosa a Dahlia? ¡Va a matarla!» especulaba para sus adentros.

Unas protuberancias en el abdomen de la rubia se retorcían en todas direcciones. De un momento a otro, se amontonaron en un solo lugar y se quedaron muy quietas. Transcurrieron apenas unos cuantos segundos en ese estado, pues aquellas masas de repente se impulsaron hacia adelante, despedazando la carne de Dahlia para abrirse camino. Una especie de pajarraco desplumado le emergió de las entrañas, chillando sin pausa. Una vez que logró desprenderse por completo de la joven, aspiró hondo y acercó su pico a la boca de ella. Sopló muchas veces y, con cada soplido, el tejido epitelial dañado de su vientre se iba reparando. La transparencia de la tez de la chiquilla se esfumó en su totalidad. Las cuatro alas en su espalda se fueron deshaciendo una por una, para luego reaparecer en el cuerpo del ave. Sin embargo, la muchacha no sucumbió a los efectos de la gravedad. Su cuerpo continuaba suspendido en el aire. De golpe, abrió sus ojos de par en par.

—Has resistido el beso de la muerte. Eres digna de ostentar el emblema de la casa de Cygnus —declaró, con un tono solemne, la mujer cisne.

—Por un momento creí que me matarías. Me alegra mucho haber estado equivocada —manifestó Dahlia, mirándola con fiereza.

—Jamás mataría a una guerrera tan lista y valerosa como tú. Por favor, recibe tu recompensa —le aseguró la alada dama.

La híbrida criatura desprendió un pequeño diamante anaranjado en forma de pluma que tenía incrustado cerca de su corazón. Se inclinó hacia adelante y se acercó a la chica, sosteniendo la gema con sus dos

ligamentosas manos. Mantuvo su cabeza gacha todo el tiempo, como señal de respeto. La rubia aceptó la joya con gusto.

—Honorable Dahlia, completaste con éxito todas las pruebas del Páramo de la empatía. Eres libre de acceder al siguiente páramo cuando gustes. Solo debes saltar al interior del volcán cuando estés lista. ¡Que tengas un gran viaje!

—De acuerdo, así lo haré. Muchas gracias por su colaboración.

La joven descendió a tierra a un ritmo lento. Tan pronto como sus pies tocaron el renegrido suelo, sintió el ímpetu con el que los brazos de Cedric la rodeaban. Cuando ella levantó el rostro para mirar el suyo, le conmovió hasta el tuétano su afligida expresión, puesto que el príncipe aún estaba llorando.

—Casi me vuelvo loco... Pensé que iba a perderte... Oh, Dahlia... Yo...

El Taikurime no tuvo tiempo para concluir la frase, ya que los labios de ella se fundieron con los suyos.

—Jamás voy a dejarte. ¿Lo entiendes? ¡Jamás! —prometió la chiquilla, viéndolo a los ojos.

Él ya no lloraba de tristeza, sino todo lo contrario. Sus lágrimas ahora eran de felicidad. Tomó a la rubia por la cintura y la hizo girar en el aire. Entre risas, volvieron a besarse.

—Toma mi mano. Caminaremos juntos hacia el cráter, ¿te parece?

—¡Por supuesto que sí! Será un honor para mí caminar de la mano con una guerrera victoriosa.

—Vámonos ya, entonces.

Ambos escalaron las faldas del volcán con bastante facilidad. Al llegar a la cima, lo primero que hicieron fue mirar hacia abajo, de manera que contemplaron el otrora gran espejo roto ahora reconstruido en su totalidad, muy reluciente.

—A la cuenta de tres, saltamos, ¿de acuerdo, Cedric?

—Está bien, hagámoslo así. Pero no te vayas a apartar de mí...

—Tranquilízate, no me iré a ningún lado... Uuuno... Dooos... y... ¡Trees!

En un santiamén, sus cuerpos se toparon con el cristal del fondo, que resultó ser tan suave como una bolita de algodón. Estaban a solo instantes de conocer el tercer Páramo de la destrucción...

XXXIII SILENCIADO

☞ Muy pocas personas, cuyo corazón humano aún permanece intacto dentro de sí, tienen libre acceso a Lutkyneva, la enorme ciudad subterránea que ha servido como hogar para la Legión de los Olvidados por casi ocho centurias. Estos privilegiados hombres y mujeres son conocidos como los *Heraldos del Plenilunio*. Solo ellos poseen el privilegio de transitar por las veredas de la enigmática metrópoli oculta y luego regresar a sus respectivas residencias en la superficie terrestre. Pueden movilizarse entre un sitio y otro cuantas veces lo deseen, sin la obligación de solicitar permisos de ninguna especie. Estas personas sirven como espías encubiertos de la Legión. De esa forma, los Olvidados obtienen valiosa información que de otra manera les resultaría muy difícil de conseguir, puesto que no desean llamar la atención si no es necesario. Cuando se cumplen veinte años de trabajo, llega la hora de recibir el pago. Estos valiosos informantes tienen la posibilidad de escoger una de tres retribuciones: rejuvenecer, darle vida a un clon de un ser querido que falleció, o transformarse en reclutadores de los Olvidados. En la actualidad, solo quedan siete heraldos activos, y entre estos se cuenta el envejecido Geoffrey...

Aunque las cansadas piernas del veterano caballero ya han pisado el lúgubre terreno de los casi interminables laberintos tan característicos de Lutkyneva en incontables ocasiones, su molesta claustrofobia nunca le ha permitido acostumbrarse por completo a cruzar esos estrechos pasadizos. El temblor en las extremidades del anciano siempre está presente durante el trayecto, haciéndose acompañar de fuertes jaquecas e incontables náuseas. No hay un solo rincón del sombrío sitio que no esté cargado de humedad y fétidos olores. Y por si eso fuese poco,

él tiene la obligación de desplazarse a tientas, pues no goza de la autorización para llevar ni tan siquiera una pequeña vela que le alumbre el tortuoso recorrido. El uso de cualquier tipo de resplandor está prohibido mientras se transita por los pasillos. Una vez dentro de los dominios de la Nocturna, todas las estancias son iluminadas por la luz de la Luna en forma directa, o bien, por medio de suntuosos candeleros y delicadas antorchas de plata cuando esta no es visible.

—¡Bienvenido seas, buen Geoffrey! ¡Pasa adelante! Ya nos hemos enterado de tus admirables logros. La señora Galatea está complacida en sumo grado con tu fructífera labor. Desea escuchar el informe completo sobre tu encuentro con el protector Keijukainen. Está esperándote ansiosa en la Cámara Lunar, así que más vale que te des prisa —declaró el entusiasmado Bernhardt, uno de los *Vigilantes grises* más antiguos de la Legión.

—Sí, lo sé. Justo hacia allí me dirigía. De todas maneras, muchas gracias por notificarme —respondió el viejo, muy solemne.

Geoffrey continuó su camino de forma pausada. A pesar de que estaba muy seguro de haber cumplido cabalmente con la asignación que se le encomendó, algo dentro de sí le causaba una terrible intranquilidad. No sabía, a ciencia cierta, qué era lo que estaba sintiendo, pero sí estaba consciente de que aquella inusitada sensación no le auguraba nada bueno. Comenzó a descender el largo tramo que lo conduciría hasta la presencia de Galatea, para lo cual tuvo que utilizar los quinientos escalones de marfil que precedían a la Cámara Lunar. Esa magnificente habitación nunca dejaba de sorprenderlo. Todo el piso estaba hecho de obsidiana pulida, sin el más ligero rasguño o muesca que arruinara la perfecta uniformidad de aquella amplia superficie reflectante. Las macizas paredes abovedadas, fabricadas con el más selecto mármol blanqueado, exhibían cientos de cavidades circulares por medio de las cuales se colaba la plateada luminiscencia del satélite natural terrestre. Los múltiples haces de luz que emanaban de aquellos hoyos en los muros se cruzaban entre sí con total armonía, generando un hermoso espectáculo de relucientes aritos que se proyectaban sobre el bruñido suelo.

Apenas ingresó al espacioso aposento, el anciano encontró a la señora de espaldas, leyendo en voz alta un pesado volumen de antiguas runas celtas. Antes de dirigirle la palabra, se arrodilló despacio e inclinó su cabeza.

—¡Oh, Galatea, gran señora de los Olvidados! ¡Dichosos son mis ojos al contemplarla una vez más! Me encuentro ante su exquisita persona con el fin de presentarle mis apreciaciones respecto al niño acerca del cual se me ordenó llevar a cabo una investigación exhaustiva —manifestó el vetusto hombre.

—¡Adelante, Geoffrey! Estoy deseosa de escucharte —afirmó, casi con alegría, la imponente dama.

El anciano relató con lujo de detalles la manera en que se había encontrado con Milo y las técnicas que utilizó para ganarse su confianza. Con cada palabra que pronunciaba, un nudo en su estómago se iba acrecentando. Su conciencia no lo dejaba tranquilo ni un minuto. Sin embargo, no permitió que su malestar se dejara ver en su rostro. No quería levantar sospechas de deslealtad o de alguna remota simpatía para con el enemigo, mucho menos cuando faltaba solo una semana para que él pudiese reclamar su recompensa: ver de nuevo a su amado hijo Ian. Deseaba con vehemencia poder estrecharlo entre sus brazos, así que no le importaba el hecho de que fuese un clon, una tenue sombra de lo que había sido su precioso niño en vida.

—Entonces, el ingenuo mocoso te lo creyó todo. ¡Eres brillante! Resulta difícil pensar que un guerrero Keijukainen sea tan confiado... ¿Se tomó hasta la última gota de la infusión rastreadora?

—Así es, mi señora. Tenía tanta prisa por marcharse que ni siquiera se percató de que su té tenía un sabor raro. Todo resultó de acuerdo con lo previsto.

—¡Perfecto! Siempre y cuando ese despreciable chiquillo no abandone la Tierra, podremos saber con exactitud en dónde se encuentra. Y es obvio que tan pronto como regrese Dahlia, él no se despegará de su lado. Llegar a ella será mucho más sencillo de lo que imaginé.

—Eso es muy cierto, gran señora. Me siento muy complacido de haberle sido de utilidad en la consecución de sus propósitos.

—En verdad me serías de mucha utilidad si decidieras formar parte de la Legión. ¿Por qué no te nos unes? Ya sabes que así no tendrás que volver a sufrir jamás. Las inútiles emociones humanas serán erradicadas de tu ser. Vivirás por la eternidad, bajo el reinado de la grandiosa Nahiara.

—Sus palabras me halagan, señora mía. Sería un honor continuar sirviéndole, pero ya mi decisión fue tomada hace mucho tiempo. Mi deseo no cambiará.

—No me agrada escuchar eso, pero he de respetar tu resolución. Eso fue lo que pactamos cuando te uniste a los Heraldos del Plenilunio. Aunque ya sabes que, si cambias de parecer a última hora, estaré más que gustosa de recibirte entre nuestras selectas filas de reclutadores. Además, serías un consejero muy apropiado para mí. Piénsalo bien, buen Geoffrey...

—Así lo haré, ilustre señora. Prometo meditar con detenimiento en las amables palabras que han salido de su refinada boca.

—Me parece excelente. Ojalá que recapacites... ¡Puedes marcharte ya!

—Como usted lo ordene, querida y excelsa señora. ¡Bendita sea su encantadora persona!

Dichas esas forzadas adulaciones finales, el viejo se retiró tan rápido como pudo de aquel lugar. Jamás se había sentido cómodo frente a Galatea, aunque la había visto y escuchado más veces de las que le hubiese gustado. La opresión en su pecho no había cesado, y la distante voz acusadora en su cabeza no se callaba. «¿Cómo pudiste hacerle eso a un chico bueno y decente? ¿Crees que Ian hubiese querido que te aprovecharas de otras personas solo porque tienes ganas de darle un abrazo a una burda copia de él? ¿Qué pasa contigo, Geoffrey?». Su turbada conciencia no dejaba de cuestionarlo. El anciano sacudía la cabeza y se restregaba los ojos como un desesperado. Intentaba apartar sus pensamientos de todo lo referente a Milo, pero las imágenes de la jovial sonrisa y la calidez en la mirada del muchacho seguían persiguiéndolo. Estaba tan alterado que, al chocar de frente con Bernhardt, ni siquiera se percató de ello.

—¡Oye, ten cuidado! ¡Fíjate bien por donde caminas! —espetó el vigilante, fastidiado.

—Lo siento mucho... Me distraje... No volverá a suceder, lo prometo —declaró el septuagenario, quien se había puesto lívido.

—Ah, pero si eres tú... ¿Estás bien, buen Geoffrey? Te ves tan pálido que ya pareces uno de nosotros —señaló el guardián, con una risilla burlona.

—Estoy bien. Solo es la edad. Un decrepito como yo se agota con gran facilidad. No te preocupes por mí. Y discúlpame por haberte incomodado.

—Pierde cuidado. Eres el heraldo favorito de Galatea. Todo se te perdona. Ahora, ve a descansar un poco. No vaya a ser que te mueras antes de recibir la recompensa que por tanto tiempo has estado esperando, ¿cierto?

—Sí, es verdad. ¡Hasta pronto, Bernhardt!

—¡Cuídate, venerable anciano!

Geoffrey salió despavorido de la oscura caverna, no sin antes cerciorarse de que había bloqueado el acceso a esta como era debido. Y tan pronto como llegó a su casa, el angustiado hombre se encerró en su cuarto, se tumbó sobre su mullido camastro y se echó a llorar.

—¿Qué es lo que he hecho? ¿Qué va a pasar con ese chico? ¡Soy un imbécil! —musitaba él, consternado.

Un par de golpes en el pórtico de la entrada principal hicieron que abandonara por un momento sus amargas cavilaciones. Se incorporó con cierta dificultad, pues los pies le pesaban como si fuesen dos grandes rocas y le faltaba el aire. La silueta que observó a través de la mirilla en su puerta lo sobresaltó. Dearg, uno de sus compañeros heraldos, estaba esperando afuera. Tenía el ceño fruncido y sus labios retemblaban. Parecía estar a punto de sucumbir por completo a sus instintos iracundos.

—¡Geoffrey! ¡Sé que estás ahí! ¡Abre la puerta!

—Ya voy, ya voy... Tranquilízate, Dearg. Recuerda que no puedo hacer las cosas tan rápido como las haces tú.

Acto seguido, el veterano caballero giró el diminuto pomo oxidado y le permitió el ingreso a su colega. Ni bien había avanzado el hombre encapuchado unos cuantos centímetros hacia el interior de la vivienda, cuando de repente se abalanzó sobre Geoffrey, sujetándole con firmeza el cuello.

—¡Maldita sea! ¡Eres un ruin traidor! ¿Acaso pensaste que la señora no iba a notar que algo extraño estaba pasando contigo? Has cumplido al pie de la letra con las órdenes que se te han dado por muchos años ya. Tu última misión fue el más grandioso éxito de todos los tiempos, pero nada de eso te salvará ahora...

—¿De qué estás hablando, Dearg? ¡Jamás traicionaría a la señora!

—¿Para qué crees que sirve el árbol de cristal que recibe cada uno de los Heraldos del Plenilunio? ¿Ya olvidaste que Galatea puede ver y escuchar todo lo que haces en esta casa a través de ese árbol? Ella te pidió un informe solo para cerciorarse de que le ibas a decir la verdad, pero ya sabía con antelación lo que pasó con el chico...

—Aún no comprendo cuál es el acto de traición del que se me acusa...

—Tanto la señora como Bernhardt notaron que estabas demasiado inquieto cuando visitaste la Cámara Lunar. Entonces, fuiste puesto bajo estricta vigilancia. Galatea te vio llorando, arrepentido de lo que le hiciste al mocosito. Aunque jures que no nos traicionarás, no podemos arriesgarnos a que vayas a delatarnos de alguna manera. Fui enviado a ti con la orden expresa de tomar serias medidas punitivas en tu contra...

—Pero... pero... ¡Aguarda! Lo que demostré fue un simple momento de estúpida debilidad humana. No es posible que no confíen en mí, después de tantos años de servicio leal para con la Legión. ¡Clemencia, por favor!

—Esta misión que llevaste a cabo no es para nada insignificante. Está en juego el retorno de su majestad Nahiara. Nada, ni nadie, ha de interponerse de ninguna forma en el adecuado desarrollo de los acontecimientos relacionados con ello. La vida de su majestad vale más que cualquier otra. Si tu vida ha de ser extinguida por el bien de la misión, que así sea...

Geoffrey no pudo pronunciar una sola sílaba más. Los pulgares de Dearg se hundieron en la garganta del indefenso anciano, y no se movieron de su sitio hasta que hubo terminado el escaso forcejeo del envejecido cuerpo del ahora inerte heraldo. El encapuchado miró con desprecio el cadáver por varios minutos, tras los cuales lo tomó entre sus brazos y se lo llevó consigo, para incinerarlo...

XXXIV DISTANTE

❧ Dahlia se hallaba inmersa en un estado emocional bastante extraño. Experimentaba una indescriptible sensación, desconocida para ella, la cual combinaba las principales características de la alegría con las de la tristeza, que llenaba a su inexperta mente de terribles dudas. La rubia estaba muy consciente de que ella ya no era la misma persona de antes, pero no podía identificar con exactitud qué era lo que la hacía distinta. Todo cuanto había acontecido en su corta vida ahora le parecía confuso e irreal. «¿Quién soy en realidad? ¿De veras soy tan importante como me han hecho creer? ¿Y si lo que estoy viviendo no es más que un mal sueño? ¿Por qué tengo que cargar con la pesada responsabilidad de salvar a la humanidad yo sola? ¿Qué va a pasar si fracaso?». Sus múltiples interrogantes la tenían tan ensimismada que el cambio entre un páramo y otro le resultó casi imperceptible esta vez. Un ligero taponamiento de los oídos fue lo que le hizo comprender que se hallaba en una nueva zona. No tardó mucho en percatarse de que se encontraba sobre una enorme placa ferrosa cuya forma se asemejaba a la de un nenúfar. Un brillante polvillo cobrizo circundaba el área. El oscurecido cielo exhibía cientos de resplandecientes ovoides amarillos distribuidos de manera equidistante a todo lo largo y ancho de su extensión visible. La escrutadora mirada de la chica recorría con minuciosidad cada centímetro del terreno. Intentaba adivinar en qué iban a consistir las nuevas pruebas.

—Oye, Dahlia, ¿te pasa algo? Has estado demasiado callada desde que llegamos a este páramo. ¿Te sientes bien? —inquirió Cedric, mientras posaba su mano izquierda sobre el hombro derecho de la muchacha.

—Sí, estoy bien. Solo estaba tratando de familiarizarme con el lugar, eso es todo. Discúlpame si te preocupé —manifestó ella, sin voltearse ni mostrar rastro alguno de calidez en su voz.

El príncipe arqueó un poco ambas cejas y luego entrecerró sus ojos. Tanta frialdad por parte de la joven hacia él no era normal. Unos pocos minutos antes habían compartido un inolvidable momento, cargado de emotividad, e ingresaron al nuevo páramo tomados de la mano. «¿Qué está sucediendo contigo, Dahlia? Esta no eres tú», pensaba para sí el Taikurime. Tuvo la intención de cuestionar de inmediato los motivos que tenía la chica para comportarse de manera tan rara, pero decidió que era mejor abstenerse y esperar un poco. «Quizás su indiferencia se deba a lo que le sucedió con la mujer cisne. Aún no me ha dicho qué fue lo que vio o qué sintió mientras flotaba, cuando parecía estar dormida», concluyó él. Quiso acercársele para darle un abrazo, pues tal vez ese gesto la reanimaría y la ayudaría a regresar a su habitual forma de ser, tan alegre y cariñosa. No obstante, un serpenteante movimiento en la arena distrajo la atención de los dos.

De entre la parda polvareda, una alargada y gruesa ramificación de tono grisáceo emergió. La punta de esta se notaba curvada hacia dentro, como si estuviese sosteniendo un objeto de reducido tamaño con sumo cuidado. El sinuoso desplazamiento de aquella gigantesca rama continuó. Se fue acercando hasta donde se hallaba la rubia con lentitud. Cuando estuvo posicionada justo enfrente de ella, la extremidad vegetal moviente se desenrolló muy despacio. Dejó caer con suavidad una especie de fruto similar a una manzana de cáscara translúcida. Una vez que hubo llevado a cabo esa acción, empezó a retraerse a toda velocidad. Desapareció de la escena en menos tiempo del que tarda un pestañeo. Dahlia guardó silencio todo el tiempo. No pareció sorprenderse o siquiera mostrar un mínimo interés por lo que acababa de suceder. Solo se acuclilló para recoger la pequeña poma del suelo.

—Esta fruta de seguro contiene la ración correspondiente del líquido verdoso que siempre me suministran antes de comenzar las pruebas. Beberé mi parte y luego te cederé la tuya, ¿de acuerdo? —declaró la chiquilla, casi sin mover sus músculos faciales.

—Está bien. No quiero discutir contigo otra vez. Ya me di cuenta de que es inútil contradecirte cuando te empeñas en lograr que se te obedezca, niña terca —espetó Cedric, con evidente sarcasmo.

El joven príncipe intentó lucir gracioso, contorsionando su cara de manera exagerada, para así darle vida a varias muecas en extremo ridículas, al tiempo que soltaba bulliciosas carcajadas, pero no consiguió nada más que seguir siendo ignorado. El rostro de la muchacha continuaba impasible, cual si fuese uno de los maniqués que adornan los escaparates de un centro comercial. En las comisuras de su boca no se dibujó ni un atisbo de alguna expresión que fuese tan siquiera una vaga imitación de una sonrisa. Tenía la mirada perdida en el horizonte, pues su cerebro se había desconectado de todo cuanto la rodeaba. Su alma se había extraviado en algún resquicio de sus oscuros pensamientos y se volvió inaccesible para el resto del mundo. Con una rápida secuencia de movimientos rígidos y calculados, las manos de la rubia procedieron a desenroscar una minúscula tapa ubicada en la parte superior del contenedor de aspecto frutal. Bebió de golpe la mitad del fluido verdoso, sin detenerse a respirar. De inmediato, avanzó unos cuantos pasos hacia su izquierda y extendió su brazo derecho, ofreciéndole el recipiente con la porción restante del Smaragdi al Taikurime. A él le tomó varios segundos reunir las fuerzas para reaccionar. Estaba embargado por el desconcierto, pues no parecía haber una explicación razonable para semejante despliegue de apatía.

—Dahlia, ¿estás segura de que te encuentras bien? Ya sabes que si necesitas desahogarte, sin importar la manera en que quieras hacerlo, me tienes a tu disposición. Tenlo muy presente —expresó Cedric, casi susurrando.

La muchacha no pronunció ni una sola sílaba. Tampoco quiso comunicarse mediante ademanes. Quizás una pared de concreto pudiese haber resultado más expresiva que aquella glacial versión de Dahlia. Sin embargo, lo más doloroso de todo para el joven era que ella continuaba negándole el contacto visual.

—Perdóname por seguir insistiendo con este asunto, pero es que soy incapaz de comprender lo que te está sucediendo. ¿Serías tan amable de

explicármelo? Sé muy bien que las pruebas por las que has pasado han sido muy duras y que de seguro estás demasiado alterada todavía debido a ello. Aun así, no creo que eso justifique que te tomes la libertad de jugar con mis sentimientos. Por si no te has dado cuenta, tu comportamiento actual, además de ser extraño, en verdad me lastima... Por favor, al menos mírame cuando te hablo... ¿Estás escuchándome?

Una vez más, no hubo respuesta de ninguna clase. La joven continuaba inmóvil, ajena a cualquier tipo de estímulo sensorial que recibiese del exterior. Era como si estuviera encarcelada dentro de su propio cuerpo. Solo el ligero movimiento rítmico de su tórax daba a entender que seguía con vida. De lo contrario, Dahlia podría haberse hecho pasar por una elegante escultura del Renacimiento. Dentro del universo secreto de su cabeza, la chica estaba visualizando una seguidilla de imágenes perturbadoras. Se dio cuenta de que aquellas escenas alojadas en su cerebro no eran fragmentos de recuerdos o simples alucinaciones. Por un momento fugaz, pudo contemplar con claridad lo que sería de sí misma en el futuro. Aunque no pudiese explicar cómo lo sabía, tuvo la certeza de que todo cuanto vio se cumpliría al pie de la letra. Esa experiencia fue insoportable para ella. Gritó hasta quedarse afónica, y lo hizo con tanta fuerza que parecía drenársele hasta la última partícula de su fuerza vital en ello. De un momento a otro, cayó como un pesado árbol recién talado sobre el suelo, inconsciente.

—¿Qué tienes, Dahlia?! Esto no es posible... No de nuevo... ¡No!
—exclamó Cedric, sosteniéndose la cabeza con ambas manos.

Hizo intentos de aproximarse a la desmayada figura de la rubia, pero un suceso que jamás hubiese podido prever lo detuvo en seco. A lo lejos, una imponente silueta equina, cabalgada por un jinete cuya fisonomía y vestimenta no se podían distinguir con claridad, hizo su aparición. El brioso corcel de pelaje blanquecino galopaba a toda velocidad. Antes de que el príncipe tuviese la oportunidad de recobrar la compostura, el raudo animal se detuvo de golpe justo enfrente de él. Sobre este reposaba una nebulosa figura conformada por una densa columna de humo renegrido, de aspecto muy semejante a un hombre

fornido. El enigmático sujeto estaba cubierto por una caperuza desgastada y amarillenta. De sus ojos emanaba un gélido brillo purpúreo casi cegador. Sin apartar su mirada del boquiabierto rostro del Taikurime, el sobrenatural individuo, quien poseía una voz atronadora, hizo una impactante declaración.

—No le está permitido a alguien como tú seguir interviniendo en el ciclo natural de los acontecimientos. Lo quieras o no, a partir de este mismísimo instante, dejarás de entrometerte en la vida de esta niña...

El caliginoso montador ejecutó un fugaz movimiento pendular con su brazo derecho. Un fino hilo gaseoso de tonalidad rojiza comenzó a formarse en torno a su mano. Tras unos pocos segundos, una larga cuerda de gran grosor había sido creada por él. La lanzó al aire y agitó ambas extremidades superiores, trazando un círculo invisible con cada una. La sogla zigzagueaba como si hubiese cobrado vida propia. En menos de un minuto, una luminosa red barredera giraba a unos tres metros de altura, justo encima de la cabeza de Cedric.

—Has sido sentenciado a desaparecer, y yo me aseguraré de que dicha sentencia se haga realidad. Con el poder que me confieren las *Ocho Esfinges de la Vacuidad*, he venido a capturarte.

El príncipe no pudo objetar, defenderse o salir huyendo. La urdimbre escarlata descendió sobre él y lo envolvió de arriba abajo, paralizándolo por completo. El jinete levantó su mano izquierda, alternando el movimiento de sus dedos, cual si fuese un titiritero profesional controlando a su mejor marioneta. Después de hacer una breve invocación entre murmullos, tiró su brazo hacia atrás con brusquedad. El petrificado organismo del Taikurime se elevó y fue a posarse justo al lado del misterioso cabalgador, quien lo sujetó con gran firmeza. Se quedó observando a la durmiente muchacha un largo rato, tras lo cual le dio una suave palmada al cuello del caballo y partió a todo galope, perdiéndose entre las sombras, llevándose consigo a Cedric...

Una cálida brisa soplaba, alborotando la dorada melena de Dahlia. Hacía ya varios minutos que ella había despertado de su pesado sueño. Se mordía el labio inferior y mantenía el ceño fruncido, tratando de descifrar qué era lo que le había sucedido. Recordaba con total claridad

que estaba dentro de Solu, siendo probada. Podía traer a su mente las imágenes de todo lo que había afrontado hasta ese momento con facilidad, pero algo no encajaba. Había una situación inusual que estaba dañando el contenido original de sus recuerdos. No sabía cómo demostrarlo, pero estaba segura de que había otra persona junto a ella en los páramos. Sin embargo, cuando quería rememorar su rostro, un manchón era lo que aparecía en su lugar. Anhelaba pronunciar el nombre de esa persona, mas su voz se esfumaba cada vez que lo intentaba. Sentía un terrible vacío en su pecho, como si le hubiesen arrancado una parte importante de su ser. Echaba mucho de menos a alguien, aunque no podía saber a quién.

«No hay tiempo que perder. Sea quien sea la persona que estuvo conmigo, mi corazón me dice que debo hallarla cuanto antes, así que será mejor que comience con la búsqueda ahora mismo», monologaba. Decidió probar si era seguro caminar sobre la polvosa superficie cobriza que la rodeaba. Puso su pie derecho encima de esta con sumo cuidado. La tierra no cedió y ella no detectó nada que pudiese lastimarla, por lo cual concluyó que podía colocar también su otro pie sin que algo malo le sobreviniese. Estaba en lo correcto, pero la buena suerte le duraría poco. Su recién ganada confianza se desvaneció en un lapso bastante corto, ya que uno de sus tobillos se dobló, lo cual la hizo tropezar e irse de bruces. Su cuerpo impactó de lleno contra un voraz banco de arena movediza, cuyas fauces empezaron a engullirla sin miramiento alguno...

XXXV ELECCIONES

❧ No tuvo tiempo de oponer resistencia o de intentar llevar a cabo alguna hazaña escapista. El inmenso cúmulo de arena era una simple pantalla para distraer y mantener oculta la entrada al recinto más temido de todo el Páramo del engaño: *el Reservorio de los mil bulbos evocativos*. Dahlia solo pudo contener la respiración al tiempo que cerraba sus ojos y boca, para así evitar que el polvillo cobrizo se le colase dentro de alguno de sus orificios naturales. Tras unos pocos segundos, la incertidumbre se transformó en pánico, pues la chica comenzó una larga caída libre a través de un tenebroso túnel. Lanzaba chillidos desesperados que rebotaban contra las cavernosas paredes y regresaban a su punto de origen, atacando los oídos de la chiquilla con mucha más potencia sonora de la que ella había empleado al emitirlos. El molesto silbido que se había apoderado de sus tímpanos la estaba enloqueciendo.

La ausencia de iluminación y un penetrante hedor a comida en descomposición le provocaban a la muchacha unos intensos deseos de vomitar y de prorrumpir en llanto. Había perdido la noción del tiempo y el espacio. Lo único que percibía era una extraña y creciente pesadez en todas sus extremidades. Las energías para gritar se le acabaron tan pronto como fue capaz de comprender que eso era un esfuerzo inútil. Nadie vendría a socorrerla. Y si tenía intenciones de seguir luchando, debía ahorrar las pocas fuerzas de que disponía, en vez de desperdiciarlas de forma tan tonta. Sin embargo, la sensación de vacío en el vientre, su acelerado ritmo cardíaco y su respiración irregular fueron solo algunos de los factores que la aterrorizada joven no logró

controlar. No había nada que pudiese tranquilizarla, dado que continuaba cayendo en picada hacia un sitio desconocido y peligroso.

Después de un extenso lapso sin tocar tierra firme, Dahlia estaba casi convencida de que había atravesado el vórtice de un agujero negro o algo parecido. Aunque creía que sus ojos ya deberían de haberse habituado a la oscuridad, seguía tan ciega como al principio de su descenso a las profundidades de aquel páramo. Al menos el olor nauseabundo se había terminado, pero no así las anomalías del lugar. Lo más extraño de todo era que su cuerpo se sentía muy liviano y la velocidad con la que caía poco a poco empezó a ralentizarse, cual si fuese un archivo de video reproducido en cámara lenta. Sus músculos y articulaciones estaban relajados. Cada inhalación y exhalación era pausada, bastante profunda. Su atribulada mente logró encontrar el camino hacia la añorada tranquilidad que hasta hacía muy poco le había parecido inalcanzable.

La atmósfera se cargó de un agradable vaho tibio, inodoro e incoloro en su totalidad. El encuentro de la rubia con el fondo del oscuro tramo subterráneo sucedió de modo tan repentino que ella no pudo hacer otra cosa que explotar en incrédulas carcajadas. Era increíble que no tuviese ni un pequeño rasguño después de semejante caída. Tuvo que permanecer recostada un buen rato, asimilando el nuevo entorno y reacomodando sus desordenados pensamientos. Aunque todavía estaba rodeada por un denso manto de penumbra, bajo sus pies pudo distinguir varios puntitos de los cuales emanaba una mortecina luminiscencia de tonalidad violeta. Se puso de pie con gran sigilo y se dedicó a observar aquellas diminutas fuentes de tenue resplandor. No podía tocarlas, ya que estaban resguardadas por una gruesa capa vítrea. La superficie que pisaban sus cautelosos pies era lisa, fría, resbaladiza e indeformable, tal y como si estuviese visitando una amplia pista de patinaje sobre hielo recién inaugurada.

Un suave repiqueteo, seguido de un gracioso resoplido, resonó por toda el área. Dichos sonidos llegaron muy claros a los oídos de Dahlia y la hicieron voltear la cabeza hacia la derecha, de donde le pareció que provenían. A unos cuantos pasos de ella se distinguía la maciza figura

de un potrillo transparente, como el mismísimo cristal de cuarzo. El lomo y las cuatro extremidades del vigoroso animal estaban recubiertos de nivea escarcha. Su aterciopelada crin y su larga cola ondulada destellaban con cada ligero movimiento del mismo, colmando la estancia con una asombrosa fosforescencia argentina. Tanto de las fosas nasales como de los belfos, el corcel exhalaba una helada humareda de color celeste turquesa muy intenso. La chica había comenzado a tiritar y a frotarse los brazos con sus manos casi sin darse cuenta, debido al brusco descenso en la temperatura del lugar, el cual estaba siendo producido por el hálito del magnífico equino. Aunque le encantaba contemplar a la hermosa bestia glacial, ella hubiese preferido que el clima cálido de antes prevaleciera.

El sepulcral silencio solo era interrumpido por los ocasionales bufidos y las repetidas patadas contra el suelo que propinaba el singular caballo, dado que la rubia no se atrevía a abrir la boca ni siquiera para bostezar. Sentía un creciente recelo en todas y cada una de las células que la componían. Su instinto le indicaba que no se moviera. «No puedo arriesgarme a que este animal me haga daño solo por alguna imprudencia mía. Es mejor si espero un poco. Quizás se me indique de alguna manera lo que debo hacer», razonaba Dahlia, procurando ser positiva. No obstante, transcurrieron varias horas durante las cuales ella estuvo sumida en la inactividad total. Y todavía no había señales de que fuese a ejecutarse algún cambio en la conducta de la criatura salvaje. De repente, las piernas de la muchacha comenzaron a mostrar signos de entumecimiento. Tenía muchísima sed y los párpados le pesaban una enormidad. No pudo evitar que su organismo cayese preso de los efectos del agotamiento. Se desplomó contra la gélida superficie sobre la cual había permanecido en pie por quién sabe cuánto tiempo. Con las escasas fuerzas que le quedaban, logró mantenerse consciente y pudo ver al potrillo acercándosele. Estaban cara a cara ahora. El corcel la miraba a los ojos mientras se aseguraba de que ella inhalase de manera directa su frío aliento. La chiquilla no tardó en dejarse llevar por el adormecimiento propio de las víctimas de la hipotermia...

La muchacha jamás supo cuánto tiempo estuvo dormida. La imagen que su cerebro procesó al despertar le causó potentes escalofríos e interminables palpitaciones. Estaba en el interior de un colosal tímpano, inmovilizada de pies a cabeza. Le habían adherido un centenar de finos tubitos por todo su cuerpo, a través de los cuales era posible ver su sangre circulando. Nadie podría decir a ciencia cierta si le estaban robando su fluido vital o si le estaban transfundiendo alguna sustancia mediante este. Pero, sin importar lo que estuviese sucediendo, no parecía ser una acción benéfica. Sin embargo, había una cosa que la aterrizzaba aún más: no podía recordar nada. No tenía borrosos recuerdos de la infancia o memorias de los más recientes acontecimientos. Todo lo que tenía era una difusa laguna en su cabeza. No sabía cuál era su nombre ni tampoco podía evocar cómo comunicarse mediante palabras. Le era imposible descifrar el significado del mundo que la rodeaba. Estaba casi en la misma condición en la que se hallaría una niña con unas pocas semanas de haber nacido: indefensa y dependiente.

Una gutural voz con un dejo de masculinidad se escuchaba a la distancia. Las palabras que pronunciaba eran incomprensibles para la rubia. Podían haber sido dichas en cualquier lengua terrestre o alienígena y ella, de igual manera, no las hubiese podido descifrar. Un mar de miedo y aturdimiento absoluto la agobiaba. El retumbante sonido del ente que monologaba se percibía cada vez más cerca. Con pasmosa rapidez, una gigantesca mancha escarlata apareció y se dio a la tarea de envolver el exterior del tímpano en donde se encontraba Dahlia aprisionada. Un estentóreo crujido inundó los tímpanos de la jovencita. La descomunal cárcel de hielo que la mantenía paralizada se fue resquebrajando hasta que quedó reducida a cientos de miles de microscópicos fragmentos. Una sustancia semejante al líquido amniótico en el vientre de una fémina embarazada la envolvía y le permitía desplazarse nadando, pero no la asfixiaba. Al contrario, la muchacha respiraba mucho mejor que estando fuera de allí.

Después de que hubo cumplido con el objetivo de liberarla, la mancha escarlata redujo su tamaño de manera gradual hasta que regresó a su

estado original. Una inarmónica aglomeración de fibras carnosas fue lo que se materializó enfrente de la chica. Parecía ser una bola de grasa sin osamenta ni rostro visible, cubierta por múltiples apéndices envueltos por una espesa capa de mucosidad verdosa. Todos aquellos filamentos vivientes exhibían una inusual velocidad en sus elásticos movimientos. Se comportaban de la misma manera en que lo harían un grupo de lombrices marinas al ser colocadas en una sartén colmada de aceite hirviendo. Unos difusos rayos azules fueron irradiados desde cada una de aquellas babosas extremidades y, como consecuencia de ese acto, la línea de pensamientos de la rubia se aclaró de repente. Ya podía entender lo que se le decía e incluso lograba pensar en algunas posibles respuestas. Una vez más, la áspera voz procedente de la extraña entidad carmesí se manifestó.

—Soy Simuska, el Centinela de los Bulbos evocativos. Cuando yo me retire de tu presencia, se te mostrarán todos los recuerdos que llevabas dentro de tu mente antes de la depuración cerebral que te practiqué. Vendrán a ti en parejas, y tendrás que decidir cuál de los dos recuerdos que presencias en ese instante es el recuerdo correcto. Cuando hayas hecho tu elección, el recuerdo que descartes desaparecerá para siempre. Deberás tener muchísimo cuidado con los recuerdos que elijas, puesto que en tu cabeza encontramos dos grupos de memorias. Al parecer, no solo posees tus recuerdos, sino que también posees los de alguien más. En la mayoría de las ocasiones, verás los escenarios de la misma manera en que fueron percibidos a través de tus ojos tiempo atrás. No obstante, algunas veces verás las cosas a través de los ojos de la otra persona cuyas memorias habitaban dentro de tu cerebro. Así que no te vayas a equivocar, dado que podrías destruir tus más preciados recuerdos y conservar unas memorias ajenas en su lugar. ¡Escoge con sabiduría!

Habiendo entregado el sorprendente mensaje, Simuska se perdió de la vista de Dahlia. Se marchó nadando tan rápido como un relámpago. Mientras ella aún se preguntaba cuál era el verdadero significado de aquellas enigmáticas palabras, el líquido semitransparente que la rodeaba se fue oscureciendo hasta tornarse en una especie de tinta tan

negra como el abismo. A continuación, aparecieron un par de masas violáceas bioluminiscentes, bastante redondeadas, cuya apariencia era muy similar a la de las cebollas. Dichos bulbos se posaron con delicadeza sobre los hombros de la joven. Ambos palpitaban y se retorcían al unísono, a la espera de que ella los tomase entre sus suaves manos. La rubia no comprendía qué era lo que debía hacer, así que los dos inquietos bulbos le susurraron al oído.

—Sujétanos con tus dedos, pequeña. Mira nuestro interior y después elige con cuál de nosotros te quedarás...

—¿Cómo sabré cuál es el bulbo apropiado, si no puedo recordar nada acerca de mi pasado? Ni siquiera conozco mi propio nombre...

—Tan pronto como hayas escogido el primer bulbo, tendrás tu primer recuerdo de vuelta, y este despejará tu camino hacia todos los demás recuerdos.

—¿Y si me equivoco en mi primera elección? ¿Tendré de vuelta todos los recuerdos equivocados? ¿En verdad se desvanecerán de manera permanente los recuerdos que yo descarte?

—Tú solo preocúpate por elegir con sabiduría, niña...

La muchacha respiró profundo en repetidas ocasiones, con el objetivo de calmar sus nervios y tener su capacidad de concentración al tope. La sola idea de que podía equivocarse en su primera elección y así dar pie a que una cadena de memorias ajenas poblara su cerebro le producía potentes escalofríos y una terrible descarga de tensión muscular. Sus manos estaban entumecidas y sudorosas al momento de asir las masas bulbosas. Teniendo un bulbo en cada palma, Dahlia cerró los ojos por unos segundos, como si le rezara a Dios para que la guiase en ese difícil trance. Acto seguido, tomó el bulbo en su mano izquierda y se asomó por la estrecha abertura que había en la parte superior del mismo. De inmediato, comenzó a ver a través de los ojos de la dueña de aquel recuerdo.

Una mujer encinta, demacrada y sudorosa, de tez pálida y largos cabellos negros, estaba tocando una hermosa canción de cuna. Sus dedos se deslizaban con increíble destreza sobre las cuerdas de su lira, mientras que su melodiosa y débil voz entonaba la letra, impregnando

cada nota de mucha ternura. Después de una casi imperceptible transición de imágenes, la misma fémina estaba ahora en plena labor de parto. Se hallaba sola en medio de un bosque. Era de noche y la luna llena podía verse sin dificultad. Sus rayos iluminaban a las múltiples rosas blancas que rodeaban a la parturienta. Una delicada niña, tan pálida como la madre, fue lo que dio a luz aquella dama. La madre sostuvo a la pequeña entre sus brazos durante unos pocos minutos. Con su último aliento, pronunció el nombre que había escogido para ella: *Nabiara*. Luego de ello, la mujer expiró, estando la criatura todavía en sus regazos...

La joven Woodgate, tan temblorosa como una gelatina, levantó la vista. Estaba jadeando y su pulso se había acelerado de forma considerable. La memoria que acababa de contemplar la había alterado mucho, aunque no podía explicarse ni a sí misma por qué fue así. Ver la triste agonía de aquella sufrida mujer le había partido el corazón. Pero no tenía suficiente tiempo para compadecerse de ella, así que se apresuró a tomar el bulbo que reposaba sobre su mano derecha y se dispuso a examinar la segunda memoria de que disponía.

Una muchacha de lustrosos rizos rojos y tersa piel blanca, rebosante de buena salud, estaba haciendo los preparativos para el día de su alumbramiento. Se la veía muy feliz mientras se paseaba por la que sería la habitación de su pequeña. Las paredes estaban pintadas de un tono magenta suave, y había unos detallados estampados florales sobre ellas. Entre risas, la dama le susurraba al fruto de su vientre: «Oh, Dahlia, te amo tanto, mi niña». Otra sutil transición de imágenes se dio. En esta nueva escena, la madre ya había parido. Se encontraba recostada en un amplio catre de hospital. Una enfermera le trajo a su mujercita recién nacida, tras haberle quitado de la piel los restos de placenta y sangre. La mamá primeriza miraba a su hijita con los ojos llenos de lágrimas de alegría. No tardó en cubrir el rostro de su bebé con muchísimos besos. Y aunque la marca dorada que encontró en la parte posterior de la cabeza de la niña le pareció extraña, decidió ignorarla e incluso la besó también...

La jovialidad de aquella madre y la atmósfera de ternura que había surgido en torno al nacimiento de su bebé enternecieron el corazón de Dahlia. Esa visión llenó a la pelirroja de gran paz interior. Sin embargo, la muchachita presentía que algo no marchaba bien con esa memoria. A pesar de que era luminosa y alegre, la escena le transmitía la rara impresión de que muchas de las cosas que se veían en ella eran falsas, pero... ¿cuáles?

—Y bien, niña, ¿con cuál memoria te quedas? ¡Será mejor que te des prisa! —espetaron los bulbos, chillando de impaciencia.

Ya que no podía darse el lujo de sentarse a meditar en lo que había visto, la chica se dejó llevar por sus instintos e hizo su elección.

—Bueno, ya lo he decidido. Me quedaré con la primera memoria — declaró Dahlia, sin rastros de vacilación en su voz.

XXXVI SYDÄN DE FUEGO

❧ Milo estaba bastante acalorado y jadeante debido a la apremiante necesidad que tenía de hablar con su padre. Mostraba una marcada crispación en cada uno de los músculos que controlaban sus expresiones faciales. Sus movimientos corporales, los cuales eran pausados y calculados en circunstancias normales, se notaban muy descoordinados. No deseaba perder ni un segundo en conversaciones triviales, pues las cosas que había presenciado debían ser compartidas cuanto antes. Así que, tan pronto como ingresó de nuevo a Hedelmätarha, el jovencito le relató a su padre, con lujo de detalles, todo lo referente a sus dos imprevistos y reveladores encuentros.

Comenzó por narrar el agradable acercamiento que tuvo lugar en las alturas, en donde se topó con Nina, la poderosa belleza Orankel. Mientras hablaba, el chico introdujo su mano derecha en el bolsillo oculto de su oscura gabardina, y tomó el frasco verdoso que contenía en su interior el brillante mechón de rizos carmesíes que ella le había obsequiado. Emil contempló aquella maravilla con algo de recelo, pues él tampoco sabía si en realidad se podía confiar por completo en esa enigmática dama que clamaba ser la reguladora de los fenómenos naturales en el continente americano. Consideraba prudente esperar por el regreso de Sherezade, ya que no estaría de más solicitarle a esa bondadosa dama que les brindase una buena dosis de sus sabios consejos, para así cerciorarse de que era seguro ingerir el brebaje capilar prescrito por la tal Nina.

Sin embargo, el muchacho no le concedió tiempo suficiente a su progenitor para que asimilara la información que recién le había dado. De inmediato, inició su descripción de lo que ocurrió durante su extraña

reunión con el anciano y solitario Geoffrey, en las hermosas tierras costeras inglesas. Ofreció una explicación pormenorizada acerca de la misteriosa visión que tuvo mientras estaba sentado de frente a la chimenea en la residencia del veterano caballero. Las impactantes palabras de Milo sacudieron al señor Woodgate de pies a cabeza. Su alteración anímica fue más que manifiesta, dado que su rostro se tornó tan pálido como un montículo de nieve y sus inquietas manos retemblaban, al tiempo que varios hilillos de sudor frío le recorrían el cuerpo entero. Aunque no comprendía el significado del mensaje y de las imágenes que fueron descritas por su hijo, un raro instinto proveniente de la parte más profunda de sus entrañas le indicaba que estaban relacionadas de alguna manera con su amada Dahlia.

—¿Qué crees que deberíamos hacer, papá? Sé que no nos es posible establecer contacto con mi hermana, pero no podemos quedarnos de brazos cruzados. Hay que averiguar, tan pronto como sea posible, de qué se trata todo este asunto —declaró Milo, cuya trémula voz dejaba muy en claro que estaba asustado.

—Tienes razón, hijo mío. Al principio, pensé que sería mejor esperar a Sherezade y que ella nos diese algunas instrucciones y recomendaciones, pero después de que me contaste acerca de tu visión, no me cabe la menor duda de que tenemos que actuar ya. Estoy seguro de que mi niña está en serio peligro —respondió Emil, casi susurrante, pues estaba a punto de soltar el llanto.

—¡No hay tiempo que perder! Si Nina es de confianza o no, es imposible saberlo, pero estoy dispuesto a correr cualquier riesgo con tal de ayudar a Dahlia. Nada perderemos con probar si uno de los cabellos que esa Orankel me entregó sirve para develar los misterios de mis sueños y visiones. ¿Qué dices, padre?

—Pues, no deseo que arriesgues tu vida. ¿Qué tal si es una trampa?

—¿Y qué tal si, por el contrario, es la clave de la salvación de mi hermana? Debemos dejar nuestros temores atrás por su bien.

—Aun así, no puedo estar de acuerdo contigo. Tú eres tan hijo mío como lo es Dahlia. Por lo tanto, me opongo a que te expongas al peligro.

—Comprendo muy bien tu punto de vista, y te agradezco mucho que te preocupes por mí, créeme... Pero ambos sabemos que, desde un principio, Dahlia ha sido mucho más importante que yo. El destino de la humanidad recae sobre sus hombros. ¡Tengo que ayudarla como sea!

—¡Ay, Milo! ¡Me siento tan confundido! Hablas de forma muy razonable, y creo que podría hacerte caso si fueses otra persona... ¡Oh, hijito! ¡No quiero perderte!

—¡No me perderás! Estoy seguro de que mi propuesta de acción es el proceder correcto. Y aunque sé que no va a ser así, si algo saliera mal, te pido, por favor, que no te culpes por ello. Esta es una decisión que ya he tomado por mí mismo, por lo que no tendrás responsabilidad alguna sobre lo que me suceda de aquí en adelante. ¡Confía en mí!

Habiendo dicho eso, Milo se elevó varios metros y se retiró de la presencia de su padre. Se dirigió hacia un pequeño géiser que estaba ubicado detrás de una frondosa arboleda, a un kilómetro de distancia del sitio donde había estado sosteniendo su importante conversación con Emil momentos atrás. Extrajo el cespudo puñado de cabello carmesí del recipiente vítreo y lo guardó en uno de sus bolsillos. Solo mantuvo una única hebra del mismo afuera y la colocó de nuevo en el cristalino receptáculo. Con el agua hirviendo que salía de la fuente termal, llenó por completo la esfera verdosa y se armó de paciencia hasta que la delgada fibra capilar se disolviese, tal y como Nina lo había prescrito. Una vez que eso sucedió, el muchacho respiró hondo un par de veces e ingirió de golpe la incolora infusión. No se detuvo a pensar en lo caliente que estaba la sustancia, razón por la cual su lengua y garganta, bastante lastimadas, le reclamaron al instante por aquella atolondrada decisión. Y a pesar de que ya no podía tragar con normalidad, esa fue la menor de sus preocupaciones. Su cerebro comenzó a funcionar cual si fuese una concurrida montaña rusa en medio de un famoso parque de atracciones. Cientos de imágenes acudieron a él, sin pausas entre la llegada de una y otra. Las punzadas en sus sienes lo forzaban a presionárselas con ambas manos, en un intento desesperado por atenuar el terrible malestar que estas le causaban.

—¿Qué me pasa?! ¡Aaahhh! —clamó él, a voz en cuello, justo antes de caer desplomado como un pesado tronco.

Sus ojos se movían de un lado a otro con frenesí, de la misma manera en que lo harían durante la fase MOR. Cualquier persona que contemplase la escena hubiese pensado que Milo estaba soñando, si no fuera porque sus párpados permanecieron replegados por completo todo el tiempo. Por su acelerado ritmo respiratorio y su copiosa sudoración, se veía a leguas que el chico la estaba pasando muy mal. La extensa sucesión de acontecimientos que le serían mostrados dentro de su turbada mente resultarían vitales más tarde...

El muchacho se vio a sí mismo en medio de un sitio lúgubre e inhóspito. Creyó que era muy probable que lo hubiesen encerrado en alguna caverna. Giraba su cabeza a la derecha y luego a la izquierda, pero no era capaz de ver nada que le diese una pista sobre lo que estaba ocurriéndole. Hacia cualquier dirección en que decidía movilizarse, solo encontraba una densa oscuridad cubriéndolo todo. No obstante, después de varios infructuosos minutos en medio de aquella interminable lóbreguez, un par de cárdenos puntos brillantes atrajeron su atención. Al avanzar hacia esos extraños focos, notó que no estaba de pie en una cueva, como lo había creído al principio. Estaba sumergido en una negruzca sustancia de consistencia acuosa, la cual le permitía respirar con libertad. Su boca y sus ojos se abrieron al máximo de su capacidad, dejando ver su estupefacción ante semejante rareza. Pero antes de que pudiese detenerse a meditar en ello, su corazón le dio un vuelco. Los dos violáceos objetos resplandecientes reposaban sobre las manos de una muchacha de dorados cabellos, nada más y nada menos que su hermana...

—¡Oye, Dahlia! ¿Me escuchas?! ¿Puedes verme?! ¡Estoy aquí! —gritaba Milo a todo pulmón, intentando hacer que su gemela reaccionara.

Ella se limitó a fruncir el ceño e inclinar de forma casi imperceptible la cabeza, pero no dio señales claras de haberse percatado de la presencia de Milo. Él quiso acercársele lo suficiente como para poder tocarla, pero una especie de campo de fuerza invisible no se lo permitió.

—Bueno, ya lo he decidido. Me quedaré con la primera memoria —fue lo que su hermano la escuchó decir.

Uno de los puntos brillantes, cuya apariencia era como la de una gran cebolla, chilló con júbilo, al tiempo que daba pequeños saltos sobre la mano izquierda de la jovencita.

—Entonces, de acuerdo con la decisión que has tomado, deberemos llamarte Nahiara de ahora en adelante, ¿verdad? ¡Muchas gracias por haber seleccionado el recuerdo que yo te traje, señorita Nahiara!

—¡Con mucho gusto, amiguito! Prosigamos con esto, por favor...

El chico se horrorizó al escuchar semejante disparate. «¿De qué está hablando esa cosa?! ¿Cómo es eso de que Dahlia cree que es Nahiara? ¡No puedo permitirlo!» pensaba para sus adentros.

—¡Daaahliiiiaaa! ¡Por favor, no te dejes engañar! Esa mujer es mala y tú no eres ella... ¡Tu nombre es Dahlia! ¡Eres mi hermana y yo te amo! —espetó él, con la voz quebrada por la desesperación.

Los confundidos ojos de la pelirroja miraban en dirección a Milo. Dejó caer los bulbos para así sacar mejor partido de su capacidad auditiva. Y aunque ella estaba haciendo verdaderos esfuerzos para encontrar la fuente de la casi imperceptible voz que la llamaba, no lograba conseguirlo. Se dio cuenta de que tenía frente a sí una etérea barrera que se lo impedía.

—¿Hay alguien ahí? ¿Quién es? ¡Le suplico que se deje ver!

—declaró la joven, colocando ambas palmas abiertas sobre el campo de energía.

—¡Soy yo, Milo! ¡Por favor, reacciona! ¡Daaahliiiiaaa! —bramaba el furioso chiquillo, mientras golpeaba con sus potentes puños la muralla transparente.

—¡Lo siento mucho! No puedo entender nada de lo que usted está intentando decirme. ¡Hable más fuerte!

—¡Dahlia! ¡Soy Milo! ¡¿Por qué no puedes escucharme?!

Las emociones del muchachito colapsaron y cedió a las lágrimas. La frustración y la rabia se habían apoderado de su alma. Habiendo agotado ya cualquier otra posibilidad de establecer contacto con su gemela, decidió utilizar el último recurso que le quedaba ante tal

situación. Colocó su mano derecha sobre el tatuaje de su pecho e invocó el vocablo requerido: Callirus. En menos de lo que tarda un aleteo de mariposa, la Daga del protector descansaba sobre sus dedos. Apretó con gran firmeza la empuñadura de la misma y se lanzó al ataque del campo de fuerza. Un chirriante sonido como el de vidrios resquebrajándose hizo eco por todo el desolado lugar. Eso le dio renovadas esperanzas al chiquillo, por lo cual sus niveles de adrenalina se dispararon. Pero antes de que pudiese continuar con su embestida, un viscoso apéndice carnosos estrojó su cuello, obligándolo a detenerse. La súbita obstrucción de sus vías respiratorias nubló su vista y debilitó sus extremidades. Era Simuska quien había venido a detener el avance de lo que consideraba un nuevo intruso en los páramos.

—Ya teníamos suficientes problemas con ese maldito Taikurime, y ahora apareces tú. ¿Cómo hiciste para llegar hasta aquí, niño? Bueno, no sé para qué te lo pregunto. La verdad es que no me interesa saber eso. Me desharé de ti, como corresponde...

Del otro lado de la barrera, los bulbos estaban persuadiendo a Dahlia para que ignorase cualquier cosa que viera u oyera que no estuviese relacionada de forma directa con sus pruebas. Ella lucía contrariada, pero estaba dispuesta a obedecer las instrucciones que se le daban. Tan pronto como le dio la espalda a Milo, él pudo notar algo impactante: de la marca de nacimiento que se localizaba en la parte posterior de la cabeza de ella, una incandescente flama áurea proyectaba una intensa luz hacia su persona. Aquel resplandor se asemejaba mucho al de una centelleante antorcha olímpica en mitad de la noche. En paralelo con la aparición del destello, una suave voz femenina llegó a los oídos del chico.

—Dahlia me necesita más que nunca antes. Búscame pronto, Milo. Me hallarás si permites que mi argéntea esencia guíe tus pasos. Ayúdanos a completar nuestro Sydän de fuego. Te estaré esperando en medio de las hermanadas tierras del norte y del sur. ¡No te tardes!

Acto seguido, el protector Keijukainen perdió la consciencia y quedó sumido en un profundo letargo mental... Varios minutos después, un

enérgico zarandeo en su cuerpo lo hizo volver en sí. Emil lo tenía sujeto con ambos brazos, sacudiéndolo una y otra vez mientras le gritaba.

—¡Milo! Hijo mío, ¡despierta! Por favor, ¡regresa conmigo!

—suplicaba su angustiado progenitor.

—Tranquilízate, papá. Yo estoy bien. Es Dahlia quien está en serios problemas.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué has sucedido? ¡Cuéntamelo todo!

—La he visto, padre mío. ¡Ella piensa que es Nahiara!

—¿Qué?! ¡No puede ser verdad! ¿Estás seguro de lo que estás diciendo?

—Sí, lo estoy. Intenté ayudarla, pero un campo de energía no la dejaba verme ni escucharme bien. Solo sé que debo ponerme a buscar de inmediato a una chica de esencia argéntea. Ella me aseguró que puede salvar a Dahlia.

—¿Y eso qué significa? ¿Cómo encontrarás a una persona de la que ni siquiera conoces su nombre?

—De alguna manera lo averiguaremos, padre. Lo que importa es que empecemos a trabajar cuanto antes. Mi hermana no podrá aguantar mucho tiempo más en las condiciones en que se encuentra...

—Está bien. Sea lo que sea que debemos hacer, estoy más que dispuesto a ello.

—¡Muy bien! Salgamos de Hedelmätarha y tratemos de localizar primero a Nina. Quizás ella pueda darnos alguna pista sobre este enigma. ¿Estás de acuerdo, papá?

—Pues, sí. Sin Sherezade acá, esa parece ser la mejor opción que tenemos por el momento. ¡Vámonos, entonces!

Dicho esto, los varones de la familia Woodgate comenzaron con los preparativos necesarios para llevar a cabo la búsqueda de forma eficiente. Su aventura exploratoria sería más difícil de lo que se imaginaban. La muchacha que ellos debían hallar no tenía ni idea de que desempeñaba un papel importante en el rumbo de los acontecimientos terrestres e interestelares. Era una joven humana ordinaria, cuyo enorme poder se hallaba dormido...

XXXVII **BIANCA**

El pesado sol del mediodía refulgía con toda su potencia en medio de un bello cielo azul que se mostraba despejado por completo. Allá en lontananza, múltiples reverberaciones mostraban, a las claras, que el excesivo calor en la atmósfera estaba haciendo de las suyas. Las calles lucían muy polvorientas y corría una leve brisilla, casi imperceptible, la cual no ayudaba en lo más mínimo a aplacar el insufrible bochorno que es tan característico de la estación seca en Costa Rica. Aquel viernes de mediados de marzo era un día que invitaba a darse un chapuzón en alguna refrescante alberca, o bien, a tomar un delicioso refresco helado estando recostado bajo la reconfortante sombra de un frondoso árbol o de una amigable palmera. Cualquier cosa hubiese sido mejor para Bianca que estar sentada en completo silencio, sobre una incómoda silla de madera, escuchando la soporífera charla interminable sobre la Segunda Guerra Mundial que estaba dando su antipático profesor de Estudios Sociales, el señor Vargas.

La pobre muchacha deseaba salir huyendo o que se la tragase la tierra. Hasta había pensado en inventar que la atacaba de pronto algún tipo de dolencia gástrica grave, con tal de escaparse del tormento que le suponía estar presente en aquella tediosa clase de Historia. Su cabeza a cada instante se inclinaba hacia adelante sin que ella pudiera evitarlo, y sus ojos ya comenzaban a entornarse. La chica estaba luchando con todas sus fuerzas para no quedarse dormida, pero los irrefrenables bostezos que la asediaban desde el mismísimo instante en que había cruzado el umbral de la puerta que daba al interior del aula quince dejaban ver que estaba a punto de perder su batalla contra el aburrimiento y el cansancio.

—¡Jovencita Bustamante! ¡¿Qué le pasa?! Vaya ahora mismo al baño y mójese la cara con agua, a ver si acaso así se despabila. No me gusta que mis estudiantes vengan a dormir a mi clase. La próxima vez, no le tendré tanta paciencia. ¡Espero que esto no se repita! —espetó, entre gruñidos, el viejo cascarrabias.

—¡Lo siento mucho, señor Vargas! Le prometo que no va a volver a pasar... En serio, perdóneme... —afirmó Bianca, casi susurrando.

La voz se le había atorado en la garganta debido al gran susto que se llevó con el grito de su profesor. Se puso pálida y se quedó mirando al hombre a los ojos, contrayendo cada uno de sus músculos faciales de manera tal que todos ellos en conjunto retrataban una de las más perfectas muecas de terror que se hayan visto.

—¡¿Qué está esperando?! ¡Deje ya de verme como si tuviese cuernos y apresúrese! Tiene solo cinco minutos para regresar. De lo contrario, recibirá una amonestación, ¿entendido?

—¡Sí, señor! Ya mismo salgo... ¡Discúlpeme, por favor!

La chiquilla saltó de su asiento y se movilizó con gran rapidez hacia la puerta, cual si fuese una asustadísima liebre huyendo de los temibles sabuesos que la acechaban. Una vez que estuvo afuera de su salón de clases, comenzó a correr por el pasillo y luego a subir de dos en dos las gradas que la llevaban hasta la planta alta, en donde estaban ubicados los servicios sanitarios para señoritas. No había ninguna otra persona dentro cuando Bianca llegó, así que se permitió dejar fluir con libertad las lágrimas que sus alargadas pestañas negras habían estado reteniendo. Y es que cuando alguien le gritaba, lo cual sucedía muy a menudo tanto en su casa como en la escuela, su ánimo se alteraba mucho y, con cierta frecuencia, lloraba por las noches. Era una característica de ella que nunca pudo cambiar, por mucho que se esforzaba para lograrlo.

—¡Ya cálmate, tonta! ¿Es que acaso vas a seguir siendo una débil llorona toda tu vida? Tampoco fue para tanto —balbucía la niña, reprendiéndose a sí misma.

Bianca contemplaba su propio reflejo en el enorme espejo que tenía enfrente. La triste imagen que este le devolvía le causaba una profunda

frustración. Odiaba verse con los párpados hinchados y la nariz enrojecida, chorreando densa mucosidad. Su entera figura se notaba temblorosa y el ritmo de su respiración era demasiado rápido, como si estuviese al borde de un serio ataque de asma. «Me sucede todo esto por un simple regaño del profesor. Algo tiene que estar muy mal conmigo...» monologaba la frágil chica, dentro de su cabeza. Mientras continuaba sumergida en el embravecido mar de sus oscuros pensamientos, tomó una minúscula barra de jabón azul, de las que estaban junto al amarillento lavabo, la humedeció un poco y empezó a restregarse la cara con esta. Tenía que asegurarse de borrar por completo las huellas de su llanto antes de regresar a su clase o, de lo contrario, sus compañeros la harían objeto de un incómodo interrogatorio durante el receso. No cesarían de asediarla con un aluvión de embarazosas preguntas hasta forzarla a revelarles por qué había llorado, y ella no deseaba hablar sobre ese delicado asunto con nadie.

Apenas hubo terminado de enjuagarse bien los últimos residuos jabonosos de sus rosáceas mejillas, secó con rapidez el exceso de agua con una toalla de papel y se dispuso a regresar al aula. Sus avellanados orbes miraron en dirección al espejo por última vez, solo para corroborar que su apariencia en general luciese más o menos normal. Alisó sus castaños cabellos ondulados con los dedos de su mano derecha y luego se acomodó un poco las cejas. Respiró hondo un par de veces y se retiró del sitio. Mientras transitaba por las mismas gradas que hacía solo unos cuantos minutos había pisado, una potente ventisca de temperatura casi polar la estrechó entre sus incorpóreos brazos y la empujó hacia arriba. La muchacha tuvo la extraña sensación de que alguien la estaba levantando. Acto seguido, una distante voz de mujer murmuró unas enigmáticas palabras.

—¡Te necesito! Por favor, ven pronto... Tenemos que completar nuestro Sydän de fuego. Deja que mi áurea esencia te muestre el camino. Libérate y permite que el Protector Keijukainen se reúna contigo...

—¿Quién es usted? ¿De qué me está hablando? ¡No entiendo nada!

Antes de que la chiquilla pudiera seguir cuestionando a la dueña de la remota voz, el gélido viento que la mantenía suspendida en el aire se detuvo de golpe, causando que ella se fuese de bruces contra las duras baldosas rojizas que cubrían el suelo. Su caída tan abrupta no le dio oportunidad alguna de realizar ni un solo movimiento amortiguador, por lo que todo el peso de su cuerpo se recargó sobre su tobillo izquierdo. Al instante, una amoratada protuberancia que le cubría todo el contorno de su lastimado pie hizo su aparición. La jovencita soltó un fuerte quejido de dolor, y no era para menos. Sin embargo, la dolorosa luxación pasó a un segundo plano en cuanto ella notó que le ardía muchísimo la parte posterior de su cabeza. Era como si le hubiesen estampado la piel con un fierro incandescente, como los que había visto siendo utilizados en incontables ocasiones por su tío Luis, durante las visitas vacacionales a la finca familiar que tenían en San Carlos de Alajuela, para marcar al ganado vacuno y equino. Las náuseas y el mareo se apoderaron de su menudo cuerpo y, al no poder levantarse debido a la torcedura, se vio forzada a pedir auxilio. Necesitaba atención médica con urgencia.

Un conserje que estaba desempolvando las bancas de piedra en el corredor central, usando un trapo húmedo para ello, se percató de la presencia de una estudiante que estaba tirada a mitad del pasillo, por lo cual abandonó sus implementos de limpieza y acudió en su ayuda.

—¡Ay, muchacha de Dios! ¡¿Qué le pasó?! Dígame qué necesita y yo con gusto se lo consigo —clamó el consternado hombre, al ver a Bianca tan desmejorada.

—Me caí y me lastimé el tobillo. No puedo ponerme de pie. Me duele la cabeza y tengo ganas de vomitar. Por favor, vaya y avísele al profesor Vargas, que está en el aula quince, para que él le diga a la directora que me firme un permiso de salida de la institución —explicó la colegiala.

—¡Sí, claro, con mucho gusto yo voy! Pero primero déjeme levantarla del piso. Si va a tener que esperarse un rato, que por lo menos sea recostada en una de las bancas y no en el suelo... Me voy a agachar para que usted pueda poner su brazo alrededor de mí y así no se tenga que apoyar en el pie que le duele. ¿Me permite?

—Está bien. Más bien, muchas gracias por tomarse la molestia.

—No se preocupe, no es ninguna molestia...

El conserje hizo justo lo que le había explicado a Bianca. Tras un par de minutos, la chiquilla había logrado desplazarse, con la asistencia de él, a través del cementado sendero que conducía hasta las banquetas que circundaban una de las pocas zonas verdes que aún existían en aquel colegio ciudadano. Después de asegurarse que ella se sintiese lo más cómoda que era posible, el amable empleado se marchó, dando grandes zancadas.

—¿Qué ha sido todo esto que me pasó hoy? ¿Me estaré volviendo loca? La verdad es que no me asombraría si así fuera... —pensó Bianca, en voz alta.

—No, no estás loca. Muy pronto vendrán por ti... Yo me encargaré de todo. Escucha el llamado de tu otra mitad y tu maravilloso destino se hará realidad —le musitó al oído una agradable voz masculina.

—¿Qué dijo? ¿Quién está ahí? ¡¿Por qué no da la cara?! —espetó la muchacha, debatiéndose entre el enojo y el miedo.

Giraba su cabeza de un lado a otro, tratando de ver a la persona que le había hablado. No había nadie en el lugar y no se movía ni tan siquiera una diminuta hoja del almendro, cuyo follaje la cubría de los inclementes rayos solares.

—¡Ay, no! ¿Será que me están haciendo una broma pesada? Espero que sea eso, porque si mañana sigo oyendo esas voces raras, ya podría decir que se me zafaron los tornillos...

Habría transcurrido un cuarto de hora más o menos cuando por fin llegó el profesor Vargas junto con la directora Sanabria y dos paramédicos de la Cruz Roja.

—Ya le avisamos por teléfono a su mamá acerca del accidente. Como ella anda en San José, seguro llega ahora más tarde

—comentó la rechoncha mujer que llevaba las riendas del Liceo Ingeniero Carlos Pascua Zúñiga.

Al tiempo que la señora hablaba, levantaron en vilo a la chica y la colocaron en una camilla, en la cual se la llevaron hasta la ambulancia que esperaba a la entrada del liceo. Decidieron que sería mejor

trasladarla al hospital San Vicente de Paúl, ubicado en el centro de Heredia. Al arribar allí, la examinó el médico general de turno, quien se alarmó al ver la tonalidad negruzca que había adquirido el inflamado tobillo de la uniformada colegiala.

—¡Ay, mamita! ¿Cómo se cayó usted? Este piecito suyo se ve muy mal. Vamos a tener que hacerle una radiografía para ver si fue que se lo quebró. Espere un momento, ya regreso —dijo el doctor, muy serio, arrugando un poco la nariz.

La jovencita no tuvo tiempo de contestar, puesto que la conmoción ocasionada por la seguidilla de eventos inexplicables que había estado experimentando le pasó su costosa factura en ese preciso instante. Un fuerte escalofrío la recorrió, nublándole la vista y dificultándole el libre tránsito de oxígeno hacia sus pulmones. Para el momento en que el médico regresó a la sala, ella ya se había desmayado. No obstante, aunque por fuera daba la impresión de estar inconsciente, su mente se encontraba trabajando a mil kilómetros por hora...

El siseo de la tibia brisa que jugueteaba con el ramaje de unos altísimos pinos fue lo primero que percibió Bianca al ingresar en el mundo de los sueños. Estaba sola, de pie en medio de un pastizal. No tenía idea de cuál era su ubicación o de lo que debía hacer. Sin alguien a su lado que la acompañase a explorar aquel terreno desconocido, no se atrevería a moverse de allí. De pronto, sintió el leve toque de lo que parecían ser dos dedos humanos en su hombro derecho. Esa acción la sobresaltó tanto que dejó escapar un sonoro chillido. Se volteó para mirar quién la había tocado, y se encontró cara a cara con un muchacho delgado, de su misma edad, no muy alto. Él clavó su azulina mirada en los ojos de ella. Su vivaz expresión facial, enmarcada por su muy amigable sonrisa, dejaba ver la enorme fascinación que lo embargaba al contemplarla. Eso ocasionó que a la chica se le subieran los colores al rostro.

—¡Hola! ¿Cómo estás? Apenas te vi, no pude evitar preguntarme si tal vez eres tú a quien estoy buscando... ¿Eres tú la poseedora de la esencia argéntea que mi hermana necesita? —inquirió el joven, muy respetuoso.

Bianca se quedó muda por espacio de un minuto. Todavía no salía del *shock* que le había causado la inusual situación en que se encontraba.

—¿Esencia argéntea? Hoy, según parece, todos se pusieron de acuerdo para usar palabras raras cuando me hablan. ¡No entiendo nada de nada! Y usted ni siquiera me ha dicho cómo se llama —replicó ella, frunciendo el ceño.

—¡Uf, es verdad! ¡Cuánto lo siento! Mi nombre es...

Una súbita sacudida sacó a Bianca de su sueño en forma abrupta. Lucrecia, su madre, la tenía sujeta de los hombros y estaba moviéndola con violencia.

—¡Bianca! ¿Me oye? ¡Deje de fingir! Ya me hizo perder mi día de trabajo, y ahora se hace la dormida, solo para llamar la atención. ¡¿Piensa que puede hacer lo que le dé la gana?! ¡Espérese a que lleguemos a la casa! —imprecó la colérica señora.

—Perdón, mami. No quise hacerla enojar...

—No me venga con lloriqueos ahora. Apenas el doctor vuelva, le voy a decir que ya nos vamos. De por sí, se nota que no le pasó nada. Para mí que usted se dejó caer a propósito, con tal de escaparse de clases, ¿verdad? ¡No puedo creer que tenga a semejante desastre por hija!

Bianca bajó la mirada, mientras ríos de gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. «Desearía haberme quedado a vivir dentro de mis sueños, con ese muchacho tan guapo que me estaba hablando», pensó para sí misma, al tiempo que se secaba su humedecido rostro con el dorso de su mano izquierda. No se imaginaba que muy pronto volvería a tener el gran placer de reunirse con él...

XXXVIII EL SECRETO DE FENRISULF

— Cedric no podía saber con certeza si habían transcurrido solo unas cuantas horas o si habían pasado varios días ya desde el instante en que él se despertó, encontrándose solo, tumbado en el frío y húmedo piso de aquella diminuta celda. No había señales de vida cerca de ahí, pues el entorno que sus ojos alcanzaban a contemplar era oscuro y muy silencioso. De entre los resquicios de las macizas paredes de roca se desprendía un penetrante hedor a moho mezclado con herrumbre. Había intentado liberarse en repetidas ocasiones, forcejeando y contorsionando sus músculos de todas las maneras que se le ocurría, pero no hubo ni un movimiento suyo que resultase fructífero.

A pesar de que no tenía nada visible que lo obligase a mantenerse en posición horizontal, el príncipe sentía como si cientos de pesadas esferas de acero le oprimiesen el pecho, el abdomen y las piernas. Sus brazos parecían estar inmovilizados por unos gruesos y resistentes grilletes. Tenía la garganta muy seca e inflamada. Su estómago estaba revuelto y las potentes punzadas en su cabeza no cesaban de torturarlo. Sin embargo, su incapacidad para movilizarse y su creciente malestar físico eran los últimos elementos en la larga lista de preocupaciones que poblaban la atribulada mente del Taikurime. No podía evitar que sus pensamientos se concentrasen en Dahlia. Tenía que salir de allí a como diera lugar, pues estaba seguro de que la vida de la chica se encontraba en gran peligro.

—¿Hay alguien ahí afuera?! ¡Déjenme salir de aquí! ¡No pueden hacerme su prisionero si no sé siquiera de qué se me acusa! ¡Exijo que se me conceda una audiencia con el encargado de este lugar! —gritaba el joven, a voz en cuello.

Aunque ya sabía que ninguna de las ocho Esfinges de la vacuidad, esas enormes criaturas aladas con cuerpo de marfil y jade que custodiaban la entrada a aquella prisión, mostraría interés alguno por sus necesidades o peticiones, Cedric clamaba por su ayuda al menos una o dos veces por cada hora que pasaba. No tenía nada que perder, y quizás en algún momento, la suerte se pondría de su lado y recibiría un indulto, o al menos un poco de simpatía.

Mientras su vacía mirada se posaba sobre un punto fijo del sombrío techo del calabozo, espesas lágrimas, cargadas de frustración, rabia y dolor le recorrían las sienes para luego caer sobre el suelo.

—Ella me necesita, lo sé muy bien... Casi desde el mismísimo principio, supe que las cosas no marchaban como deberían. Algo muy extraño está sucediendo con sus pruebas... ¡Tengo que salir de aquí, incluso si eso me cuesta la vida después!

—mascullaba él, hablando consigo mismo.

Una minúscula Murániga, la cual estaba adherida a una de las paredes de ese lúgubre calabozo, se compadeció al ver el llanto sincero del joven. Comenzó a desplazar su cilíndrico cuerpecillo poco a poco hasta que sus diez bracitos hicieron contacto con la pavimentada superficie sobre la que yacía él. Una vez que se hubo estabilizado, con gran esfuerzo levantó su cúbica cabeza y fue arrastrando su translúcida figura de tono grisáceo, pues quería posarse justo al lado de Cedric. Apenas estuvo ubicada a una distancia lo suficientemente corta como para ser escuchada, la Murániga susurró al oído del muchacho unas hermosas palabras de ánimo.

—No pierdas la esperanza. Muy pronto saldrás de aquí, sano y salvo. ¡Cree en lo que te digo!

Esa extraña vocecita, casi imperceptible, causó un gran sobresalto en el agotado organismo del Taikurime.

—¿Me hablas a mí? ¿Quién eres tú? ¿Cómo puedes saber eso?

—Mi nombre es Véhari. Nunca dudes de los mensajes que provengan de una Murániga. Nosotras podemos saber si los sucesos se desarrollarán de manera positiva o negativa para alguien con solo percibir el olor de esa persona.

—Espero, con todo mi corazón, que me estés diciendo la verdad. Hay una chica a la que debo ayudar, por lo cual es urgente que salga de aquí lo más pronto que sea posible.

—Ya sabía eso. Tu aroma me reveló con claridad que estás muy enamorado, así que no desfallezcas. Tu bella niña te necesita.

—Pase lo que pase, ya has hecho que me sienta mucho mejor. ¡Muchas gracias, pequeña Véhari!

—No me lo agradezcas. Era mi deber decirte esto. Las Muránigas nunca escondemos lo que sabemos. Y si lo que tenemos que decir es algo bueno, más razones tenemos para comunicarlo con premura.

—Pues, de igual forma, sigo agradecido contigo. Algún día te recompensaré lo que hoy hiciste por mí.

—No será necesario, pero alabo la pureza de tu espíritu. Si sigues siendo así, te irá muy bien en la vida. Aunque no es algo que me plazca, debo retirarme ya. Descansa tanto como puedas. Necesitarás de todas tus fuerzas en un corto espacio de tiempo.

—Está bien, seguiré tus consejos. Entonces, ¡que tengas buen viaje, adonde quiera que vayas, amiga!

Con una graciosa reverencia, la Murániga se despidió y emprendió su largo camino de vuelta hacia el Pozo del porvenir, hogar de las criaturas de su clase...

Lejos de la mazmorra subterránea en donde se hallaba bien resguardado el príncipe, una amplia y elegante estancia, bastante iluminada, alojaba a los veinte representantes de la constelación de Equuleus, quienes tenían a su cargo el diseño de las pruebas para Dahlia en el Páramo del engaño. Aunque todos los miembros de dicho grupo tenían participación e importancia en la toma de las decisiones, la última palabra le pertenecía al comandante Fenrisulf, el otrora portador de la Gaita palpitante en la Orden del Péndulo Celestial.

—Señor, ¿está usted seguro de que estamos haciendo lo correcto? A mí me parece que es demasiado riesgoso permitir que esa niña siga pensando que ella es Nahia. ¿No le parece una medida exagerada? Pienso que deberíamos regresarle a Dahlia sus recuerdos y cambiar la modalidad de esta prueba cuanto antes —afirmó Elbura, la consejera principal, algo consternada.

—No, no es ninguna exageración. Y sí, estoy muy seguro de que esto es justo lo que esa chiquilla debe hacer. No es necesario que hagamos ningún cambio en nuestros planes. Sé que ella resistirá y acabará por triunfar, como siempre lo hace. No va a haber problemas, te lo aseguro. Pero en el hipotético caso de que así fuese, las estrellas contamos con mayor poderío que cualquier ser terrestre, por lo que podremos acabar sin dificultades con cualquier tipo de amenaza, así que no te preocupes —contestó con frialdad Fenrisulf, manteniendo su rostro libre de cualquier muestra de emoción.

—¿Y qué hay del Taikurime? No veo por qué hemos de mantenerlo prisionero en las celdas de máxima seguridad. Hasta el momento, no ha hecho nada que lo amerite. Sé que nos engañó al fingir su muerte en los páramos hace algunos siglos, pero eso no es un delito tan grave. ¿No cree que deberíamos trasladarlo a un sitio menos despiadado?

—No, no lo creo. Cedric está en donde merece estar. No solo utilizó artes prohibidas por los de su raza para mentirle con gran descaro a la Alianza de Callirus, sino que también vino a interferir el desarrollo normal de las pruebas de otra persona, lo cual está prohibido por nuestras leyes. Ese hombre ha de servir como el vivo ejemplo de lo que sucede cuando alguien se atreve a irrespetar los estatutos interestelares. Luego nos encargaremos de darle un castigo muy severo, uno que vaya acorde con la seriedad de sus faltas.

—¡Entendido, mi señor! Ya no cuestionaré más las decisiones que se han tomado. Confío en su sabiduría y en su vasta experiencia.

—¡Excelente, Elbura! Es muy bueno tener conmigo a consejeros tan razonables como tú. No te arrepentirás de haber hecho caso a mis palabras.

Una sonrisa algo maliciosa y, al mismo tiempo, triste en sumo grado, se dibujó en los finos labios del comandante. «Las cosas están resultando mucho mejor de lo que yo me hubiese imaginado. Nunca creí que por fin llegaría este día tan glorioso. Mis penas están por acabarse», pensaba para sus adentros. Los amargos recuerdos de lo que había sucedido ocho siglos atrás todavía lo perseguían, acechándolo incluso mientras dormía...

Fenrisulf siempre había estado muy enamorado de la portadora de la Lira del despertar, pero nunca pudo reunir el valor suficiente para confesarle sus sentimientos. La veía muy feliz al lado de su amigo Christoffer, con quien se reunía muy a menudo. Aunque ser testigo de aquellos encuentros que su amada tenía con otro hombre en verdad lo contristaban, lo que terminó por llenarle de rencor el corazón fue la noticia de la boda entre ellos. Fenrisulf no pudo asimilar la idea de que había perdido a la mujer de sus sueños para siempre, así que una idea muy descabellada pasó por su mente y decidió llevarla a cabo. Poco después de que terminó el lapso vacacional que Syphiel había decidido tomar para disfrutar de su luna de miel, ella volvió a sus labores como integrante de la Orden. Durante una de sus misiones, Fenrisulf la siguió por varios días desde una distancia prudente. Cuando estuvieron en un sitio apartado de las zonas habitadas, él se cubrió el rostro con una máscara negra y se abalanzó sobre ella, la amordazó y se la llevó consigo a la fuerza. En medio de unos altos matorrales, el joven abusó de la indefensa mujer y luego la dejó allí, semidesnuda y abandonada a su suerte.

La muchacha quedó traumatizada, pero tenía tanto miedo y vergüenza por lo sucedido que prefirió no decir nada sobre ello, ni siquiera a Christoffer. Como fruto de aquel terrible incidente, Syphiel quedó embarazada de Nahiara. Sin embargo, nadie más, aparte de Fenrisulf, se enteró de eso, pues la joven madre se mantuvo en completo silencio y hasta les hizo creer a todos que estaba encinta de su esposo. Y toda la evidencia de dicha atrocidad quedó resguardada en las memorias que Syphiel de forma voluntaria le entregó a Cedric. Esas espantosas memorias de su deshonor, junto con las del día en el cual su bebé recibió la maldición, no la dejaban vivir en paz y, por esa razón, se deshizo de ellas sin remordimiento alguno...

Fenrisulf estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que fuese necesaria para enmendar todas las desgracias que había ocasionado su execrable conducta del pasado. Deseaba traer de vuelta a la vida a su hija Nahiara y apoyarla en todo lo que ella deseara, sin importar cuál fuese la naturaleza de esos deseos. Era lo menos que podía hacer, tras haberla

dejado abandonada cuando era bebé y haber abusado de la dulce Syphiel. Y si el precio a pagar por recuperar a su progenie era el de sacrificar la vida de otras personas, lo haría con gusto. Y Dahlia estaba funcionando a la perfección como el conducto que lo llevaría sin contratiempos a la consecución de sus objetivos...

Mientras tanto, en la Tierra, Bianca se estaba llenando de impaciencia. Por más esfuerzos que hacía para recordar al chico que había visto en sus sueños, no había manera de evocar con precisión sus rasgos físicos. Deseaba con toda su alma volver a verlo, así que, mientras eso se daba, al menos quería tener una manera de sentirse más cerca de él. Planeaba hacer un retrato, dibujado con carboncillo, técnica que se había convertido en su especialidad desde que empezó a recibir lecciones de Artes plásticas en la escuela. No obstante, uno tras otro, arrugó decenas de hojas de papel con varios bocetos, dado que ninguno terminaba de satisfacerla.

—Si pudiera soñar con él en este instante, sería lo más genial que me podría pasar... ¿Por qué las mejores cosas que me pasan en la vida no son más que simples sueños? —monologaba ella, en voz alta, dado que estaba sola en casa, encerrada en su habitación.

De pronto, una gélida ráfaga de viento empezó a colarse por la ventana. La chiquilla arqueó su ceja izquierda, muy extrañada, pues en la época del año en que se encontraba, era anormal que soplasen ventiscas frías. Eso era propio del fresco mes de diciembre, no del caluroso marzo. Se levantó de su escritorio de madera barnizada y se dispuso a cerrar el ventanal. La brisa siguió soplando, y lo hacía con más intensidad conforme Bianca se acercaba. Sus alborotados cabellos danzaban justo enfrente de sus ojos, por lo que le dificultaban un poco la visibilidad. Sin embargo, ese molesto contratiempo no logró evitar que la jovencita observase un velocísimo torpedo rojizo que surcaba el estrellado cielo de esa despejada noche. Su quijada inferior le rozó las rodillas ante semejante espectáculo. Un raro presentimiento se apoderó de su ser. El corazón le latía a mil kilómetros por hora. «¿Será posible que sea él? ¿Me estaré volviendo loca?» deliberaba ella para sí.

A unos escasos metros por encima de la residencia de la familia Bustamante González, Milo pasó volando, sin percatarse de que allí mismo se hallaba la persona a quien estaba intentando encontrar con tanta desesperación...

XXXIX CONEXIÓN

❧ Dahlia estaba muy confundida y un tanto asustada tras el incidente en el cual creyó escuchar el distante grito, ininteligible, de alguien que parecía querer comunicarse con ella. A pesar de que no era capaz de recordar ni un pequeño fragmento de algún encuentro o una conversación en donde estuviese presente la persona que le hablaba, ese dulce timbre de voz le pareció muy conocido. Desde el centro de su pecho, un reconfortante calor comenzó a expandirse con rapidez. La totalidad de su organismo experimentaba una rara sensación de apego hacia quien quiso darle un mensaje que, por desgracia, nunca llegó completo a sus oídos. Cual cálido sol veraniego de potentes rayos que se posan sobre los ligeros cuerpecillos de las alegres aves silvestres, así fue para la joven la imborrable impresión ocasionada por el sonido de la voz que le era desconocida y tan familiar al mismo tiempo. Sentía como si aquella persona hubiese estado siempre a su lado, apoyándola y viéndola crecer. Su corazón le indicaba que había existido un prolongado contacto cercano entre ellos, cuyo recuerdo no podía ser borrado del todo de ninguna manera.

—Oye, Nahiara, pareces distraída. No deberías permitir que tu mente desperdicie su energía en esfuerzos infructuosos. Mejor enfócate en el complejo proceso que tienes frente a ti. Lo único que debe preocuparte ahora es la adecuada selección de los recuerdos —aseveraron al unísono ambos bulbos.

—Pero... ¿qué es lo que acaba de suceder? Estoy segura de que alguien quería hablar conmigo. Incluso escuché un ruido similar al de un vidrio resquebrajándose. Algo muy extraño está ocurriendo —manifestó la rubia, con el ceño fruncido y la mirada inquieta.

—No ha pasado nada fuera de lo que es común. Estás siendo probada de muchas maneras distintas, así que no deberías alarmarte por un simple bullicio lejano que ni siquiera te afectó.

—Me parece que conozco a esa persona... ¿Están seguros de que esto es normal?

—Claro que estamos seguros. Ignora ese asunto de una buena vez y continuemos con tus pruebas, ¿de acuerdo?

—Al parecer, no existen muchas opciones para escoger... Entonces, no me queda más remedio que obedecer sus órdenes.

—Muy bien, ese es justo el comportamiento que esperábamos de ti. Las verdaderas damas saben que deben aprender a guardar silencio y sujetarse a la autoridad. ¡Las mujeres sumisas son las mejores de todas! Nos alegra que hayas comprendido a cabalidad cómo actuar de manera correcta. ¡Síguenos, por favor!

Un abrumador deseo de proferir variados improperios se apoderó de la chica. Aquella prepotente pareja de imitaciones de cebolla la sacó de quicio con ese despectivo comentario hacia el género femenino. «¿Cómo se atreven a hablar así?! ¿Acaso creen que las mujeres debemos ser tratadas como si fuésemos seres inferiores?!» pensó ella, iracunda. La chiquilla repudiaba la discriminación en cualquiera de sus manifestaciones, pero pocas cosas la incomodaban más que toparse con gente cuyos pensamientos privilegiaban a los hombres por encima de las mujeres o viceversa. No obstante, ella estaba consciente de que no sería nada prudente ni ventajoso confrontar a los bulbos, dado que enojarlos podría significar la pérdida permanente de las preciadas memorias que ellos tenían en su poder. Por lo tanto, inhaló y exhaló de manera profunda en repetidas ocasiones al tiempo que cerraba los ojos, con lo cual logró mantener a raya sus enormes impulsos de desquitarse, los cuales habían estado a punto de aflorar.

Las dos pequeñas masas bulbosas avanzaron hacia adelante, dando saltos cortos pero muy veloces. La muchacha apenas tuvo tiempo de alcanzarlas. Conforme se desplazaban, el ambiente iba perdiendo poco a poco su aire de tenebrosidad. No tardaron en llegar a un sitio de escasa iluminación, pero al menos se podía ver con mucha mayor claridad que en la zona de la cual habían salido. Se trataba de una

estrecha estancia abovedada, con ásperos muros pintados de una enfermiza tonalidad grisácea. Dicha habitación estaba desprovista de muebles, ventanas, puertas u ornamentos. Lo único que se alojaba en su interior era un gran hoyo negro giratorio. Este se ubicaba en el suelo, justo en medio del recinto. Dahlia se aproximó a paso lento, puesto que el movimiento oscilatorio de aquel extraño agujero le producía un ligero vértigo.

—Bienvenida seas ante la presencia del *Ojo de la confusión*. Dentro de esta magnificante pupila, encontrarás una amplia gama de recuerdos. Nuestros compañeros están esperando con ansias que tú los elijas. Hay, al menos, unos treinta Bulbos evocativos allí. Lo que debes hacer es introducir la totalidad de tus brazos en esta abertura y comenzar a sacar tantos bulbos como te sea posible en un lapso de treinta segundos. No será una tarea sencilla, ya que la constante rotación del ojo ocasiona que los bulbos sean escurridizos, al estar cambiando su posición. Una vez que el tiempo reglamentario se agote, tendrás derecho a quedarte con tres de las memorias que hayas conseguido. Podrás escoger cuáles prefieres de forma libre, pero solo se te permitirá mirar el interior de cada bulbo durante diez segundos. Tendrás que prestar cuidadosa atención a cada escena, con el fin de que tus elecciones sean llevadas a cabo utilizando el máximo de tu capacidad de raciocinio. ¿Lo has comprendido todo?

—Creo que sí. Si no me equivoco, me están diciendo que tendré escoger entre varios de mis valiosos recuerdos basándome solo en un breve vistazo de cada uno. ¿Es así?

—¡Correcto, Nahiara! Has entendido bien.

—Pues, cuánto más rápido iniciemos, mejor para mí.

—¡Perfecto! Dejemos de perder tiempo en diálogos inútiles. Cuando gustes, puedes proceder...

—¡Eso haré ahora mismo! Gracias por escucharme...

La joven Woodgate presionó sus párpados y tensó la mandíbula. Sin detenerse a pensárselo dos veces, insertó ambas extremidades superiores en el corazón de la renegrida cavidad moviente. Por un fugaz instante, quiso apartarse, ya que un intenso frío envolvió a sus

miembros, lo cual entorpecía cualquier maniobra que desease ejecutar. La pesadez y el agarrotamiento en sus músculos y sus huesos harían casi imposible que ella pudiese asir siquiera un bulbo. En esas adversas condiciones, ¿cómo sería posible que sacase más de uno o dos? Sin embargo, rendirse jamás estuvo entre los planes de la muchacha. En un arrebatado de furia y determinación, permitió que la adrenalina fluyese a sus anchas por cada célula de su torrente sanguíneo. Esa súbita descarga de energía ocasionó que miles de impulsos eléctricos envolvieran con gran velocidad a sus otrora rígidos miembros y los transformaran en un par de ágiles tenazas. Atrapar los bulbos se convirtió en un simple juego de niños para Dahlia, quien lanzaba una gran cantidad de estos a diestra y siniestra con increíble pericia.

—Tu tiempo se ha acabado. ¡Detente ya mismo! —exclamó la pareja de mandonas cebollas parlanchinas, con un elevado grado de fastidio.

La rubia acató la orden que le fue dada sin rechistar. No era necesario que se quejase o emitiese reclamo alguno, puesto que había logrado sacar hasta el último de los Bulbos evocativos que se encontraban atrapados en el fluctuante hoyo ovalado. Sonreía de oreja a oreja, muy satisfecha de sus logros. Podía sentirse muy orgullosa de sí misma, dado que no solo había cumplido a la perfección con su tarea, sino que también había acallado a las soberbias bocas de aquellas molestas masas tuberosas, y todo ello durante unos insignificantes treinta segundos.

—No te alegres demasiado, niña. Sin importar cuán prodigioso haya sido tu desempeño, de nada te valdrá si te equivocas en tus decisiones. Los próximos cinco minutos serán cruciales en tu vida. ¿Deseas tener un descanso antes de continuar o quieres proseguir de inmediato?

—Al mal paso hay que darle prisa... ¿Para qué sirven las pausas? Eso solo me retrasa. ¡Quiero seguir ya!

—Esa buena disposición tuya nos ahorra trabajo. ¡Excelente! De ahora en adelante, cada vez que escuches un ruido como el de un pesado martillo que golpea la cabeza de un clavo, sabrás que ya pasaron diez segundos y que tendrás que soltar el bulbo que estés sosteniendo en ese momento. Sin más indicaciones que agregar, ¡adelante, Nahia!

La chica de dorada cabellera no perdió ni una sola centésima de segundo. Antes de que le dieran el mandato de emprender la segunda etapa de la prueba, ya ella estaba sosteniendo un bulbo en su mano derecha, para así no desperdiciar el corto lapso del que disponía para mirar en el interior de sus desperdigadas memorias...

La primera imagen que le correspondió observar era mostrada a través de los ojos de una jovencita, cuyos largos mechones de níveo cabello largo le cubrían una pequeña parte de su campo de visión. En dicha escena, se podía ver con claridad a un hombre maduro, de unos cuarenta años a lo sumo, gritando a todo pulmón. Su desencajada expresión facial mostraba que el pánico se le había colado hasta el tuétano. El sujeto echó a correr despavorido mientras la dama levantaba ambos brazos frente a sí y extendía sus descoloridas palmas abiertas hacia arriba, como si le implorase a aquel varón que detuviera su huida...

El golpeteo del martillo se hizo escuchar. La muchacha dejó caer el bulbo que acababa de mirar y giró su cabeza en dirección a su mano izquierda, pues mientras ojeaba ese recuerdo inicial, se había agachado muy rápido, con el fin de tomar otro bulbo. Esa acción le proporcionaría mayor eficiencia en el cumplimiento de su cometido, y la repetiría vez tras vez hasta concluir con las treinta masas bulbosas. Por suerte, ella había colocado la totalidad de los bulbos muy cerca unos de otros, para así no tener que desplazarse demasiado cuando necesitara localizarlos e ir levantándolos del suelo uno a uno.

El siguiente escenario retrataba un animado patio de recreo en una escuela primaria, lleno de infantes sonrientes y hablantines. Se distinguía a un niño moreno, de unos siete años, sentado en la gradería. Después de ser tocado por la delicada mano de la pequeña que reposaba junto a él, a través de cuya mirada se estaban visualizando los acontecimientos, el chiquillo de pronto se puso pálido, sudoroso y convulso. La niña profirió un chillido de susto y se echó a llorar con gran amargura al instante...

Dahlia sintió una gélida de estocada en su corazón tras mirar aquel desgarrador suceso. El sufrimiento de la niñita le hizo estremecer hasta

la última fibra de su alma. Un raro instinto le indicaba que esa memoria solo podía ser suya. Otro golpazo del martillo la hizo abandonar su línea de pensamientos. Procedió a asomarse por el orificio ubicado en la parte superior del siguiente bulbo.

En la tercera reminiscencia, no pasaba inadvertida, ante la libidinosa mirada de la dueña de aquel recuerdo, la imponente presencia de un fornido muchacho de vistoso ropaje azafranado, cuya tersa piel canela contrastaba muy bien con sus verdes ojos, tan cristalinos como el lago Tahoe. Mediante el par de orbes que pertenecían a la mujer, quien se acercaba al mancebo con paso firme y cadencioso, se notaba a leguas que el hombre había entrado en pánico al darse cuenta de las intenciones de ella. Sin embargo, incluso cuando la fémina le sostuvo las mejillas entre sus manos y le estampó un impulsivo beso en los labios, el joven jamás hizo intentos de apartarla o detenerla...

Presenciar de primera mano la forma en que ese muchacho era besado le revolvió el estómago a la pelirrubia. Ni por un milisegundo le pareció que esa escena tan chocante pudiese ser un recuerdo que le perteneciera. «Esa no puedo ser yo. Jamás he besado a Cedric de esa manera», monologaba ella, dentro de su confundida cabeza. «Un momento... ¿He dicho Cedric? Si se supone que no tengo memorias, ¿cómo es que puedo reconocerlo? ¿Por qué recuerdo su nombre?» En definitiva, algo estaba fuera de lugar. Y desde hacía un buen rato que una ligera presión sostenida sobre su espalda la estaba incomodando pero, dado que ella tenía sus manos ocupadas en sostener los bulbos, no podía revisar qué era lo que se le había acomodado en el lomo.

Allí en Solu, mientras Dahlia continuaba examinando con rapidez fragmento tras fragmento de sus múltiples recuerdos, haciendo un colosal esfuerzo para identificar cuáles, de entre esas cientos de imágenes que contemplaba, eran las más importantes, en la Tierra se estaba dando un acontecimiento muy peculiar...

Bianca cayó de rodillas tras la rauda partida del bólido rojizo que atravesó el cielo. Sus manos crispadas se asían con firmeza del marco de la ventana al tiempo que ella seguía mirando hacia afuera. Una tos descontrolada y una gran dificultad para respirar la atacaron de pronto,

dándole a entender que la fuerte impresión que se había llevado le desencadenó uno de sus frecuentes ataques de asma. Con cierta dificultad, se arrastró hasta la mesita de noche de color celeste pastel que estaba al lado de su cama y, casi a tientas, buscó su inhalador. Después de tomar un par de bocanadas a través de este, empezó a calmarse y a sentirse un poco mejor. Decidió recostarse en la cama y reposar.

La muchachita estaba a punto de quedarse dormida cuando una imagen bien definida del semblante del chico de su sueño le sobrevino de pronto. Sintió como si le hubiese caído encima un baldazo de agua helada. La abrumadora presencia de ese rostro entre los intersticios de su cerebro no le dejó espacio para nada más. El joven desconocido se adueñó por completo de sus pensamientos. Todo ello causó que se le acelerase el ritmo cardíaco y respiratorio de nuevo, pero esta vez esas reacciones físicas no eran síntomas de su padecimiento. Su suave piel comenzó a ponerse dura y compacta, cual si fuese una sólida columna de granito. La tonalidad plateada con la que todo su cuerpo resplandecía era casi cegadora. Sin pensarlo, juntó sus palmas ahuecadas a la altura de su pecho, y de este emergió una diminuta gota blanquecina en estado de plasma. Su constitución se asemejaba mucho a la de una molécula de mercurio, pero con una inigualable particularidad, dado que esta gota podía flotar en el aire por sí sola. Bianca mantuvo sus manos rodeándola, como si la estuviese protegiendo de algo o evitando que escapase.

Con sumo cuidado, la muchacha se puso de pie y caminó en dirección a la ventana, la cual aún estaba abierta. Inclino su cabeza hacia adelante y se quedó mirando a la gota que reposaba entre la pequeña cárcel de sus dedos. De su boca fluyó un leve vientecillo cargado de un fino polvo argénteo que, al entrar en contacto con la gotita, hizo que de esta última naciesen tres pares de minúsculas alas semitransparentes, muy similares a las de un colibrí. El diminuto ente volador empezó a girar sobre su propio eje a una velocidad superior a la del sonido, tras lo cual se desvaneció por completo del planeta Tierra. Tras ello, la chiquilla regresó a la normalidad, mas su organismo le pasó la factura

por el gran esfuerzo que acababa de hacer, así que no tardó en desplomarse sobre el piso de su habitación, pues estaba muy debilitada.

La criatura alada se materializó de nuevo, pero estando muy lejos de allí. Terminó reposando sobre la espina dorsal de Dahlia...

XL REENCUENTRO

❧ Toda la familia Bustamante González estaba más que acostumbrada a lidiar con la tendencia enfermiza de Bianca. Desde que era muy pequeña, sus problemas de salud respiratoria limitaban mucho su vida social. Casi nunca podía salir a jugar con sus vecinos o sus primos, aunque lo deseaba con vehemencia. Para su desdicha, varias veces cada semana, los severos ataques asmáticos la dejaban exhausta y débil. Pasaba incontables horas recostada en la cama del hospital local, con una aparatosa mascarilla cubriéndole la mitad el rostro. A través del nebulizador, la pobre chiquilla recibía poco a poco el fino vapor de los variados medicamentos que le eran suministrados para detener y revertir la inflamación de sus vías respiratorias. Cada uno de los músculos de su delgado cuerpo llegó a estar muy deteriorado debido a la falta de actividad física que se daba como consecuencia de sus padecimientos pulmonares crónicos. El frágil corazón de la chica no resistía ni siquiera una breve caminata a paso rápido sin que eso le ocasionase una fuerte agitación, un insoportable dolor en el pecho y unas molestas sudoraciones...

Una fría tarde de diciembre, Manuel, el padre de Bianca, propuso llevar a su pequeña en el automóvil familiar para que se quedase a dormir por dos noches en casa de sus abuelos paternos. La niña acababa de cumplir los once años, y ese viaje fue planeado como parte de su regalo de cumpleaños. Lucrecia estuvo de acuerdo con su esposo, pero decidió no acompañarlos a él y a su hija debido a que ella tenía un importante compromiso laboral que atender en esos días. La señora se despidió de ambos con gran efusividad, y le mencionó a su cónyuge que

lo llamaría más tarde para saber cómo les había ido durante el largo trayecto.

Estando a solo unos pocos kilómetros de llegar a su destino, el señor Bustamante se distrajo por unos segundos al escuchar el timbre de llamada de su teléfono celular. Lo había guardado en algún recóndito rincón de su maletín ejecutivo. Dicha valija reposaba sobre el asiento del copiloto, así que él desvió su mirada en esa dirección. «Debe ser Lucrecia, y no quiero perder su llamada. ¿Dónde puse ese ruidoso celular? ¿Dónde está? ¿Dónde está?» Esos fueron los últimos pensamientos que poblaron la mente del distraído hombre, pues sus días llegarían a su fin esa mismísima noche. En un abrir y cerrar de ojos, una camioneta cargada de verduras se le apareció justo enfrente. Al tratar de esquivarla, Manuel perdió el control de su vehículo y chocó de lleno contra un poste del alumbrado público. El hombre falleció de forma casi instantánea en el lugar, pero Bianca sobrevivió...

No obstante, la chica no salió ilesa de ese terrible incidente. Tenía múltiples contusiones y cortaduras en sus extremidades superiores, varias fisuras en cuatro de sus costillas y un significativo trauma emocional al haber presenciado la muerte de su progenitor. Fue llevada a la sala de urgencias, pues, además de las lesiones ocasionadas por el accidente, se le desató el peor de sus ataques asmáticos. El flujo de oxígeno hacia sus pulmones se vio interrumpido, dado que tenía las fosas nasales y la cavidad bucal bloqueadas en su totalidad por la hinchazón y el exceso de mucosidad. Comenzó a fibrilar y, a los pocos minutos, su corazón se detuvo. Trataron de reanimarla de todas las maneras posibles, pero todo fue en vano. La única opción que los médicos encontraron para salvarle la vida era hacerle un trasplante cuanto antes. Aprovechando que el señor Bustamante poseía el mismo tipo de sangre que su hija, los cirujanos decidieron tomar su corazón para dárselo a la niña. La situación era desesperada, por lo que no hubo tiempo de solicitar el consentimiento legal de ningún familiar del difunto.

Después de ocho horas de angustia en la sala de operaciones, los tres especialistas en cirugía cardíaca que atendieron el delicado caso de la

frágil jovencita finalizaron la delicada intervención quirúrgica con gran éxito. Mantuvieron a la pequeña en la sala de cuidados intensivos, a la espera de la reacción de su organismo ante el trasplante. Mientras tanto, a las afueras de aquella habitación, la señora de Bustamante recibía la fatídica noticia de lo sucedido con su esposo y el esperanzador informe en cuanto a la vida de Bianca. La mujer se echó a llorar a lágrima viva. Una mezcla de dolor, rabia y resentimiento afloró en la parte más profunda del alma de la sufrida dama. Por su incondicional amor hacia Manuel, ella había aceptado cuidar de la hija de él como si fuese su verdadero retoño. El hombre había enviudado cuatro años antes de casarse con Lucrecia, cuando la pequeña contaba con apenas siete años. Aquella mujer podía aceptar convivir con la mocosa si era por causa de su amado, pero si él ya no estaba, seguir tratándola bien le resultaba algo odioso. «¿Cómo es posible que mi Manuel se haya ido!? ¿Por qué no murió Bianca en su lugar!? ¡Jamás podré perdonar a esa estúpida niña!» monologaba para sus adentros, hecha una furia.

Desde ese día en adelante, el trato de la viuda de Bustamante hacia Bianca se fue volviendo cada día más hostil. Ver a la chiquilla viva le recordaba a Lucrecia que su esposo se había ido. Culpaba a la niña del accidente, dado que el viaje, que se transformó en desgracia, se había llevado a cabo para complacer a la chiquilla en su cumpleaños. Y las cosas se ponían aún peores cuando la mujer se acordaba de que la chica seguía existiendo gracias al corazón de Manuel. Estar consciente de ese hecho le carcomía las entrañas y hacía que su desmesurada repulsión hacia la inocente Bianca continuara desarrollándose. Los amargos gritos y el maltrato físico eran el pan de cada día tras las puertas de la elegante residencia que recibieron como herencia de parte del finado Manuel. Aunque la salud de la muchachita había mejorado bastante luego del trasplante, el nocivo ambiente familiar no le permitía progresar de verdad. Un gigantesco desasosiego terminó por apoderarse de su entero ser, convirtiéndola en una persona muy insegura y triste...

El día del encuentro onírico de Bianca con Milo fue lo que marcó un antes y un después en su desdichada vida. La sensación que le provocaba pensar en él no se parecía a ninguna de las grises emociones

a las que estaba tan acostumbrada. Conocer a ese joven afable y sereno le había demostrado que no estaba condenada a sufrir por el resto de sus días. Y por una extraña razón que no terminaba de comprender, estaba muy segura de que el bólido rojizo que atravesó el cielo mientras ella lo contemplaba no podía ser otra cosa que ese chico. La presencia de aquel muchacho desencadenaba en ella una serie de fuertes emociones que le alteraban el funcionamiento de su cuerpo, pero de una manera muy agradable. Nunca pensó que un simple chaval pudiese convertirse en el motivo principal del renacimiento de su quebrantado espíritu...

La jovencita todavía yacía recostada en el piso de su habitación, con los ojos cerrados. No le quedaron fuerzas para levantarse tras el súbito despliegue de energía que había manifestado. No entendía qué era lo que le acababa de suceder, pero casi podría jurar que ese acontecimiento estaba relacionado de alguna forma con ese enigmático chico que tanto anhelaba conocer. «¿Quién es él? ¿Cómo es capaz de hacer semejantes cosas si ni siquiera nos hemos visto cara a cara? ¿En verdad existe o me lo estoy inventando para consolarme?» se interrogaba ella, en la privacidad de su mente. A pesar de que estaba muy contenta con los positivos cambios en su estado de ánimo, todavía albergaba numerosas dudas con respecto a la verosimilitud de la situación. No le parecía algo racional de su parte el asegurar que quienes aparecen durante los sueños son reales, y mucho menos se sentía en capacidad de afirmar que un chico común y corriente pudiese volar. «Tengo muchísimo miedo de estar volviéndome loca», susurraba para sí.

Mientras tanto, Milo continuaba vagando por todos los rincones del planeta, sin obtener señal alguna que le indicase la ubicación exacta de la chica que estaba buscando. El gemelo de Dahlia estaba comenzando a impacientarse. Decidió regresar a donde se encontraba Emil, pues quizás él hubiese descubierto alguna novedad que les ayudara en la consecución de su dificultosa tarea. Cuando el jovencito entró en la estancia principal de la cabaña, el señor Woodgate se encontraba consultando vía Internet una amplia gama de artículos de revista y libros

relacionados con el tema de las conexiones oníricas y los sueños lúcidos.

—¡Ay, papá! Ya no sé qué más hacer para encontrar a esa muchacha. ¿Cómo voy a saber en dónde está si no puedo sentir su presencia? La Tierra resulta ser un enorme escondite cuando no se tienen pistas. ¡Dime que has encontrado algo que nos pueda servir, por favor! — clamó el chico, con un tono de súplica desesperada.

—¡Por favor, tranquilízate, hijo! Ni tú ni yo ganamos tan siquiera un ápice de ventaja permitiendo que la angustia nos gane terreno — respondió el padre, mostrándose muy sosegado mientras hablaba.

—Lo sé... Sé que tienes razón, pero no es nada sencillo mantenerme calmado mientras mi hermana sigue en grave peligro.

—¿Crees que para mí sí lo es? ¡En absoluto! Pero, para avanzar, hemos de pensar con la cabeza fría. Si nos dejamos llevar por las emociones, estas podrían nublarnos el juicio y hacer que obviemos detalles importantes.

—Sí, estoy muy de acuerdo con ello. Quizás el gran estrés que tengo sea la causa principal de mi fracaso en esta misión...

—Tal vez sí o tal vez no... Ya no te atormentes más con eso y presta atención a lo que se me ha ocurrido.

—¡Lo que tú digas, papá! ¡Soy todo oídos!

—Entre la variada documentación que he leído hasta este momento, encontré algo muy interesante. Uno de los libros que encontré menciona que la clase de sueño que experimentaste con esa niña se puede dar de forma espontánea o puede ser inducido. ¡Eso me da una gran idea!

—¿Qué es lo que sugieres que hagamos?

—Cuando te tomaste la infusión que contenía el cuero cabelludo de Nina, pudiste establecer contacto con Dahlia, a pesar de que ella no está en la Tierra. Estabas enfocado en ella cuando ingeriste el brebaje. Pienso que podrías repetir ese proceso con esta chica que buscamos.

—Déjame ver si comprendo lo que dices. ¿Crees que, bebiendo la pócima de la Orankel, podría soñar de nuevo con esa muchacha? Afirmas que, si concentro mis pensamientos en ella mientras estoy bajo los efectos de dicha bebida, lograré verla, ¿es así?

—Sí, es correcto. Y me parece que es, por mucho, la mejor opción que tenemos en este momento.

—Pues sí, no veo más posibilidades. Ya comprobé que jamás la hallaré buscándola despierto. No puedo detectar su esencia... Haré tal y como me has sugerido.

—Pondré un poco de agua a hervir en el microondas y te la entregaré de inmediato. ¿Tienes contigo los cabellos?

—Así es. Vamos a la cocina, entonces.

Ambos varones caminaron juntos los escasos seis metros que lo separaban de la habitación contigua, en donde esperaron con paciencia el par de minutos que le tomó al viejo aparato eléctrico hacer que el agua llegase a su punto de ebullición. Tras ese breve lapso, Milo colocó la hebra carmesí en el interior de la jarra de vidrio y Emil se encargó de revolverlo bien.

—¿Por qué no vas y te recuestas en el sofá cama de la sala? Yo te administraré la infusión cuando te hayas puesto cómodo. Pienso que esto funcionará de mejor manera si te encuentras relajado.

—Está bien, lo haremos así.

Milo se quitó la gabardina escarlata que llevaba puesta sobre su camiseta negra. También se deshizo de las pesadas botas de cuero que calzaban sus pies. Se aflojó el tieso fajón, que le sostenía sus pantalones de mezclilla azul en su debido lugar, y se dejó caer sobre el mullido sillón. Emil se agachó junto al chico y le sujetó la cabeza por detrás, para que así le fuese más sencillo tragarse la pócima. El jovencito cerró los ojos y respiró hondo varias veces. No tardó ni un minuto en caer en un estado de profunda somnolencia. Las puertas del mundo de los sueños se le abrieron de par en par...

El chico solo tuvo que levantar la vista y enseguida la divisó. La joven Bustamante estaba sentada sobre una de las tantas bancas de piedra de un pintoresco parque público, cuyos alrededores estaban llenos de frondosos almendros y palmeras veraneras. Aunque estaban a plena luz del día, ninguna otra persona hizo acto de presencia en aquel lugar. Milo apresuró el paso, y en unos cuantos segundos, estuvo de pie delante de ella.

—¡Eres tú! ¡Es increíble! ¡No te imaginas cuánto he deseado que volviéramos a encontrarnos! ¡Verte es un gran placer para mí! — exclamó Bianca, levantando ambos brazos y agitando las manos tal y como lo haría una niña.

—A mí también me da mucho gusto que volvamos a vernos —declaró él, con su característica sonrisa amable.

—¿En verdad existes? Es que solo te veo en mis sueños, por lo que me preguntaba si eres una persona real o un producto de mi imaginación.

—¡Claro que existo! Mi nombre es... ¿Cuál es el tuyo?

La muchacha frunció el entrecejo y abrió los ojos como platos. Un mohín de preocupación se apoderó de todos sus músculos faciales.

—Disculpa, ¿cómo dijiste que te llamas? No pude entenderte.

—Te mencioné que mi nombre es...

—¡Dios mío, sigo sin entenderte! Cada vez que pronuncias tu nombre, puedo ver tu quijada moverse, pero no se escucha nada. Además, una especie de vapor blancuzco se forma frente a tu boca y me impide distinguirla bien.

—¿Es en serio? ¡Qué extraño! Intentémoslo contigo, a ver qué pasa. ¿Cómo te llamas?

—Pues, yo me llamo... ¿Pudiste oírme?

—No, no pude escucharte. Me sucedió lo mismo que acabas de describir... ¿Qué es lo que está pasando aquí? ¿Por qué solo nuestros nombres son inaudibles?

—No tengo ni la más remota idea. Quizás logremos que esto funcione si intentamos escribirlos, ¿no crees?

—Puede ser. Pero no traigo un bolígrafo o un lápiz conmigo. ¿Tienes uno tú?

—Sí, siempre tengo un lápiz en mi bolsillo. Me encanta dibujar, ¿sabes?

—Uno de estos días me mostrarás tus creaciones artísticas, ¿de acuerdo?

—¡Claro! Será un placer compartir mi trabajo contigo.

Mientras hablaban, Bianca hurgaba en los bolsillos laterales del pantalón azul de algodón que vestía, el cual hacía juego con su blusa gris de poliéster. Ese era el uniforme característico de su escuela. Le tomó un rato darse cuenta de que solo le quedaba disponible un

diminuto trozo de lo que fuera un larguísimo lápiz, pero eso bastaría para hacer la prueba.

—Acá lo tienes. Podemos probar primero sobre la superficie de esta banca, ya que es bastante lisa.

—Sí, me parece un buen punto de partida. Vamos a ver...

Milo intentó trazar las cuatro letras que componían su nombre, pero una fuerza ajena a él le impedía deslizar el grafito. Tras varios intentos fallidos, probó con otra palabra. La palabra que se le vino a la mente fue Dahlia. Esta vez sí pudo escribir con total libertad y facilidad.

—No lo entiendo. Este es el nombre de mi hermana. ¿Por qué no puedo escribir mi propio nombre?

—Estoy tan desconcertada como tú. Esta es una de las cosas más raras que me han pasado en toda mi vida. Creo que solo nos resta hacer la prueba conmigo. Permíteme el lápiz, por favor.

El chico se lo entregó con presteza y se quedó observándola con detenimiento, a la expectativa de lo que sucedería en su caso. Ella empuñó el útil de escritura y acercó su mano izquierda a la banca. Un hormigueo le recorrió todo el brazo, sus dedos se tensaron y tampoco pudo escribir palabra alguna.

—Estoy comenzando a asustarme... ¿De qué se trata todo esto?! —clamó ella, con la voz temblorosa.

—Sea lo que sea, debemos vencerlo. Quiero saber quién eres. ¡Necesito verte en el mundo real! —afirmó Milo, mirándola a los ojos.

—¡Yo también me muero por conocerte! Déjame pensar... ¡Ya sé! Búscame en este lugar en el que estamos ahora. Este parque sí existe. Vengo aquí casi todos los días. Lo encontrarás en el centro de la provincia de... que está en...

—¡No me lo vas a creer, pero el nombre de este sitio también fue ininteligible! Al parecer, hay alguien o algo que no quiere que nos conozcamos ni nos reunamos.

—¡Ay, no! Tiene que haber alguna manera de resolver esto.

—Tal vez podamos lograr algo si no nos decimos lo que tenemos pensado hacer. ¿Te suena razonable?

—Puede ser... Eso me da otra muy buena idea... Dame unos minutos y entenderás a lo que me refiero.

Bianca sacó uno de los pañuelos blancos que a menudo tenía consigo. Con gran destreza, empezó a delinear sobre su lienzo improvisado el contorno de los árboles, las bancas y la fuente que se ubicaba justo en el centro del parque. Luego, se dispuso a hacer el correspondiente sombreado de cada elemento. El resultado fue un detallado dibujo del lugar, una representación muy apegada a la realidad. Lo tomó con cuidado y lo dobló en cuatro partes. Luego de ello, se puso de pie, se acercó a Milo y se lo colocó sobre la palma extendida de su mano derecha.

—Por favor, no te olvides de mí —susurró ella, con dulzura, a escasos centímetros del oído de él.

En ese momento, la conexión onírica entre ellos se rompió, sin previo aviso. El joven Woodgate despertó sudoroso y jadeante. Todavía estaba recostado sobre el sofá cama en la sala de su casa. Volteó a mirar de un lado a otro, algo confundido. La delicada textura del objeto en su mano llamó su atención. Se lo acercó al rostro para ver de qué se trataba. Para su sorpresa, el pañuelo con el dibujo del parque que le entregó Bianca en el sueño seguía con él...

XLI VÍA DE ESCAPE

❧ Cedric seguía dándole vueltas a las escasas posibilidades con las que contaba para liberarse de aquella deprimente celda a la cual lo habían confinado, sin siquiera darle una explicación de las razones para la remoción de su derecho a la libertad. Aun si él lograra destruir la gruesa puerta de acero que lo mantenía recluido en aquel diminuto calabozo, no tenía ni la más remota idea de cómo deshacerse de la fuerza invisible que lo obligaba a permanecer inmovilizado, siempre en posición horizontal. Estaba consciente de que batallar contra un poder que desconocía sería inútil. La Murániga le había dicho de manera clara que no debía desperdiciar sus limitadas energías en vano. Por lo tanto, decidió intentar algo que nunca se le hubiese ocurrido probar antes.

—Aunque esto no es algo que me complazca mucho llevar a cabo, quizás aún pueda comunicarme con Nina. Hace muchos siglos que no hablamos y ella seguro cree que estoy muerto, pero me parece que es la única persona que me podría dar algún tipo de ayuda en estos momentos —murmuró para sí el Taikurime.

Respiró hondo un par de veces y se concentró en la imagen de su prometida, al tiempo que frotaba la piedrecilla de jaspe rojizo de su sortija con la punta de su dedo índice izquierdo. Para su buena fortuna, la joya comenzó a resplandecer. Una imagen vaporosa de la bella Orankel apareció frente a los ojos del príncipe.

—¡Oh, por todas las hadas del bosque y las ninfas del atardecer! ¡Eres tú, mi Cedric! ¡Este es el día más feliz de mi vida! ¡Por fin vuelvo a ver tu hermoso rostro! ¡Estás bien, mi amor? —clamó ella, mientras le bajaban gruesas lágrimas por sus perladas mejillas.

—Sí, estoy bien, no te preocupes. Lo único malo que me ha sucedido es que estoy preso. Necesito que me ayudes a salir de aquí, por favor — respondió él, con un tono de voz que no ocultaba su indiferencia.

—¿¡Prisionero!?! Pero, ¿por qué? ¿En dónde te están reteniendo?

—Es una larga historia, que con gusto te contaré después. Por ahora, es urgente que me saques. ¿Podrás hacer algo, aunque estés en la Tierra?

—Siempre hay algo que las Orankel podemos hacer. Voy a ir en busca de alguna de las Linvetsi. Estoy segura de que ellas estarán gustosas de fabricar una de sus famosas aves Argénteas para ti. Será sencillo para ellas hacértela llegar, tan pronto como la tengan lista.

—¿Las Linvetsi? ¿Te refieres las Náyades Purificadoras? Pensé que su estirpe se había extinguido cuando Raki falleció.

—Eso es lo que le hicieron pensar a la gran mayoría de los seres terrestres. Decidieron encubrir su identidad y sus poderes con el objetivo de protegerse de la Legión de los Olvidados. Algunas de ellas se sacrificaron y se convirtieron en humanas. De esa manera, sus habilidades pueden quedarse dormidas por completo y no las despiertan a menos que sea necesario, ya sea para la supervivencia de su especie o para el bienestar del planeta.

—Y si están escondidas, ¿cómo harás para encontrarlas?

—Todos los entes encargados del cuidado de la Tierra tenemos una conexión especial. Podemos reconocernos con facilidad. Incluso mientras hablamos puedo sentir la presencia de una niña Linvetsi en la zona central del continente que tengo a mi cargo. Ya que no tengo permitido descender todavía, enviaré a mi mensajera de confianza para que hable con la chica y le pida que nos ayude. Tú solo ten un poco de paciencia, amor mío. Muy pronto estaremos juntos de nuevo.

—De acuerdo, Nina. Confío en ti. Volveré a contactarte mañana, a esta misma hora, dado que no es seguro que sigamos hablando por tanto tiempo. Podrían descubrirme y castigarme.

—¡Ah, tienes razón! Lo último que querría es meterte en problemas. Entonces, me despido ya. ¡Hasta pronto, mi amor!

—¡Adiós! Muchas gracias por todo lo que haces. ¡Nos vemos!

Tras cerrar el portal de comunicación con la dama, Cedric sintió una gran presión sobre su corazón. Se sentía culpable por no confesarle a Nina que nunca la había amado. También lo atormentaba mucho el haberle escondido a Dahlia el hecho de que estaba comprometido. Pero ahora no era el tiempo ni el lugar para desgastarse la mente pensando en ello. Tenía que ahorrar fuerzas para usarlas cuando saliera de allí. Su adorada rubia necesitaría de él, con sus capacidades físicas y mentales al máximo, así que decidió cerrar sus ojos e intentar dormir un poco...

Bianca continuaba reposando sobre la mullida cama de su habitación. Todavía la envolvía un estado de gran éxtasis tras haber experimentado un emocionante reencuentro onírico con aquel amable chico tan apuesto. No podía creer que había logrado verlo de nuevo. Estaba un tanto desilusionada por no haber sido capaz de conocer su nombre ni de decirle el suyo, pero eso no le restaba ni un ápice de esperanza.

—Sé que él no se va a olvidar de mí. Vendrá a buscarme, estoy segura de eso —farfullaba la ilusionada chica.

Mientras ella seguía fantaseando con Milo, unos suaves golpecitos en el vidrio de su ventana la sobresaltaron.

—¿¡Quién anda ahí!? Si no se identifica rápido, llamaré a la policía — espetó nerviosa, con la voz trémula.

Una cerúlea figurilla humanoide de alborotada melena rosa, con una estatura que no sobrepasaba los cincuenta centímetros, se abrió paso hasta llegar al borde de la cama en donde la muchacha yacía acostada. Sus romboidales ojos escarlata la miraban sin parpadear, llenos de apacibilidad.

—No temas, pequeña Linvetsi. Vengo de parte de una de las cinco gloriosas Orankel, la magnificente Nina. Ella te solicita que la honres con tus servicios —afirmó la extraña mensajera.

—No entiendo nada de lo que está diciéndome. Y mi nombre no es Linvetsi.

—¡Oh, discúlpame! Había olvidado que no te ha sido revelada tu verdadera naturaleza. Permíteme aclararte mis palabras... Tu difunta madre formaba parte de una raza muy especial, las Linvetsi. En la antigüedad, estas mujeres se encargaban de limpiar a la Tierra y a todos

sus habitantes de las impurezas físicas y espirituales. Hoy en día, ellas se han visto obligadas a permanecer ocultas entre los humanos, debido a que existe un grupo de malvados seres que las están buscando para asesinarlas. Tanto tú como las restantes doncellas de tu especie poseen un poderoso sello de camuflaje que no puede ser roto, a menos que la portadora decida deshacerlo de manera voluntaria. Eso es lo que te ha mantenido a salvo hasta este día.

Bianca abría y cerraba la boca una y otra vez, pero todas las frases que se le venían a la cabeza se le quedaron atascadas en lo más profundo de su garganta. De no ser por la secuencia de experiencias sobrenaturales que se habían estado dando unos cuantos días atrás, ella jamás hubiese creído en nada de lo que la emisaria de Nina le estaba explicando.

—Comprendo tu sorpresa ante las importantes noticias que acabo de darte. Te daría tiempo para asimilarlas, pero por desgracia no podemos desperdiciar ni un solo segundo más. Hay un joven príncipe cuya vida depende de que lo ayudes.

Aunque todavía se le dificultaba articular las palabras, Bianca hizo un esfuerzo para formular unas cuantas preguntas, dado que su curiosidad era más grande que su temor.

—¿Un príncipe? ¿De qué país es él? En estos tiempos ya casi no hay príncipes. ¿Y qué podría hacer yo para ayudarlo?

—Este príncipe no habita en la Tierra. Y créeme, eres la única que puede hacer algo por él.

—¿Cómo voy a poder socorrerlo, si él ni siquiera está dentro de este planeta?

—Eso no es un obstáculo para tus poderes. Es más, ya has utilizado tus habilidades.

—¿Y cuándo he hecho tal cosa? Ni siquiera me di cuenta de ello.

—Le enviaste un ave Argéntea a una jovencita llamada Dahlia, quien también se encuentra en territorios extraterrestres.

—¿Dahlia? Ese es el nombre de la hermana del muchacho que he estado viendo en mis sueños.

—¿Has visto al protector Keijukainen en el plano onírico? ¡Qué increíble coincidencia!

—¿Lo conoce usted? ¿Sabe cuál es su nombre?

—¡Claro que lo conozco! El chico se llama Milo. Mi señora está muy agradecida con él y con su gemela, puesto que ellos han ayudado al príncipe que te he estado mencionando, el cual es su prometido.

La enorme sonrisa que se dibujó en el rostro de la chiquilla dejaba a la vista hasta la última de sus muelas. «¡Ya sé cómo se llama! ¡Él sí existe! Milo... ¡qué hermoso nombre! Sabía que no debía perder la esperanza», cavilaba ella, en la privacidad de su mente. No obstante, al hallarse en presencia de una desconocida, prefirió disimular su alegría y guardársela para después, cuando estuviese a solas. Se aclaró la garganta y retomó la expresión de seriedad que tenía antes.

—Ya veo... Pero entonces, ¿de qué manera voy a repetir algo que hice sin percatarme de que lo estaba haciendo?

—¿En qué estabas pensando antes de iniciar el proceso de fabricación del ave Argénteo? Puede que eso te ayude a lograrlo de nuevo.

—No estoy segura de si lo que voy a decir sea correcto, pero creo que no fueron mis pensamientos sino mis sentimientos los que despertaron ese raro poder que usted dice que tengo.

—Puede que tengas algo de razón. Y bueno, dime, ¿qué sentías?

—Sentía un inmenso vacío en el pecho, una angustia que no se calmaba. Era como si los sentimientos de alguien que estaba en graves problemas hubiesen llegado a mí. No sé cómo explicarlo.

—Me parece que estás en lo correcto, pequeña. No me cabe duda de que Dahlia debe estar pasando por situaciones muy difíciles ahora mismo.

—¿Pero de qué manera pude sentir lo que ella siente? Ni siquiera la conozco.

—De seguro existe un vínculo entre ustedes, aunque aún no comprendan del todo cuál es.

—Partiendo de que sea cierto que estoy vinculada de alguna manera con Dahlia, y que por eso pude ayudarla, ¿de qué manera ayudaré al príncipe? No creo que él también esté vinculado conmigo.

—Contigo, tal vez no, pero con Dahlia sí lo está. Si lo ayudas a él, la ayudas a ella.

—Sigo sin comprender cómo voy a hacer semejante cosa...

—Podrías intentar conectarte con el ave Argéntea que ya has enviado allá. Las Linvetsi tienen el don de hablar con sus creaciones.

Bianca frunció el ceño y bajó la mirada. La situación era demasiado complicada para alguien tan inexperta en la vida como lo era ella. Se mordió el labio inferior y se quedó pensativa por un largo rato. Por más vueltas que le daba al asunto, no podía encontrar la respuesta que la mensajera deseaba escuchar.

—Sé que esto no es nada fácil para ti, pequeña. Por eso te traje un obsequio de mi señora que contribuirá a potenciar tus poderes innatos.

La azulada emisaria tomó un frasquito ovalado que portaba en el interior de una bolsa de cuero, la cual estaba atada con un cordel negro y colgaba de su cuello.

—Este recipiente contiene una potente infusión para aclarar los pensamientos y enfocarse de lleno en un objetivo determinado. Si la bebes, podrás conectarte con tu ave y decirle que actúe conforme a tus deseos.

La chica miró hacia la incolora pócima con cierto recelo. «¿Será una trampa? ¿Qué pasa si todo esto se trata de una farsa?» pensaba ella. Nada le aseguraba que estaría bien después de ingerir esa sustancia desconocida.

—Noto que tienes reparos en cuanto a este brebaje. No te preocupes. No posee ninguna clase de efectos secundarios dañinos. Milo ya lo ha utilizado dos veces y le ha sido de enorme utilidad.

—¿De veras? Eso quiere decir que usted no solo lo conoce, sino que además sabe cómo encontrarlo...

—En efecto, mi niña. Puedo traértelo luego, si así lo deseas. Pero primero necesitamos que ayudes a Cedric, ¿de acuerdo?

Aquella declaración terminó por disipar hasta la última gota de inseguridad que la jovencita sentía. La posibilidad real de encontrarse con Milo la convenció de acceder a la petición de la mensajera.

—Está bien. Haré lo que me has solicitado. Solo pongo una condición para ello... Por favor, prométeme que me llevarás con Milo justo después de que cumpla con esto.

—¡Claro que sí! Será un placer realizar tus deseos.

—Entonces, ¡trato hecho!

La muchacha esbozó una tímida sonrisa y extendió la mano para que el frasco le fuese entregado. La asistente de Nina se lo cedió de manera casi instantánea. Ella se quedó contemplándolo por unos cuantos segundos, respiró hondo y se tragó el contenido completo de golpe. Un fuerte escalofrío la recorrió de pies a cabeza. Tras dos minutos, la chica ya se encontraba bajo los efectos de la poción...

Bianca abrió los ojos en medio de un mar de tinieblas. La negrura y la pesadez del entorno le causaban una creciente sensación de aprisionamiento y sofoco. Por un momento, estuvo tan acalorada que quiso ponerse a gritar de la desesperación. Odiaba los espacios oscuros y cerrados, por lo que su respiración comenzó a agitarse. Sin embargo, un punto plateado resplandeciente en la distancia la hizo encontrar de nuevo la calma. Una especie de pajarillo metálico, el cual descansaba sobre el lomo de una chica de cabello dorado, volteó sus diamantados orbes redondeados hacia ella.

—Estoy a sus órdenes, señora mía —declaró el ave Argétea, muy solemne.

—Deseo que vayas a buscar al príncipe Cedric y hagas todo lo que sea necesario para liberarlo de la prisión en que se encuentra. Después de eso, puedes regresar a este lugar y seguir apoyando a Dahlia —anunció la chiquilla, un tanto cohibida.

—Como usted lo quiera, mi señora. ¡Así será!

Acto seguido, una tenue nube multicolor envolvió a la alada criatura. Su figura fue diluyéndose poco a poco hasta que desapareció por completo. Bianca sintió un leve golpeteo sobre la frente que la obligó a cerrar sus ojos. Momentos después, despertó de su trance, estando tendida sobre la cama de su habitación...

El Taikurime estuvo a punto de intentar asestarle un golpe a la voluta grisácea que se formó frente a su rostro. No se esperaba que la

respuesta de Nina hubiese llegado tan pronto, por lo cual se llevó un gran susto ante el despliegue de cegadora luminosidad que emanaba de aquel ente.

—Por favor, no temas. Permíteme guiarte a la libertad. Cuanto más pronto salgamos de aquí, mejor será para Dahlia.

—Daría cualquier cosa por ella, así que haz lo que sea que tengas que hacer conmigo.

El ave Argéntea se pegó a la boca del príncipe y le insufló un fino polvo cristalino a través de esta. La garganta de Cedric se hinchó, lo cual le dificultaba tanto tragar como respirar. No obstante, hizo un esfuerzo para no entrar en pánico y permaneció inmóvil durante todo el proceso. Empezó a perder sensibilidad en varias zonas de su cuerpo al tiempo que su visión se volvía borrosa. Sentía como si sus piernas se estuviesen desintegrando. El mareo y las náuseas eran insoportables. Para colmo de males, un intenso dolor en su cabeza lo hizo retorcerse y perder la consciencia por unos instantes. Cuando abrió sus ojos de nuevo, se encontraba de pie en un sitio distinto. Estaba colocado justo detrás de la silueta de la joven Woodgate...



ARY ZABEL

XLII PREPARATIVOS PARA LA BATALLA

La imponente Galatea se paseaba despreocupada en medio de los amplios y lustrosos pasillos de *La Galería de los Capullos*, el área más recóndita de toda la enigmática Lutkyneva. Dicha zona se encontraba ubicada a veinte kilómetros bajo tierra, y solo tenían acceso a ella los reclutadores de la Legión. Aquel extenso espacio, semejante a un gran óvalo, albergaba a las poderosas hordas de guerreros Blancos, Negros y Plomizos, en el interior de sus cientos de miles de microcámaras. Cada una de estas estaba constituida por un contenedor vítreo, cuya forma era la de un prisma rectangular de dos metros de largo, por un metro y medio de ancho y setenta y cinco centímetros de alto. Todos los receptáculos eran llenados con la sangre humana que era extraída del cuerpo de los hombres y mujeres que aceptaban unirse a las filas de los Olvidados. El fluido sanguíneo mantenía con vida a los enormes capullos de rosa blanca, los cuales habían sido clonados a partir de la nívea flor manchada que Nahiara dejó tras de sí cuando desapareció. Cada capullo cumplía una función distinta, acorde con su tamaño. Los retoños pequeños envolvían con sus pétalos a los Soldados Plomizos, los retoños medianos cubrían a los Soldados Negros, y los retoños grandes resguardaban a los Soldados Blancos.

El Soldado Plomizo tenía una figura semejante a la de una persona, pero carecía de ojos, oídos y nariz. Solo tenía una gran boca cuadrada. Su piel lucía tan brillante como una espinela, y sus extremidades superiores e inferiores eran bastante más largas que su cilíndrico tronco. Los guerreros de esta clase serían los encargados de exterminar a todas las especies vegetales, ya fuesen terrestres o marinas. Gracias a las letales sustancias que estos seres podrían secretar a través de sus bocas

o mediante sus filosas uñas, cualquier tipo de planta o árbol moriría de forma instantánea al entrar en contacto con dichos concentrados tóxicos.

Por otro lado, el Soldado Negro poseía unas piernas cortas, gruesas y curvadas hacia atrás. Sus brazos eran muy similares a las delgadas ramas de un abedul, y de su esférica cabeza sobresalían ocho ojos saltones de tono pardo. Los soldados de esta categoría llevarían a cabo la matanza de la totalidad de los seres pertenecientes al reino animal, con excepción de los humanos. Su tóxico hálito habría de contaminar el aire y el agua, para así comenzar a colarse por las fosas nasales, las branquias y otros mecanismos de respiración de todas las criaturas inferiores a los hombres que requiriesen de oxígeno para sobrevivir.

Para terminar, el Soldado Blanco tenía dos pequeñas cabezas puntiagudas monoculares, con tres bocas circulares repletas de dientes en cada una. Sus tendinosas piernas, semejantes a las de un elefante, le ayudaban a pisotear con facilidad a sus enemigos. Estos fieros combatientes drenarían hasta la última gota de sangre de los hombres, mujeres y niños de todo el orbe. Esta misión la cumplirían al colocar su portentoso cuarteto de tentáculos, equipados con ventosas succionadoras hechas de acero, sobre el pecho o la espalda de sus víctimas. Los cuerpos que no se desintegrasen al concluir dicho proceso tendrían que ser devorados por ellos, de manera que no quedase rastro alguno de la raza humana en el planeta. Lo único que todos estos temibles guerreros necesitaban para emprender su misión era escuchar el grito de guerra que había de ser dado por Nahiara...

Una sonrisa de satisfacción se dibujaba en los labios de la emisaria favorita de la Nocturna. Los capullos estaban en óptimas condiciones, lo cual significaba que los valiosos guerreros, que se habían ido acumulando a lo largo de los siglos, estaban más que listos para dar comienzo a la batalla para tomar posesión de la Tierra en cualquier momento.

—Estamos a solo un paso de contemplar el glorioso retorno de nuestra amada soberana. ¡Este es un excelente motivo para organizar una

celebración! Convocaré a todos los integrantes del Consejo Olvidado para que festejemos juntos —monologaba Galatea, muy animada.

Dicho eso, se apresuró a reunir y enviar a varios de los Vigilantes Grises para que ellos dieran aviso a los reclutadores y a los Heraldos del Plenilunio de que debían presentarse en la Cámara Lunar, a petición de la señora. Los invitados tardaron menos de una hora en acudir a la importante reunión. Una vez que todos estuvieron allí, la blanquecina mandataria de los Olvidados pronunció unas cordiales palabras, a manera de recibimiento.

—¡Oh, respetables servidores de la Legión, sean ustedes bienvenidos! He querido hacerlos partícipes del festejo que ha de llevarse a cabo en honor de nuestra excelsa monarca, la inigualable Nahiara. En el día de hoy, hemos de llenarnos de regocijo, pues la esperada venida de la reina de los Olvidados está más cerca que nunca antes. Las profecías se convertirán en realidad. ¡Dancemos al compás de la música que emana de los instrumentos oscuros! ¡Cantemos una vez más la más bella de todas las canciones conocidas en la historia!

—¡Así sea! ¡Larga vida a nuestra amada Nahiara! —clamaron los miembros del Consejo, al unísono.

Acto seguido, todos se tomaron de las manos y empezaron a ejecutar gráciles movimientos en perfecta sincronía. Bailaban en círculo, rodeando un antiguo pergamino amarillento que estaba colocado sobre un pedestal de plata. Canturreaban una y otra vez las líneas de la profecía más significativa para la Legión de los Olvidados: «Bañada por la luz de la luna llena vino al mundo, asimismo retornará. De la mano del primogénito de los guardianes de las memorias se presentará. Ha de reclamar su trono en el día de la última caída».

Mientras tanto, los deformes *Vasallos Carmesí* posaban sus huesudos dedos sobre las cuerdas de las elegantes *Arpas de las Tinieblas*, con gran destreza. Ellos cesaban su ejecución musical cada dos minutos, para así cederles el turno a los extraños *Vasallos Escarlata*, quienes se especializaban en sacar las mejores melodías que podían ser producidas con ayuda de la potente resonancia de los *Timbales de las Sombras*. Dichos seres eran fabricados a partir de los desechos producidos

después de la purificación mensual, que debía hacerse a la sangre con la que se alimentaba a los capullos. Por esta razón, su piel siempre adquiría tonalidades rojizas. No tenían inteligencia ni podían tomar sus propias decisiones, puesto que no eran más que una especie de títeres biomecánicos controlados por los pensamientos de los reclutadores.

Tras dos horas de danzar sin interrupciones, Galatea decidió que era tiempo de detener la música de los vasallos y los rítmicos movimientos de todo el grupo. Tenía que comunicarles sus excelentes planes para esa mismísima noche.

—Ya puedo sentir la presencia de nuestra soberana. Ella está ansiosa por volver a posarse sobre su renegrido trono. Solo nos resta esperar por la última caída, y Nahiaira tendrá su camino de regreso hacia nosotros libre del todo. Y para demostrarle que estamos felices por su retorno, propongo que ustedes me acompañen hoy en mi viaje por el mundo. Colocaremos rosas blancas impregnadas de sangre por todos los rincones. En cada sitio que la humanidad considere de importancia histórica, científica, artística, política o religiosa, allí hemos de dejar la marca distintiva de la Legión de los Olvidados. Tiene que quedar muy claro que la emperatriz Nahiaira viene muy pronto a reclamar lo que es suyo.

—Con gusto te acompañaremos. ¡Que se haga tal y como has dicho, magnífica señora! —respondió Dearg, muy confiado.

Los demás integrantes del Consejo asintieron con la cabeza. Todos sonreían y aprobaban la moción, al tiempo que se inclinaban ante la pálida dama, que fungía como la segunda al mando. No podían estar más complacidos con respecto al curso que estaban tomando los acontecimientos terrestres e interestelares. Todo iba muy acorde con el plan original de su soberana...

En menos de lo que tarda un suspiro, se comenzó a difundir de boca en boca entre los ciudadanos de varios países la noticia de un extraño incidente que parecía estarse dando mundialmente. Estaban apareciendo cientos de miles de rosas blancas ensangrentadas en las catedrales, los monumentos, las pirámides, los museos, las plazas, los hoteles, las universidades, los estadios, los restaurantes y demás sitios

de interés que se contasen entre los más relevantes para cada nación. Las publicaciones sobre el tema en redes sociales y blogs estaban a la orden del día. Los mensajes de texto masivos con fotografías adjuntas de las tétricas flores saturaban los teléfonos celulares de los niños y adolescentes, al tiempo que los noticieros ofrecían tomas de ello desde todos los ángulos posibles. Todo el mundo se preguntaba de dónde habían salido tantas rosas y quiénes las habían logrado colocar en lugares tan notorios sin ser vistos.

La policía había confiscado ya la mayoría de las níveas flores, alegando que debían ser examinadas en laboratorios especializados para determinar si la sangre que las cubría era animal o humana. En caso de confirmarse que se trataba de la segunda opción, debía determinarse la identidad de las personas a quienes les perteneciese, con el objetivo de saber si estas estaban vivas o no. Una exhaustiva investigación comenzó. Poco a poco, los resultados de las pruebas se fueron haciendo del dominio público. El fluido sanguíneo era humano, y les pertenecía a un sinfín de hombres y mujeres, jóvenes y viejos, que se habían reportado como desaparecidos a lo largo de varias décadas. Algunas muestras fueron imposibles de identificar debido a su antigüedad. Los científicos estaban perplejos ante semejante hallazgo tan perturbador. Mucha gente empezaba a especular acerca de los posibles responsables de los secuestros y las muertes de aquellas inocentes víctimas. Había quienes aseguraban que se trataba de alguna secta peligrosa, mientras que otros atribuían todo a algún grupo encubierto de asesinos seriales. Hubo algunos que juraban haber visto a unos alienígenas dejando caer las rosas desde sus platillos voladores. No obstante, nadie tenía ni la más remota idea de cuál era la espantosa verdad detrás de ese raro asunto.

Unos días después, Leonardo Castro, un joven estudiante de Diseño Visual, quien pertenecía a la Fundación Universitaria Bellas Artes de Medellín, inspeccionaba la calidad del revelado de sus más recientes trabajos fotográficos. Él había estado viajando por toda Colombia para capturar en imágenes el día a día de los ciudadanos de su país, para luego presentar una colección bien seleccionada de dichas imágenes,

como parte de uno de sus proyectos. Una enorme sonrisa estuvo plasmada en su rostro durante casi todo el tiempo que le tomó hacer la revisión de las fotografías. Sin embargo, uno de entre los cientos de retratos lo hizo quedar boquiabierto.

Dicha captura mostraba que el Sol ya estaba por ocultarse en el Parque de los Deseos. Varios niños estaban jugando junto al reloj solar, pero lo que llamó la atención del estudiante fue que a lo lejos se veía, aunque de manera un tanto difusa, la silueta de una persona que llevaba una capucha negra sobre su cabeza. Al mirarla de nuevo a través de su lupa Mineral Classic, el muchacho pudo ver con mayor claridad los rasgos faciales de aquella persona. La palidez de su tez no era normal y portaba una extraña marca que le cubría el rostro entero. El diseño del estigma se asemejaba mucho a un conjunto de venas delgadas, oscuras y resaltadas. Le parecía haber visto algo muy parecido a eso en los libros de texto que tenía Marcos Fuentes, un amigo suyo, quien era especialista en Historia de las Civilizaciones Antiguas. De inmediato, escaneó la fotografía y se la envió por correo electrónico. Lo llamó por teléfono para pedirle que la revisara cuanto antes.

—Oye, tienes que ver esa foto que acabo de enviarte... Juraría que he visto algo como eso en tus libros. ¡Es escalofriante!

—espetó Leonardo, respirando con rapidez.

—Está bien, cálmate un poco... En este momento estoy abriendo el correo del que me estás hablando... Dame un segundo más —contestó Marcos, muy sereno.

Tan pronto como él amplió la imagen al máximo y la examinó con detenimiento, el corazón le dio un vuelco. La silueta que se desplegaba en el monitor de su computadora era idéntica a una de las representaciones gráficas de las Banshee celtas.

—¡Esto es alucinante! ¡No puedo creer que pudieras tomarle una fotografía a una Banshee! Esta maravilla tengo que mostrársela a mis colegas. ¡Te harás famoso con esto, Leo!

El joven historiador colgó el teléfono antes de que Leonardo pudiese decirle algo más acerca del tema. «Bueno, al menos he puesto este

valioso hallazgo en las manos de alguien confiable», pensó para sí, mientras comenzaba a desvestirse para ir a darse una buena ducha...

XLIII EL PRINCIPIO DEL FIN

— Cedric no podía creer lo que ahora contemplaban sus verdosos orbes. Nunca se hubiese imaginado que podría encontrarse de nuevo con la rubia en tan poco tiempo. Sin embargo, ese no era el momento ni el lugar para tomarse la libertad de prodigarle saludos efusivos o sostener amenas charlas, cual si fuesen un adorable par de viejos amigos. Él estaba consciente de que algo muy malo estaba sucediendo con la valerosa Dahlia, puesto que la última vez que habían estado juntos, ella se había comportado de manera muy extraña. Le dirigía la palabra con una voz monótona, cargada de frialdad, como si él no fuera más que un completo extraño. Ni siquiera se molestó en otearlo cuando le entregó el pequeño frasco que contenía el Smaragdi. Y esa conducta solo era una pequeña parte de las cosas que tenían atormentado al Taikurime, dado que la chica, además de mostrar una marcada indiferencia hacia él, se había puesto a gritar como enloquecida justo antes de caer desmayada frente a sus perplejos ojos. No había sabido nada más acerca de ella desde el instante en que el jinete misterioso se había aparecido para tomarlo como prisionero.

—¡Dahlia! Soy yo, Cedric. ¿Puedes oírme? Solo dime que te encuentras bien... —declaró el príncipe, cuya voz temblorosa revelaba su creciente intranquilidad.

Los músculos faciales de la muchacha se contrajeron al instante. El timbre y tono de aquella amigable voz masculina a sus espaldas le resultaban muy familiares, así como también creía reconocer aquel nombre por el cual ese joven aseguraba ser llamado. Casi podría jurar que él era alguien muy especial para ella, pero sin importar cuántos esfuerzos mentales realizase, la chica era incapaz de reconocer el

nombre que el mancebo estaba utilizando para referirse a ella. Ese único detalle la estaba haciendo dudar de todo cuanto saliese de la boca de ese chico. Con una cierta desconfianza, la chiquilla dio un giro corporal de ciento ochenta grados, con el objetivo de posicionarse cara a cara ante quien afirmaba ser Cedric.

—¿A quién le estás hablando? ¿Acaso te refieres a mí? Si es así, estás utilizando el nombre equivocado. Yo no soy esa tal Dahlia a quien buscas. Me llamo Nahiaara, ¿lo sabías? Espero que no lo olvides de ahora en adelante —replicó ella de manera desafiante, con una buena dosis de enojo en su mirada.

Aquellas duras palabras, junto con la fría expresión entre fastidio y sorpresa que enmarcaba el rostro de la joven, dejaron estupefacto al Taikurime. «¡Esto no puede ser! ¿¡Qué le han hecho!?! Tiene que haber una manera de revertir el daño...» pensaba para sí, con el pulso acelerado. Debía empezar a buscar una solución lo más rápido que le fuese posible, puesto que los minutos continuaban avanzando y el incierto futuro de la rubia parecía estar en sus manos.

—Perdona que te haya ocasionado disgustos, pues está claro que esa no era mi intención. Lo que sucede es que eres idéntica a una persona que conozco. Y aunque no quiero resultarte más molesto de lo que ya he sido, permíteme, por favor, hacerte una propuesta —suplicó él, con la cabeza gacha, al tiempo que se arrodillaba.

La muchacha guardó el más profundo silencio por espacio de un minuto. Parecía estar sopesando con sumo cuidado cada una de las palabras que aquel desconocido había proferido. «¿Acaso será esta conversación una parte de las pruebas? De seguro que no es más que otro distractor, una trampa diseñada para que yo pierda concentración durante la selección de mis memorias... Estoy convencida de que debo ignorar a este hombre, pero al mismo tiempo algo muy dentro de mí me dice que al menos lo escuche. Si tan solo no me hubiese llamado Dahlia...», monologaba ella para sus adentros. Su secuencia de pensamientos se rompió de repente debido al retintín, que le causó un agudo chillido, que soltaron al unísono los bulbos evocativos que la

habían estado guiando a través de todo el proceso de recolección de recuerdos.

—No desperdicies tu valioso tiempo con esa imitación barata y defectuosa de lo que debe ser un auténtico caballero. ¿No te das cuenta de que te faltó el respeto hablándote como si fueses su igual, y para colmo dirigiéndose a ti con el nombre de otra? ¡Eso es imperdonable! Alguien que trata así a una dama como tú no merece ni siquiera una milésima de segundo de tu atención. ¡Ignóralo! —clamaban las masas bulbosas.

Dahlia continuaba batallando con un extenso mar de dudas en su interior. Por un lado, deseaba obedecer el mandato de las cebollas, pero aquel extraño sentimiento que le indicaba que debía hacer todo lo contrario a lo que se le ordenaba seguía atormentándola. Mientras aún trataba de decidir cuál era la mejor opción, un leve pinchazo en la parte baja de su espina dorsal la sobresaltó. La zona de su espalda en donde recibió la potente picadura comenzó a calentarse, a tal punto que la obligó a dejarse caer de rodillas. Las muecas de dolor en su cara mostraban con total claridad que la chica no la estaba pasando nada bien. Con gran esfuerzo, extendió su brazo izquierdo y posó su mano sobre el área afectada, lo cual solo exacerbó la sensación de achicharramiento en su carne. Una suave y distante voz femenina que era imperceptible para los demás le susurró en tono apremiante: «¡Resiste, Dahlia! No permitas que tus dudas te venzan. Sé que puedes salir victoriosa. Permite que tu corazón te muestre el camino correcto».

El príncipe se acercó a la pelirroja de inmediato. Se agachó y se colocó justo frente a ella, al tiempo que le colocaba sus anchas palmas en el rostro, con el fin de ayudarla a levantarlo y que así pudiese mirarlo a los ojos. Tan pronto como la piel del Taikurime hizo contacto con la piel de la chiquilla, el tormento de la quemadura en la espalda de ella se detuvo por completo, y su organismo entero se relajó. Ese sencillo gesto de parte de él la tranquilizó mucho, razón por la cual le permitió a Cedric que continuase cerca y que incluso pudiese hablarle con libertad.

—¡Por favor, ven conmigo! Prometo que haré todo lo que esté a mi alcance para ayudarte. Jamás te lastimaría o buscaría perjudicarte.

Quizás no logres recordarme bien en este preciso instante, pero sé que, muy dentro de ti, sabes que estoy diciéndote la verdad. Te suplico que confíes en mí, Dahlia —manifestó el joven, con vehemencia.

Por unos segundos fugaces, una escurridiza reminiscencia la hizo reconocer ese nombre como suyo, pero un abrumador torrente de energía que provenía de su pecho comenzó a envolverla y le arrebató aquel vago recuerdo. La frágil memoria concerniente a su identidad le fue arrancada con la misma velocidad mediante la cual le había llegado. Su cabeza cayó presa de un desagradable malestar. Sentía como si miles de afiladas navajas le perforasen el cráneo. Una multitud de voces desquiciadas gritaban y reían en el interior de su cerebro, aturdiéndola y bloqueándole su capacidad de raciocinio. A pesar de ello, su serena expresión facial no cambió, lo cual ocultaba de manera muy efectiva la tempestad de su espíritu. Y aunque hubiese deseado retorcerse y desgañitarse, había algo lacerante que continuaba alojado en su tórax y le impedía moverse. Sin embargo, un caudal de sudor frío brotaba de sus sienes.

El príncipe seguía sosteniéndole las mejillas, esperando una respuesta verbal de parte de ella, sin percatarse de todo lo que estaba sucediendo dentro de la atribulada mente, contenida en el menudo cuerpo de la jovencita. Dahlia cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza. «Por fin ha llegado el precioso momento que con tanta paciencia he aguardado. Pero, sin duda alguna, esta larga espera ha valido la pena», declaró con solemnidad una potente voz que sobresalía entre toda la ruidosa variedad de aullidos y carcajadas provenientes de la muchedumbre que se divertía a costa de la chica. Aun así, aquella molesta turba seguía siendo imperceptible para Cedric, quien decidió romper el prolongado silencio que reinaba entre ambos.

—Dahlia, ¿te pasa algo? ¿Cómo te sientes? Dime, ¿qué puedo hacer por ti? —inquirió él, frunciendo el ceño.

La rubia se mantuvo quieta por unos cuantos segundos más, tras los cuales sus párpados se replegaron con una rapidez pasmosa. Cuando por fin estuvo al descubierto la totalidad de sus globos oculares, la nueva apariencia de estos espantó tanto al príncipe que este la soltó

enseguida. Un par de resplandecientes ónices de iris carmesí lo contemplaban de pies a cabeza, una y otra vez, sin un solo atisbo de calidez o familiaridad que emanase de ellos. Una gélida sonrisa se dibujó en la mitad derecha de la boca de la muchacha, al tiempo que unas puntiagudas garras negras iban sustituyendo, una por una, las rosáceas uñas de los delicados dedos en sus níveas manos. Poco a poco, la chiquilla empezó a levantar sus palmas hasta hacerlas llegar a la altura de sus comisuras labiales. Acto seguido, sopló con delicadeza sobre estas por diez segundos. Un fino polvillo blanquecino se levantó y viajó hacia el sitio en donde se encontraba Cedric, quien todavía no conseguía salir de su estupor.

La marca de la rosa en el pecho del Taikurime dio inicio a una serie de violentas palpitaciones. Con cada pulsación, las oscuras ramificaciones, que hasta ese momento habían permanecido petrificadas, cobraron vida y continuaron con su voraz ritmo expansivo por el torso del joven. El desdichado mancebo boqueaba desesperado, contorsionándose de un lado a otro sobre el suelo. Mientras tanto, Dahlia se aproximaba a él con paso firme. Cuando estuvo de pie junto a la convulsa figura del muchacho, se acuclilló y colocó su dedo índice derecho sobre la boca de él. Después de dejarlo reposar allí por unos instantes, comenzó a apartarlo muy despacio. Un viscoso hilo negro opaco emergió de la cavidad bucal del príncipe y se adhirió a la mano de ella. La muchacha dejó escapar una risilla satisfecha al mirar aquella masa amorfa que reposaba sobre su palma abierta.

—No acostumbro halagar a nadie, pero he de admitir que has cuidado de manera excelente mi valiosa esencia. Muy pronto recibirás la debida recompensa por ello —aseveró ella, casi susurrándole las palabras al cuerpo inconsciente del Taikurime.

Sin pensarlo dos veces, la chica lamió su mano repetidas veces con frenesí hasta que la pasta lodosa desapareció de esta. No pasó mucho tiempo para que los efectos de dicha acción se hiciesen visibles. El ritmo respiratorio de la rubia se aceleró, sus extremidades superiores e inferiores temblaban descontroladas, y su piel poco a poco perdía su pigmentación. Una especie de burbuja rojiza transparente se formó a su

alrededor y, conforme transcurrían los minutos, esta se expandía a un ritmo vertiginoso por todo el terreno circundante.

La sorprendente transformación en el cuerpo de Dahlia y el paulatino crecimiento de la cúpula cristalina se estaban llevando a cabo sin interrupción alguna, puesto que la pareja de bulbos solo se limitaba a mirar de lejos el proceso, con una marcada indiferencia. Desde las afueras de Solu, los representantes de la constelación de Equuleus observaban boquiabiertos aquella tenebrosa situación.

—¡Señor comandante! ¡Debemos intervenir ahora mismo! ¡Estas pruebas en definitiva se nos salieron de las manos! Nada de lo que está sucediendo era parte del plan original... ¡Es una catástrofe! Tenemos que sacar a Dahlia de allí. Usted jamás permitiría que esa niña muera, ¿verdad, señor? —clamó Elbura, con voz trémula.

—¡Guarda silencio! Nadie moverá ni un dedo para detener las pruebas, ¿entendido? Sé muy bien lo que estoy haciendo, así que no te atrevas a cuestionar mis decisiones. ¡Nada le va a suceder a esa chiquilla! —bramó el furibundo Fenrisulf.

En la Tierra, Bianca estaba jadeando con desesperación. Por una razón que no sabía cómo explicar, podía sentir que Dahlia estaba en terrible peligro. La emisaria de Nina, quien todavía continuaba en la habitación junto a la muchachita, se sobresaltó al verla tan agitada.

—¿Qué te sucede, pequeña? ¿Necesitas algo? ¿Estás enferma?

—No, no lo estoy... Es Dahlia... Se está muriendo... Ya casi no puedo percibir su presencia... ¡Tengo que hacer algo ya! Por favor, deme más de ese brebaje... ¡Debo ayudarla!

—¡Por supuesto que te lo daré, pequeña! Aquí lo tienes... ¡Apresúrate!

Bianca arrebató de las manos de la mensajera la botella con la infusión y la ingirió toda de un trago. No tenía ni la más remota idea de lo espantoso que sería el panorama que encontraría cuando se reuniese con la pelirrubia en el plano onírico...

XLIV VÍNCULO PRENATAL

Las expectativas de Clarissa con respecto a las vacaciones familiares que tendría a mediados de aquel ventoso noviembre eran muy altas. ¿Y cómo no iba a sentirse emocionada? Desde que era niña, la jovial muchacha había deseado conocer las secuoyas gigantes y los promontorios rocosos del Parque Nacional de Yosemite, y por fin su sueño se había convertido en una realidad. Pasaría una semana completa hospedada en unas acogedoras cabañas en el estado de California, junto a su amado esposo. El generoso hombre que era Manuel quiso hacerle ese regalo tan especial a la mujer de su vida, para agasajarla como ella se lo merecía. Además, ambos podrían celebrar de esa manera tanto su tercer aniversario de feliz matrimonio como la llegada de su primera hija, Bianca, a quien esperaban con gran anhelo para febrero del año siguiente. Los preparativos para el placentero viaje se llevaron a cabo sin ningún contratiempo. Todo cuanto acontecía en la vida de la joven pareja parecía indicar que los días venideros serían muy brillantes para ellos. Ninguno de los dos imaginaba el drástico giro que habría de sobrevenirles como resultado de un significativo encuentro inesperado...

La sonriente joven de tez lechosa elevaba sus palmas abiertas hacia el despejado cielo azul que embellecía el primer día de la esperada excursión. La brisa fría revolvía con delicadeza las lustrosas cascadas de chocolate que tenía por cabellos, los cuales se asemejaban a finos hilos de seda que le acariciaban los hombros, al compás de un suave vals victoriano. Su marido la contemplaba desde unos diez metros de distancia a través del lente de la cámara fotográfica que colgaba del cordel de cuero, teñido de negro alrededor de su cuello. Nunca antes la

había visto tan radiante como en ese soleado día, del cual muchos instantes serían immortalizados en una bella secuencia de imágenes, que años más tarde él compartiría con la amada hija de ambos. Uno de los retratos de Clarissa en particular mostraba todo el esplendor de mujer, esposa y madre que emanaba de ella a raudales. Manuel pensaba, al examinar con detenimiento aquella fotografía especial, que no habría quien pudiese mirar esa tierna escena sin llegar a sentirse conmovido por la bondad y el amor que esta transmitía.

—¡Hola! No quiero resultar entrometida, pero no pude evitar ver de reojo hacia acá y tuve que venir a decirle que esa es una bellísima foto. ¿Es esa chica su esposa? —preguntó una simpática voz femenina a sus espaldas.

—Sí, es mi esposa. Su nombre es Clarissa y el mío es Manuel. ¿Puedo saber con quién estoy hablando? —inquirió él de manera afable, al tiempo que se giraba para ojear a la curiosa desconocida.

—¡Ah, por supuesto! Por favor, perdone mi falta de modales. Soy Déneve Woodgate. Estoy encantada de conocer a una pareja tan agradable como ustedes. Y permítanme felicitarlos por su bebé. Han de estar muy contentos por ello, ¿verdad? —aseveró la afable pelirroja, cuyo ropaje de tono crema realzaba el verde de sus grandes ojos.

Mientras tanto, la señora Bustamante se aproximaba al sitio en donde su esposo estaba sosteniendo la conversación con aquella hermosa muchacha, a quien ella no conocía. No le agradaba para nada que otras mujeres se mostrasen demasiado amables con Manuel, pero estaba muy consciente de que eso no le daba el derecho de comportarse de manera grosera con cada chica linda que apareciese.

—¡Buenos días, señorita! ¿Le podemos ayudar en algo? —espetó ella, sin tener éxito en disimular su creciente fastidio.

Déneve captó en el acto que su presencia no era bien recibida por Clarissa, por lo que se apresuró a ofrecerle una detallada explicación de la situación.

—¡Buenos días! No se preocupe, en realidad estaba por marcharme ya. No quise venir a importunarlos con mis ocurrencias. Es solo que por casualidad alcancé a ver la fotografía que su esposo acaba de tomarle.

¡Es magnífica! Usted luce preciosa con su sonrisa maternal. Convertirse en madre es algo muy emocionante, ¿no le parece? Créame, comprendo muy bien su alegría, puesto que yo también estoy esperando un bebé. Aún no se me nota, ¿cierto? Es que solo tengo tres meses de embarazo. ¡Emil y yo nos sentimos muy dichosos! Si es una niña, tenemos pensado llamarla Dahlia, como mi flor predilecta. Si se trata de un varón, lo llamaremos Milo. Y como le estaba diciendo a su marido antes de que usted se nos uniera en la conversación, los felicito de corazón por la llegada de su bebé. De seguro será un pequeño adorable...

Ante la amabilidad de aquella extraña y la dulzura con la que pronunciaba las palabras, la joven Bustamante no pudo menos que sentir remordimiento por haberse enfadado tanto con ella, sin razón aparente. La ceja arqueada y la mirada desdeñosa con las cuales la había recibido se desvanecieron de inmediato y se convirtieron en un tímido gesto de cordialidad.

—¡Oh, muchísimas gracias! Es usted muy gentil. Disculpe mi brusquedad de hace un momento. A veces me siento un poco extraña durante las mañanas y eso me pone de mal humor... Y bueno, en realidad se trata de una pequeña la que estamos esperando. Queremos llamarla Bianca, en honor de su abuela materna.

—¿De veras? Es un nombre que me resulta muy agradable. Sería un gran placer para mí poder ver a su niña cuando nazca. Si ustedes me lo permiten, mi esposo y yo podríamos ir a visitarlos a su casa. ¿Son de por aquí cerca?

—Aunque me encantaría que nos visitasen, creo que eso les resultaría muy difícil. Somos de Costa Rica y estaremos acá en California solo unos cuantos días. Vinimos a este sitio para celebrar nuestro aniversario y debemos regresar a casa dentro de una semana. ¡En verdad lo siento mucho!

—Lo entiendo, no se preocupe. Pero al menos podríamos mantenernos en contacto. ¿Qué le parece si le dejo mi dirección de correo electrónico y mi nombre de usuario en Skype? Así tendríamos la oportunidad de intercambiar fotografías de nuestros bebés y charlar un poco de vez en cuando. Y también podría presentarle a mi marido. Es

un hombre muy ocupado, ¿sabe? Él no pudo acompañarme hoy porque no podía faltar a una importante junta de negocios de su empresa. Pero bueno, tal vez algún día volvamos a encontrarnos, pues nunca se sabe... Entonces, ¿qué dice? ¿Estaría de acuerdo con mi propuesta?

—¡Claro que sí! Me agradecerá mucho que usted pueda conocer a Bianca y yo a Dahlia... o quizá sea Milo.

—¡Perfecto! ¡Muchas gracias! Permítame un momento para buscar algún pedazo de papel en mi bolso para anotarle mis datos...

Tras unos treinta segundos hurgando en medio de incontables polveras, labiales, delineadores y esmaltes para uñas, esparcidos por todos los rincones de su espaciosa cartera, Déneve por fin halló un pequeño bloque de hojas lisas de color fucsia con forma de corazón y un suave perfume de lavanda. Le encantaba coleccionar todo tipo de artículos cuya apariencia fuese delicada y que mostrasen vivacidad en su colorido.

—¡Por fin lo encontré! A veces es toda una odisea hallar algo en este pequeño caos que llevo conmigo a todas partes —dijo la pelirroja, entre risas.

Con un bolígrafo de tinta turquesa, escribió, a mano alzada sobre el diminuto papel fragante, tanto su nombre completo como su información de contacto y se lo entregó a Clarissa.

—Puede hablarme o escribirme cuando guste. Casi siempre estoy en casa, por lo que no le será difícil localizarme. Esperaré ansiosa noticias tuyas y de Bianca.

—¡Por supuesto! Ha sido un gusto platicar con alguien tan agradable como usted.

La señora Woodgate se inclinó un poco hacia adelante a manera de despedida. Miró el reloj de pulsera que tenía puesto en su mano izquierda y cayó en la cuenta de que se le había hecho tarde.

—¡Ay, no, ya estoy muy retrasada! Tendré que apresurarme, ya que Emil debe estar por llegar a casa y quiero estar allí para recibirlo. Pero antes de retirarme, quisiera solicitarle su permiso para palpar su vientre. Adoro sentir el movimiento de los bebés mientras se encuentran en la matriz de sus madres. ¿Me lo permitiría?

La chica de cabello castaño hizo una mueca que dejaba ver con claridad su sorpresa ante la idea de autorizar a una completa desconocida para que tocara su abdomen, pero no se atrevió a denegarle la petición.

—Está bien, adelante. No tengo ningún problema con ello.

Déneve sonrió satisfecha y se arrodilló frente a Clarissa. Comenzó a hablar con la bebé antes de colocar sus palmas sobre el sitio donde ella se alojaba.

—¡Hola, pequeñita! Soy Déneve, una amiga de tu madre. Espero que la estés pasando muy bien ahí dentro. Solo quise pasar a saludarte, ¿de acuerdo, nena?

Tras pronunciar esas palabras, la joven posó ambas manos al mismo tiempo a cada lado del ombligo de Clarissa. De forma casi inmediata, Bianca pateó varias veces el vientre de su progenitora con gran energía. Déneve comenzó a escuchar unas sonoras carcajadas de una pareja de chiquillas en el interior de su cabeza. Luego de eso, las tiernas voces de las dos niñas iniciaron una animada conversación en un lenguaje extranjero, que a ella no le resultaba para nada familiar. Aunque aquellos sonidos infantiles le resultaban muy gratos a sus oídos, la pelirroja se asustó mucho, pues creyó que sin duda estaba enloqueciendo. Ninguna persona en su sano juicio oye cosas que nadie más puede oír. Decidió no hacer mención alguna de ese inusual acontecimiento a Clarissa.

No obstante, la señora Bustamante también estaba escuchando su propia versión intracraneal de las voces aññadas. Pero en su caso, lo que se percibía no se asemejaba en nada a las chicas que estaban riendo y charlando en la mente de Déneve. Lo que ella oía eran unos espantosos y potentes gritos de miedo y dolor, tal y como si las pequeñas estuviesen siendo torturadas. Una de las niñas suplicaba con vehemencia que le quitaran la vida cuanto antes y que dejaran a su amada amiga en libertad. Ante esto, la perturbada mujer soltó un agudo chillido que hizo que Déneve se sobresaltara y se apartara de ella. Clarissa empezó a temblar y sudar a mares, lo cual preocupó a su

esposo, quien se le acercó y la envolvió entre sus brazos para evitar que esta fuese a caer desmayada.

—Cariño, ¿cómo te encuentras? ¿Qué sientes? Por favor, háblame si te es posible —clamó Manuel, cuyo rostro estaba desencajado por la angustia.

—¡Haz que esa maldita mujer se aleje de mí! ¡No quiero volver a verla nunca más! Ella me hizo mucho daño... ¡Estoy segura de que fue su culpa! ¡Aléjala de mí ahora mismo! Esa engañosa tipa solo quiere lastimar a nuestra hija... ¡No deseo volver a ver su cara! Y quiero que se olvide de nosotros, que nadie de su familia sea capaz de acercársenos. No quiero que pronuncie ni la letra inicial de nuestros nombres nunca más... ¡Largo de aquí, maldita! —imprecó la furiosa joven, a voz en cuello.

Las personas que transitaban por el lugar se detuvieron en seco y formaron un semicírculo alrededor de la escena. Todos cuchicheaban y señalaban a Déneve como si ella fuese una peligrosa criminal a quien debían apresar cuanto antes. Unos guardaparques se aproximaron a la zona para hacer las averiguaciones pertinentes.

—¿Qué es lo que está sucediendo aquí? ¿Hay alguien ocasionando problemas? —inquirió el más robusto de los oficiales.

—Sí, señor. Esta mujer lastimó de alguna manera a mi esposa. Dijo que solo quería tocar su vientre, pero está claro que hizo algo más. ¡Mi pobre Clarissa todavía está temblando! —declaró el señor Bustamante, muy apesadumbrado.

—Ya veo. Lamento mucho que esto haya ocurrido. Me disculpo por los inconvenientes que han tenido. Si lo desea, podemos pedir que un carrito médico venga por su señora para que sea revisada de manera adecuada en la enfermería.

—De acuerdo, oficial. ¡Se lo agradezco! Me parece que esa es una excelente idea.


El hombre giró la cabeza hacia la derecha y miró de reojo a sus compañeros, indicándoles que vinieran a apoyarlo. Luego, con el ceño fruncido y las comisuras labiales apretadas, se acuclilló junto a la pelirroja, quien yacía sentada en el suelo con la mirada perdida.

—Señorita, tendremos que escoltarla a las afueras del parque. No

podemos permitirle que permanezca aquí después de lo sucedido.

Déneve no reaccionó ante las palabras del guardabosque. Permaneció tan ausente como había estado desde que se apartó de Clarissa. Su cerebro no lograba coordinar una simple cadena de ideas ni tampoco hallarle sentido a lo que acaba de acontecer. Al verla en ese catatónico estado, el oficial concluyó que lo mejor sería llevarla a revisión médica a ella también. Después podrían interrogarla para tratar de entender qué era lo que había hecho. Con ayuda de un compañero, el hombre levantó a la señora Woodgate del suelo para llevarla a un lugar seguro y dejarla bajo estricta vigilancia, mientras atendían primero a la nerviosa joven de cabellera castaña...

XLV CUMPLIMIENTO DE UNA PROFECÍA

 Bianca se apresuró a reunirse con Dahlia, quien yacía tumbada en el piso, con los ojos entreabiertos, lanzando abundantes chorros de espuma negra por la boca. Su mirada estaba perdida en algún punto indefinido del oscuro espacio que la rodeaba. Tan pronto como la muchachita de cabellera castaña se percató del pálido matiz violáceo que había adquirido la translúcida piel de la rubia, comprendió que esta última se estaba muriendo debido a la prolongada falta de aire en sus pulmones. Se arrodilló junto a ella para hablarle de manera breve, a pesar de que el tono de su voz se notaba algo trémulo y de que su respiración estaba muy agitada.

—¡Por favor, Dahlia, no te dejes vencer! No te imaginas cuán importante eres para todos nosotros. Y quizás no puedas reconocerme en este momento, pero estoy segura de que ya nos habíamos encontrado antes, de alguna forma. Por una razón que aún no logro explicar, puedo sentir en lo más profundo de mi corazón que siempre has sido una entrañable amiga para mí. ¡Te suplico que luches con todas tus fuerzas! Eso mismo haré yo junto ti en este momento...

Dicho eso, Bianca se puso de pie y alzó ambos brazos sobre su cabeza. No entendía muy bien de qué se trataba lo que estaba haciendo, pero sí comprendía que un poderoso instinto había nacido dentro de ella para enseñarle cuál era el camino que debía seguir en esos angustiosos minutos. Sus fuertes deseos de salvarle la vida a Dahlia la habían hecho romper el sello de camuflaje que mantenía oculta su identidad Linvetsi. Juntó sus palmas abiertas para luego comenzar a separarlas despacio, sin flexionar los brazos.

Cuando sus extremidades superiores se hubieron posicionado a los lados de su tronco, formando así un ángulo de ciento ochenta grados, ella cerró los ojos y dio inicio al proceso de la invocación del ave Argéntea. Para ello, la muchacha giró varias veces hacia la derecha y luego hacia la izquierda, como si estuviese intentando generar un pequeño tornado mediante sus veloces movimientos. Un tenue vaho dorado envolvió la silueta de la chica, al tiempo que sus cabellos se movían en todas direcciones. Parecía que cada hebra tuviese vida y pensamientos propios, puesto que ninguna de ellas se sacudía de la misma manera que lo hacían las otras.

—Por fin ha llegado el momento en que el sagrado deber de las Linvetsi debe cumplirse otra vez. Por eso convoco a Sóturi, mi poderoso aliado en esta batalla —clamó Bianca, llena de seriedad.

Acto seguido, un diminuto globo hecho de energía lumínica emergió desde el suelo. Se elevó con lentitud para luego quedarse flotando a la altura del pecho de Bianca. Después, dicha esfera refulgente fue expandiendo su volumen hasta adquirir el tamaño que tendría un huevo de gallina común. Llegado ese punto, con increíble celeridad se solidificó y tomó la forma del pajarillo de aspecto metálico que su creadora tanto necesitaba. Se posó justo enfrente de ella, inclinando su redondeada cabeza hacia adelante. El llamativo plumaje plateado que lo caracterizaba resplandecía como nunca antes.

—Disponga usted de mí como lo desee, mi señora —declaró Sóturi, con gran decisión, aunque su voz resultase algo chillona.

—Apresúrate a extraer el veneno que está consumiendo el alma de Dahlia. No nos queda mucho tiempo...

—Sus órdenes serán cumplidas de inmediato, oh, gran señora de las Náyades Purificadoras.

El ave Argéntea voló hacia el sitio en donde estaba postrada la pelirrubia. Tal y como había hecho antes con Cedric, el animal volador posicionó su pico sobre la boca de ella, pero esta vez no le insufló ninguna sustancia, sino que más bien se dio a la tarea de succionar la renegrida masa que amenazaba con asfixiar a la muchacha. No necesitaba de pausas para recobrar el aliento, pues su organismo no

funcionaba mediante los procesos orgánicos que son comunes para muchas de las criaturas terrestres.

Después de que transcurriese un buen rato, el cual se le hizo eterno a la angustiada Bianca, el pajarillo concluyó la tarea que le había sido encomendada. Se apartó con delicadeza y le cedió el espacio a su ama. La joven se inclinó y colocó las yemas de sus dedos sobre las sienes de Dahlia, quien seguía inconsciente. Masajeó su cráneo con fuerza durante cinco minutos, cuidándose de no hacerle ningún daño. De pronto, la nívea tonalidad de las manos de la muchacha empezó a mancharse con una opaca sombra de color carmesí. Un punzante dolor le quemaba las palmas, mientras que cada uno de sus músculos y articulaciones se ponía muy tieso, cual si ella estuviese transformándose en una estatua de piedra. El corazón le latía de manera frenética e irregular. Su campo de visión poco a poco fue nublándose hasta dejarla ciega del todo...

Dentro de la mente de la rubia, otra batalla campal se estaba llevando a cabo de manera simultánea. La joven Woodgate podía verse a sí misma luchando cuerpo a cuerpo contra las amenazantes garras de Nahiara. Se miraban fijamente la una a la otra; la primera con gran temor, la segunda con infinita rabia. La Nocturna se esforzaba por clavar sus afiladas uñas en medio del tórax de la chiquilla, pero esta se le resistía al sujetarle las muñecas. Gruesas gotas de sudor poblaban la fruncida frente de Dahlia. El temblor de sus brazos revelaba que sus fuerzas ya se estaban agotando. En cambio, la reina de los Olvidados parecía estar adquiriendo cada vez más resistencia. Todo movimiento suyo se fortalecía a medida que los de la chica se debilitaban. La sonrisa de profunda satisfacción que se había dibujado en el blanquecino rostro de la cruel Nahiara terminó por quebrantar la escasa voluntad de lucha que aún le quedaba a Dahlia. Tan pronto como ella aflojó su agarre, la Nocturna se le abalanzó con violencia y le incrustó todos los macizos garfios que tenía por uñas en el pecho. La pelirrubia gritó desesperada hasta quedar afónica. De su suave carne brotaba tibia sangre a borbotones.

—¡Esto es sublime! Después de tantos siglos de amarga espera, por fin podré volver a estar al lado de mi pueblo. Juntos podremos extirpar a

todos los asquerosos parásitos inservibles y viles que constituyen a la raza humana. No dejaré ni un solo rastro de su despreciable presencia en la Tierra. Nada que respire quedará vivo ante mi presencia. Y empezaré hoy mismo con esta dulce matanza. Tú, maldita niña, serás la primera en comprobar la veracidad de mis palabras —espetó Nahiara, a voz en cuello.

En el plano físico, el cuerpo de Dahlia caminaba sin que ella estuviese ejerciendo ni el más mínimo control sobre el mismo. Estaba siendo manipulada por la sombría fuerza proveniente de la Nocturna. Nadie que la conociera hubiera podido asociar aquella tenebrosa apariencia en su semblante con la dulzura en los gestos faciales que era tan característica de ella. La transparente burbuja rojiza que la circundaba ya había abarcado todo el espacio que formaba parte del Páramo del Engaño. Unas largas ramificaciones blancas en forma de venas empezaron a crecer y extenderse con rapidez por las paredes de la abovedada cúpula, lo cual causaba un fuerte temblor en todo el terreno. La entera dimensión oscilante de Solu estaba colapsando...

Sherezade estaba muy inquieta desde hacía ya incontables noches. Un sueño recurrente en el que visualizaba destrucción masiva y múltiples muertes la tenía inmersa en un estado de zozobra casi permanente. Algo en su interior le indicaba que Dahlia no estaba a salvo entrenando, como era de esperarse al haber aceptado realizar las pruebas de los Páramos de la Destrucción. Pero sabía muy bien que no podía hacer otra cosa que esperar, dado que no le estaba permitido intervenir a nadie más que a los representantes de las constelaciones encargadas del diseño de cada páramo. La Keijukainen se sentía intranquila y agotada en términos emocionales, pero no quiso quedarse de brazos cruzados. «Tiene que haber algo que yo pueda hacer para cerciorarme de que mi niña se encuentra bien. ¡Debo ver a Fenrisulf!» razonaba ella.

Cuando se preparaba para abandonar sus aposentos, de inmediato la detuvo un sonoro estruendo, seguido de una fortísima sacudida que la hizo perder el equilibrio y caerse de rodillas. El dolor que le produjo el impacto contra sus articulaciones la obligó a reposar sentada en el piso por unos instantes. En cuanto se hubo recuperado, lo primero que hizo

fue correr hacia la estancia donde se encontraban reunidos los miembros de la Alianza de Callirus. Abrió la enorme puerta de hierro y se adentró de manera brusca en la espaciosa sala, olvidándose de las formalidades protocolarias que dictaba la sociedad en la que vivía.

—Deben detener ahora mismo las pruebas de Dahlia. Resulta muy obvio para todos que algo muy malo está sucediendo dentro de Solu. Jamás se había dado un fenómeno sísmico en Cepheus. ¡No podemos quedarnos solo mirando! —declaró la rosácea dama.

—Comprendemos tu inquietud y la compartimos. Pero ya conoces las disposiciones reglamentarias de nuestra confederación. Desde un principio se acordó que no se modificarían las decisiones tomadas por los encargados de los páramos. Si pretendes violentar las leyes, no recibirás nuestra ayuda para ello. El comandante Fenrisulf sabe muy bien lo que hace. Es un hombre de experiencia y tiene nuestra entera confianza. ¿Crees ser capaz de convencerlo para que saque a esa pequeña humana de ahí? Si es así, adelante. Pero no nos involucres en ello —manifestó Vincent, el presidente de la Alianza.

Sherezade frunció el ceño y apretó los puños. No podía entender cómo era posible tanta indiferencia ante la posibilidad real de que la vida de una muchacha estuviese en peligro. Se dio media vuelta y abandonó el lugar, imprimiéndole a cada pisada suya toda la furia que tenía contenida en su interior.

—Fenrisulf me va a tener que oír. No le voy a permitir que siga adelante con esta atrocidad —monologaba ella, en voz baja.

La Keijukainen iba resuelta a darle auxilio a su amada niña a como diera lugar, sin importar si para eso tenía que desafiar a las autoridades y exponerse a que le impusieran algún severo castigo debido a su desobediencia premeditada de la ley...

La espalda de Cedric se arqueó y sus párpados se replegaron de golpe, dejando al descubierto sus inexpresivos ojos. Lejos de mostrar el cristalino verde de siempre, sus globos oculares estaban teñidos del más profundo negro. No había diferenciaciones de ningún tipo entre las pupilas, los iris y las córneas. Su mirada era idéntica a la de un cuervo muerto. Sin embargo, su débil respiración dejaba claro que seguía

estando vivo, aunque ya no era dueño de sí mismo. Su cuerpo se puso en pie y avanzó con cuidado hacia la pálida figura de quien ahora lucía como la mismísima Nahiara.

Cuando estuvo justo detrás de ella, los brazos del Taikurime la envolvieron cual si de un apasionado amante se tratase. El rostro de la mujer adquirió una expresión muy extraña, puesto que se entremezclaban varias emociones distintas en un único gesto. Tenía contraídos los músculos de la frente, como si estuviese incómoda, pero sonreía de oreja a oreja. De su mirada brotaban chispas de ira y de regocijo en forma alternada. Era casi imposible definir lo que estaba pasándole por la cabeza en ese momento. No obstante, lo que ella hizo a continuación terminó por aclarar cuál era el sentimiento que predominaba en su alma. Dio un giro veloz sobre sus talones para así quedar cara a cara con Cedric. Descargó todo el odio que poseía mediante una brutal estocada hecha con las garras en su mano derecha, la cual dio de lleno justo en el medio del pecho descubierto del príncipe.

—Oh, madre luna, báñame con tu luz ahora. Has de contemplar muy gozosa mi retorno. El día de la última caída por fin ha llegado —musitó la descolorida fémina, con gran solemnidad.

Un estridente rayo cegador cayó junto a ellos, al tiempo que el último de los pétalos de la rosa blanca dibujada en el tórax del Taikurime abandonaba el tallo marchito...

XLVI CADENA DE ATENTADOS

☞ Hacía ya varias semanas que el joven Leonardo Castro no tenía más noticias acerca de la inusual fotografía que había conseguido tomar en el Parque de los Deseos. Su amigo Marcos aún no había podido darle una respuesta concreta con respecto a lo que se haría con aquella invaluable imagen. Y no es que le preocupase demasiado si lograba convertirse en una especie de celebridad por haber sido el fotógrafo de lo que aparentaba ser una Banshee. Lo que más deseaba era saber si la criatura en la foto de verdad existía. De ser así, esa cosa había estado en pie a tan solo unos dos o tres metros de un grupo de niños inocentes. ¿Qué tal si los hubiese atacado y hasta asesinado? Él no podría perdonarse jamás el hecho de que una atrocidad de tal magnitud se cometiese contra ningún ser humano, mucho menos si se trataba de unos indefensos infantes. Viviría atormentado por la culpa, ya que sentía que debía haber acudido a las autoridades en vez de hablarle primero a su camarada acerca del raro ente en su fotografía. Deseaba con todo su corazón que aquel incidente no fuese más que una broma de muy mal gusto elaborada por algún idiota con muchas ganas de llamar la atención.

El muchacho se encontraba arrellanado en uno de los cómodos sillones, de tono verdoso, que tenía distribuidos en la amplia sala de estar de su casa. Estaba muy concentrado leyendo un viejo libro en el que se recopilaba con lujo de detalles todo lo relacionado con la historia de la fotografía. En ese momento, el ruidoso timbre de su teléfono celular comenzó a sonar. Alargó su brazo izquierdo y lo levantó, pues lo había colocado en una mesita circular de caoba que estaba junto a su

asiento. La agitada voz de su camarada, el historiador, le transmitió una enorme intranquilidad.

—¡Leo, no vas a creer lo que estoy mirando! Enciende tu televisor ahora mismo y busca el canal de noticias de la CNN en español — espetó Marcos, sin siquiera molestarse en darle aunque fuese una breve explicación.

—¿Pero qué diablos te pasa?! —respondió el alterado estudiante de diseño visual.

—¡Tú solo hazme caso y cállate! ¿De acuerdo?

—¡Sí, sí, está bien! Ya voy a encender la televisión... Dame un momento...

Leonardo se levantó del sillón como impulsado por resortes y se dirigió a su habitación, dado que allí era el sitio que había escogido para colocar el único televisor que tenía en su vivienda. Tardó casi un minuto buscando el control remoto, pues nunca lo colocaba en un punto fijo. Una vez que lo halló, encendió la pantalla y tecleó con su dedo pulgar derecho el número del canal que Marcos le había mencionado. Acto seguido, le subió el volumen y se sentó a la orilla de su cama. Iba a avisarle a su interlocutor que ya estaba mirando el noticiario cuando la impactante seguidilla de imágenes que contempló le robó la voz por completo.

—¿Estás viendo lo mismo que yo veo!? ¡Esto no puede ser posible! — exclamó el historiador.

Varias tomas provenientes de todas partes del planeta mostraban, a las claras, que uno de los más violentos ataques terroristas de toda la historia había dado inicio sin previo aviso. Nadie se explicaba cómo era que aquella horda de encapuchados había logrado colarse en el interior de cientos de casas presidenciales y de otros edificios gubernamentales sin que nadie los hubiese visto ni detenido. No había registro alguno de su presencia en las cámaras de seguridad ni tampoco señales de que hubiesen violentado la infraestructura o pirateado el sistema. En menos de lo que tarda un parpadeo, los altos funcionarios de las naciones más influyentes habían sido capturados por este misterioso grupo disfrazado. Cada una de estas personas enmascaradas se posicionó justo detrás de

su rehén, colocándole una afilada navaja en el cuello para evitar que este se moviera. Ni uno solo de todos los encapuchados había pronunciado palabra alguna, a pesar de las amenazas y los constantes gritos de los militares que habían acudido al rescate de sus mandatarios.

En la Ciudad del Vaticano, justo en el corazón de la Santa Sede, la serena y resonante voz femenina de quien tenía prisionero al Sumo Pontífice por fin rompió el inexplicable mutismo de todos los encapuchados.

—El ansiado retorno de su majestad, nuestra queridísima Nahiara, la excelsa emperatriz de la Legión de los Olvidados, por fin ha llegado. Hoy es un gran día de fiesta en su honor, por lo cual hemos de colmarla de los más selectos obsequios de bienvenida. Ella recibirá con mucho regocijo la sangre de los execrables seres humanos. ¡Oh, madre luna, contemplarás hoy la alegría de tu hermosa prole! —clamó Galatea, triunfante.

Apenas hubo concluido de pronunciar la sílaba final de tan enigmática declaración, las brillantes hojas de acero de los puñales en las manos de los Olvidados actuaron en perfecta sincronía. Se deslizaron con rapidez y descomunal fuerza por las gargantas de los numerosos presidentes, secretarios, sacerdotes, senadores, comandantes y magnates repartidos por la totalidad del orbe. Una copiosa marea roja emanaba de las profundas heridas de los hombres y mujeres, que en vano intentaban llevar una última bocanada de aire a sus pulmones. Tras un par de minutos, los miembros de la Legión unieron sus voces en un prolongado grito de guerra. De un solo tajo, separaron las cabezas de los asesinados de sus respectivos cuerpos y se las arrojaron a los pies de quienes estuviesen más cerca de ellos. Luego de hacer eso, colocaron ambas palmas abiertas sobre su pecho y miraron hacia arriba. Una densa niebla blanquecina los envolvió hasta que desaparecieron por completo, dejando como único rastro de su presencia una exuberante rosa blanca.

Una gigantesca nube negra acompañada de truenos y potentes vientos se formó en el cielo. No había un solo país en el mundo que se hubiese escapado de aquel repentino cambio climático. Todo lo que funcionaba con energía eléctrica ya no era de utilidad, puesto que hubo un gran

apagón de escala mundial. Las calles estaban paralizadas, debido a la congestión en el flujo del tráfico y a las frenéticas multitudes de personas que corrían y se empujaban, intentando hallar un sitio donde refugiarse. Un leve, pero sostenido temblor en la tierra le dio el toque de gracia al caos generalizado. Nadie tenía idea de lo que estaba pasando ni tampoco había quien pudiese hallar una solución viable ante semejante catástrofe, la cual no tenía precedentes y era, además, de proporciones planetarias.

En poco más de treinta minutos, la humanidad entera estaba descontrolada por completo, movilizándose de un lado a otro, sin saber a ciencia cierta hacia dónde dirigirse. Múltiples pleitos callejeros y miles de accidentes mortales estaban desatándose como fruto del pánico y la desorientación absoluta que se habían apoderado de todos. Era obvio que no existían planes para contrarrestar los efectos de una hecatombe cuya llegada no se hubiera podido prever de ninguna manera. Aunado a ello, todos los países habían perdido a sus principales dirigentes de un solo golpe, con lo cual se les estaba dificultando aún más la toma de decisiones eficaces a quienes quedaron al mando.

Desde las entrañas del suelo, uno a uno los encapuchados fueron saliendo a la superficie. Miles de ellos aguardaban con gran paciencia las nuevas órdenes de Galatea. Mientras tanto, contemplaban con indiferencia a los débiles y asustadizos seres que se llamaban a sí mismos humanos. A los Olvidados les divertía en gran manera que tanto hombres como mujeres de todas las edades y tamaños huyesen despavoridos cuando se topaban de frente con uno de ellos. Una siniestra sonrisa se dibujó en los rostros de todos los miembros de la Legión en cuanto las frases que tanto anhelaban escuchar por fin fueron articuladas.

—¡Acorrálenlos de inmediato! Oblíguenlos a amontonarse dentro de los linderos de los símbolos de nuestra Legión. Quiero que todo esté preparado para recibir de manera apropiada a nuestra señora. Tan pronto como ella esté entre nosotros y nos deleite los oídos con su poderoso grito de guerra, podremos liberar a los Soldados Plomizos, Negros y Blancos. ¡Dense prisa!

Los Olvidados removieron las capuchas de sus cabezas, con la finalidad de lucir más temibles ante los ojos humanos. Después de eso, empezaron a proferir unos ensordecedores rugidos, cual si fuesen leones hambrientos en plena caza. No quedaba una sola persona delante de su presencia tras su despliegue de ferocidad. Pero si por casualidad alguien se atrevía a desobedecerlos o tal vez el miedo le impedía moverse del sitio, los servidores de Nahiara levitaban hacia donde estas personas se hallaban, para así tomar las medidas necesarias. Los sujetaban de los cabellos o de la nuca y los lanzaban, como si de piltrafas se tratase, al sitio donde convergían quienes sí se habían movilizado apenas se les dio la orden. Con total eficiencia, la Legión logró acomodar a casi todos los habitantes de la Tierra dentro de los colosales círculos y óvalos, cuyos límites estaban trazados en el suelo mediante millones de cristales de cuarzo y lustrosos ónices.

Era indudable que la desgracia se cernía sobre todos los habitantes del planeta. Sin embargo, aún quedaban unos cuantos seres humanos y no humanos que habían logrado escapar y ocultarse de los temibles Olvidados. Entre ellos se contaban tanto Milo como su padre, quienes estaban haciendo todo lo posible por idear una estrategia de ataque en contra del ejército bajo el mando de Galatea.

—¡Ya no podemos esperar más tiempo! Es obvio que Dahlia y Sherezade no van a regresar con nosotros todavía. Si no actuamos ya, el planeta entero sucumbirá ante la Legión. ¡Déjame ir y luchar, papá! ¡Para esto he estado entrenando mi vida entera! —voceó Milo, temblando de rabia.

—¡No, hijo! ¡Por favor, espera! Confío en que eres muy fuerte y sé que estás capacitado de sobra para toda clase de combates. Pero ambos entendemos que con la Legión no se juega. Un solo guerrero contra todo un ejército no tiene posibilidades reales de ganar. Tenemos que esperar a tu hermana y a Sherezade. Su ayuda y la de quienes ellas traigan consigo son indispensables si pretendemos salir airosos de esto —contestó Emil, esforzándose por sonar calmado.

—No lo entiendes, ¿verdad? Galatea está a punto de asesinar a millones de personas y tú me pides que me siente a esperar... ¡No lo

haré! Siento mucho tener que desobedecerte esta vez, pero la inutilidad es algo que no va conmigo. ¡Adiós!

Antes de que el señor Woodgate fuese capaz de hallar una forma de detener a su hijo, este se elevó a un ritmo vertiginoso y salió disparado como un bólido hacia el continente europeo. Supuso que hallaría a la despiadada dama que estaba a cargo de los Olvidados todavía en el pequeño territorio de la Ciudad del Vaticano. Para su alegría, sus suposiciones fueron correctas. La halló de pie muy quieta sobre la cúpula de la Basílica de San Pedro. Ella no se sorprendió al verlo llegar, sino que más bien se permitió echarse a reír como una desquiciada.

—Te estaba esperando, mocoso. Gracias por venir a divertirme. Será un enorme placer para mí cercenarte el cuello a ti también —declaró la mujer, casi a gritos.

Milo desactivó el sistema de su escudo hexaédrico de neón, dejando expuesta su imponente forma de guerrero Keijukainen, un digno portador de la Daga del Protector. Agitó su larga cabellera olivácea y extendió sus tres coloridos pares de alas al máximo de su capacidad. Sus músculos se tensaron y sus luminosos ojos clavaron su mirada en la pálida adversaria que tenían ante sí.

—Nunca subestimes el poder de un Keijukainen. ¡Yo mismo me encargaré de que te arrepientas de haberte metido con la humanidad! —replicó el muchacho.

De inmediato, ambos contendientes se abalanzaron el uno contra el otro, utilizando toda la furia que albergaban en su interior como el motor de sus movimientos. El choque de sus cuerpos generaba amplias ondas expansivas que hubiesen tumbado con facilidad a casi cualquier persona. Con cada golpe que lograban asestarse, sus ánimos se caldeaban más y más. Ninguno parecía estarse debilitando, sino todo lo contrario. Una cruenta y prolongada batalla ya había comenzado...

XLVII UNIDOS

☞ Dahlia siempre había tenido un recuerdo muy extraño resguardado en la parte más recóndita de su cerebro. A menudo, revivía aquella escena mientras estaba bien dormida y luego se despertaba llena de ansiedad. No entendía por qué las vívidas imágenes que contemplaba durante sus sueños se le escapaban tan pronto como abría los ojos. Por más esfuerzos que hiciera, no había ninguna manera mediante la cual ella pudiese recuperar aunque fuera un minúsculo fragmento de información proveniente de sus viajes oníricos. Su incapacidad para rememorar aquella visión le ocasionaba mucha frustración y algo de tristeza, pues su instinto le indicaba que dentro de ese escurridizo recuerdo que se negaba a salir a la superficie estaba la clave para resolver un complejo enigma de gran trascendencia. Con el paso de los años, ella comprendió que esa anhelada memoria estaba fuera de su alcance. Se vio obligada a detener su infructuosa búsqueda por un tiempo indeterminado, pero no por ello perdió las esperanzas...

A varios kilómetros de distancia del hogar de Dahlia, otra chica de su misma edad se sentaba por las noches a charlar consigo misma en la tranquilidad de su habitación. Avanzaban las horas, y su mente continuaba dándole vuelta tras vuelta al mismo tipo de cuestiones que tanto intranquilizaban a la rubia. Bianca

sentía un gran vacío en mitad de su pecho cada vez que se ponía a pensar en ese sueño tan raro que siempre le provocaba sobresaltos en mitad de la madrugada. La sangre que corría por sus venas se helaba un poco al percatarse de que era ella misma quien estaba obstaculizándole el regreso a aquel recuerdo. Esa conducta tan contradictoria de su mente la atemorizaba en sumo grado. ¿Por qué deseaba acordarse de

algo que, al mismo tiempo, se empeñaba en olvidar? Jamás había conseguido entender aquella paradoja, al menos no hasta que llegó el día en que su potente sello de camuflaje Linvetsi por fin se rompió.

El secreto que había sido resguardado en el subconsciente de aquella pareja de jovencitas ahora estaba al alcance de ambas. Lo único que requerían para tener libre acceso a este recuerdo y a muchos otros era cerrar los ojos y concentrarse en ello. Ya no existía ningún tipo de barrera que les impidiera conocer el contenido de las múltiples memorias de todas las experiencias que las dos habían compartido desde que sus vidas se vincularon a través del plano onírico, cuando aún estaban dentro del vientre de sus respectivas madres. Tanto Dahlia como Bianca juraron no contarle a nadie más acerca de sus encuentros furtivos, ni siquiera a Milo. Para asegurarse de que ninguna de ellas fuese a romper el mutuo acuerdo, ni siquiera por accidente, la náyade purificadora se encargaba de ocultar todo indicio de la estrecha relación de amistad que tenían, mediante sus poderosas habilidades para crear barreras espirituales duraderas e impenetrables. De esta manera, las chicas garantizaban que ningún miembro de la Legión de los Olvidados pudiese obtener los valiosos datos que solo ellas dos poseían. El sueño recurrente que las chicas experimentaban al mismo tiempo siempre las dejaba muy confundidas, y no era para menos...



Un vasto espacio abovedado, revestido de cientos de diminutos puntos titilantes de variadas formas y tonalidades, enmarcaba el solemne encuentro de tres personas: dos seres humanos y una criatura extraterrena. Esta última se hallaba de pie sobre un dodecaedro nacarado flotante de gran tamaño. Sus extremidades superiores y su tórax se hallaban cobijados por un resplandeciente cúmulo de inquietas llamas azuladas. Desde su musculoso abdomen hasta la punta de sus angostos pies, una densa cortina de fuego ambarino la abrigaba. Las bicolores flamas no le ocasionaban daño alguno a su cobriza piel de tersa apariencia, sino todo lo contrario. Aquellas incandescentes lengüetas daban la impresión de estar regalándole una dulce caricia.

Las danzantes agujas que el ente de aspecto femenino tenía por cabellos parecían haberle arrebatado al astro rey su áureo fulgor. Entre sus delicadas manos, de estilizados dedos, la dama acunaba una semiesfera transparente en cuyo interior se albergaba una gélida sustancia incolora de consistencia viscosa. Ella la observaba con infinita ternura, tal y como si estuviese sosteniendo a su hijo recién nacido entre los brazos. Su zafírea mirada no se desviaba por ningún motivo del receptáculo vítreo que tenía ante sí. Con sumo cuidado, se dispuso a levantar el peculiar objeto hasta hacerlo llegar a la altura de sus finos labios. Inhaló y exhaló tres veces, tras lo cual cerró sus ojos y procedió a ingerir la totalidad del gelatinoso brebaje muy despacio.

La pareja terrestre estaba compuesta por un hombre y una mujer bastante jóvenes, de cabellera castaña con mechones rojizos y tez clara. Iban vestidos con una larga capa de seda turquesa que les rozaba los tobillos. Dicha prenda era sostenida en su sitio por un elegante broche violeta en forma de luna llena, el cual estaba colocado justo en medio de las clavículas. Bajo este vistoso atuendo, el dúo vestía un sencillo traje de neopreno negro y unas botas grises de cuero. Ambos se encontraban arrodillados frente a aquel desconocido ser de sobrenatural belleza. Los dos estaban apoyados sobre el lomo de un majestuoso tigre de bengala blanco, de diez metros de longitud. Tanto las patas como la cola del gigantesco animal exhibían un fosforescente halo naranja que los recubría por completo. Desde el torso y la cabeza de la bestia se desprendía una inusual nube vaporosa de coloración indefinida, ya que alternaba sus matices de manera intermitente entre el dorado y el plateado.

La muchacha sujetaba con firmeza la mano derecha del varón, quien la contemplaba de reojo con cierto nerviosismo. Ninguno se atrevía a articular palabra alguna mientras la criatura extraterrestre bebía la pócima que ellos le habían traído. No podían arriesgarse a interrumpir aquella ceremonia ni tan siquiera con el sonido de un leve suspiro. Un hilillo de sudor frío perlaba sus pálidas frentes, dado que estaban siendo testigos de un acontecimiento sin precedentes, un suceso de vital importancia para el futuro de una raza entera. Luego de varios minutos

de insoportable zozobra para los jóvenes terrícolas, el ente femenino abrió los ojos y comenzó a susurrar varias palabras pertenecientes a un lenguaje muy antiguo, un idioma casi extinto que solo unos cuantos seres privilegiados de cada galaxia podrían comprender.

La dama se inclinó hacia adelante y colocó sus brazos extendidos a los lados de sus caderas. De su boca empezó a emerger un lustroso líquido cetrino que se fue acumulando en un punto específico del suelo. Poco a poco, el fluido iba solidificándose, hasta que por fin se formó una inexpresiva figura de rasgos humanos a partir de él. Entonces, la criatura extraterrena se recostó al lado de la escultura que había fabricado y posó ambas manos sobre la cabeza de esta. La verdosa imagen inerte soltó un potente grito y de inmediato se incorporó. Justo en ese momento, una pesada oscuridad se apoderaba de la escena y aquel insólito sueño llegaba así a su abrupto final...

Tras un largo rato de haber estado inmersa en la dimensión de los sueños, Bianca despertó de golpe. Su agitado cuerpo se encontraba bañado en sudor, al tiempo que un frío casi insoportable se le había colado hasta el tuétano. Sentía una quemante punzada en la parte posterior de la cabeza, como si le estuviesen soldando el cuero cabelludo con un soplete. Sin embargo, el creciente malestar físico de su organismo se vio eclipsado por el inmenso desasosiego de su mente. La jovencita se quedó boquiabierta al notar que seguía recostada sobre su cama, pues la traumática experiencia que acababa de vivir le había parecido demasiado real. Todavía podía ver a su amiga tumbada en el piso, asfixiándose y retorciéndose de dolor. Y ella, a pesar de sus titánicos esfuerzos, no pudo conseguir ni tan siquiera alivianarle un poco la pesada carga de inmerecidos sufrimientos a Dahlia.

La mensajera de Nina respiraba con dificultad, puesto que había tenido que forcejear por un largo rato con la convulsa chica dormida. Si la emisaria no la hubiese sujetado con firmeza, la muchachita de seguro hubiese vuelto en sí para llevarse la terrible sorpresa de ver que su frágil figura estaba llena de cortaduras, moretones y hasta fracturas serias. La conmoción mental que la chiquilla experimentó en el plano onírico ocasionó que su cuerpo comenzara a elevarse para luego dar

inicio a una secuencia de violentos rebotes, tal y como si ella fuese una gran pelota de goma. Saltaba a gran velocidad de una pared a otra, chocando también contra la fría cerámica del piso e inclusive contra el techo. Si la pequeña mensajera no la hubiese contenido, los traumas físicos posteriores habrían sido muy severos. Hasta fue necesario administrarle una pócima somnífera a la madrastra de la chica para que dicha señora no pudiese escuchar ninguno de los fuertes ruidos que producían tanto los rebotes del cuerpo de Bianca como sus agudos chillidos ocasionales.

—¡Debo reunirme con Dahlia ahora mismo! Su presencia está por desaparecer... ¡No puedo permitir que eso pase! —exclamó la joven, trémula y jadeante.

Acto seguido, ella se levantó de un salto y se apresuró a abrir la ventana de su habitación. El frío viento del exterior terminó por desestabilizar aún más su temperatura corporal. Estuvo a punto de caerse desmayada, pero la mensajera reaccionó con prontitud y la sostuvo. Ignorando su debilitado estado de salud, la joven Bustamante se resolvió a luchar con uñas y dientes. Ya no tenía más dudas en cuanto a su verdadera identidad y de todo lo que debía hacer de allí en adelante. Sin detenerse a pensarlo mucho, ahuecó sus palmas abiertas frente a su pecho, al tiempo que cerraba sus ojos para así enfocarse con mayor facilidad en la convocación de su habilidoso compañero de batallas.

—¡Sóturi, ven a mí! Necesito que compartas tu sabiduría y tus talentos conmigo.

El ave Argéntea emergió desde el pecho de la chica, manifestándose primero como una minúscula esfera plasmática de tonalidad blancuzca. La muchacha sopló con suavidad sobre la bolita, la cual no tardó más de un minuto en adquirir la forma acostumbrada ante los ojos de su ama.

—Llévame hacia el punto más cercano a Dahlia. Sé que mi amiga no se encuentra en la Tierra, pero podemos intentar alcanzarla mediante el desbloqueo del portal que hay dentro de Loimu. Para lograrlo, Milo es quien debe transportarnos hasta ahí. Guíame hacia él, ¿lo has entendido?

—¡Sí, mi señora! Pero antes de que partamos, yo le recomendaría protegerse. Su forma humana puede ser herida con suma facilidad, además de que justo ahora se encuentra muy decaída. Será mucho mejor si permite que se manifieste su forma Linvetsi sin restricción alguna. Yo le serviré de escudo para que ninguno de los Olvidados pueda detectar su energía, una vez que usted se haya transformado.

—Me parece un excelente consejo, buen Sóturi. Mientras esperas por mí, ve aumentando tu tamaño. Quiero viajar acostada sobre tu espalda. Quizás así pueda recuperarme un poco.

—¡Así lo haré, mi querida ama! Cuente conmigo para todo cuanto usted desee.


En menos de lo que tarda un parpadeo, la piel de Bianca cambió tanto de apariencia como de textura. Pasó a ser una masa compacta bastante sólida, cual si estuviese hecha de piedra. Cada centímetro de su epidermis mostraba una fina capa de reluciente escarcha plateada. Su ondulada cabellera también adquirió la misma tonalidad que ya tenía el resto de su cuerpo. Solo sus ojos presentaron una característica distinta, dado que estos se tornaron violáceos. Una vez que estuvo lista, volteó su cabeza hacia la derecha y se encontró con una versión aumentada de su leal ave Argéntea. Era el mismo Sóturi de siempre, pero ahora medía nada más y nada menos que cuatro metros de longitud. Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de ella, ante lo cual el enorme pájaro decidió dedicarle una respetuosa reverencia con su cabeza. La chica caminó hasta él y dio un salto, al tiempo que este se agachaba. Segundos después, sus manos ya estaban asidas de las gruesas plumas ubicadas en la base del cuello de su ave.

—Vámonos ya, amigo mío. No podemos darnos el lujo de perder ni un solo segundo más en este lugar...



STEVEN REYES

XLVIII OSCURIDAD

 Un numeroso grupo de Olvidados se encontraba de rodillas en torno a la cúpula diamantada, que por tantos siglos había resguardado en su interior a la más preciada de todas las posesiones tangibles en manos de la Legión. Los estáticos ojos carentes de brillo de los *Centinelas de Élite* no se apartaban nunca de la imperecedera rosa blanca ensangrentada que Nahiara dejó tras de sí cuando se vio obligada a abandonar su dañado cuerpo, ocho centurias atrás. Aquel conjunto de inexpresivos entes alguna vez fueron hombres y mujeres comunes, rebosantes de vitalidad. De esos días, ya no quedaba ni siquiera la sombra difusa de un vago recuerdo. Los cadavéricos semblantes que se ocultaban bajo los pliegues en la desgastada tela de sus capuchas lúgubres daban fiel testimonio de que no había ni un leve atisbo de emociones albergado dentro de sus marchitos organismos.

Esta selecta agrupación de vigilantes aguardaba con paciencia el momento en que su amada soberana pudiese hallar al receptáculo humano adecuado para que su extraordinaria esencia lo poseyera y así se consumase su regreso al trono. Ese anhelado momento había llegado cuando los Reclutadores de la Legión por fin pudieron desvelar la identidad de los descendientes de los Valaistu. Aquella era la pieza que les faltaba encontrar para completar el plan magistral que habían maquinado desde el principio. Al combinar aquella sangre semiélfica con la de su poderosa señora, el resultado sería espléndido. La inusual mezcla lograría que el nuevo cuerpo de la emperatriz adquiriese las asombrosas habilidades de ambas razas, haciéndola casi invulnerable. Además, al convertirse en portadora de los genes de la estirpe del legendario Raki, eso la protegería ante los ataques de otros seres con su

mismo código cromosómico, anulándose de esa manera la posibilidad de que un Sydän volviese a sellarla.

Desde el día del nacimiento de Kadar, el hijo que resultó de la unión del príncipe Hashim y la gitana Anwar, los Olvidados siempre habían conocido a quienes mantenían vivo el linaje que la misma Nocturna estableció mediante la transfusión de la mitad de su sangre a las venas de la que más tarde llegó a ser conocida como Galatea. Con el repentino despertar de los poderes de la joven Déneve Stewart, los cuales les serían heredados a sus hijos e hijas, la Legión consiguió todos los ingredientes necesarios para asegurar el éxito rotundo de sus oscuros propósitos. El sello romboidal de Galatea, el cual actuaba como un efectivo supresor y suplantador de memorias, sumado a la alteración química de las funciones cerebrales que Fenrisulf le ocasionó a Dahlia de manera premeditada, terminaron por sepultar la consciencia de la rubia y traer a la superficie la de la Nocturna.

La oscura esencia de Nahiara estaba compuesta por tres clases de sentimientos en su estado más puro: tristeza, miedo y rencor. Gracias a la clarividencia de su fiel servidora Galatea, ella supo con unos cuantos meses de antelación que existían grandes probabilidades de que los Valaistu acabaran con su existencia. Por ello, se había encargado de dividir con sumo cuidado la triada de sus sentimientos esenciales. Había colocado dos de ellos en lugares estratégicos, los cuales estaban pensados para preservarse por un largo tiempo. Solo conservó dentro de sí el rencor. El miedo lo distribuyó en varios fragmentos entre sus descendientes, y este fue pasando de padres a hijos. Cuando llegase el momento adecuado, las distintas partículas del miedo tenían la propiedad especial de poder volver a ser un solo elemento de nuevo. El evento esperado sucedió cuando se dio el nacimiento de Dahlia, quien recibió la totalidad de las partes de dicho elemento.

La tristeza fue introducida dentro del cuerpo del príncipe de los Taikurime, el joven Cedric, puesto que la principal profecía de la Legión de los Olvidados hacía alusión directa a él al decir que la emperatriz nocturna regresaría de la mano del primogénito de los guardianes de las memorias. La marca de la rosa en el pecho de él le indicaba cuánto

tiempo restaba para que la dueña de la tristeza en su interior viniese a reclamarla. Una vez que eso sucediera, Cedric perdería su identidad por completo y se transformaría en un simple lacayo de Nahiara.

Antes de que la Nocturna pudiera seleccionar un buen destinatario para que albergase su rencor, el cumplimiento de las predicciones de Galatea con respecto a su muerte a manos de los Valaistu le llegó de súbito. Eso la forzó a elegir de manera apresurada una rosa blanca para que esta fuese la que habría de alojar todo su rencor. Apenas tuvo tiempo de transferir la última de las tres partes de su esencia a la nivea flor, pues la energía purificadora del Sydän de Fuego, conformado por Miria y Yuma, no le dio más que unos cuantos segundos de vida a su cuerpo, luego del impacto de la flecha dorada justo en medio de su frente.

La valiente acción de la dupla semiélfica habría acabado con ella de manera definitiva, de no haber sido porque tomó las precauciones del caso tan pronto como su servidora predilecta le narró el contenido de sus visiones premonitorias. Ochocientos años después, por fin la oscura triada de los sentimientos de Nahiara estaba por ser reunificada. Una vez que los Olvidados separasen la esencia de Dahlia de su cuerpo, este le pertenecería por completo a la emperatriz de la Legión. Hasta el último rastro de la existencia de aquella rubia muchacha sobre la faz de la Tierra sería borrado, tan pronto como parte de su sangre fuese derramada, a manera de sacrificio de bienvenida para la Nocturna, sobre el macizo altar de mármol ubicado en el centro de la Cámara Lunar...

Cuando Sherezade llegó ante la presencia de Fenrisulf, ya era demasiado tarde para echar marcha atrás. El comandante había liberado uno de los cinco rayos sagrados de Belldandy, los cuales habían sido diseñados para ser utilizados solo en casos extraordinarios. Dichos rayos podían anular del todo las pruebas de los páramos y regresar a quien las estuviese realizando a su lugar de origen, de manera casi instantánea. Estos relámpagos estaban reservados para asistir a los hijos e hijas de las familias nobles de Cepheus, ya que no se debía permitir que estos quedasen atrapados en la dimensión oscilante por mucho

tiempo o, peor aún, que perdieran sus vidas en el intento de conseguir una de las dagas ancestrales. Nunca antes se había utilizado uno de estos poderosos instrumentos de rescate, puesto que no había sido necesario interrumpir el arduo proceso de entrenamiento de ninguno de los guerreros Keijukainen que habían desempeñado las pruebas a lo largo de los siglos.

—Sé lo que vienes a decirme. Estás en tu derecho de hablar y hasta de lanzar improperios contra mí si así lo deseas, pero nada de eso servirá ahora. He devuelto a la chiquilla a su planeta y no hay forma de revertir esa acción —declaró Fenrisulf, con una sonrisa amarga dibujada en sus labios.

—¿¡Por qué has hecho eso!? Es obvio que estabas sometiendo a Dahlia a mucho más de lo que ella era capaz de soportar. Puede estar herida de gravedad y tú la envías a la Tierra, sin permitir que me cerciore primero de su estado. No la dejaste ni siquiera reponer un poco de sus fuerzas. ¿¡Acaso te has vuelto loco!?

—replicó Sherezade, quien no pudo contener sus lágrimas.

—Estoy tan cuerdo como siempre lo he estado, amiga mía. Pero llegan momentos de la vida en los que un padre debe poner las necesidades de su familia en primer lugar, sin importar las consecuencias que eso pueda traerle.

—¿Padre? ¿Familia? ¿De qué estás hablando? Tú nunca has tenido una esposa ni tampoco has engendrado hijos.

—No tengo por qué darte explicaciones, pero esta vez haré una excepción. Es una ocasión memorable para mí, ¿lo sabías? Es conmovedor saber que he podido hacer algo bueno por mi niña.

—Habla claro, Fenrisulf. No hay tiempo para tus extraños juegos de palabras.

—No son juegos de palabras, querida. Es la verdad. Hace mucho tiempo, tuve una hija ilegítima. Eso sucedió poco antes de que yo fuese convertido en una estrella. Siempre me he sentido culpable por no haber estado ahí, junto a mi pequeña. Y lo que le hice a su madre no tiene perdón alguno. Lo que he hecho hoy es la única manera que

encontré de enmendar aunque sea una minúscula parte de mi gran error.

—¿No estarás diciéndome que tu hija es...?

—Nahiara. Ese es el nombre que Syphiel eligió para nuestra niña.

Sherezade sintió una fuerte punzada en mitad de su vientre. No podía respirar con normalidad ni tampoco mantenerse en pie. Cayó de rodillas frente al comandante, con la mirada perdida y un leve temblor en su quijada.

—Fenrisulf, ¿tienes idea de lo que en realidad has hecho?

—Desde siempre he sabido cuáles serían las consecuencias de ayudar a mi hija. Estoy muy consciente de que muchos seres sufrirán a causa del regreso de Nahiara, pero ella me importa mucho más que cualquier otra cosa. Quiero que mi niña tenga todo lo que fue arrebatado debido a mi negligencia. Sufrió muchísimo por años, y no estuve allí para consolarla. Es hora de que sea feliz. Y si he de pagar con mi vida por mis acciones pasadas y presentes, que así sea.

Sherezade volteó a mirar los rostros de los demás representantes de la constelación de Equuleus. Todos estaban igual o incluso más alterados que ella misma ante la increíble noticia que acababa de darles su comandante.

—Elbura, encárgate de que Fenrisulf sea llevado a las mazmorras de máxima seguridad en Plutón. Yo debo regresar a Loimu de inmediato. Milo necesita saber lo que está ocurriendo. Solo espero que aún podamos hacer algo por Dahlia y por la Tierra entera.

Acto seguido, la Keijukainen salió corriendo a toda velocidad hacia el portal interestelar que se conectaba con la dimensión portátil que el jovencito Woodgate portaba en su ojo izquierdo. Unos cuantos minutos después de ello, la agitada voz de la dama resonaba en el interior de la cabeza de Milo.

—Ya no luches más contra Galatea. ¡Retírate ahora mismo! —exclamó ella, con un tono autoritario.

—¿Por qué me estás pidiendo tal cosa? ¡No puedo dejar que esta mujer haga lo que quiera! —le respondió él, de forma telepática.

—Galatea puede esperar, tu hermana no. ¡Es urgente que me obedezcas!

Milo replegó los párpados al máximo de su capacidad. Al comprender que era Dahlia quien lo necesitaba, supo que todas sus energías debían ser reservadas para ayudarla. Entonces, le propinó un potente puñetazo en la mandíbula a su pálida adversaria. Eso la aturdiría unos breves instantes, los cuales serían aprovechados por él para ingresar a Loimu y hablar cara a cara con Sherezade. Pero justo antes de que el muchacho pudiese pronunciar la invocación correspondiente, un agudo alarido femenino alcanzó sus oídos.

—¡Milo, soy yo! ¡Espérame, por favor! —rogó Bianca, quien acababa de llegar al sitio en donde se estaba desarrollando la batalla, sentada sobre el lomo de su ave Argéntea.

Al verla, una especie de extraño cosquilleo recorrió el cuerpo entero del joven Woodgate. Ante sus ojos se hallaba aquella chica que él tanto había estado buscando, esa niña tan dulce que había conocido a través de sus sueños. El simple hecho de poder mirarla por primera vez en persona, sin tener que recurrir al plano onírico, ocasionó que su corazón comenzase a latir de manera rauda e irregular. Su peculiar apariencia no hizo más que aumentar la atracción que el muchacho sentía hacia ella. El suave tono plateado de su tez resaltaba el llamativo matiz violeta de sus grandes ojos. El escarchado resplandor de su cuerpo la asemejaba a una costosa figurilla niquelada de alguna selecta colección privada de incalculable valor. Por unos segundos, el muchachito se olvidó por completo de lo que estaba pasando a su alrededor.

Esa fue la oportunidad perfecta para que la emisaria predilecta de Nahiara contratase. La momentánea distracción de Milo le costó muy cara, pues su rival logró embestirlo con su cabeza y tumbarlo en el piso. Una horda de Olvidados de menor rango se abalanzó sobre él en perfecta sincronía. Eran tantos que Milo no pudo apartarlos de sí, y ellos con gran destreza lo inmovilizaron al colocarle unas gruesas redes de acero negro que habían sido fabricadas mediante una combinación de complejos encantamientos elaborados por Galatea, quien lo había

observado con atención para determinar el tipo de magia que podría debilitarlo. Al parecer, su trabajo había dado resultado, dado que Milo quedó inmovilizado y un tanto aletargado, tras ser apresado por aquella urdimbre tan resistente y pesada.

Bianca trató de acudir en su auxilio, pero la segunda al mando de los Olvidados se lo impidió. Tomó impulso y se lanzó como un bólido hacia el lugar en donde se hallaba la chiquilla. Sóturi emitió un ensordecedor graznido que desorientó a Galatea y la obligó a detener su ataque de forma temporal. De no haber sido por la certera intervención del ave, la joven habría recibido de lleno el impacto, lo que de seguro habría resultado en que ella acabase tirada sobre la tierra, siendo atrapada de la misma manera que Milo. Mientras ella pensaba en una estrategia para liberar al chico y, al mismo tiempo, defenderse de su taimada enemiga, vientos huracanados comenzaron a soplar con furia. Las densas nubes que ocultaban el estrellado cielo nocturno se disiparon por completo, dejando a la vista una preciosa luna llena. El terreno estaba temblando como si de un volcán en plena erupción se tratase. En ese preciso instante, la cabeza de un espigado Centinela de Élite apareció en la entrada de uno de los tantos pasadizos subterráneos que comunicaban Lutkyneva con el mundo exterior.

—¡Nuestra amada soberana por fin ha vuelto! Ya está aquí con nosotros, gran señora. La está esperando a usted. Si lo tiene a bien, la escoltaré ante su presencia. Nuestros ejércitos se encargarán de estos molestos niñatos con facilidad —anunció el guardián, a voz en cuello.

Aquel ente había abandonado su puesto de vigilancia debido a la imperiosa necesidad de llevarle aquel importante mensaje a Galatea. La lívida mujer no se lo pensó dos veces para acudir al llamado que le hacía su soberana. A varios kilómetros bajo la superficie del suelo, la versión renovada y casi completa de Nahiara estaba de pie, frente a la cúpula con la rosa ensangrentada. Detrás de ella, la macilenta criatura en la que se había transformado el Taikurime se encontraba levitando, con los ojos cerrados y la cabeza gacha. La Nocturna era quien lo mantenía en esa posición, pero aquel ejercicio mental no le restaba precisión a su capacidad de concentración visual. No podía apartar su

mirada de la blanca flor, al tiempo que una amplia sonrisa cargada de malicia decoraba su descolorido rostro.

—Al fin has llegado, mi más leal servidora. Fuiste la primera en unirse a las filas de los Olvidados y has demostrado con creces que sigues estando de mi lado. Oh, hija mía, recibirás cosas maravillosas por haber aguardado mi retorno y haber luchado sin descanso para que este se diera de manera apropiada. Deseo que seas tú la que transporte la rosa a la Cámara Lunar. Quiero que dirijas la ceremonia de sacrificio y que luego me veas destruir la esencia de Dahlia.

—El serle de utilidad a mi amada reina será el mayor honor que me pudiese ser concedido. Con gusto haré todo cuanto me ha solicitado su majestad.

Tan pronto como Galatea terminó de recibir las instrucciones de Nahiaara, los preparativos para el ritual del regreso definitivo fueron llevados a cabo con gran rapidez. Un enorme círculo fue dibujado con carbón vegetal alrededor del altar marmóreo en el que ya se había recostado la emperatriz. La plateada luminiscencia del satélite natural terrestre se colaba por en medio de las múltiples cavidades redondas en los muros, e iluminaba de lleno a la máxima autoridad de los Olvidados. Varios reclutadores y algunos vigilantes danzaban y cantaban en torno a aquel sitio, mostrando de esa manera la gran felicidad que les producía el acontecimiento que estaban por presenciar.

Con sus afiladas uñas, la emisaria favorita de la Nocturna hizo numerosas perforaciones en distintas zonas del cuerpo de su soberana. Cada vez que ella separaba sus uñas de la blanquecina carne de Nahiaara, introducía unas diminutas piedras cúbicas opacas sin coloración alguna en los pequeños orificios. Dichas piedrecillas empezaron a absorber un líquido viscoso de leve pigmentación dorada, casi transparente. Conforme se iban llenando con aquella extraña sustancia, los cubos de cristal aumentaban su tamaño. Una vez que estos hubieron alcanzado el cuádruple de su volumen inicial, Galatea los retiró con suma delicadeza y los distribuyó de manera equidistante por todo el contorno del círculo negro que rodeaba a la emperatriz.

—Ya he terminado de extraer la totalidad de la esencia de la niña que ocupaba su cuerpo, gran señora mía. Ahora procederé a deshacerme del corazón humano que todavía alberga este organismo. El proceso será doloroso, pero es necesario para completar su regreso definitivo. Tan pronto como termine con ese paso, podrá usted tomar el rencor que está guardado en la rosa blanca imperecedera. ¿Está usted lista, mi señora? —preguntó la emisaria, sin ocultar su sonrisa de satisfacción.

—Procede de inmediato. He esperado ocho centurias para llegar a este glorioso momento —contestó Nahíara, casi riendo.

Galatea les ordenó a los reclutadores que presenciaban la ceremonia que se apartaran, pues la reacción de la Nocturna durante el desarraigo de la palpitante víscera podría atentar contra sus vidas. Ellos acataron la orden sin chistar, tras lo cual la pálida hechicera estiró los dedos de su mano derecha y los enterró con fuerza en el pecho de su reina. Un espantoso alarido salió de la garganta de ella, al tiempo que unas incandescentes chispas eléctricas rojizas brotaban de sus manos. El carbón mineral del grabado en el suelo comenzó a arder, y el temblor en la tierra incrementó su intensidad. Densos nubarrones encapotaron el cielo de todo el planeta, e iban acompañados de potentes truenos centelleantes. Una copiosa tormenta de ceniza comenzó a cubrir con celeridad hasta el último rincón de la superficie terrestre. Ese extraño fenómeno ocasionó que la vegetación se marchitase y que los animales que estaban a la intemperie pereciesen. Sus cadáveres se descomponían a un ritmo acelerado, lo cual hacía que el penetrante hedor de la putrefacción se mezclase con el tufo sulfúrico que generaba la lluvia cenicienta. Las multitudes de personas que habían sido acorraladas por los Olvidados se llenaron del más profundo pavor ante semejante panorama, pero no podían hacer más que limitarse a toser, vomitar y llorar, puesto que se hallaban indefensas.

Mientras tanto, Bianca había estado luchando de manera conjunta con su fiel amigo alado en contra de los cientos de Olvidados que no cesaban de atacarla. A algunos los golpeaba directamente, a otros los mantenía alejados mediante sus potentes barreras espirituales. Sóturi los atontaba con sus estentóreos graznidos y sus fortísimos picotazos, pero

nada de eso los detenía del todo. De pronto, la joven Bustamante sintió un insoportable dolor en su corazón, tal y como si se lo estuviesen destrozando. El terrible malestar hizo que ella cayera como un plomo sobre la polvorienta superficie del campo de batalla. Le faltaba el aire y la cabeza le daba vueltas. No le quedaron fuerzas ni siquiera para conservar su forma Linvetsi. No obstante, su mente estaba lúcida, y eso le permitió comprender que Dahlia estaba a punto de desaparecer para siempre.

—Sóturi, déjame aquí y ve al lado de Dahlia ahora. Haz cualquier cosa que sea necesaria para salvarla de la destrucción

—clamó ella, con la voz entrecortada.

—Como usted lo desee, querida ama. ¡Por favor, aguante! Volveré a su lado tan pronto como me sea posible —respondió el ave, con voz firme.

Dicho eso, el pájaro redujo su tamaño de forma drástica. Era tan pequeño como un grano de arroz, lo que le permitiría ingresar a la ciudad subterránea sin ser visto. No tardó ni treinta segundos en llegar ante la presencia de Nahiara, quien aún se retorció de dolor. Galatea estaba tan concentrada en su tarea que no pudo percibir la presencia del minúsculo animal. La extracción del corazón fue completada ante los atónitos ojos de Sóturi. Ya no había nada que él pudiese hacer para revertir aquel proceso, pero todavía podía hacer el intento de rescatar la esencia de Dahlia que estaba en el interior de las piedras. Decidió esperar un poco más, pues no quería delatarse antes de tiempo y arruinar la última oportunidad que tendría para cumplir con su arriesgada misión.

La segunda al mando de la Legión sujetaba con gran satisfacción el vibrante corazón de Dahlia entre sus manos. Se regocijó muchísimo cuando percibió que los latidos de este se habían detenido. Acto seguido, aplastó el órgano con las yemas de sus dedos y esparció la sangre alrededor del cuerpo de Nahiara, quien estaba lamiendo los últimos rescoldos de su ira que habían estado almacenados en la rosa blanca hasta ese día. Cuando hubo terminado de absorber el único elemento que faltaba para que su oscuro ser estuviese completo, todas las heridas de su cuerpo sanaron y una penetrante sensación de frío le

caló los huesos. La legendaria emperatriz de la Legión de los Olvidados estaba de vuelta.

Nahiara se incorporó de un salto y se rasgó las ropas que traía puestas. No quería tener nada que le hubiese pertenecido a Dahlia, a excepción de su cuerpo. En unos fugaces instantes, su lechosa silueta desnuda se paseaba con alegría por la Cámara Lunar.

—Galatea, reúne las piedras cúbicas y tráelas a la superficie. Quiero deshacerme de cada una de ellas frente al Protector Keijukainen. Deseo que él comprenda lo inútiles que han sido sus esfuerzos por ayudar a su hermana. Será muy placentero mirar su rostro mientras me suplica que me detenga.

—Como usted lo prefiera, excelsa señora mía. Este es un día de absoluta gloria para su distinguida persona.

—Sí, sin duda alguna lo es... Te espero afuera, entonces. ¡No te tardes mucho!

Nahiara avanzaba despacio, sin hacer contacto con el suelo. Su feroz mirada mostraba a las claras el inconmensurable odio que la caracterizaba. De pronto, alzó los ojos hacia el cielo y emitió un estridente chillido que le agregó aún más fuerza a la potencia del terremoto que se había desatado antes. Desde las entrañas de Lutkyneva, empezaron a emerger las colosales hordas de los temibles Soldados Blancos, Negros y Plomizos. Uno a uno, estos abominables seres elevaron sus voces hasta alcanzar la misma potencia sonora del grito de su soberana. Estaban listos y deseosos de desempeñar sus letales funciones.

—¡Vayan, hijos míos, y deléitense! Sacien el hambre y la sed que por siglos han acumulado. Acaben con toda la asquerosa humanidad y con todas esas otras criaturas repulsivas que se les asemejan. No quiero que nada ni nadie que no sean mis preciados Olvidados habite este planeta —voceó la emperatriz.

Las tropas del enorme ejército de la Legión dieron inicio a la cruel carnicería para la cual habían sido diseñados. Miles de hombres, mujeres y niños perecían a manos de los despiadados Soldados Blancos, al tiempo que toda la vida de los mares y de los bosques también se

apagaba, a causa de los ataques propinados por los Soldados Negros y Plomizos.

—Nada pudo detener mi regreso, iluso jovenzuelo. ¿Acaso creíste que tu débil hermanita iba a poder derrotarme? ¡Qué estúpido de tu parte! La única cosa que ella hizo bien fue proporcionarme su cuerpo. Por suerte me lo cuidó. Pienso que me queda mucho más bonito a mí que a esa insulsa rubiecita, ¿no te parece? Ahora quiero que presencias en primera fila lo que hago con los restos de esa mocosa —aseveró Nahiara, con gran sarcasmo, mientras miraba a Milo a los ojos, quien continuaba inhabilitado.

La pila de cubos de cristal había sido colocada por Galatea junto a los pies de la Nocturna. Mientras sonreía satisfecha, iba pisoteando con infinito desprecio cada una las piedras hasta hacerlas polvo. El muchacho lloraba y gemía desconsolado, consciente de que no le serviría de nada pedirle a esa desalmada que se detuviera. Diecinueve cristales fueron destruidos con pasmosa rapidez. El vigésimo cubo ya estaba listo para recibir el mismo destino que los otros, pero algo inesperado sucedió. Una pequeña sombra plateada pasó a la velocidad de la luz enfrente de Nahiara y le arrebató la piedrecilla. En menos de lo que tarda un parpadeo, Sóturi se llevó el cristal y lo depositó en las manos de Cedric. Acto seguido, se le metió en medio de las fosas nasales y lo sacó del trance en que se hallaba por unos breves instantes.

—Por favor, envía este cristal a un sitio seguro, tan lejos como puedas. Esto es todo lo que queda de Dahlia, así que es de vital importancia que lo protejamos —espetó el ave Argénteo.

El príncipe actuó con presteza. Un oscuro portal fue abierto en mitad de la nada. Él tomó impulso y aventó la piedra con todas sus fuerzas dentro de dicho portal, el cual se cerró tan rápido como había sido abierto, justo después de que el cubo lo hubo atravesado. Entonces, el pájaro metálico abandonó al Taikurime y retomó su puesto al lado de su ama Bianca...

EPÍLOGO

☞ Habían transcurrido varias horas desde la llegada del ocaso. El ulular de los búhos y el aullido de algunas pequeñas manadas de lobos eran los únicos ruidos que interrumpían la quietud que reinaba en el *Bosque de los Secretos*. Amadahy sabía muy bien que a su padre, el jefe principal, no le agradaría para nada que ella saliese a escondidas para ir a darse un baño en las refrescantes aguas de la *Gran Cascada del Águila Blanca*. Los sabios del clan le habían advertido, en incontables ocasiones, de los grandes peligros a los que podrían quedar expuestos quienes desafiaran a los espíritus que mueren y renacen en medio de la oscuridad. Pero a ella esas leyendas no la asustaban en lo más mínimo, pues era muy habilidosa con el manejo del hacha y se había convertido en una excelente arquera. Además de eso, poseía un par de piernas fuertes y veloces, capaces de correr varios kilómetros sin ningún problema. Ya tenía poco más de seis años de experiencia defendiéndose contra toda clase de animales salvajes, razón por la cual poseía amplios conocimientos sobre cómo enfrentarse sola a los riesgos.

Aquel día había sido más agotador que de costumbre para todos los miembros del equipo de cacería. Y para ella, siendo la líder, cada jornada significaba que debía cumplir con un sinnúmero de pesadas obligaciones que los demás cazadores no tenían. Todo el clan dependía de su pericia en el rastreo de olores o huellas, aunado al diseño de trampas eficaces, ya que la caza era una de sus principales fuentes de alimentos diarios. Aquella temporada estaba resultando más trabajosa que todas las anteriores. Eso se debía a que muchos de los venados habían enfermado, los pavos estaban casi en los huesos y los conejos parecían haber desaparecido por completo, como si les hubiese

sobrevenido la extinción de manera repentina. Para colmo de males, una parte considerable de las cosechas de maíz y frijoles estaba muy dañada a causa de las voraces plagas de insectos. Era una ardua tarea encontrar suficiente comida, y más complejo aún lograr distribuirla bien entre la populosa tribu de los aguerridos Páyori.

Los pies de la muchacha estaban hinchados y repletos de diminutos cortes. Tenía varias magulladuras en las extremidades y un creciente dolor de espalda. Desde su punto de vista, no existía un mejor remedio que nadar desnuda bajo las cristalinas cataratas de su pueblo para reducir el cansancio físico y sanar sus heridas más rápido. Por dicha razón, muy a menudo desobedecía tanto las órdenes de su progenitor como los consejos de los ancianos y se iba a visitar la gran caída de agua, sin compañía de ninguna especie, justo en mitad de la noche. Nunca se había topado con nada que resultase ser una amenaza real, puesto que la mayoría de las criaturas silvestres pasaban lejos de donde ella se hallaba o salían huyendo despavoridas en cuanto la escuchaban imitar el rugido de un felino enfurecido. Pero ese hecho estaba a punto de cambiar para siempre. Aquella fecha resultaría ser inolvidable para la valerosa joven de tez canela.

Tras haber nadado durante un cuarto de hora, Amadahy se acercó a la orilla para asirse de una sólida masa rocosa que solía utilizar como apoyo para salir de las aguas con facilidad. Una vez que estuvo de pie en tierra firme, sujetó con firmeza su larga cabellera de resplandeciente azabache para así eliminar el exceso de humedad de la misma. Se colocó de nuevo la vestimenta de piel de búfalo que traía puesta antes de bañarse. Ya estaba lista para regresar a la aldea, pero un ligero susurro ininteligible llegó a sus oídos y la hizo detenerse en seco. Su ritmo cardíaco se aceleró al tiempo que se giraba con premura. Estaba preparada para luchar cuerpo a cuerpo o para escabullirse a toda velocidad, según lo demandasen las presentes circunstancias. Para su sorpresa, el ambiente seguía tan calmo como de costumbre, lo que la llevó a pensar que se había imaginado el extraño murmullo. Respiró hondo varias veces, tras lo cual decidió ponerse en marcha.

—Por favor, vuelve... Necesito de tu ayuda... No me dejes morir aquí... —musitó una quebrada voz femenina desconocida.

La muchacha se volteó de un salto. Todos sus músculos se tensaron y sus anaranjados ojos estaban bien abiertos, atentos.

—¿Quién está ahí? Le pido que se muestre o me verá en la obligación de atacarlo si insiste en esconderse de mí —declaró ella, sin el más mínimo atisbo de temor en su tono.

—Necesito ayuda... Estoy atrapada... Te suplico que no me abandones...

Esas palabras dejaron aún más confundida a la chica. No había nadie enfrente que pudiera estar pronunciando esas palabras. Los alrededores carecían de sitios que resultasen prácticos para ocultarse. «¿Será acaso este uno de los espíritus de los que me hablaron los ancianos?» se preguntaba Amadahy para sus adentros. La respuesta a su interrogante vino más pronto de lo que ella se pudiese haber imaginado, ya que una tenue luz proveniente del fondo de la cascada le indicó que esa era la fuente de la incorpórea voz. A pesar de que un cierto recelo le indicaba que no se acercara, su curiosidad era más grande que cualquier otra cosa. Caminó a paso firme hasta la orilla, se desnudó otra vez y se zambulló de inmediato. Llegar hasta el punto luminoso fue sencillo, dado que se trataba de un río poco profundo y su capacidad de desplazamiento en el agua era bastante buena. El objeto en cuestión tenía el tamaño de una manzana y la forma de un cubo de puntas redondeadas. Tan pronto como la joven posó su mano sobre el mismo, una vívida seguidilla de imágenes le fue mostrada.

Había una chiquilla de cabellera dorada que vagaba por un vasto campo repleto de arena grisácea, desprovisto de vegetación. El rostro de esta exhibía una desgarradora mueca de tristeza. De sus cuencas manaban copiosas lágrimas y de su boca se escapaban múltiples sollozos. Luego, contempló una enorme pila de cadáveres en avanzado estado de descomposición. Estaban rodeados por un grupo de horripilantes monstruos pálidos que se reían a carcajadas. La siguiente escena se enfocaba en un hombre arrodillado cuyo cuerpo estaba cubierto por unas sombrías marcas que simulaban las ramas de un

árbol. El temblor de sus brazos, su entrecejo fruncido y sus sonoros jadeos indicaban que algo lo atormentaba. Para terminar, la azulina mirada de un muchacho se encontró con la suya. Estaba tumbado en el suelo, atrapado por una gigantesca red. Él articulaba un ruego en voz baja: «Mi hermana tiene que vivir. No permitas que los Olvidados hallen lo que nos ha quedado de ella. Por favor, protégela». Las imágenes se detuvieron en cuanto el chico concluyó su sentida plegaria.

Aquellas impactantes revelaciones habían hecho que Amadahy ignorase la falta de aire en sus pulmones por más de dos minutos. Un molesto martilleo en sus sienes y unas fuertes punzadas en el pecho le hicieron recordar que estaba debajo del agua. A pesar de su aturdimiento, todavía tenía fuerzas para salir a la superficie, así que tomó consigo la piedra transparente y braceó con gran potencia. En cuanto hubo recobrado el aliento, salió del río y se puso a examinar el cubo de cristal. Este parpadeaba de manera intermitente y emitía un agradable calor. La joven notó que sus traslúcidas paredes se habían empañado, por lo que se apresuró a frotarlo con suavidad, siendo ayudada por su vestido, el cual seguía tirado en el suelo, justo en donde ella lo había dejado. Al hacer eso, la onda calórica aumentó su intensidad y en sus palmas aparecieron unos llamativos dibujos que lucían como incandescentes flamas.

—El pacto de fuego ya se ha realizado —murmuró la misma voz femenina del principio.

Sin darse cuenta, la muchacha sostenía en sus manos un preciado tesoro que definiría el destino de muchos seres...

FIN DEL LIBRO I

Sinopsis

A2PLUS

**ESENCIA EVANESCENTE
LA ASESINA DE CABELLOS VERDES**

La Tierra se muere y lo hace en silencio. Un siglo atrás, A2plus se atrevió a desafiar las leyes del universo y su acto dejó un legado nefasto en el planeta. Más allá del mar, al otro lado del Atlántico, en aquel lejano lugar donde la alta tecnología prometió prosperidad, brota algo ominoso e irreal que amenaza con extinguir toda voluntad y poner fin al tiempo de la humanidad.

En una Europa de ciudades cubiertas por titánicas cúpulas protectoras, Hans Ansdifeng —un despiadado sicario—, trata de encontrar respuestas sobre sí mismo y su pasado perdido. Incapaz de sentir alegría o tristeza, la vida siempre ha sido un sinsentido apático y gris para él. Pero su esperanza nace cuando descubre por televisión a una misteriosa fugitiva de cabellos verdes. Sin entender la razón, con tan solo contemplar su rostro, unas inéditas lágrimas manan de sus ojos azules. Perplejo por algo tan extraño para él, Hans viaja a Alemania con una sola idea: producir un encuentro entre ambos que, sin saberlo, tendrá consecuencias inesperadas para el futuro del planeta.